
MILA OLSEN
Secuestrada
Hasta que me ames
BE

MILA OLSEN

Secuestrada - Hasta que me ames

Prólogo

Todavía puedo verlo frente a mí, aquel día en que me secuestró. El recuerdo es como una delicada criatura con alas, fosilizada para siempre en una pieza de ámbar.

Estaba de pie en el estacionamiento del centro de visitantes, con las imponentes secuoyas a sus espaldas. El sol ya había salido y sus ojos negros brillaban a la luz del alba. En ellos danzaban chispas, pequeños destellos de un mundo encantado. Me prometían un misterio, tal vez una aventura. Al parecer yo deseaba ambas cosas.

Si no, ¿Cómo pude pasar por alto las numerosas señales de advertencia de forma tan ciega y sorda? Su mirada por encima del hombro para ver si el mochilero ya había se había ido en el centro de visitantes. El frenético tintineo del manojo de llaves en sus dedos, la risa que resonaba demasiado fuerte en el silencio. No me di cuenta, o no quise. Sólo vi la pregunta silenciosa detrás de todo aquel brillo.

¿Quieres?

Podría haber significado cualquier cosa.

¿Quieres venir conmigo?
¿Quieres acostarte conmigo?
¿Quieres que te secuestre?

Capítulo 1

Me balanceo en el borde de la acera, tarareando, con los brazos extendidos como si fuera a volar.

Hoy, finalmente logré teñir de azul el puré de papas de la cafetería del instituto sin que el señor Smith del mostrador de la comida se diera cuenta. Sonrío para mis adentros, no porque me esté imaginando la cara de Madison, o la de cualquier otra persona, sino porque significa que he aprobado el examen de acceso al club más importante de toda la escuela secundaria. Esto me convierte en la primera persona de nuestro curso y la tercera de nuestra ciudad.

Pero *ciudad* es una exageración para este diminuto pueblo en medio del desierto de Nevada. Ni siquiera un ermitaño querría vivir en Ash Springs. Un lugar sin vida, como la vieja piel de una serpiente, que yace olvidada en medio de la nada. Probablemente debería estar agradecida de que haya un autobús escolar que llegue a este páramo. Un velo de pensamientos contradictorios revolotea por mi mente, pero enseguida lo hago a un lado. Nada podrá desanimarme hoy. Ni las calles aparentemente desiertas, ni el calor que parece quemar toda la vida del lugar. Hoy me concentro sólo en las cosas bellas.

El sol me hace cosquillas en la piel, el cabello roza mis omóplatos por encima del top espalda afuera y mis brazaletes de colores tintinean suavemente.

¿En qué cambiará mi vida si me uno al *Hades-in-Love* Club? ¿Me convertiré automáticamente en una "*it girl*"? Al fin y al cabo, a los miembros se les considera la *crème de la crème* del instituto y ya es un honor incluso ser nominada para el examen de ingreso. Seguro que mi vida da un giro de 180 grados.

En el cruce, me desvío de la carretera principal por una calle lateral poco poblada, que Jayden llama acertadamente *"camino sin rumbo"*. Desde allí, tomo el sendero trillado que lleva a nuestra casa, apartando cada pocos metros las ramas caídas de la salvia del desierto. Incluso su olor herbáceo se convierte hoy en una fragancia seductora. En cuanto llego a la cerca, veo al tercero de mis hermanos, Liam; con los ojos cerrados, se encuentra bajo el manzano equilibrándose en una pierna, y con el otro pie apoyado contra el muslo de la pierna que lo sostiene. Sus palmas se tocan por encima de la cabeza, de modo que sus brazos forman un triángulo.

Desde que volvió de la India, todas las tardes se para sobre el fino pasto, y se contorsiona en extrañas figuras que él llama cisne, grulla o cuervo.

—¿'El Buitre'? —pregunto, dándole a Liam un ligero golpecito en el hombro al pasar, lo suficiente para que no pierda el equilibrio.

—Es 'El Árbol', cariño —responde con calma, sin abrir los ojos.

Cogió una manzana pequeña y le doy un buen mordisco. Mastico y le observo durante un rato. Liam es el hermano al que más unida me siento. Cuando era pequeña, siempre inventaba los mejores juegos para mí.

"¡Ve a atrapar al rinoceronte!", me despertaba cada domingo por la mañana y yo saltaba inmediatamente de la cama, corría al jardín para atrapar a la bestia con un lazo invisible. Mientras Ethan y Avery ponían la mesa en el porche, yo frotaba el cuerno de mi animal de fantasía hasta que brillaba y le daba de comer las frambuesas, que luego me llevaba a la boca.

—Si Louisa pierde la cabeza algún día, será culpa tuya —le decía Ethan a Liam cada vez, pero él se limitaba a reírse y a darme una vasija de agua para mi rinoceronte rosa. Él respondía que era más probable que perdiera la cabeza si estudiaba demasiadas matemáticas.

—¿Ya llegó Jayden? —le pregunto a Liam, aunque sé que no debo molestarlo más mientras está meditando.

—Ya está inmerso en una de sus mil historias.

Tengo que sonreír.

—Por supuesto. —Veo en mi mente los delgados dedos de Jayden volando sobre el teclado de su portátil. Claro que no le importa vivir en Ash Springs, cuando puede viajar al mundo que quiera en sus historias. A Liam tampoco le importa, ya que atravesó la India hasta Nepal para encontrarse a sí mismo. Cuando regresó de Katmandú, su cuerpo estaba demacrado como el de un ermitaño y su pelo enmarañado estaba lleno de piojos, pero su mente estaba llena de paz interior. De alguna manera parece que soy la única que odia Ash Springs. Avery y Ethan tampoco quieren irse. Ambos trabajan en la misma granja donde trabajaba nuestro padre.

Por capricho, me pongo de puntillas y soplo en la cara de Liam. De alguna manera, me gustaría compartir mi alegría con él ahora, pero no creo que estalle en gritos de entusiasmo al oír el nombre *de Hades-in-love.*

—Viento en popa, fuerte como el roble —digo, cargando con la mochila del colegio y subiendo los podridos escalones que llevan a la casa. Es una estructura de madera de una sola planta sobre pilares cortos que siempre me recuerda un poco a una antigua casa comunal. La puerta principal está abierta por el calor, como siempre que al menos dos de mis hermanos están en casa.

Las tablas del suelo crujen bajo mis pasos cuando me dirijo a la cocina. En la encimera, junto a la cocina de gas, hay un plato de bocadillos. Seguro Jayden sacó el plato de la nevera y no lo volvió a poner en su sitio. Lo normal es que solo queden migas de los bocadillos con jamón y Gouda. Cojo uno con salami y me dejo caer en una silla del comedor. Claro que podría haber comido en el colegio, pero después de mi acción con el puré de papas me parece más sensato abandonar la escena del crimen. Lástima que Jayden ya esté en casa. Podría haberme contado las reacciones de los demás.

Mientras como, saco mi teléfono de la mochila y entro a Facebook. Los doce mensajes me llaman inmediatamente la atención.

«Felicidades», dice Madison. Nunca dice muchas palabras, y menos efusivas, es como Ethan.

«Bienvenida a los dioses», *escribe* Ava. Un cosquilleo de expectación me recorre el estómago. *Hades-in-love* significa mucha diversión, fiestas y viajes de fin de semana con los chicos mayores a los clubes de moda de Las Vegas. Eso suponiendo que consiga embaucar a Ethan para que finja que me quedo a dormir en casa de Elizabeth. Reviso más mensajes de felicitación y acepto las nuevas solicitudes de amistad, todas de miembros del club. Incluso una de Damon, uno de los chicos más atractivos del instituto. Me quito unos mechones de pelo sudorosos de la cara y sonrío al aceptar la solicitud. Todas las chicas están enamoradas de Damon de alguna manera, y tengo que admitir que es el primer chico que conozco con el que la idea de que me bese no me desagrada.

—¿Dónde está?

La voz de Ethan sisea como un latigazo a través de la ventana abierta de la cocina y me hace dar un respingo. ¡Suena muy cabreado! Oigo que Liam responde con su habitual compostura, pero no capto lo que dice, porque estoy rebuscando en el caos apocalíptico de mi mochila, para sacar rápidamente algunos cuadernos y bolígrafos.

Los pasos de Ethan retumban en el suelo. Cuando abro el cuaderno, ya está en la puerta de la cocina, mirándome con los ojos entrecerrados. Aún lleva puesta su ropa de trabajo: la camisa de cuadros remangada hasta los codos y las botas de cordones incrustadas de barro. No es una buena señal, ya que obviamente tenía tanta prisa que no se cambió en la granja como de costumbre. Esperemos que no fuera por mí.

—¿En qué estabas pensando? —me reclama.

¡Oh, no! De repente siento aún más calor. Finjo seguir haciendo los deberes.

—¿En *qué* estaba pensando? —pregunto de todos modos con cautela.

—¿Sabes realmente cuáles son las consecuencias?

Odio cuando no dice claramente lo que le pasa. Sobre todo porque hay muchas cosas por las que podría estar enfadado en este momento.

Tiro de los volantes de mi top rosa de encaje y vuelvo a levantar la vista.

—Ethan, tengo deberes que hacer y la verdad es que no sé a qué...

—¿Deberes? —Sus ojos se posan en mi cuaderno y la comisura derecha de su boca se contrae en una mueca de desprecio—. Entonces deberías darle la vuelta al cuaderno. Está al revés.

—Estaba a punto de empezar.

—Tu profesora de matemáticas me llamó.

Con una sensación de inquietud en el estómago, doy la vuelta al libro de matemáticas.

—¿La Señorita Fitch? —Sólo se me ocurre una razón por la que querría hablar con él, pero es aún más desagradable que un puré de papas azul brillante.

—¿Sabes su nombre? Eso me tranquiliza —Me mira molesto y cruza los brazos delante del pecho. Sólo tiene veintinueve años y sé que muchas chicas de mi instituto se encaprichan con él; aun así, siempre me da la impresión de nació viejo y amargado. Ni siquiera su coleta desenfadada puede cambiarlo.

—Ella te vio, Louisa —dice ahora, enfatizando cada palabra individualmente.

El corazón me da un vuelco, pero luego recobro el sentido. La señora Fitch no puede haberme visto. Aparte del señor Smith, no había nadie en la cafetería y ni siquiera él me vio porque estaba ordenando los cubiertos.

—Por supuesto que me vio —por lo tanto, trato de hacerme la desentendida—. Hoy tuvimos matemáticas.

—Volviste azul el puré de papas de la cafetería del colegio y provocaste histeria colectiva. No te atrevas a negarlo —Parece tan indignado que no me atrevo a negarlo. Se queda con las piernas abiertas en la puerta, casi como si quisiera bloquear la salida.

—Por supuesto que ella llama a toda la diversión una histeria colectiva... —me defiendo cojeando. Maldita sea, ¿por qué tenía que enterarse Ethan y no Avery? Claro, porque la señora Fitch siempre llama a Ethan. Casi como si fueran aliados en una batalla sin esperanza contra mí. Probablemente está enamorada de él en secreto. Se enfadó mucho cuando se enteró de que él ganó nuestra custodia poco después de la muerte de papá, cuando sólo tenía dieciocho años.

—¿Así que lo admites? —Ethan me mira negando con la cabeza.

—¡Creía que me habían condenado!

Respira hondo. Interiormente, me preparo para el inminente sermón moral y miro fijamente los números y las letras que tengo delante. Cuando guarda silencio, levanto la vista. Hay mucho más que ira en sus ojos. Frustración. Preocupación. Pena.

—Eso no es todo, Louisa.

No lo es. Para hacer cualquier cosa, froto suavemente la palma de la mano sobre una página del cuaderno.

—Me mentiste —Suena serio y se esfuerza por ser objetivo—. Afirmaste que sacaste una C+ en el examen de matemáticas. Pero en realidad fue una F.

Me empiezan a arder las mejillas. Me avergüenzo de la nota, de mi incapacidad para pensar con lógica. Liam dice que percibo el mundo más con mis sentimientos que con mi mente, y eso tiene sus ventajas. Ethan, por desgracia, lo ve de otra manera.

—¿Tienes algo que decir al respecto?

Oigo su profunda decepción y supongo que mi mentira contribuye más que la nota. Sé perfectamente que ha sido terrible de mi parte, pero también siento una gran frustración porque él siempre busca manipularme emocionalmente al hacerse pasar por la víctima. Eso me enfada totalmente.

—Tengo discalculia, no puedo evitarlo.

—No me refiero a eso.

—No quise molestarte.

—¿Por eso falsificaste mi firma? No me mires con esos ojos grandes, sé que lo hiciste. Y aparte de eso: una discalculia no es excusa para sacar malas notas. Significa sobre todo una cosa: estudiar, estudiar, estudiar. Más que nadie. Pero si ni siquiera has mirado tus libros, ¿verdad?

—Estudiar no me ayuda. Nunca entenderé las matemáticas. —Doblo esquina de la hoja de la parte inferior del cuaderno—. Y además, yo quería...

—Tenías tantas ganas de ir a la noche de cine de Ava y se te ocurrió subir la nota unos grados —resopla Ethan indignado—. Louisa... ¡No toleraré que me mientas! —Sigue de pie en la puerta. El aire caliente se pega a la habitación, posándose en mi piel, y de repente me siento como un animal acorralado. Esta vez Ethan no me dejará escapar tan fácilmente, pero de alguna manera es culpa suya la situación.

—Si me permitieras más libertad, no tendría que mentir —estallo enfadada—. Eres más estricto que cualquier padre que conozco. ¿Por qué no puedes ser como el padre de Ava?

—El padre de Ava trabaja veinticuatro horas al día y no llega a ver lo que hace su hija.

—¡Al menos Ava se queda con sus amigos cuando quiere! —Cierro el cuaderno de un tirón —. Y yo tengo que pedirte permiso todo el tiempo. Para todo. Incluso cuando sólo quiero ir a casa de Emma. Es tan injusto. Ya no tengo tres años.

Ethan me mira durante un rato, su mirada se suaviza un poco.

Lo miro, miro ese rostro tan parecido al mío y al de mis otros hermanos. Un rostro ovalado con la frente alta, ojos turquesa muy abiertos y labios hermosamente curvados. Cinco versiones diferentes de la misma idea básica, sólo que mis rasgos son más suaves. Tengo los labios más carnosos y el pelo un tono de rubio más claro.

Apenas tengo recuerdos de mi padre. Tuvo un accidente haciendo heno cuando yo tenía cinco años, pero según la gente del pueblo, todos los niños Scriver nos parecemos a él. Especialmente Ethan. Eso también se ve en las fotos.

El problema es que sé que básicamente sólo tiene buenas intenciones conmigo. Pero aun así, a veces siento que no es mi hermano, sino mi carcelero personal.

—¿Por qué has hecho eso hoy? —me pregunta ahora.

Me doy cuenta de que tengo que darle algún tipo de explicación, y no puedo contarle otra mentira.

—Era un examen de ingreso —respondo con sinceridad—. Para el *Club Hades-in-love*.

—¿Para qué?

Me entendió perfectamente, porque el club ya existía en su época. Sólo se trata de demostrar su desaprobación lo más claramente posible. Levanta una ceja con desaprobación.

—¿No son esas presumidas con su ropa Hilfiger y esos tipos que se creen "malotes"?

—¿Te refieres a *los chicos malos*? —le pregunto secamente, pero básicamente sé que hay una chispa de verdad en sus palabras. Por supuesto, sólo las It-girls y los It-boys del instituto están en el club. Precisamente por eso quiero pertenecer. No es que no tenga otros amigos, pero Emma y Elizabeth son como Ethan y Avery. Profundamente arraigados en nuestro pueblo. ¡Pero quiero

empezar a vivir y dejar de vegetar! Si no, un día estaré tan seca como la salvia del desierto.

—No encajas para nada con ellos. —Ethan pasa por alto mi comentario agresivo—. No tenemos mucho dinero y tú no tienes ningún talento extraordinario.

Sus palabras me escuecen, pero no dejo que se me note e intento mantener la misma compostura que Liam.

—¿Adivina qué? Ava y Madison me pidieron que me uniera.

—Por supuesto que te lo pidieron. Pero estoy segura de que eran los chicos los que te querían allí. Tal vez una cara bonita cuenta como un talento especial. Porque tu rendimiento en matemáticas está definitivamente fuera de cuestión.

Aprieto los labios con fuerza para evitar soltar algún insulto. Si lo hago, sé que el castigo será aún peor.

Ethan se acerca a mí y se detiene junto a mi silla. Fijo mi mirada en la muesca sobre la mesa de la cocina que dejamos Jayden y yo jugando a lanzarnos cuchillos hace años.

—Una cara bonita no basta para triunfar en la vida.

Pongo los ojos en blanco. Ya vamos otra vez con la misma cantaleta.

—¡No estoy seguro de que deba dejarte ir al campamento de modelos en estas circunstancias! Tal vez debería cancelarlo.

—¿Qué? —se me escapa de la boca horrorizada. El campamento de modelos es lo único que me emociona de estas vacaciones de verano y me ha costado siglos convencer a Ethan de que me dejara ir—. La madre de Madison va ir y vive cerca de allí. Estaremos supervisadas.

—Mides sólo un metro sesenta y siete. Eso es demasiado bajo para ser modelo de todos modos. Y aparte de que ni Madison ni Ava tienen lo que hay que tener para ser modelo, no son compañía para ti. Madison bebe demasiado y Ava se mete en la cama con cada tipo que se le cruza.

Salto tan violentamente que la silla roza el suelo.

—Siempre me lo arruinas todo... —le siseo.

—Sabes lo que discutimos. Tus notas tienen que mejorar primero —Ethan permanece callado y eso no es nada bueno—. La señorita Fitch me ha dicho que prefieres pintarte las uñas en clase de biología que participar. No haces nada de deberes de matemáticas y brillas por tu ausencia en física. —Me examina de arriba abajo y luego señala mis sandalias con la flor rosa y las perlas plateadas—. Ayer recibí una factura de Stylight. Por cinco piezas que no me pondría ni aunque tuviera una talla XS de vestido y una 38 de zapato.

Mierda, olvidé decírselo. Empiezo a defenderme, pero él ya está hablando.

—No quiero discutir los doscientos dólares contigo ahora. Lo más grave es que usaste mi tarjeta de crédito sin preguntar y que te hiciste pasar por Ethan Scriver.

—Te lo devolveré, de verdad —digo rápidamente—. Sólo necesitaba algunas piezas geniales para *Hades-in-love*, en caso de que... —Tan pronto como digo eso, me arrepiento.

Ethan también suspira con frustración.

—¡*Hades* tendrá que esperar por ahora!

Le miro fijamente como si pudiera apuñalarle con la mirada.

—¿Qué quieres decir? No puedes prohibirme la entrada al club.

—Lou —su voz se vuelve suave.

Odio eso porque me deja indefensa. Cuando usa su técnica de "soy bueno", siento que no tengo argumentos para enfrentarlo. ¡Pero hoy no voy a dejarme atrapar por eso!

—No sé qué está pasando en tu vida ahora mismo —continúa suavemente—. Te miro y veo a una chica que está tomando el camino equivocado para lograr lo que realmente quiere. ¿Sabes

qué es lo que realmente quieres?

—¡Como si alguna vez te hubiera importado lo que realmente quiero! —le grito con frustración—. ¡Lo único que te preocupa es que yo alcance cierto estatus! ¡Que obtenga buenas calificaciones para poder ir a la universidad y vivir la vida que tú sueñas! Pero no te importa quién soy en realidad, lo que hay dentro de mí.

Con los ojos fijos en mí, saca su celular del bolsillo de sus pantalones de mezclilla. Avanza y retrocede hasta que es evidente que ha encontrado lo que buscaba.

—*Hola a todos ahí fuera* —me lee a continuación, levantando la vista. Me muerdo el labio, sospechando lo que es y mi sospecha se confirma mientras continúa leyendo—... *en Ash Springs, el asfalto se está derritiendo bajo el sol y yo me siento atrapada, sin saber qué hacer. ¿No les pasa a veces que sienten que su vida es como la monótona carretera de Ash Springs a Rachel? Con solo arbustos marchitos por el calor y arena seca. ¿No sueñan con que finalmente algo suceda? Algo que te agarre como un águila y te eleve tan alto en el aire que puedas ver el mundo entero desde arriba. Algo que ilumine tu corazón con los rayos del sol mientras vuelas a gran altura. Algo que te transforme por completo y te deje como alguien que ni siquiera reconoces. Ese es mi más grande sueño.*

Cuando termina, tengo que tragar saliva, porque he colgado estas frases públicamente en Facebook. Y de boca de Ethan suenan tan significativas como una oración que desea desesperadamente ser respondida... por alguien ahí fuera.

—Créeme, sé lo que anhelas —dice en voz baja—. Sé lo que realmente quieres. —Vuelve a dejar caer el teléfono en el bolsillo trasero—. Pero la vida no es Hollywood. No funciona así. Tenemos suerte de que Avery y yo tengamos trabajo, de que nos tengamos el uno al otro. La vida puede ser humilde y seguir mereciendo la pena.

Miro atentamente el marco de la puerta.

—¿Ya estás criticando mis sueños? —pregunto en voz baja.

—Mamá y papá hubieran querido que te cuidara, Lou. No puedo dejar que te salgas con la tuya.

—Siempre sacas a mamá y a papá cuando quieres hacerme sentir culpable —digo y siento que se me hace un nudo en la garganta—. Siempre cuando no te quedan más argumentos. Pero están muertos. Ya no saben nada de mí. Nada de nada. Y de ti tampoco. Así que, ¿qué más te da lo que hubieran querido? ¡Nunca sabrán que estás jugando al benefactor aquí!

Ethan respira hondo y veo que le cuesta serenarse. A diferencia de él, yo no tengo ningún recuerdo de nuestra madre. Murió cuando yo nací y a veces me pregunto si Ethan me culpa inconscientemente de su muerte. Quizá por eso siempre es tan estricto. Tenía doce años entonces, para él mamá es más que la cara de una mujer en un marco de fotos y unas cuantas anécdotas. Y a papá simplemente lo idolatraba. Cuando pienso en papá, recuerdo a un hombre triste y taciturno que siempre olía a caballo y heno. Que rara vez tenía tiempo para mí porque trabajaba día y noche. Pero para Ethan, mamá y papá lo eran todo, y yo misma no sé por qué le lanzo estas duras palabras. Quizá porque compara mis sueños con Hollywood y los desprecia como si no valieran nada.

Estoy a punto de disculparme, pero el movimiento de cabeza de Ethan y la firmeza de sus labios me detienen en seco.

—Puedes herirme todo lo que quieras, Louisa, pero eso no cambia nada —dice entonces—. Y aunque no honres la memoria de mamá y papá: Yo lo hago. Y desde luego no te dejaré perseguir un falso sueño. —Hace un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Ahora me voy a tu colegio. Porque por una vez, esto no se trata sólo de ti. El Sr. Smith se va a meter en verdaderos

problemas con la administración de la escuela. Si tiene mala suerte, el departamento de salud se involucrará y perderá su trabajo.

Se me cae la mandíbula.

—¡Eso no es verdad!

Ethan se da la vuelta para marcharse, pero se detiene una vez más y me mira.

—¿Sabías lo de su daltonismo?

—Sí.

—Te aprovechaste —afirma, mirándome despectivamente.

Intento sostenerle la mirada.

—No quería que se metiera en problemas. De verdad que no, Ethan. Lo siento. —En mi cabeza, veo al pobre señor Smith, a quien Ava ha ridiculizado en repetidas ocasiones, siendo arrastrado fuera de la cafetería. No puedo evitar sentir culpa por haberme reído de los comentarios de Ava, a pesar de que en realidad me cae bien el señor Smith.

—Nunca quieres nada —dice Ethan con frialdad—. Y siempre te arrepientes después. Quizá la próxima vez uses primero el cerebro antes de arriesgar el trabajo de un hombre por un puñado de engreídos presumidos.

Rápidamente cojo el teléfono y me lo meto en el bolsillo.

—¡Déjame ir contigo, Ethan, por favor! Puedo explicarte que estoy...

—Ya no le sirve de nada. Nunca debería haberle pasado, esa es la cuestión. ¿Y si alguien hubiera puesto veneno en la comida? ¿Algún trastornado? —Ethan suena como si ni siquiera él aprobara el descuido del Sr. Smith, aunque sabe exactamente lo que pasó.

—¡Pero si sólo era colorante alimentario! —protesto débilmente.

—Descuidó su deber, fuera cual fuera. Pero no te preocupes, podrás comentarlo mañana con tu director. —Ethan señala mis cuadernos—. Hoy te quedas a comer en casa. Haz tus deberes y más tarde ayuda a Jayden a cambiar la madera mohosa de debajo de la casa. Hablaremos de las consecuencias de tu comportamiento después de cenar.

Asiento con la cabeza y se marcha. Mientras las tablas del suelo crujen bajo sus pasos, creo oír su decepción por mí, suspirando en cada una de ellas. Aunque sigo enfadada, me dirijo a la puerta de la cocina.

—Ethan. —Se detiene justo delante de la puerta principal y me mira directamente—. Siento lo que dije de mamá y papá —digo en voz baja.

Asiente, pero su mirada es distante.

—Lo sé.

Estoy haciendo los deberes de verdad, al menos lo intento, porque mis meses de machacar álgebra y otras asignaturas han dejado grandes lagunas en mis conocimientos. Además, no puedo dejar de pensar en el señor Smith y en mis duras palabras sobre papá y mamá. Por primera vez se me ocurre que podrían estar tan decepcionados conmigo como Ethan. Que pensarían que soy una soñadora superficial e irresponsable sin nada más que mostrar que una cara bonita. Esta idea me duele inesperadamente. En ese momento casi me alegro de que ya no estén vivos y no sepan nada de todo esto.

Después de una hora atascada en la misma ecuación, me rindo. Quizá Jayden pueda ayudarme más tarde. En lugar de continuar con química, limpio el lavavajillas. Guiada por mi conciencia culpable, recojo luego los montones de ropa de colores del suelo de mi habitación, los meto en la bolsa de la ropa sucia del cuarto de baño y paso la aspiradora por toda la casa. Para sorprender a Ethan, limpio también el cuarto de baño, aunque le toca a él, y limpio el salón de

envases de yogur vacíos y bolsas de papitas fritas a medio comer.

El trabajo me distrae de mis aburridos pensamientos. Tal vez Ethan se ablande y no me castigue hasta el final del curso escolar. *Castigo*. Sólo la palabra suena tan anticuada que me revuelve el estómago. ¿Quién la usa hoy en día?

Mientras anudo la bolsa de basura en la cocina, pienso en qué más podría pasarme en el peor de los casos. Me amenazó con cancelar el campamento de modelos. Pero estoy segura de que sólo lo dijo porque estaba muy enfadado. "*Hades tendrá* que esperar", vale, quizá no me permita entrar en el club de inmediato, tal vez hasta el comienzo del próximo año escolar. Eso sería un desastre relativamente grande, especialmente porque tendría que explicárselo a Madison y Ava. Con suerte, su oferta seguirá siendo válida entonces.

Para estar segura, también decido trapear el suelo. Sin embargo, conociendo a Ethan, es probable que se limite a darme un sermón moral y prohibirme salir. Él nunca puede estar enfadado conmigo por mucho tiempo.

Mientras saco la bolsa de basura rebosante del cubo al final de mi ataque de limpieza, Jayden entra en la cocina.

—¿Qué pasó aquí? —Se frota el pelo despeinado como si acabara de despertarse. A menudo parece tan somnoliento cuando acaba de salir de una de sus historias. Siempre tiene después esa mirada desorientada de quien sufre amnesia. Vagamente, señala con la barbilla hacia el pasillo —. El baño y el salón están impecablemente limpios. Aquí se podría hacer fácilmente una operación a corazón abierto. —Me mira brevemente y empieza a sonreír—. ¿Qué fue lo que hiciste esta vez? Quiero decir, ¿además de tu puré de papas azul cielo? A juzgar por la limpieza de nuestra casa, debe de ser algo realmente horrible. ¿Envenenaste a la Sra. Fitch?

—¿Cómo lo sabes?

—¿De verdad la envenenaste? —quiere saber, divertido por mi pregunta, que por supuesto iba dirigida a algo completamente distinto.

—Siento decepcionarte —respondo, empujándole—, pero me temo que la señora Fitch está bien. ¿Cómo sabes lo del puré de papas?

—Avery me envió un mensaje.

—¡Traidor!

Jayden se ríe. A pesar de lo cerrado que es con los demás, siempre parece estar absolutamente a gusto conmigo, aunque nunca sepa realmente lo que pasa por su cabeza.

—Por cierto, pronto estará en casa y preparará tu comida favorita.

Una sensación de hundimiento se extiende por mi estómago: Quizá Ethan llamó a Avery y le contó lo que había hecho. Quizá incluso le dijo lo que iba a hacerme, y por eso Avery cree que tiene que consolarme con mi comida favorita. Eso encajaría con los dos. Donde Ethan es estricto, Avery es indulgente. A veces parece que están tratando de ocupar el lugar de mamá y papá en mi vida. Mientras que Avery ha asumido claramente el papel maternal.

Llevo la basura a los cubos que hay detrás de nuestra cerca. Liam ya está de cabeza. Probablemente seguiría haciendo sus ejercicios, aunque el presidente hubiera declarado el fin del mundo.

Más tarde, después de regar las plántulas de tomate y las judías verdes detrás del porche, me encuentro con Jayden debajo de la casa.

Hombro con hombro, nos tumbamos de espaldas, con los tablones de madera del suelo encima de nosotros y la cálida y rojiza tierra debajo. Apenas hay un metro de espacio entre nosotros y siento como si estuviera siendo sepultada viva. Las telarañas cuelgan como telas densas de los pilares de la estructura de soporte. No hay ni una pizca de aire que llegue al

entresuelo, así que pongo mi antebrazo frente a mi nariz y respiro sobre mi piel sudorosa para escapar del penetrante olor a humedad.

—Este punto bajo la bañera está casi completamente roto —Jayden tira de un tablón del que previamente ha aflojado los tornillos con el taladro inalámbrico. Se rompe por la mitad—. ¡Por suerte el suelo es de doble capa, de lo contrario podríamos romper justo con el inodoro aquí! Definitivamente tenemos que buscar una mejor ventilación.

La idea de que Ethan pegue un puñetazo justo en el váter me hace sonreír.

—Podríamos poner un ventilador en el baño —sugiero.

Jayden suspira y ríe al mismo tiempo.

—No conseguirás nada bajo el suelo con un ventilador en el baño. Pensaba más en un sistema de ventilación aquí debajo de la casa. —Con dos dedos retira otro trozo de madera podrida—. Tendríamos que crear una corriente de aire.

Me siento estúpida y me pregunto por qué sabe algo así. Al fin y al cabo, hace solo tres meses que cumplió dieciocho y por tanto, es solo un año y medio mayor que yo.

—Investigué esto, para una novela —explica, como si me hubiera leído el pensamiento—. Pásame un tablón.

Con una mano busco a mi lado y le tiendo una tabla nueva.

—¿Crees que mamá y papá estarían decepcionados conmigo? —le pregunto bruscamente.

Sorprendido, hace una pausa y vuelve la cara hacia mí. Probablemente me mirará desde el New York Times en algún momento, probablemente cuando uno de sus libros llegue a la lista de los *best-seller*. Jayden es un fenómeno. No es como Liam, cuya vida es un largo viaje de autodescubrimiento, pero conoce su sueño desde que Avery le leyó su primer libro. Desde ese día, ha trabajado sin cesar para hacerlo realidad. Es probablemente el más ambicioso de todos nosotros. Alguien de quien mamá y papá estarían orgullosos. De nuevo, esa desagradable puñalada en el corazón.

Jayden me mira penetrantemente. Tiene pequeños mosquitos pegados al sudor de la frente.

—Tonterías —dice finalmente con demasiada brusquedad—. ¿Qué te hace pensar eso?

Yo misma le confieso lo que me he hecho. El hecho de que silbe entre dientes al final de mi explicación no mejora las cosas.

—Ethan se calmará —dice entonces.

Sé que sólo intenta animarme.

—¿Crees que soy egoísta? —le pregunto.

—Claro.

—Hablo en serio, Jay. ¡Dime lo que piensas de mí!

—Eres mi hermana. ¿Qué se supone que debo pensar de ti? Eres un grano en el trasero.

—¡Jay!

—¡No te preocupes! Estás bien, en general.

Me encantaría tirarle el paquete de tornillos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, como un paquete completo. Quiero decir, no voy a describirte en pedazos.

Eso me hace pensar en nuestro antiguo juego. Uno de nosotros describía algo con tres palabras y el otro tenía que adivinar lo que quería decir. A veces lo hacemos al revés ahora. Encuentra tres palabras para Ash Springs. Encuentra tres palabras para la historia de Estados Unidos.

—Descríbeme en tres palabras. Como si tuvieras que caracterizarme para tu novela y sólo te permitieran usar tres adjetivos para ello.

—Nadie compraría una novela así —Sin embargo, sus ojos empiezan a brillar, pero se toma su tiempo. Primero atornilla el nuevo tablón y luego afloja los tornillos del siguiente. En un punto más atrás, la madera cruje por encima. Probablemente Avery ha llegado a casa y está empezando a preparar los espaguetis. O es Liam, que ya se ha cansado de sus ejercicios.

—¿Y? —pregunto.

—Divertida, emocional, insegura —Jayden sonríe para sí y gira un tornillo en el agujero. Espero que no se esté imaginando mi historia como el personaje de una novela.

—¿Por qué insegura?

—Porque necesitas que otros te digan quién eres.

—Ethan dice que soy superficial, que no uso el cerebro y que soy difícil.

—¿Y te lo crees?

—¿No es verdad?

Jayden se encoge de hombros, lo que parece raro tumbado de espaldas.

—Es la formulación negativa de una persona amante de la diversión, emocional e insegura.

Sus palabras me hacen pensar. En silencio, como suele hacer, sigue trabajando y yo permanezco quieta. Más tarde, me meto en la ducha, me quito la tierra de encima y me aseguro de que la ropa que elijo no es demasiado reveladora y los pantalones cortos no son demasiado cortos. A sus ojos, es una declaración al mundo masculino de que soy fácil. O peor aún, sería una de esas chicas cuyo "no" a un hombre le gusta confundir con un "sí". Cuando le pregunté qué pensaría si viera a una chica con poca ropa, él simplemente hizo un gesto con la mano y lo ignoró. De cualquier manera, hoy hace buen tiempo, así que me pongo una blusa de color coral con dobladillos de encaje y unos pantalones cortos azul oscuro que me llegan justo por encima de las rodillas. Luego me hago una trenza en el cabello para que esté ondulado por la mañana.

Cuando salgo de mi habitación, el delicioso aroma de albahaca fresca y ajo ya llena el pasillo. Me dirijo a la cocina junto a Avery, mordisqueo los tomates secos finamente picados y dejo que me consuele.

—¿Ya Ethan te ha dicho algo? —quiero saber.

Avery hace un gesto vago. Su rostro es más parecido al mío, es más suave que el de nuestros hermanos y le hace parecer mucho más joven de veintiséis años. A Liam, que es cuatro años menor que Avery, normalmente se le calcula más edad.

—No puedes decírmelo —afirmo mientras él continúa en silencio.

—Ethan quiere que lo escuches de él —Avery remueve la olla de fideos y no me mira.

—Eso no suena bien.

—Me temo que no te gustará.

—¿No puedes decírmelo? Vamos Avy, ¡tengo que estar preparada! —Le tiro de la manga y le miro con los ojos muy abiertos, eso siempre ha surtido su efecto.

—Esta vez sí que la has cagado —evade mi pregunta.

—¿Es por eso que estás cocinando para mí?

—Oh Louisa —suspira y se vuelve hacia la cocina.

Quizá también esté decepcionado conmigo.

—Ethan sólo quiere que puedas estudiar. Quiere que estudies algo decente, no que acabes en una granja.

—Pero disfrutas trabajando para el Sr. Goodman.

—Nunca quise otra cosa, pero Ethan no es como yo... Sabes que tuvo que aceptar el trabajo para ganar dinero.

—¡Pero yo no soy Ethan! —me resisto, reprimiendo el pensamiento de que Ethan ha renunciado a muchas cosas en la vida por nuestra culpa—. A lo mejor no quiero estudiar nada.

—¿Qué quieres?

—Aún no lo sé.

—Ya ves. Y hasta que lo sepas, debes esforzarte. Si no te esfuerzas, Ethan pensará que pisoteas sus esfuerzos y sacrificios.

Saco los platos del armario y empiezo a poner la mesa.

—Tú mismo lo has dicho, es demasiado estricto.

Avery se da la vuelta, con la cuchara de madera aún en la mano.

—Sólo intento explicarte lo que le pasa por dentro.

Suelo explicarle a Ethan lo que me pasa por dentro. La sensación de hundimiento en mi estómago, que se ha ido estrechando cada vez más a medida que miraba la comida, se convierte en un nudo apretado. Empiezo a sospechar que lo que me espera irá mucho más allá del arresto domiciliario.

Hay un silencio incómodo durante la comida. Ethan se sienta en el extremo de la mesa con una expresión imperturbable, y los demás tampoco parecen muy accesibles. Sospecho que todos saben algo que yo desconozco. El sonido de los tenedores rasguñando los platos me pone nerviosa, y los espaguetis, junto con los piñones y los tomates, se enredan en mi boca, casi atragantándome varias veces. Siento constantemente la mirada de Ethan clavada en mí. No ha mencionado nada sobre la limpieza de la casa, solo me ha preguntado sobre mis tareas. Cuando le confieso que no he pasado de la primera ecuación, simplemente aparta la mirada, lo cual es incluso peor que si me hubiera reprendido.

Después de que Avery y yo hayamos recogido la mesa y estemos sentados de nuevo, comienza mi juicio de castigo.

Ethan empieza enumerando estoicamente todas mis infracciones: Falsificar su firma, falsear mis datos personales en Internet, utilizar su tarjeta de crédito sin permiso, suspender el examen de matemáticas, mis mentiras, faltar a clase, colarme por la entrada trasera de la cafetería, teñir el puré de papas. Mis acciones irresponsables, cuyas consecuencias aún están por determinar. A eso hay que añadir los malos resultados en biología y física, de los que no había sido informado hasta hoy. También se enteró del graffiti que Ava y yo hicimos en la pared del gimnasio: *'Ms. Fitch – The Bitch'*.

Tengo que reconocer que esta lista de infracciones me parece abrumadora, aunque me parezca que no son más que pequeñeces.

—Pero Ava hizo la de la señorita Fitch —me defiendo mansamente, y es verdad. Yo solo estaba de vigía y fingí que me parecía guay para que Ava no pensara que era aburrida.

Ethan pasa por alto mi objeción, así como el piso limpio.

—Mi decisión no ha sido fácil, Louisa —empieza, mirando a su alrededor como un rey que mira a sus súbditos antes de anunciar nuevas leyes. Su mirada se detiene en mí—. Seré breve. *Hades* tendrá que prescindir de ti el próximo curso.

Sus palabras flotan en el aire entre nosotros. No pueden ser ciertas.

—¿Para todo el próximo año escolar? —Me quedo de piedra, lo dice en serio—. ¡No puedes hacer eso! —Aprieto los puños con rabia bajo la mesa, intentando contener las lágrimas que brotan de mis ojos—. ¿Qué tiene de malo el club? Tú mismo siempre dices lo importante que son los buenos amigos.

—¿En serio crees que encontrarás amigos de verdad en este club tan elitista? El único

objetivo del club es menospreciar a aquellos que no son miembros para sentirse superiores.

—Ava y Madison son amigas.

—Además, ya tienes buenas amigas. Emma y Elizabeth, por ejemplo.

Emma y Elizabeth son simpáticas, pero aburridas, pero mejor no lo digo en voz alta ahora.

—¿No puedes elegir otra cosa para castigarme?

—¿Crees que eso es todo? —Ethan sacude la cabeza con severidad.

Abro mucho los ojos.

—¿No lo es?

—He cancelado el campamento de modelos. En vez de eso, te irás de campamento con nosotros en las vacaciones.

Ahora casi se me corta la respiración.

—¿Quieres que me vaya a acampar en la naturaleza contigo? Debes de estar loco.

Ethan pasa por alto mi protesta sin ofenderse.

—El aire fresco, la naturaleza, y un mundo sin comercialismo ni Facebook seguro que te hacen bien. Ah, sí, en cuanto a Facebook e internet: durante los próximos seis meses, tu cuenta de Facebook estará cerrada e internet sólo estará permitido para googlear con fines escolares durante este tiempo. Además, te quedarás en casa hasta el comienzo del nuevo curso escolar.

—Hasta que empiece el colegio... ¡eso es en agosto! ¡Estamos en mayo!

—No me importa.

—Y la fiesta de fin de curso...

—Nada de fiestas. Nada de dormir en casa de amigas. Nada de nada.

Reprimo el impulso de derramar el resto de mis fideos sobre él. En lugar de eso, me quedo mirándole y no consigo pronunciar palabra. Me tiemblan los labios, pero no quiero echarme a llorar. Nunca pensé que llegaría tan lejos como para arruinarme la vida por completo.

Avery me pone la mano en el brazo.

—Te divertirás acampando, Lou. Acamparemos en los parques nacionales, haremos senderismo, veremos las secuoyas y las cascadas de Yosemite. Puede que incluso veamos alces y caribúes.

Me sacudo el brazo. Cientos de pensamientos pasan por mi cabeza, pero antes de que pueda combinarlos en una frase sensata, Ethan sigue hablando.

—A partir de ahora, todas las tardes, cuando vuelva a casa, repetiremos un capítulo de tus libros de matemáticas. Con suerte, al final de las vacaciones escolares, estarás a la altura de los demás.

—¿Quieres que estudie en mis vacaciones?

Ethan se permite una sonrisa por la que me gustaría estrangularle.

—No tendrás nada más que hacer. Si es necesario, incluso me llevaré tus libros al campamento.

—Sólo lo haces por lo que dije de mamá y papá —digo con voz entrecortada mientras aprieto los puños y una lágrima se desliza por mi mejilla. Me la limpio rápidamente y me levanto de un salto. Miro a mis hermanos.

Jayden fija la mirada en el tablero de la mesa, Avery intenta poner una expresión lo más despreocupada posible y Liam enrolla un cigarrillo con hierbas que él mismo ha recogido.

Nadie se pone de mi parte, Ethan debe haberles advertido desde antes... ¡por mi propio bien, claro! Me siento traicionada y abandonada por ellos.

—Lo siento, Louisa —dice Ethan, levantándose y acercándose a mí—. Tienes que aprender a ser responsable. El colorante de alimentos no tiene cabida en las comidas escolares, al igual que

tus sueños más secretos no tienen cabida en una plataforma pública. De verdad creo que es mejor para ti así.

Sacudo violentamente la cabeza y retrocedo cuando intenta ponerme una mano en el hombro.

—¡No, es lo mejor para ti! —me ahogo—. ¡Me encantaría huir! Así te librarás de todas tus preocupaciones. ¡Y yo me libraría por fin de ti! Eso sí que sería lo mejor que me podría pasar!

Salgo corriendo de la habitación y aún puedo oír a Liam y Jay hablando con Ethan.

Ninguno de los otros se puso de mi lado. ¡Realmente me gustaría empacar mis cosas!

Capítulo 2

Me siento con las piernas cruzadas en el suelo del bosque y miro fijamente las brasas que humean en la parrilla. Unas agujas secas me pinchan los muslos y la hormiga que tengo en la pantorrilla vuelve a su camino. *¡Súper vacaciones!*

Aún no llevamos ni tres horas en nuestro campamento del Parque Nacional de las Secuoyas y ya me siento otra vez completamente incompetente. Después de romper el poste central de la tienda mientras la montaba, y rasgar accidentalmente la tela del saco de dormir de Ethan con un extremo afilado, él me ha relevado de todas mis responsabilidades para evitar causar más daño.

He estado esforzándome mucho por hacerlo bien. Quiero darle una oportunidad a estas vacaciones, como le prometí a Avery ayer. Tal vez no sea tan horrible como lo estoy haciendo parecer.

El lugar asignado para nuestro auto y tienda de campaña está rodeado por un círculo de rocas y secuoyas centenarias. Entre ellos proliferan los espinos y los retoños de tamaño humano de los gigantes arbóreos, lo que nos brinda cierta privacidad y protección frente a nuestros vecinos de campamento.

En el camino desde el Centro de Visitantes hasta nuestro campamento, incluso descubrí un arroyo de montaña con un agua cristalina y de color verde. Estaba justo al lado de una señal de advertencia sobre osos. Por supuesto, nadie me había mencionado que aquí había osos negros. Tal vez mis hermanos no querían preocuparme o asumieron que era conocimiento general. De todos modos, mañana planeo comprar un espray para osos, solo por si acaso. La idea de que haya osos negros merodeando por aquí, me pone bastante nerviosa. Sigo observando a través de los arbustos, pero solo puedo ver los contornos de tiendas de campaña extrañas y algunas ardillas listadas.

Cuando escucho un estruendo sordo detrás de mí, me sobresalto, pero resulta ser Liam colocando la mesa de camping cerca de una zona de asientos bien asegurada. A su alrededor, los escasos rayos de sol proyectan una red de luz en el suelo, creando sombras que se mueven como pequeños insectos. Oscurecerá dentro de una hora, y para entonces la tienda debería estar montada y la comida preparada. Por supuesto que podría ayudar a Liam, pero Ethan me dijo que no tocara nada hasta la cena.

Cojo un palo y hurgo en el carbón por puro aburrimiento.

—¡Eh Lou, no hagas eso! Se apagarán las brasas —oigo gritar a Ethan. Incluso desde el interior de la tienda deformada parece tener los ojos puestos en mí.

Hago una mueca a sus espaldas. Siempre consigue hacerme sentir como una niña pequeña. Ahora pico el borde de las brasas con el palo. Un humo acre me sube por la nariz y los ojos comienzan a llorarme. Liam se ríe. Disgustada, tiro la rama a un lado y pienso en Ava y Madison, quienes seguramente estarán coqueteando con chicos guapos en el campamento de modelos mientras yo estoy atrapada en la naturaleza con mis hermanos. Lo único destacado de mis vacaciones serán un par de locos de la naturaleza sin afeitar, con botas de montaña y su equipo que parecen salidos de un documental de supervivencia en el bosque. *¿Debería comprar un aerosol para osos?*

¡Muchas gracias Ethan! Apenas he hablado con él desde aquella horrible cena. Sólo en la tutoría y luego cuando era absolutamente necesario. Al cabo de unos días quise pedirle que me perdonara al menos parte del castigo, pero mi orgullo se interpuso justo antes. Pedir disculpas al señor Smith me resultó extrañamente más fácil, sobre todo porque le permitían conservar su

trabajo y no había más consecuencias para mis actos. Pero a los ojos de Ethan, la palabra de Liam no tiene mucho peso, así que Jayden tuvo que asumir la culpa en su lugar.

Ethan tiene una opinión muy alta de Jayden, pero esta vez mi hermano también fue ignorado. Y anteayer, Avery habló en mi conciencia. Y sólo por él, por Liam y por Jayden voy a intentar sacar lo mejor de la situación.

Así que, después de todo, me levanto y ayudo a Liam con la mesa de camping. Luego voy al auto, saco el mantel de plástico de mi bolsa de viaje y lo extiendo sobre la mesa.

—¡Lou! —oigo gritar a Ethan.

Por ahora, decido ignorarlo y saco nuestro arnés de la caja de transporte. A pesar de la discusión, él finge que todo está bien entre nosotros. Por supuesto, ha salido victorioso. Todo está bien para él. No parece importarle que mi vida se haya descontrolado por su culpa. En mi última publicación en Facebook, mencioné que estaría ausente de la plataforma por mucho tiempo. No di detalles, porque sería vergonzoso admitir que mi propio hermano me impuso tal castigo. En su lugar, compartí nuestro itinerario, lo cual por su puesto indignó a Ethan una vez más. Por alguna razón, sentí una necesidad interna de hacerlo. Siento que si el mundo ya no tiene noticias mías, al menos debería saber dónde estoy, porque de lo contrario me siento extrañamente como si no existiera.

—¡Louisa! —Ethan me llama de nuevo, esta vez suena más enfadado.

Finjo estar absorta en mi trabajo.

—Puedes ir poniendo las lámparas de camping. Oscurecerá pronto.

Pienso en mi promesa a Avery.

—¿Dónde están?

—No sé nada de eso. Debiste haberlas empacado. Las puse en tu habitación especialmente para ti.

—Maldición. —Espero que Ethan no haya oído mi maldición silenciosa. Me dirijo al carro y rebusco en el maletero, sabiendo que no las encontraré. Siguen a la derecha de la puerta de mi habitación.

—¡Creo que las he olvidado! —le grito a Ethan, momento en el que Avery regresa del Centro de Visitantes, con un saco de leña, un saco de papas y un paquete de seis cervezas en los brazos. Suelta las papas y la leña en un banco, coloca la cerveza y se deja caer a su lado.

—¡No puede ser! —Ethan está a mi lado en cuestión de segundos, me arrebata la bolsa de la mano y saca mi ropa. Pantalones cortos, blusas de encaje y camisetas con volantes caen sobre el suelo de barro.

—¡Cuidado! —Le arrebato una blusa blanca de la mano.

—¿Esta es toda la ropa que trajiste? —pregunta atónito y me pone delante de las narices una camisa especialmente corta, en la que se engancha una cadena de colores.

Cruzo los brazos delante del pecho.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Nada de pantalones largos? ¿Ni chaquetas? ¿Y las botas de montaña?

—Puedo caminar con mis Chucks.

—O con esas sandalias que aún no me has pagado —dice Ethan con sarcasmo, señalando mis zapatos floreados. Inspecciona mi bolso y refunfuña para sí mismo al ver mi arsenal de cosméticos y pulseras—. ¿Dónde creías exactamente que nos íbamos de vacaciones? ¿A un hotel resort de nombre *Camping*?

—Si estoy obligada a venir, me pondré lo que me guste.

—¿Y dónde están las dos lámparas de camping? —Ethan me frunce el ceño.

—Se me olvidaron, acabo de decírtelo —Me tenso por dentro, porque estoy segura de que va a volver a pisotearme en un minuto.

Ethan respira hondo.

—Realmente no sirves para nada —habla tan alto que seguro que todo el mundo en un radio de cincuenta metros puede oírle—. No es como si te hubiera pedido que pensaras en mil cosas. Eran sólo esas dos lámparas y el mantel. Nada más. Tres cosas. No era tan difícil, incluso para ti.

—Lo siento —me quejo, intentando ocultar lo mucho que me duelen sus palabras.

—Quizá los dejaste a propósito —suspira resignado.

—¡No lo hice! Simplemente las olvidé —Mi cara se calienta de rabia.

—¿Como tus cosas de matemáticas?

Ethan me empuja lejos del maletero y lo cierra de golpe. Luego rebusca en el bolsillo de su pantalón y me pone en la mano unos billetes de un dólar.

—Ve al Centro de Visitantes y compra dos nuevas. Ahora mismo.

Me siento humillada porque me habla como si fuera idiota. Por otro lado, realmente necesitamos las lámparas y es culpa mía que no las tengamos ahora.

—¿Puedo comprar también un spray para osos, entonces? —pregunto amistosamente.

Ethan me mira como si por fin hubiera perdido la cabeza.

—Ni siquiera te pondría un spray para osos en la mano si hubiera un oso pardo delante de la tienda. Te las arreglarías para empañarnos y dejarnos completamente indefensos. Además, no creo que tengas el valor de usar el spray en caso de emergencia.

—Pero me dan miedo los osos —insisto tercamente.

Me mira con desdén.

—Sólo las lámparas. Nada más, ¿entendido?

—¡A lo mejor me subo al próximo autobús y me voy a casa también! —digo con rabia—. ¡O a cualquier otro lugar! —Mi voz suena quejumbrosa y me odio por ello. Me odio porque Ethan me hace comportarme como una niña pequeña, y no como una chica de dieciséis, casi diecisiete años.

—Sí, sí, como quieras —me dice—. ¡Sólo asegúrate de subir al autobús correcto! —Su sonrisa es desagradable. Y condescendiente. Me hace olvidar por completo mi promesa a Avery.

—Tú quieres ocupar el lugar de papá —le gruño—. Pero papá nunca habría sido tan malo conmigo. Nunca me habría dicho que no sirvo para nada. Jamás. Te odio. —Me doy la vuelta y salgo corriendo.

Espero sinceramente que le caiga un rayo y lo fulmine

Atravieso el camino de grava en dirección al centro de visitantes. Intento bloquear las palabras de Ethan, pero giran dentro de mí como las aspas de un molino. *No era tan difícil, incluso para ti. Realmente no sirves para nada.*

Estaba considerando seriamente subirme al siguiente autobús sólo para vengarme de Ethan. Por supuesto, eso sería infantil, pero entonces él vería lo que consigue tratándome con tanta condescendencia. Cuento los billetes que tengo arrugados en el puño y me doy cuenta de que treinta dólares no son suficientes para coger el autobús de vuelta a casa. Los guardo con descontento en el bolsillo de mis pantalones cortos y luego me meto las manos bajo las axilas porque de repente siento un frío glacial. Como si la temperatura hubiera bajado de repente varios grados. Y también se ha vuelto más oscuro. Y más silencioso. No me había dado cuenta de lo fuerte que cruje la grava bajo mis suelas. Miro a mi alrededor.

Unos cuantos cuervos enormes se posan cerca de los grandes contenedores de basura y

recogen las migas de pan que dejan los campistas. Con una sensación de inquietud, miro entre las gruesas secuoyas, buscando un oso negro. Pero todo lo que veo son tiendas verdes y marrones, chimeneas, gente con ropa de exterior y árboles, cientos de árboles que se alzan majestuosamente a mi alrededor. A su lado todo parece diminuto, pequeño como juguetes. Bajo los troncos desnudos, unas sombras opacas desplazan los restos de luz del sol. Parece como si quisieran sofocar la luz con sus siniestras garras... o saltar sobre mí desde la penumbra. Un escalofrío recorre mi espalda mientras sigo adelante, con la sensación de estar siendo observada por esos oscuros seres ocultos entre los árboles.

Mientras continúo caminando con precaución, intento apartar de mi mente la sensación de inquietud que me embarga. Hace un momento creí ver un movimiento entre las sombras del bosque, algo que parecía una extraña combinación entre un oso y un hombre. Pero ahora me digo a mí misma que solo fue producto de mi imaginación jugándome una mala pasada.

Sigo caminando por el camino de grava, manteniendo la vista fija en el Centro de Visitantes, que se encuentra a unos trescientos metros de distancia. A medida que me acerco, puedo ver la entrada del lugar, brillantemente iluminada, lo cual me reconforta. Me doy cuenta de que en esta sección del camping no hay tiendas ni autocaravanas, y me pregunto si los baños públicos de los que hablaron durante la sesión informativa estarán cerca. Continúo mi camino, consciente de que estoy llegando a una zona más concurrida y segura, pero aún mantengo la precaución, recordando que la naturaleza puede ocultar sorpresas en cualquier momento.

Sin embargo, no puedo evitar la sensación de que algo o alguien camina a mi lado al abrigo de los árboles, y siempre desaparece detrás de uno de los troncos justo cuando miro hacia el bosque.

Con el corazón palpitante, me subo el tirante de la blusa por encima del hombro y tengo que pensar en las amonestaciones de Ethan. *Deja de enseñar tanta piel, Louisa. Después de todo, no serías la primera en ser acusada de buscar atención por ello.*

De nuevo me asomo entre los troncos y ahora lo veo con claridad: Algo largo y salvaje que se ha escabullido en una sombra como si en realidad formara parte del bosque.

Acelero mis pasos y dejo de mirar a los lados. Ya estoy en la zona de acampada donde solo quedan unas pocas tiendas de las grandes familias. Para acortar el camino, me desvío por un sendero que serpentea entre los diferentes campamentos. En un momento tenso, me enredo en un tendedero que cuelga entre dos arbustos y suelto una maldición en voz baja. Repentinamente, oigo el crujir de una rama a mi lado. Volteo la cabeza y alguien me agarra por el hombro. Quiero gritar, pero es demasiado rápido. Me dan la vuelta.

—¡Lou, espera un minuto!

Involuntariamente, aparto la mano de un manotazo.

—Jay —balbuceo y vuelvo inmediatamente en mí—. Me diste un susto de muerte. ¿Por qué te escabulles detrás de mí?

—No me escabullo en absoluto, sólo tomé un atajo. —Mi hermano sonríe y yo me pregunto si no habré sido más que un sujeto de pruebas para una de sus historias. ¿Cómo reacciona una chica ante una misteriosa amenaza del bosque? Pero no, Jay puede ser ambicioso, pero nunca haría algo así.

—¡No vuelvas a hacer eso! —le grito. Mi corazón sigue latiendo demasiado rápido—. Creía que eras un... ¡olvídalo! —De repente caigo en la cuenta—. Ethan te envió tras de mí para que no huyera, ¿verdad?

Jay sacude la cabeza.

—No lo dice en serio. Sólo quiere protegerte.

—¿Has venido a decirme eso?

—Corrí detrás de ti para ver si todo estaba bien.

—¡Ethan me desprecia! —Me acobardo al decir lo que realmente pienso. Nunca antes había sido tan consciente de que realmente lo creo. Siento una presión sorda en el pecho. La ira o la rabia son cosas que pasan. La decepción también. Pero el desprecio es más intenso, cala mucho más hondo y también es difícil luchar contra él.

—¡Eso no es cierto! —me contradice Jayden enérgicamente—. Ethan no te desprecia en absoluto. Te quiere. Si desprecia a alguien, es a sí mismo por ser tan duro contigo y no ser capaz de salir de su pellejo.

¡No sirves para nada! No sé qué pensar. Ya he decepcionado a Ethan demasiadas veces. En algún momento probablemente se convirtió en desprecio. Por eso ahora no le importa si sus palabras me hieren o no.

Me doy la vuelta.

—Déjame en paz para comprar las lámparas —digo con frustración. *Quizá lo haga bien por una vez.*

—¿Estás segura? —Jay suena incrédulo.

Me doy la vuelta una vez más y me obligo a sonreír, deseando que me deje en paz.

—¡Claro! —Y le dejo allí plantado.

El Centro de Visitantes es cálido, luminoso y acogedor. Los paneles de madera de las paredes y los techos crean un ambiente hogareño, y también huele a café recién hecho y a papas fritas de un puesto de la esquina. Me encantaría pasar aquí la noche en lugar de escuchar a mis hermanos roncar en el frío. Qué idea tan descabellada la de Ethan de traerme con él, ahora que ya no cabemos todos en la tienda para cuatro personas.

Pensar en Ethan provoca una extraña sensación en mi estómago. Normalmente, se siente desagradable que alguien esté enojado conmigo, pero el desprecio es algo que no puedo tolerar en absoluto. Tal vez debería aprovechar estas vacaciones para demostrarle a Ethan que no soy tan irresponsable como él piensa. Si me comporto de manera ejemplar aquí, tal vez me permita unirme a *Hades-in-love* después de las vacaciones. Además, le prometí a Avy que me controlaría de todas formas.

Todavía temblando un poco, me froto los brazos y echo un vistazo al centro de visitantes. El edificio de una planta está dividido en dos zonas. En una están los puestos de información para los visitantes, y en la otra es donde se hace todo el dinero por lo que los campistas han olvidado en casa. Cuando sales del centro por el otro lado, llegas a los lavabos y las duchas, como nos explicó el guarda del parque. Duchas, ¡menos mal que hay!

Deambulo por los pasillos en busca de las lámparas. La sala de ventas parece un pequeño supermercado, sólo que los precios son espeluznantes. 200 mililitros de café helado Starbucks por diez dólares. Bocadillos por once dólares. Hola? Creía que acampar era barato. En algún momento me detengo ante un perchero con sudaderas con capucha. *Sequoia National Park* está escrito en una gris con capucha verde. ¿Quizá debería comprar la sudadera en vez de las lámparas? La verdad es que no traje ninguna conmigo y fuera ya hace un frío que congela. Lo hago a un lado. El siguiente tiene impreso un oso pardo gigante. *Keep calm and camp on*, dice debajo. *Muy gracioso.* Sigo andando y descubro la sección de utensilios de camping en un hueco. Lo primero que me llama la atención es el spray para osos.

Cojo el bote. *Spray repelente de animales. Alcance de hasta diez metros. Cincuenta dólares.*

¡Fantástico! Ni siquiera tendré tanto dinero cuando reciba mi mesada de Ethan este mes por adelantado. Además, aún tengo una deuda con él. Con un suspiro, vuelvo a dejar la lata en su

sitio y me quedo con la mirada clavada en la puerta principal.

Un tipo vestido en tonos oscuros entra por la puerta de cristal abierta. Me quedo mirándole como hechizada. Pantalones cargo negros, sudadera negra con capucha. Pero no es su atuendo lo que me fascina, sino algo en su rostro. No sé qué, sólo que me cautiva. Respiro hondo y aparto la mirada. Madison habría dicho que estaba más bueno que el pan y lo habría reclamado para ella. Ava probablemente me habría apretado la muñeca hasta hacerme papilla. Maldita sea, si al menos tuviera mi teléfono conmigo, podría haberle hecho una foto a escondidas.

Para parecer ocupada, vuelvo a coger el spray para osos y finjo estudiar los ingredientes. Sin embargo, miro más allá de la lata directamente al tipo de la capucha. Su pelo oscuro es un poco largo para parecer arreglado, pero tampoco parece desaliñado. Más bien parece atrevido. Me parece alguien que no rehúye el riesgo.

Con un rápido movimiento de la mano, me suelto la coleta del pelo y me aliso los mechones con una mano. Nunca se sabe, ¡a lo mejor todavía se fija en mí!

Se para delante de las neveras con la comida congelada y toma... ¿son deditos de pescado? Cielos, no parece que se alimente con deditos de pescado, más bien con un filete, tal vez un salmón. Como si estuviera en trance, lo observo mientras escoge un café helado, no del tipo Starbucks, y algunos donuts congelados del congelador. Todo eso me encanta.

Como si sintiera que le observo furtivamente detrás de un bote de spray repelente de osos, de repente se vuelve para mirarme al otro lado de la estantería. En su rostro se dibuja una expresión interrogante, casi como si hubiera hecho algo malo. O como si le sorprendiera que le estuviera mirando. Como si no pudiera creer que haya captado mi atención.

No puedo moverme y sigo mirándole como si estuviera en un trance. *¡Maldita sea Lou, contrólate!*

Antes de que pueda obligarme a sonreír, le veo dirigirse a la caja registradora. Paga con un billete que ha sacado del bolsillo y se da la vuelta para marcharse. Pero no se dirige a la puerta de cristal, sino a...

¡Socorro! Viene directo hacia mí. ¿Quizás quiere saber por qué le miro tan insolentemente? O tal vez se olvidó de algo. O tal vez sólo quiere hablar conmigo.

Me aferro a la lata, me sumerjo en los ingredientes y me pregunto si realmente quiere acercarse a mí. Una parte de mí se siente atraída por él, la otra se desmaya, dejando atrás cualquier rastro de pensamiento lógico.

Creo que realmente viene hacia mí.

Me doy la vuelta en un santiamén y me paso la uña del pulgar entre los dientes delanteros para no tener nada entre los dientes si se me acerca. ¿Qué llevo puesto? Ah, sí, la blusa blanca con amplias mangas de encaje, el collar largo con colgantes de colores y mis jeans cortos. Afortunadamente, no llevo botas de montaña. Aunque tal vez a él le gusten esas cosas.

Por el rabillo del ojo le veo entrar por el pasillo y colocarse frente a la estantería con las antorchas, las lámparas de camping y las pilas. Aprieta hábilmente los objetos congelados contra su estómago con el antebrazo. Un vientre muy delgado, por lo que veo, a pesar de su ropa holgada. Parece totalmente atlético, sólo por la forma en que se mueve. Me parece una pantera, cuya fuerza letal solo se revela después de su elegancia.

Podría preguntarle si sabe algo de camping y ni siquiera sería una excusa, porque no tengo ni idea de lámparas de camping. Aun así, permanezco en silencio y siento que mis mejillas empiezan a arder. El tipo de la sudadera tiene por lo menos la misma edad que Liam. Veintidós, no más joven. Más bien mayor. Puede que incluso veintitantos. Demasiado *mayor para ti,* diría Ethan.

La edad perfecta – escucho la voz de Ava seductoramente en mi mente. No sé exactamente por qué este chico me intimida tanto. Aunque está claro que ya no es un chico.

—El spray para osos es completamente inútil —dice seriamente y sin darse la vuelta—. Solo lo venden para hacer dinero —Su voz suena oscura y áspera, llena de confianza en sí mismo.

Me hace sentir aún más insegura. Miro fijamente su espalda y me esfuerzo por pensar qué podría decirle antes de que piense que soy muda o sorda, o ambas cosas a la vez.

—Al menos no conozco a nadie que haya logrado derrotar a un oso con eso. —Se vuelve hacia mí con una breve sonrisa.

Siento que el corazón me late con fuerza en la garganta y rezo para que no se dé cuenta de lo emocionada que estoy. De cerca, su aspecto es aún mejor. Sus ojos son oscuros, casi negros, rodeados por un anillo de pestañas largas y espesas. *Ojos cautivadores,* susurra la voz de Ava en mi cabeza. Mi mirada recorre su rostro: labios estrechos y perfilados, nariz ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Pero sus pómulos son inusuales. Sobresalen tanto que bajo ellos se dibuja una línea de sombra. Estas sombras le hacen parecer inaccesible. Inabordable, pero también vulnerable. Eso es probablemente lo que me atrajo de él desde el principio.

Señala despreocupadamente la lata que tengo en la mano.

—Con eso sólo los irritas. En el peor de los casos, se vuelven agresivos y atacan aún más. Sobre todo si no tienes buena puntería —Da un paso hacia mí. Huele a leña, a sal y a bosque, pero en medio hay un olor dulce y penetrante que no puedo localizar. Algo químico. Un producto de limpieza, tal vez.

Todavía no me atrevo a sonreír. Parece tan controlado, tan experimentado. Estoy segura de que ha hablado con cientos de chicas. Estoy segura de que diré algo completamente estúpido. Si es que consigo decir una palabra.

—No sueles ir mucho de camping —me dice, intentando ayudarme a superar mi timidez. Debe de ser capaz de hacerlo. Estoy segura de que no es la primera vez que deja boquiabierta a una chica al verle.

—¿Y si de repente me encuentro con uno? —sueno preocupada—. Bueno... un oso, quiero decir —Me gustaría darme una bofetada por ser tan testaruda, ¡qué vergüenza!

El tipo de la capucha no parece haberse dado cuenta o no le pone importancia.

—Lo mejor sería que no te muevas. Quieta —Vuelve a sonreír, esta vez con un extraño brillo en los ojos. Quizá se alegra de que no sea muda, después de todo—. Esperas a que retroceda. Si se acerca de todos modos, tienes que cantar o aplaudir. Los ruidos fuertes ahuyentan a la mayoría de los osos negros.

—De acuerdo —Casi susurro y vuelvo a dejar la lata. Como temo que se vaya, continúo hablando rápidamente—. Tengo que comprar una lámpara de camping. ¿Sabes algo de eso?

—¿Una para colgar o para poner en la mesa? —Me mira. Sus pupilas son enormes, llegan casi hasta el borde exterior del iris. Una vez oí que las pupilas se dilatan cuando te gusta la persona con la que hablas. La idea de que piense que soy guapa me hace un poco más valiente. Puede que realmente sea guapa. Hasta Ethan lo dice.

—Una para poner sobre la mesa —Me aclaro brevemente la garganta para que mi voz suene más clara y jugueteo nerviosamente con los dijes de mi collar—. Olvidé nuestras lámparas en casa y mi hermano me mandó a comprar unas nuevas.

Asiente como si ya lo supiera y me pregunto si habrá oído la discusión. Ethan habló bastante alto, después de todo.

Si ha oído algo, no dice nada. En lugar de eso, coge una lámpara parecida a un farol de uno de los estantes superiores, que yo nunca habría podido alcanzar sin ayuda. Mientras lo hace, me doy

cuenta de lo alto que es. Tan alto como Avery, estoy segura, un metro ochenta o uno o dos centímetros más. Yo apenas le llego a la barbilla.

—Las *Solarez* son las mejores. No deslumbran, pero dan suficiente luz.

Finjo escrutar la lámpara, pero en realidad sólo veo sus largos y delgados dedos agarrando el mango de la linterna de camping. Una pálida cicatriz recorre el dorso de su mano izquierda. De algún modo, me gusta.

—Me llamo Louisa —digo bruscamente.

—Bren —Sus pupilas son ahora tan grandes como su iris. ¿Ha estado tomando drogas? No tengo experiencia con eso, pero me parece demasiado claro.

Siento que su mirada penetra en mí, muy intensamente, como si quisiera decirme algo. Como si tuviera que entender algo. ¿Pero qué?

—¿Sólo Bren? —me oigo preguntar como desde muy lejos.

Parpadea y el momento se acaba.

—Brendan —Ahora es él quien habla en voz baja. Como si su nombre fuera un secreto que sólo me cuenta a mí. Por encima del hombro, echa un vistazo a la caja registradora. El cajero da la espalda y está manipulando un estante junto al mostrador. La mirada de Bren recorre las estanterías. Mi optimismo se reduce al tamaño de una nuez. Seguro que está buscando a su novia. Claro que sí. Por su aspecto, dudo que el tal Brendan esté soltero.

—Tengo que irme —dice ahora sin transición y me pone la lámpara en la mano—. Quizá nos veamos por ahí.

Sonrío para ocultar mi decepción.

—¿Estarás mucho tiempo aquí? —pregunto de todos modos.

De nuevo su mirada recorre el área de cajas.

—Unos días más.

—Nosotros también.

—Vale —Me hace un gesto con la cabeza—. Nos vemos entonces.

—Sí —Le veo salir por la puerta de cristal, con las cosas congeladas y el café helado aún apretados contra el estómago.

Permanezco allí un rato y me siento como en un sueño. Finalmente, mis ojos se posan en la lámpara que tengo en la mano. Cuesta catorce dólares, apenas más que el café helado. Qué locura. Le pido al cajero que me traiga otra de la estantería, pero sigo pensando en Brendan. Debería haberle contado lo del campamento para modelos. Seguro que le habría impresionado y no habría desaparecido tan rápido. Pero, por otra parte, tal vez habría pensado que eran las reflexiones ingenuas de una niña tonta. Sí, es mejor que no lo haya mencionado. No parecía que se impresionara fácilmente. ¿Qué aspecto tenía?

Mientras pago, pienso en tres palabras que usaría para describirle. Audaz, confiado y ...

Se me ocurren demasiadas cosas. Sexy, excitante, salvaje, vulnerable, intenso...

En cualquier caso, no me miró como si no sirviera para nada. Incluso consiguió distraerme de Ethan.

Perdida en mis pensamientos, camino por los estacionamientos frente al centro de visitantes. Los rayos de sol rojizos y dorados se abren paso a través de un grupo de nubes gris azuladas. No falta mucho para que se ponga el sol. Me estremezco al pensar que tendré que caminar hasta el camping. No sólo por el frío, sino también porque el bosque parece aún más oscuro. Ojalá no hubiera echado a Jay. Jugueteo con el interruptor de una lámpara de camping, pero sigue oscuro. Ethan me habría vuelto a llamar idiota, pero a veces las lámparas nuevas traen pilas para probarlas. Pero esta no. Y tampoco la segunda.

Cojo una linterna en cada mano y cruzo el estacionamiento. A lo lejos veo una figura oscura que viene hacia mí. El paso decidido me recuerda a Ethan, pero a medida que se acerca, reconozco a Bren.

Parece que ya ha guardado sus compras.

—Hey Louisa.

Sorprendida de que se dirija directamente a mí, me detengo.

Su expresión es seria, casi alarmante.

—Malas noticias —dice secamente y me mira de arriba abajo como si tuviera que medir algo sobre mí.

—¿Por qué? —Involuntariamente agarro las lámparas con más fuerza. Espero no les haya pasado nada a mis hermanos, pero ¿cómo lo sabría Bren?

—Hay una madre oso negro sentada con sus cachorros justo al lado de los contenedores.

Siento que se me va la sangre de la cara.

—Los contenedores están justo en mi ruta.

—Deberías esperar a que se vaya. Las madres oso siempre reaccionan agresivamente cuando creen que alguien amenaza a sus crías. Algún vago debe haber olvidado cerrar los contenedores. Es lo mismo cada verano. Pueden tardar horas en comer hasta saciarse.

Mis pensamientos se aceleran. Si no aparezco pronto con mis hermanos, me estarán buscando. Y entonces correrán directo a los brazos de esa madre osa.

—Tengo que volver.

Bren sacude la cabeza con labios finos.

—No puedes pasar por ahí ahora.

—Pero mis hermanos... —Miro por encima del hombro hacia el Centro de Visitantes—. Me estarán buscando. Tenemos que avisar a los guardabosques. Tengo que...

Bren levanta una mano en tono apaciguador.

—Louisa, los guardabosques ya están allí vigilando. No dejarán que nadie se acerque a la madre osa.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza.

—¿Aseguran también ambos lados de los contenedores?

—Por supuesto, ¿cómo no lo harían?

Exhalo aliviada. Los guardas tienen armas y autoridad para disparar a un oso en caso de emergencia. Y cuando mis hermanos vean a los guardabosques, seguro que se imaginan que estoy al otro lado y tienen que esperar hasta que pueda pasar.

—Siempre hay idiotas haciendo fotos y filmando osos —me explica ahora Bren—. En Canadá, una vez un turista incluso quiso dejar que su hija montara a lomos de un oso pardo.

—¡No es cierto!

—¡Lo es! Pero no pasó nada.

Tengo que reírme y él se une. Una risa corta y fuerte. Más una *carcajada* que una risa de verdad, pero le cambia la cara por un momento, hace desaparecer las sombras ásperas y distantes y lo rejuvenece.

—En realidad quería ir al centro otra vez. —Bren toma las lámparas de mis manos, no sé por qué, pero de alguna manera parece natural—. Olvidé los tomates. Pero si quieres ir con tus hermanos, puedo llevarte primero a tu campamento.

—¿Hay una segunda ruta? —pregunto irritada—. El guarda forestal no nos lo dijo.—O me lo he vuelto a perder por estar soñando despierta.

—En realidad, hay tres. Pero la tercera está demasiado cerca de los contenedores de basura, también está cerrada. Y la otra apenas se usa porque tiene miles de baches. Atraviesa varios kilómetros en medio del bosque. —Su mirada se detiene en mi hombro desnudo, la blusa ya se me ha vuelto a bajar y casi me llega a la altura del codo.

Automáticamente las subo un poco.

Levanta la vista, me mira directamente a los ojos y, de nuevo, la intensidad de su mirada me golpea.

—No deberías bajar sola. De verdad, no deberías.

Por un parpadeo pienso en todas las cosas sobre las que Ethan siempre me advierte. Pero entonces las montañas grises de nubes se apartan y el cielo se ahoga en los colores rojo sangre del sol poniente. Todo resplandece y brilla. Las imponentes secuoyas detrás de Bren parecen como si fueran a estallar en llamas en cualquier momento.

—¿Y tus tomates? ¿No quieres ir a buscarlos?

Hace un gesto con la mano, dándome a entender que no es importante.

—Yo me estoy quedando ahí detrás, no muy lejos de la carretera —La luz roja del sol se pasea por sus ojos. Diminutos puntos bailan en su iris negro, que también puede ser su pupila. Y vuelvo a tener la sensación que ya tuve en el Centro de Visitantes. Que quiere decirme algo. ¿O es una pregunta que sólo me hace en su interior?

¿Quieres?

Un suave hormigueo recorre mis venas. Podría significar cualquier cosa.

¿Quieres venir conmigo?

¿Quieres acostarte conmigo?

¿Quieres que pase algo?

El manojo de llaves tintinea en su mano. Como una invitación. Por el rabillo del ojo veo a un hombre que saca una mochila del maletero de su auto. Bren le mira y yo sigo su mirada. El hombre se echa el equipaje al hombro y se dirige directamente al Centro de Visitantes. Por lo demás, el estacionamiento está completamente desierto.

Bren le da la espalda al hombre y su mirada vuelve a mí.

—No está lejos.

Asiento con la cabeza y él se pone a mi lado y empieza a caminar.

Ethan me mataría si supiera que me subo a un auto con un extraño. Pero él no conoce la situación. Además, Bren es demasiado guapo para no aceptar. Por supuesto, podría ser que él está esperando algo por llevarme. Tal vez quiere llegar a conocerme. O incluso más. Eso es lo que lo hace tan excitante.

¿Quieres?

Siento latir mi corazón mientras camino a su lado. Respiro profundamente. Tengo la sensación de percibirlo todo a la vez. El susurro constante de las copas de los árboles, el olor a pinos y humo, el viento en mi piel, el tintineo de las llaves de Bren y el estruendo de las linternas de camping que lleva en la otra mano.

—Estás temblando —dice de repente.

—No tengo frío.

Me examina de reojo, sonriendo como si lo supiera. Salimos del estacionamiento y seguimos por la carretera principal. El cielo pasa del rojo dorado al gris en cuestión de minutos.

—Es allí —Bren señala hacia delante. Distingo la silueta de una autocaravana estacionada en una saliente un poco apartado de la carretera. Se me revuelve el estómago.

¿Está fuera con su mujer y su hija pequeña? Tal vez es mayor de lo que pensaba y sólo quiere

ser amable porque me vio con el spray para osos y sabe que tengo miedo. Tal vez sólo está mostrando responsabilidad y no quiere dejar que una niña camine sola por el bosque.

—¿Estás aquí con tu familia? —No puedo evitar preguntar.

Su rostro se ensombrece brevemente, pero sonríe para alejar las sombras en cuanto las veo.

—Solo.

—Pensaba que tenías un auto y una tienda.

Asombrado, levanta una ceja.

—¿Hay alguna diferencia entre un chico de tienda y un chico de caravana?

¿Se está burlando?

Insegura, me encojo de hombros.

—No sé. Parecías un chico de tienda de campaña, no sé. —Espero no haberle disgustado—. Me dio esa impresión porque sabes mucho… sobre los osos y esas cosas.

Sonríe, gracias a Dios.

—Estoy más cómodo con la caravana. —Sus llaves tintinean contra sus pantalones cargo.

—Es bastante grande —observo—. Puede caber una familia de cinco miembros.

—Necesito espacio. Suelo estar de viaje todo el verano.

—¿Y qué haces en invierno? —La pregunta sale antes de que pueda contenerla, y siento una curiosidad terrible.

—Trabajo.

—Ya veo. —Ahora me siento estúpida. Por supuesto, cualquiera que pase el verano viajando tiene que ganar dinero en algún momento.

Hemos llegado a la caravana. *Travel America* está escrito en letras a rayas rojas y azules en el frontal lateral. Me pregunto cómo será ir de vacaciones completamente solo en una caravana tan enorme. Me pregunto si Bren es un solitario. No lo parece en absoluto. Pero Jayden tampoco lo aparenta.

Bren se dirige a la puerta del pasajero, la desbloquea y tira de la manilla, pero la puerta no se abre.

—Maldita sea —maldice indignado—. Se atascó otra vez. —Vuelve a sacudir la manivela con todas sus fuerzas sin que ocurra nada. Perplejo, levanta los hombros y sonríe un poco avergonzado—. Lo siento. ¿Te importa subir atrás? Desde ahí puedes subir al asiento del copiloto.

—No hay problema —digo, pero por primera vez me invade una sensación de inquietud. Me pregunto por qué. Después de todo, aquí estoy con el tío más guapo de toda California. Ava se pondría de rodillas para llegar a su cama. Todo va bien. Sólo una puerta del pasajero atascada, eso es todo. ¿O es otra cosa?

Bren abre la puerta trasera de la fachada lateral, que da a la zona de estar. Por encima de su hombro veo una cocina americana amarilla y una mesa con bancos, aunque el interior está bastante oscuro. Cuando se aparta para hacerme sitio, vacilo. Vuelvo a echar un vistazo al interior. Una chaqueta oscura yace descuidadamente tirada sobre el banco. Sobre la mesa hay un vaso y una botella de Coca-Cola. Un paño de cocina cuelga del asa de la nevera. La pequeña encimera está llena de trastos.

Un caos bien cuidado que le sienta bien a un tipo como él.

Le miro.

Sonríe, pero algo es diferente. Quizá sea una extraña sensación en el estómago que no sé de dónde viene.

Parece darse cuenta de mi duda porque se aleja un paso de mí.

—Oye, soy Bren, no Jack.

—¿Jack?

Desarmado, levanta las manos y mis linternas de camping se balancean mientras lo hace.

—El Destripador. —Sonríe y se guarda el manojo de llaves en el bolsillo del pantalón.

Tengo que reír involuntariamente.

—Claro —Aun así, no puedo deshacerme de esta extraña sensación. Quizá tenga miedo de mi propio valor. Quizá quiere ir directo al grano, ofrecerme algo de beber y conquistarme. Por un momento me pregunto cómo reaccionaría yo. Siento un cosquilleo en el estómago, pero no sé interpretarlo. ¿Es excitación o una extraña sensación de amenaza?

—Podemos ir caminando si lo prefieres —dice Bren de repente—. Es un largo camino, pero entiendo si tú...

—No, está bien —le interrumpo y subo las escaleras. No me lo ofrecería si en realidad estuviera tramando algo malvado. Pero ahora, precisamente ahora, me vienen a la mente por segunda vez las advertencias de Ethan. Sus palabras sobre cómo un hombre a veces confundiría un *no con* un *sí* por mi atuendo. Pero Bren no tiene ninguna necesidad de obligar a una chica a hacer nada, me reafirmo. Con su sonrisa y esa mirada cautivadora, se lleva a todo el mundo por delante.

Dentro de la autocaravana miro a derecha e izquierda. Todas las cortinas están cerradas, no me había dado cuenta antes. Bren entra detrás de mí y cierra la puerta de un tirón.

¿Por qué entró detrás de mí?

Inmediatamente, la extraña sensación en mi estómago se dispara de nuevo. Está detrás de mí, siento el calor de su cuerpo, aunque no me toque.

No dice nada. No va a la nevera a ofrecerme algo de beber.

¿Y a dónde llevó realmente sus compras? Hace un momento vino de una dirección completamente diferente. Es imposible que haya caminado hasta su caravana y de vuelta a los contenedores de basura en tan poco tiempo. Algo va mal. Me invade una oleada de miedo. El olor dulzón que ya había percibido en el Centro de Visitantes se vuelve de repente muy intenso. No me atrevo a girarme para mirarle. Abro la boca, sin saber si hablarle, gritar o correr hacia la puerta del conductor.

En el momento en que decido huir, algo se estrella contra el suelo. Los cristales se rompen en todas direcciones. Una lámpara pasa rodando junto a mi pie. Antes de que pueda reaccionar, el brazo de Bren se adelanta. Me aprieta los codos contra el cuerpo. Por un momento me quedo paralizada de horror, luego intento levantar los brazos, pero no puedo. Es demasiado fuerte. Grito tan fuerte que me duele la garganta.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Por favor!

Pero de repente su mano está en mi cara. Me presiona la boca y la nariz con algo suave. Con mucha fuerza.

El dulce olor me pica en los ojos, me quema los labios. Inmediatamente me mareo, todo me da vueltas. No debo inhalar esto. *No respires*. Contengo la respiración, clavo las manos en sus muslos, pero el agarre de Bren es tan fuerte como los barrotes de una jaula. El pánico me invade. No puedo escapar. Dios, no puedo escapar. Me doy cuenta de lo que me está pasando y, sin embargo, no me doy cuenta.

—Quédate quieta, no te haré daño. —Parece completamente calmado, pero su brazo se estrecha cada vez más implacablemente alrededor de mi cuerpo.

Ya no puedo ver nada excepto la tela blanca. Ya no puedo pensar en nada, sólo en que voy a morir. El corazón me martillea en los oídos. La presión en mi pecho se hace insoportable. Tengo

que respirar. Muevo mis piernas desesperadamente, intentando golpearlo por algún lado, pero él sólo me empuja más fuerte contra él, me levanta. Mis pies cuelgan en el aire. Me lloran los ojos. Mis pulmones explotan. No puedo aguantar más la respiración. El dulce líquido entra en mi boca. Me araña la garganta. Espirales de colores neón giran delante de mí sobre un fondo negro. Intento resistirme, pero me fallan los músculos.

—No te preocupes, no te haré daño. —La voz de Bren sale de una niebla espesa y oscura que ronda en mi cabeza. Siento que me desplomo en su agarre, volcándome hacia delante. Sé que estoy perdiendo el conocimiento. Y que es mi muerte.

Destellos de colores aparecen en mi vista. Al final, sólo hay palabras.

No te haré daño. No te muevas.

No sirves para nada.

¿Quieres?

Capítulo 3

Lo primero que noto al despertarme es un balanceo. Estoy tumbada en algún sitio y el suelo se balancea de un lado a otro como en un barco.

No sé por qué, pero no quiero abrir los ojos. Algo me lo impide. ¿Tengo miedo? Tengo una sensación extraña en mi interior. El corazón me late con fuerza en el pecho, como después de correr vallas en clase de gimnasia. Me siento totalmente agotada. ¿Tuve una pesadilla? Si es así, ya se me olvidó el argumento. No estoy despierta, ¿o sí?

Quizá debería volver a dormir profundamente. Parpadeo un poco de todos modos porque me siento muy desorientada. Los párpados me pesan como el plomo, como si estuvieran pegados, apenas puedo abrirlos.

La sensación de ansiedad en mi interior se intensifica. La oscuridad me rodea. No veo nada, nada en absoluto. No puede ser. No hay lugares así, al menos no por aquí. Siempre hay una luz que viene de alguna parte. Una farola o la luna y las estrellas.

Parpadeo unas cuantas veces más, pero sigue oscuro. ¿Por qué está tan oscuro? Siento mi pulso latir con fuerza en mi garganta.

Intento encontrar algo familiar, que me tranquilice. Mi mesilla de noche desordenada o la cortina de flores. Pero cuando giro la cabeza para orientarme, un dolor agudo se dispara detrás de mis ojos. Destellos rojos parpadean en las comisuras de mis ojos y durante unos segundos temo desmayarme porque duele mucho.

¿Qué me ocurre? Intento volver a ver algo a mi alrededor, pero el miedo me impide captar nada con claridad. Sólo noto que hago un esfuerzo loco por recuperar el aliento. Siento el pecho dolorido, como si tuviera neumonía. Y aún oigo el golpeteo de mi pulso en los oídos. *Bam. Bam. Bam.* Tal vez tenga fiebre.

—¿Ethan? —Mi voz suena extrañamente ahogada y rasposa en mi garganta. ¿Estuve gritando o llorando? Intento recordar lo que pasó antes de dormirme, pero es como si hubiera un enorme agujero donde deberían estar mis recuerdos. No hay nada. Ni una imagen, ni un fragmento de pensamiento, sólo niebla oscura.

¿Dónde estoy? ¿Dónde están mis hermanos?

La sensación de que algo terrible me ha sucedido penetra profundamente en mis huesos. Se hace más fuerte con cada respiración, se instala hasta el tuétano. No sé si quiero saberlo, quizá por eso no he querido abrir los ojos antes. ¿Me he despertado y luego me he vuelto a quedar dormida?

Tanteo el suelo sobre el que estoy tumbada. Está fresco y seco. Ahora me doy cuenta de que me tiemblan los dedos. ¿Tengo frío? ¿Me duele algo, además de detrás de la frente y en las cuencas de los ojos? Vuelvo a palpar mi cuerpo, pero sólo noto el temblor de mis manos. Y este latido martilleante. Este palpitar en todas partes. En el pecho, en la garganta, en las sienes. Incluso en las muñecas. Y tengo algo en la cara. Sobre mi nariz y boca. Por eso es tan difícil respirar.

Quiero quitarlo, pero no puedo levantar los brazos. Se me escapa un quejido. ¿Qué me pasa? ¿Por qué ya no tengo fuerzas?

Me concentro en las manos, enrosco los dedos en el suelo e intento levantar los antebrazos.

Lo consigo, pero mis manos chocan inmediatamente contra un límite duro como una tabla, cerca de mí.

Oh Dios, ¿qué es esto?

Ya no puedo luchar contra el miedo. Mi corazón late cada vez más rápido. *Bam. Bam. Bam.* Como por obligación, paso las yemas de los dedos por la superficie. Está seca y fría, como el suelo. Es grande. Está todas partes.

Estoy encerrada.

Me oigo respirar intermitentemente. No, no puede ser, debería recordarlo. Siento que no puedo respirar lo suficiente para soportar el horror que me rodea. Ahora puedo sentir la cosa en mi cara otra vez, percibir el olor químico y dulce. Muy cerca. ¿Será algo en la cosa que me hace tan difícil respirar? ¿Es un paño?

Intento llevarme las manos a la cabeza, pero los brazos me pesan como el plomo. Mis dedos se deslizan impotentes hacia un lado, resbalan por una esquina o un borde.

Aquí el techo cae por encima de mí, muy cerca de mis hombros debe de estar. La forma de un rectángulo que me rodea surge como una imagen en mi mente. Con mis últimas fuerzas empujo contra las paredes laterales, pero son duras como el granito. No ceden ni un milímetro.

Por un momento, el miedo que siento es tan grande que todo se vuelve borroso. Un sonido terrible se escapa de mi garganta. Un sollozo ahogado, como el quejido de un animal abandonado.

Estoy atrapada en un ataúd. Por un momento me hundo en la oscuridad, pienso que estoy muerta. Los latidos de mi corazón se disparan, se convierten en un ruido blanco.

No, no. Sigo viva. Sigo viva.

No es un ataúd, es una caja.

Un torrente de sudor empapa mi cuerpo. El zumbido se intensifica. Me recuerda algo. Una imagen, una sensación, justo antes de perder el conocimiento. Flota en algún lugar de mi mente. Debo recordar. Si recuerdo, sabré dónde estoy y tal vez pueda ayudarme a mí misma. Pero mi mente está nublada por el miedo y por esa asquerosa sustancia dulce.

Respiro profundamente a través de la tela, intento apartar el miedo, pero no lo consigo. Mis brazos y piernas tiemblan incontrolablemente. *¡Cálmate, Lou! ¡Piensa! ¿A qué te recuerda ese ruido?*

Oigo mi sangre bombeando. La repugnante dulzura llena mis pulmones. Debe estar en la tela que cubre mi cara. O en todas partes. Mi conciencia se escapa como un pez mojado al que no puedo aferrarme.

Siento que se me escapa y vuelvo a hundirme en la oscuridad. Pero antes de desaparecer, capto algo.

Hay una sensación de vitalidad. Veo las copas de los árboles meciéndose de un lado a otro bajo un cielo rojo sangre, ligeras como juncos. El olor a pino y humo fluye a través de mí. Hay una sensación de libertad. Se eleva en mí, se hace tan real que casi puedo asirla. Pero antes de que pueda asirla del todo, la oscuridad se hace más fuerte.

La siguiente vez que me despierto, lo primero que noto es de nuevo el balanceo. El balanceo y la oscuridad. *Bam. Bam. Bam.* Sigo en la caja. En cuanto me doy cuenta, el corazón se me acelera aún más y me estremezco. No puedo pensar. Me siento como si estuviera atrapado en el vientre de un monstruo que me está digiriendo viva. Todo en mí tiembla. Recuerdo el monstruo de tres cabezas que había detrás de mi casa de muñecas y el miedo que me daba de niña. Ethan tenía que hechizarlo todas las noches para que no saliera. Pero Ethan no está aquí. Estoy sola. Nadie puede ver que me ha devorado. La idea se hace cada vez más real en la oscuridad. Incluso mis respiraciones de repente parecen extrañas y aterradoras. Jadeantes y agitadas... ¿quizás no son

mías? En mi cabeza se arremolinan pensamientos extraños y confusos. De repente me doy cuenta de que aún puedo pensar. Lo del monstruo es un truco de mi subconsciente, creyendo que podría soportar aún menos la verdad que los miedos de mi infancia.

Me fuerzo desesperadamente a respirar tranquilamente. Inhala, exhala. Más tiempo al exhalar que al inhalar, como Liam me enseñó para que no me pusiera tan nerviosa antes de los exámenes de matemáticas. Inhala, exhala. Puedo respirar mucho más libremente que antes.

¡El paño se ha ido!

¿Se resbaló, o alguien estuvo aquí y se lo llevó? ¿Quién? Un nuevo miedo surge en mí. Un miedo enorme como un rascacielos, abrumador.

¿Qué te ha pasado, Lou? ¡Piensa, recuerda!

Es reconfortante hablar conmigo misma, incluso si solo es en mi mente. Es como si hubiera otra persona que se preocupa por mí, y además, demuestra que aún estoy viva. *Alguien te encerró pero te dejó viva. ¿Por qué no te mató?* En mi cabeza sigue estando el gran agujero negro. Es tan opaco como la cosa en la que estoy tumbada. Hay negrura por todas partes, dentro de mí y a mi alrededor.

¡Recuerda, Lou!

Pero no encuentro nada a lo que aferrarme. Y mi última pregunta queda suspendida en el aire y se convierte en un laberinto con pasillos de terror.

¿Por qué no te mató?

Durante varios segundos me palpo el abdomen e intento averiguar si tengo dolor allí, pero no siento nada. Sólo sé una cosa. No debo responder a esta última pregunta. Porque en cuanto deje que mi imaginación entre en el laberinto, me perderé en mis miedos y no encontraré el camino de vuelta. Entonces me desmayaré de pánico...

¡Por favor, no pienses en ello, Lou, no pienses en ello! ¡Trata de recordar!

Pero no puedo...

¿Por qué me metieron en esa caja? ¿Cuánto durará el oxígeno? ¿Me asfixiaré o me sacarán a tiempo? ¿Y luego qué me harán? ¿Me torturarán y violarán? En mi cabeza aparecen imágenes de cuchillos, ganchos para carne y descargas eléctricas. Un hombre con una máscara. ¿Me matarán y me tirarán a un vertedero?

La idea de que mis hermanos me encuentren allí, retorcida, fría y sin vida, me saca el aire de los pulmones. La cara de Ethan, la consternación en sus ojos todo su sermoneo en vano... que una vez más no le haya hecho caso...

Un único sollozo brota de mí con tanta violencia que no puedo contenerlo. No puedo sacarme la cara de Ethan de la cabeza. Me mira a través de la oscuridad como desde una gran distancia. Quiero extender los brazos y aferrarme a él.

Lo siento mucho, lo siento mucho...

Sus ojos azul verdoso me miran con seriedad y, de repente, una parte de mi memoria regresa, como si estuviera en su mirada:

Estábamos discutiendo, Ethan y yo. Me regañaba por haber olvidado las lámparas de camping en casa. Recuerdo las palabras que le lancé. *¡Te odio!* Después salí corriendo, temerosa de una larga sombra que se escabullía por el bosque.

Sí, la sombra. Algo maligno estaba allí.

Más miedo me invade desde la oscuridad, me invade hasta que estoy tan aterrada que ya no puedo pensar. De nuevo me oprime la sensación de estar atrapada en el vientre de un monstruo, a punto de morir... *Lou, por favor...*

Respiro profundamente, intento evocar detalles, pero no consigo retener ningún pensamiento.

Son como retazos que revolotean en mi mente, dispersos por el pánico. Ethan, las lámparas... el susurro de los árboles... Sólo he oído el susurro de los árboles después de mi discusión con Ethan. Por alguna razón, estoy bastante segura de ello.

Para no volverme loca, paso las manos por la tapa. Sin duda es la tapa de una caja. Busco una abertura, rogando para mis adentros que por fin despierte, aunque ya sé que no es un sueño.

En algún momento cierro los ojos, aunque eso no cambia nada. Está oscuro y sigue oscuro, pero me digo que sería mejor no ver la negrura que me rodea. Con los ojos cerrados, puedo ver en mi propia oscuridad, en las lagunas de mi memoria. Repaso lo que sé. Ethan y las lámparas, la sombra... luego estaba Jay... y el susurro de los árboles. Me sentí libre y me reí. Hablé con alguien, pero ¿con quién?

La pregunta se vuelve de repente abrumadora, girando y repitiéndose en mis pensamientos. *¿Con quién, con quién, con quién?* Si recuerdo eso, sabré qué me sucedió después.

¡Me fui con alguien!

La realización llega de golpe. Y de nuevo el pánico. Me fui con alguien y me tiene cautiva. Atrapada como un animal. ¿Por qué se balancea todo así? ¿Estamos en un auto? ¿Me está llevando a un lugar solitario? Y si es así, eso significa que en realidad está tramando algo horrible. Algo donde tiene que llevarme porque no quiere que nadie se entere...

Esta vez no consigo mantener la calma. Jadeo, grito, golpeo la pared con los puños. Me estalla el dolor detrás de la frente, me arden los nudillos, pero no puedo parar. Quiero gritar hasta desmayarme. O tal vez sólo quiero certeza. Certeza sobre si viviré o moriré. Me apoyo en el techo con las manos y las rodillas y, de repente, salgo despedida contra la pared lateral con una violenta sacudida. Aturdida, permanezco tumbada.

Algo ha cambiado. El pulso me late con fuerza detrás de las sienes. Tanteo en la oscuridad.

El balanceo se ha detenido.

Se siente inquietante, como una respuesta a mi desesperación.

Un miedo glacial me recorre la columna vertebral y, al mismo tiempo, el sudor me cae por la cara. No sé qué es peor. La incertidumbre de lo que me ha ocurrido o el miedo a averiguarlo de inmediato.

Capítulo 4

Intento desesperadamente distinguir algún sonido, pero lo único que oigo es mi corazón. Late tan rápido que apenas puedo respirar. Atónita, miro fijamente la tapa, pero no es la parte superior de mi prisión la que se abre, sino la pared lateral.

La claridad me golpea como un puñetazo. Aprieto los ojos, ruedo sobre un costado y aprieto la espalda contra la pared que tengo detrás. Incluso detrás de mis párpados cerrados, percibo la sombra que se extiende a través del cegador torrente de luz. Alguien está justo delante de la caja, frente a la pared que acaba de abrirse.

¿Me estoy muriendo ahora?

Mis dientes tiritan y me doy cuenta de que estoy empapada. Por todas partes.

—Shh, tranquila. Tenía que hacerlo —oigo la voz de un hombre.

La conozco. Lo he oído antes, pero no confío. Mis manos arañan los dijes de mi collar, casi aplastándolos. La pequeña cruz que Ethan me regaló una vez se me clava en la piel. Me gustaría volver a desmayarme, pero mi cuerpo se niega.

—Voy a sacarte ahora.

Ya no consigo cerrar los ojos. Le miro directamente a la cara.

Brendan.

Se arrodilla en el suelo y ladea la cabeza para mirarme. Por un momento no entiendo nada. Por un segundo creo que ha venido a liberarme, pero la mirada de sus ojos negros es demasiado estrecha, demasiado penetrante, demasiado calculadora para eso. *Demasiado perspicaz.* Antes de que pueda siquiera pensar en lo que significa su presencia, las lagunas de mi memoria se llenan de imágenes. Veo las letras de *Travel America* delante de mí, su chaqueta en el banco, el desorden en su encimera, su mirada inquisitiva. Incluso siento su brazo alrededor de mi torso, apretándome para mantenerme a raya.

Por reflejo, me aprieto aún más contra la pared que tengo detrás.

Levanta la mano como si tuviera que calmar a un ciervo tímido.

—No te haré daño, Louisa.

Soy Bren, no Jack.

Está mintiendo. Ha estado mintiendo todo el tiempo. Está mintiendo ahora. Te matará.

Sus brazos empujan la caja, parecen tentáculos que quieren rodearme y estrangularme. Empiezo a gritar, le oigo gritarme y grito más fuerte para ahogarle. Le aparto las manos, una y otra vez.

Maldiciendo, me agarra el brazo con tanta fuerza que sollozo de dolor y dejo de resistirme. Aprovecha el momento y desliza la otra mano bajo mi cadera.

—No quiero hacerte daño. Deja de forcejear —Su voz suena calmada pero firme. Es imponente, y lo sabe.

Intento darle una patada, pero tengo las piernas como un flan. Solo necesita un tirón para sacarme de la caja. Mi cabeza empieza a zumbar de nuevo y un remolino de colores gira a mi alrededor. Negro, rojo, blanco. Sus manos aún me sujetan con fuerza, intento zafarme de él de algún modo, pero mi cuerpo no responde a mis órdenes, como si se hubieran cortado las conexiones neurales entre mi cerebro y mis piernas.

No escaparé de él. Estoy completamente a su merced.

En el momento en que lo entiendo, realmente lo entiendo, me dan arcadas y escupo un montón de jugos gástricos sobre mis dedos.

Me agarra del pelo, me lo aparta de la cara sin que yo pueda hacer nada.

—Es por el cloro —le oigo explicar como de pasada—. Se te pasará pronto, no te preocupes.

Fijo mi mirada en un punto en el suelo para detener el mareo. Parece una media luna, pero el giro la hace cada vez más llena. Una vez más escupo bilis sobre mis manos. Me pica la garganta y los pulmones me arden como el fuego. Desearía estar muerta, así se acabaría el miedo.

Cuando llevo un rato sin vomitar, se aclara la garganta.

—Ahora te pondré en la cama. Eso es todo.

No sé cómo me agarra, solo sé que lo hace.

De nuevo me agito en el aire, pero mi resistencia es ridícula. De un golpe aterrizo de espaldas sobre una superficie blanda. El techo sobre mí se balancea de un lado a otro.

¿Dónde está?

Giro la cabeza hacia un lado y lo veo frente al piecero de la cama, mirando entre sus muslos hacia un pasillo al final del cual está la cabina.

¡Todavía estoy en la caravana! Eso explicaría el balanceo. Me llevó lejos. A un lugar donde puede hacer lo que quiera conmigo y deshacerse de mí después.

Clavo las manos con fuerza en la tela que tengo debajo. Claro que dice que no quiere hacerme daño. Quiere darme una sensación de seguridad. Probablemente disfruta más así: primero dándome esperanzas y luego viendo cómo se apagan cuando me doy cuenta de que va a matarme. Casi siento su mirada penetrante en mi piel. Ardiendo mientras imagina todas las cosas que me hará. Cómo me torturará.

Me refugio en mi interior, intentando alejarme de él de algún modo. Quiero levantar la pelvis y deslizarme hacia un lado, pero lo que sea que me haya dado sigue adormeciéndome.

—¿Tienes que ir al baño?

Doy un respingo. La pregunta me saca del miedo, como si fuera un sueño. Sacudo la cabeza, aunque enseguida siento la presión en la vejiga.

—Avísame si lo necesitas y te ayudaré.

Levanto la vista, tanteando su pantalón cargo negro. Su camiseta está completamente sudada. Aunque vuelvo a estar al borde de la inconsciencia, noto el increíble calor. Le miro a la cara. Realmente me está escrutando. Tiene las pupilas dilatadas. Brillan de forma antinatural, como en el estacionamiento frente al Centro de Visitantes. Lo recuerdo bien. Me mira fijamente y me devora con la mirada, es mucho más aterrador que la oscuridad anterior.

¿Por qué no me di cuenta en el Centro de Visitantes de lo que realmente significaba esa mirada? ¿Que quiere devorarme hasta que no quede nada de mí? ¿Cómo pudieron gustarme las sombras oscuras de sus pómulos que ahora le dan un aspecto tan amenazador?

—Te he llevado al retrete unas cuantas veces. ¿No te acuerdas?

Vuelvo a sacudir la cabeza y cierro los ojos en señal de rendición. Ni siquiera me gusta pensar en cómo me sacó de la caja en mi estado inconsciente, me desnudó y me puso en el retrete. El hecho de que no pueda recordarlo sólo lo empeora. Quién sabe dónde me ha tocado, qué estaba pensando.

Sin embargo, también me reveló algo con su declaración. Porque si he ido al baño varias veces, debo de haber estado fuera mucho tiempo. Si supiera cuánto tiempo, podría calcular cuánto ha conducido y dónde estamos. Pero no quiero tener que preguntarle, no quiero hablar con él en absoluto.

Cuando oigo un fino crujido, vuelvo a abrir los ojos. Está aún más cerca de la cama, probablemente ha dado un paso adelante. Me mira desde arriba.

—Te daría algo de beber, pero no puedes hasta veinticuatro horas después de la anestesia.

Darte algo ahora sería demasiado peligroso. Podrías volver a quedarte dormida y vomitar mientras duermes. Te puedes ahogar con eso.

Giro la cabeza hacia el otro lado para no tener que seguir mirándole. Frente a mi cara está la pared trasera de la caravana, justo al lado de la cama doble. En la parte superior, casi encima de mí, hay un armario de pared que sobresale medio metro por encima de la cama. Todo está totalmente apretado.

—Lou, entiendo que estés asustada, pero no te haré daño. Te lo prometo.

Me drogó brutalmente y me metió en una caja. Me pregunto si sabe lo grotescas que suenan sus palabras en este contexto. Aún me arde el brazo por donde me agarró y me arrastró. No sé qué quiere decir con que no me hará daño, pero parece ser algo distinto de lo que me imagino. Quizá también piense que no me dolerá cuando me estrangule, me apriete los pechos y me penetre a la fuerza.

Me aprieto el puño contra la boca para reprimir un quejido. Saboreo el jugo gástrico agrio en mis dedos, pero no me importa.

Detrás de mí le oigo suspirar.

—Está bien. Te dejaré sola por ahora. Ya verás como cumplo mi palabra.

Con el corazón palpitante, escucho sus pasos alejándose. Suenan duros y pesados y hacen crujir el suelo.

—¿Por qué yo? —susurro con el puño en los labios.

El crujido de sus pasos se detiene. Durante un rato reina un silencio absoluto. El gorjeo de un pájaro llega desde fuera. Luego dice en voz baja:

—Porque estás muy viva.

Se me hace un nudo en la garganta, pero el horror en mi interior es tan grande que ni siquiera puedo llorar.

Me vuelvo a quedar dormida, me despierto y me vuelvo a quedar dormida. Cada vez que vuelvo en mí, temo que Brendan se siente de repente a mi lado y se abalance sobre mí. Dos o tres veces sí que está ahí, de pie a los pies de la cama, observándome con su mirada negra, pero esta vez, cuando me despierto, no lo veo.

Estoy tumbada de lado, con la mejilla mojada por la saliva en la colcha. Todo a mi alrededor está mojado de sudor. Pero algo es diferente. Siento mi interior y me doy cuenta de que me siento mejor, menos exhausta... *más viva*. La palabra resuena en mí desde que la dijo. Creo que incluso he soñado con ello. No consigo entender qué habrá querido decir con ella. ¿Quizás significa que me ha secuestrado porque preferiría verme muerta? ¿Estoy *demasiado* viva para él?

Me prohíbo darle vueltas, porque me asusta demasiado. Permanezco tumbada en silencio durante un rato, mientras mi mente se aclara cada vez más. ¿Qué va a hacer conmigo? ¿Dónde estamos? ¿Hay alguna forma de escapar de él? Me asaltan cientos de preguntas, pero las aparto y centro mi atención en mi cuerpo.

Giro la cabeza varias veces. Todavía siento una punzada penetrante detrás de los ojos, pero ya es más soportable. Muevo los dedos de los pies, dejo que mis tobillos den vueltas. Consigo levantar las rodillas y rodar sobre la espalda. Al cabo de unos minutos consigo sentarme y deslizarme contra la pared del fondo. Me limpio los ojos hinchados con los dedos y me miro. Todavía llevo los pantalones cortos y la blusa blanca, incluso el collar. Es extraño verme con esta ropa. Parece que han pasado semanas desde la mañana en que me los puse hasta hoy.

Tiro de la blusa, que está húmeda contra mi piel. Es completamente transparente, pero por el cansancio no me importa. Apesto terriblemente. A vómito, sudor y miedo. Además, aún tengo

que ir al baño. Mi mirada vaga inquieta. En la parte trasera de la autocaravana sólo está la cama doble a la derecha, y a la izquierda apenas hay espacio suficiente para que alguien se ponga de pie junto a la cama. En la pared del fondo, junto a la cama, hay armarios estrechos y altos. Horizontalmente por encima de mí, pero lo suficientemente alto para que no me golpee la cabeza al sentarme, hay otro armario de pared. Miro hacia delante y veo el pasillo. Brendan sigue sin aparecer, y eso me tranquiliza un poco. El pasillo termina a unos diez metros y ahí es donde se une la cabina. Desde el pasillo se accede directamente a los asientos del conductor y del pasajero.

Me invade la amargura. Con qué facilidad pudo atraparme, con su fingida vulnerabilidad, con esa mirada oscura. Ya me tenía cuando se acercó a mí. ¿Sabía que caería en sus garras? ¿Vio mi ingenuidad? Si es así, tiene un excelente conocimiento de la naturaleza humana, lo que no facilita nada mi situación.

Me inclino un poco hacia delante y observo más de cerca el entorno. En las paredes veo placas metálicas montadas a diferentes alturas. Cada placa tiene una asa, que me recuerda un poco a las finas barras de los armarios de nuestra cocina. También hay una ventana a cada lado. Hasta ahora he estado demasiado ocupada conmigo misma como para prestarles atención. Las persianas plateadas ocultan la vista del exterior, pero realmente necesito saber cómo es el lugar donde estoy. Quizá Brendan me haya llevado a otro camping y pueda escapar y pedir ayuda.

¡No seas tan estúpida, Louisa!, me regaño a mí misma. *¡Lo subestimas enormemente si piensas eso!*

Con pequeños pasos, me deslizo hacia delante y dejo que mis piernas resbalen con cuidado por el borde de la cama. No me atrevo a subir las persianas por completo para no llamar la atención de Brendan si merodea frente a la caravana. Tentativamente, deslizo los dedos entre dos listones y los separo un poco.

Lo primero que veo es una barra de metal que va de derecha a izquierda delante de la ventana. Lo he visto en algunas autocaravanas del Parque Nacional de las Secuoyas. Es una protección contra los ladrones, pero la barra también me impide escurrirme por la ventana alargada. Parece que Brendan ha pensado en todo. Intento ignorar la sensación de pesadez en el estómago.

Detrás del poste, troncos de abedul pálido se elevan en el aire. Detrás de ellos sólo veo coníferas oscuras. Es un bosque diferente, desde luego no del Parque Nacional de las Secuoyas, porque aquí los troncos de los árboles no son tan enormes. Cambio mi ángulo de visión. Los árboles están dispuestos en filas, tan densos como barras de una reja. A través de sus copas, cae un tenue cono de luz sobre el suelo del bosque cubierto de agujas de pino y hace crecer sombras extremadamente largas en los troncos. Intento estimar la hora según su longitud, pero podría ser tanto la mañana como la tarde.

Me dirijo hacia el otro lado, apoyándome de la cama, pero aquí también hay una barrera delante de la ventana y la imagen detrás es la misma. Árboles. Árboles. Árboles. No hay gente. Ni tiendas. Ni otros campistas.

Detrás de la persiana descubro la manilla de la ventana. Podría deslizar el cristal para abrirlo, entonces la mosquitera sería la única barrera con el exterior. Por un momento escucho en dirección al pasillo. Todo está en silencio. No sé qué haría Brendan si me descubriera abriendo la ventana. Se me revuelve el estómago. En cuanto lo pienso, no me atrevo. Con dedos temblorosos, paso la persiana hasta el pestillo, le doy la vuelta lo más silenciosamente que puedo y deslizo la ventana para abrirla. Sólo dos centímetros, no más.

Mi corazón empieza a latir con esperanza. Me bastaría con oír una charla o la risa de un niño a lo lejos. Al menos así sabría que hay otras personas a mi alrededor. Aparte de Brendan. Pero no hay nada, por muy silenciosamente que respire. Aparte del piar de los pájaros y el sutil susurro

de las hojas entre la maleza, todo está en silencio. Demasiado silencio. Tengo la sensación de estar en el fin del mundo. No oigo autos, ni el zumbido de ninguna máquina, sólo el bosque. Me pregunto si Brendan me enterrará aquí bajo tierra. ¿En un lugar donde nadie pueda encontrarme? ¿Estará cavando ya la fosa que se convertirá en mi tumba en este mismo momento?

Me tapo la boca con la mano, como si pudiera impedir que el horror se hiciera oír. Como si se callara si no lo dejara salir. Pero está en todas partes dentro de mí. Y cuanto más tiempo estoy sentada frente a la ventana pensando en la fosa, peor se pone. Y peor se pone la presión en mi vejiga. No puedo seguir aquí sentada.

Me deslizo hasta el estribo. Delante de mí está el estrecho pasillo que conduce al corredor. Al levantarme, me siento mareada de inmediato. Las paredes vienen hacia mí y tengo que apoyarme en la pared con las dos manos, a derecha e izquierda, para no caerme. Es imposible que escape en este estado. Brendan me atraparía en un segundo. Prefiero no imaginarme lo que me haría entonces. ¿Quizá podría encerrarme en el baño? Así al menos podría ir al baño.

Espero un momento. Me miro los pies descalzos. Junto a mi talón izquierdo está la mancha en forma de media luna que me sirvió de punto fijo horas atrás. Eso significa que la horrible caja debe de estar justo debajo de la cama. Intento imaginar cómo me empujó hasta allí y luego se marchó tranquilamente. Cómo me alejó metro a metro de mis hermanos. Se me hace un nudo en la garganta. No puedo pensar en mis hermanos. Eso lo hace todo un millón de veces más difícil.

Con cautela, pongo un pie delante del otro. Me siento como un adicto que necesita la próxima dosis. Al menos así tiemblo. A mi izquierda y a mi derecha hay una puerta. Delante están el grupo de mesas y la cocina americana. Empujo la puerta de la derecha y descubro una minúscula cabina de ducha. Por lo demás, sólo hay una pequeña estantería, nada más. Detrás de la puerta izquierda, en apenas un metro cuadrado, están el retrete y un lavabo. Aquí huele mal, como un retrete. Un puñado de moscas grandes y oscuras revolotean alrededor de la ventana del techo.

Me desplazo desde la puerta hasta el lavabo y luego hasta el retrete. Me dejo caer sobre él y respiro profundamente. Luego me levanto sólo lo necesario y cierro la puerta. No puedo cerrarla, no hay cerradura. Vuelvo a escuchar fuera durante un rato y, cuando no oigo nada, me quito la ropa interior de las caderas con una mano y agarro la tapa del retrete con la otra. Al principio no puedo, tengo los músculos demasiado tensos. Todo el tiempo temo que Brendan abra la puerta de un tirón, quizá haya estado esperando justo este momento. Pero no viene y al final mi vejiga cede.

Cuando vuelvo a vestirme, abro el grifo del lavabo y dejo que el agua corra por mis manos y antebrazos. Me encantaría beberla. Es clara y fresca, pero huele a cien kilos de cloro por litro. El cloro y el cloroformo me dan asco, así que no me molesto. Cojo el jabón azul claro que hay al borde del lavamanos y me lavo la cara y los dedos con él. Inmediatamente, el olor a sal marina y lavanda inunda la pequeña cabaña. De repente me veo de pie junto al lavabo de nuestro cuarto de baño en Ash Springs. Una y otra vez doy vueltas al jabón en mis manos y dejo que haga espuma. Me froto las mejillas una y otra vez con una mano, sintiendo cómo la suave espuma del jabón se funde en mi piel sin soltar el jabón de la otra mano. No quiero que la fragancia se disipe, quiero olerla más y más, mucho más intensamente. Quiero aspirarlo dentro de mí. Me froto la cara cada vez más frenéticamente. Ya no puedo parar. Algo me vuelve completamente loca. Me pego la espuma en los brazos, en el cuello, en el pelo, hasta que me cubro toda de espuma blanca. El olor me recuerda a casa. Me doy cuenta como un rayo. Hasta ahora no me he dado cuenta. Mis hermanos y yo usamos el mismo jabón. *Wild Ocean Dream*, alguna marca de descuento. *Así podemos soñar un poco con el océano en el desierto.* Avery se rio cuando dijo eso y Liam se limitó a poner los ojos en blanco.

En ese momento, la puerta se abre de un tirón.

Brendan me mira con ojos entrecerrados.

De un segundo a otro estoy congelada.

—¿Qué haces? —pregunta, tenso.

Debo de lucir extraña, con el pelo, los brazos y el rostro cubiertos de espuma de jabón. Probablemente solo mis ojos se asoman.

Brendan me tiende una mano, muy despacio, como si yo fuera la psicópata de los dos.

—Dame el jabón, Lou. —Él finge que tengo una pistola en la mano.

—No me llames Lou todo el tiempo —susurro entrecortadamente—. No me conoces en absoluto.

—Por supuesto que te conozco. Dame el jabón, Louisa.

—¡No! —Aprieto la barra de jabón azul claro y húmeda contra mi pecho como si fuera una parte de mi corazón que él quiere arrebatarme.

—Te dije que me llamaras si querías ir al baño. —Suena reprobador, pero no muy enfadado —. ¿Tomaste agua?

Aprieto los labios con fuerza y sacudo la cabeza.

—De acuerdo. Ahora lávate —ordena.

—¡No! —Quiero conservar el aroma. No quiero que me lo quite.

Me evalúa como si estuviera considerando si debería dejarme ganar este asalto por una vez. Finalmente levanta los hombros con indiferencia.

—De acuerdo. Quédate así entonces. —Me señala la cama con la cabeza—. Vamos. Seguro que ya fuiste al baño.

No me muevo del sitio y me aferro al jabón, totalmente estúpido, pero no puedo evitarlo.

—Tenemos que seguir —Quiere volver a agarrarme del brazo, pero retrocedo, resbalo en el suelo mojado y aterrizo con el culo en el retrete.

—¿Adónde? —me limito a decir.

Sonríe. Hay algo triunfante en su mirada que me repugna increíblemente. Me gustaría estamparle los puños en la cara.

—Más lejos. Más lejos del lugar de donde te saqué.

De donde te saqué... como si hubiera conseguido un objeto de colección.

Sus palabras me hacen soltar el jabón. Él lo toma y lo coloca encima del armario para que no pueda alcanzarlo. Me agarra del brazo con tanta fuerza que no me atrevo a resistirme.

Se detiene frente al estribo y un oscuro presentimiento surge en mí. Se me acalambran los dedos de los pies contra el suelo.

—¿Me encerrarás en la caja otra vez? —Mi voz es apenas un susurro.

Me mira desde arriba. Casi parece como si viera en mi cara el horror que sentí en aquel agujero negro. Como si él también hubiera estado ya en el vientre del monstruo, sin saber si estaba vivo o muerto. La expresión de sus ojos me resulta extraña, mucho más que esa mirada devoradora que suele tener.

Después de lo que parece una eternidad, sacude la cabeza, mecánica y lentamente, como si una parte de él no estuviera convencida.

—El camino es lo suficientemente solitario como para dejarte afuera. La caja solo fue necesaria al principio. —Me suelta y no puedo quitarme la sensación de que me ha estado sujetando. Aunque, por supuesto, eso es una completa tontería.

De la forma más discreta posible, me froto sobre la zona estrujada, sintiendo cómo la sangre corre de mi brazo a la punta de mis dedos.

Brendan está ahora de pie junto a la ventana, que está a la altura de su estómago. Como yo antes, separa dos listones, se agacha y mira hacia fuera.

Luego dice en voz terriblemente baja:

—A menos, claro, que intentes escapar.

Capítulo 5

Ahora sé para qué sirven las placas metálicas con asas. Brendan me encadenó a ellas para que no hiciera ninguna estupidez mientras conducía, al menos así lo dijo él. Puso un par de esposas al principio y al final de una fina cadena de hierro. Un extremo lo enganchó en una de las asas, el otro estaba destinado a mí. Sin embargo, sólo me puso la mano derecha en la esposas, y como la cadena es lo bastante larga, puedo tumbarme así en la cama mientras él conduce. Las persianas siguen cerradas y me ha prohibido expresamente que las suba. Lo que sería completamente inútil, porque las ventanas están tintadas tan oscuras que soy invisible para los de fuera.

Cuando se fue, volví a marearme, pero por suerte me dormí dos o tres veces más. Ya he perdido la noción del tiempo. No puedo ver nada hacia delante, porque hay una puerta plegable entre la zona de dormir y el pasillo, que Brendan ha cerrado. La poca luz que entra por las rendijas es gris tenue, así que debe de ser última hora de la tarde.

Cuando pienso en la noche, me invade una sensación gélida. En los thrillers psicológicos, los crímenes siempre ocurren en la oscuridad. Como si la noche atrajera el mal de las personas, aquello que el ego aún puede mantener bajo llave durante el día. Pero por la noche sale: lo salvaje e indomable que nadie puede controlar, ni siquiera la mente. Así me lo explicó Jayden cuando investigaba algo hace meses. Quizá Brendan sea una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Decía que me conocía, y todo el tiempo me preguntaba cómo. Quizá podría juzgarle mejor si lo supiera.

Vuelvo a apoyarme en la pared trasera de la caravana y golpeo la nuca contra ella con un ritmo monótono, como si necesitara sacudir mis pensamientos. Pero por más que pienso, no consigo encontrar una conexión entre nosotros. Por un momento incluso considero que podría ser amigo de alguno de mis hermanos, pero en el fondo los conozco a todos. Además, Brendan me habría llamado la atención antes, así como pasó inmediatamente mía en el centro de visitantes.

¿Por qué él me conoce y yo a él no? ¿O sólo lo dijo para confundirme? No creo que sea una víctima al azar. Entonces habría respondido a mi pregunta de otra manera. O tal vez estaba mintiendo, tal vez miente todo el tiempo. Tal vez sólo está jugando con mis miedos.

Cuando vuelve a palpitarme en las cuencas de los ojos, dejo de golpearme la cabeza contra la pared del fondo. Me pongo brevemente las puntas de los dedos en los párpados y luego me limpio los dedos pegajosos en los muslos.

Los restos de jabón ya se han secado por todas partes y me han dejado una sensación grasienta en la piel. Me toco el pelo. Está seco en las puntas, como la paja. Pero huele a Ash Springs y a mis hermanos.

Involuntariamente, cojo mi collar y miro los colgantes que penden del grueso aro de plata. Cada uno de ellos tiene un significado muy especial. No debería hacer esto, pero tampoco puedo detenerme. Si no me mantengo ocupada, me vuelvo completamente loca.

Tomo en la mano la cruz de plata que Ethan me regaló por mi decimosexto cumpleaños. Para *que nunca pierdas la fe, pase lo que pase,* me dijo. Se me forma un nudo en el estómago como una piedra sólida y grande. Espero a que se me humedezcan los ojos, pero no pasa nada. No puedo llorar, estoy demasiado tensa.

Con dedos temblorosos, tomo el corazón rosa de Avery del collar del colgante, también un regalo por mis dieciséis años. *Un corazón para el corazón de nuestra familia*, decía en la tarjeta. En aquel momento me sorprendió, porque había creído que el corazón de la familia era Ethan. Él siempre nos ha mantenido unidos, especialmente después de la muerte de papá. Avery no parece

pensar lo mismo.

Aprieto el corazón con fuerza y luego tomo entre mis dedos la mano de Hamsa plateada con el ojo azul. El regalo de Navidad de Liam para mí, quizás el último. Liam hizo grabar un dicho de Buda en esta mano. Las letras son tan pequeñas que no puedo descifrarlas, pero de todos modos sé lo que dice. Es la misma cita que tiene tatuada en la parte superior de la espalda: *'Tómate tiempo cada día para estar en calma y escuchar. Presta atención a la melodía de la vida que resuena en tu interior.*

Oh, Liam... No puedo evitar pensar en ese estúpido rinoceronte invisible. Recuerdo lo miserable que me sentí cuando se fue a la India. Cómo lloré durante las noches. Él tenía dieciocho años entonces y yo doce. Pensé que ya no me quería. Al menos no lo suficiente como para quedarse conmigo. También recuerdo a Ethan y Avery consolándome. Ethan intentaba jugar conmigo al juego del rinoceronte, aunque yo era demasiado mayor para eso, y Avery me cocinaba todos los días porciones enormes de mis platos favoritos, que en aquella época seguían siendo fideos con salsa de tomate o deditos de pescado con puré de papas y ketchup. Y se me permitía comer mantequilla de maní, galletas de limón y donuts de chocolate hasta la saciedad.

Acaricio la fría mano plateada, dejo que se deslice de nuevo en la cadenilla y agarro el círculo turquesa con lunares rosas de Jayden. *Hermanita* está escrito en el anverso, y en el reverso dice: *Más que una amiga para siempre, es alegría para el corazón y amor sin fin.* Dejo que el disco vuelva a deslizarse en la cadenilla y me tapo la boca con la mano.

Me duele la garganta porque todas las lágrimas se amontonan allí pero no salen. Incluso los ojos me arden como si estuviera llorando, calientes y salados, pero permanecen secos.

Desearía no haberme ido con Brendan y no haber entrado en su caravana. Desearía no haber intentado complacerlo. Desearía haberle pedido a Jay que esperara. Desearía no haber olvidado las luces de camping en casa. Desearía haber sido mejor en el colegio y no haberle echado tinte azul al puré de papas...

Nunca quieres nada, oigo decir tristemente a Ethan. *Y siempre te arrepientes después.*

Quizá piensen que me he escapado. Tal vez están yendo a casa ahora mismo a buscarme. A Ash Springs.

Me tumbo de lado, aprieto las piernas y las rodeo con los brazos. Luego aprieto la cara contra las rodillas, tan fuerte que duele, pero necesito el dolor.

Oigo los pasos de Brendan en el pasillo. Por suerte no se acerca sigilosamente, porque eso me da tiempo a refugiarme en el cabecero de la cama, en el punto más alejado de la casa rodante. Dobla la puerta como un acordeón y se detiene entre las dos paredes.

—No has encendido la luz —observa. Señala con la cabeza el interruptor de la luz—. La cadena es lo suficientemente larga.

Le miro fijamente y cierro los dedos con fuerza alrededor de los eslabones de la cadena. ¿De qué sirve la luz cuando sucederá lo inevitable?

Espera un momento y se acerca hacia un lado de la cama. Yo me deslizo hacia el otro, pero él se detiene ante la ventana y sube la persiana. No se ve nada hacia fuera. Todo está negro como el carbón, no puedo distinguir nada del entorno, pero casi verticalmente sobre nosotros, en el cielo negro como el carbón, hay una luna llena blanca de gran tamaño. Su resplandor es tan pálido como la túnica de un muerto.

—Te he traído algo de beber —Brendan me tiende una botellita—. Sólo agua por ahora, la tolerarás mejor. Al menos así fue conmigo.

—¿Contigo? —se me escapa. Ignoro la botella, aunque siento la garganta tan en carne viva

como si me la hubieran lijado.

Sonríe. Su mirada es menos penetrante que antes, parece tan seguro y en control de nuevo como en el Centro de Visitantes.

—Probé el cloro conmigo mismo. Después de todo, no quería matarte, sólo aturdirte. —Debe estar completamente loco—. Siempre toleré mejor el agua después.

—¿Hiciste esto muchas veces?

—Cuatro veces. —Se encoge de hombros como si nada. Insistente, me tiende el agua—. ¡Bebe! —No es una petición.

—¿También me meterás el agua a la fuerza si no quiero? —pregunto entre dientes apretados.

Retira la botella.

—Si te sirve para sobrevivir.

Cierro los ojos.

—¿Así que se supone que tengo que sobrevivir? —No sé si eso es bueno o malo, porque no sé qué tiene planeado para mí.

—Claro —Parece indiferente—. ¿Qué pensabas? ¿Crees que me voy a tomar la molestia de matarte?

—Quizá lo hagas más tarde.

—Tal vez nunca. Ahora bebe. —Duda un momento—. Por favor —añade.

Sorprendida, abro los ojos. Parece inofensivo, tan inofensivo como lo era en el estacionamiento. Tengo un sabor rancio en la boca y mi cuerpo pide agua a gritos. Pero quién sabe qué le habrá echado. Quién sabe dónde despertaré. Cómo despertaré. Si despertaré o no.

—Tú primero —susurro.

No necesito decir nada más. Agita la botella, desenrosca el tapón y da un buen trago. Le veo tragar y me da el agua.

—Sólo la mitad por ahora.

Ignoro la repulsión que me produce beber de la misma botella que él. El agua está fresca y sabe a limpio, pero no a cloro. Con cada sorbo me doy cuenta de lo grande que es mi sed.

Tras unos sorbos, Brendan me quita la botella de la mano.

—Es suficiente. Te daré más después. —Hace un gesto con la cabeza hacia la puerta de la derecha—. ¿Quieres ducharte?

—No.

—Huele como la jaula de un puma aquí.

—No me importa. —Definitivamente no quiero quitarme la ropa mientras él esté cerca. Además, es su culpa que apeste tanto.

Suspira resignado.

—Todavía tienes miedo de que pueda hacerte daño.

Tiro de las piernas hacia mi cuerpo y las rodeo con los brazos.

—¿Por qué otra razón me tendrías aquí?

—Para no perderte otra vez. —Parece tan inocente como un recién nacido cuando dice esto.

—Nunca me has poseído. ¿Cómo esperas perderme? —pregunto, esforzándome por no dejar traslucir lo perturbada que me siento por su respuesta.

Se encoge de hombros y la inocencia se convierte en distanciamiento.

—Aún no estás del todo bien. Todavía estás un poco mareada por el cloroformo. Además, todavía estás demasiado asustada. Necesitas aclarar tus ideas antes de seguir hablando de esto.

Cierro los ojos. Si quisiera hacerme algo, no se molestaría en explicarme todo esto, ¿verdad? Podría haberme atacado ahora mismo. Por otro lado, qué sé yo de la psique de un trastornado.

Tal vez todo es parte de su juego previo personal.

—Mañana podrás volver a comer —le oigo decir. Se queda un rato en silencio. El suelo cruje como si estuviera pisando agua. Respira profundamente. En mi mente veo que sus pupilas se desvían al hacerlo—. Algo dentro de mí me obligó a hacerlo —dice de repente—. No había alternativa, no tenía duda. En ningún momento. —Otro crujido, seguido de varios pasos—. Si no te importa, voy a darme una ducha entonces.

Oigo correr el agua. Si consigo liberarme ahora, tendría ventaja. Tan silenciosamente como me es posible, me deslizo hasta el borde de la cama. La placa metálica a la que ha fijado las esposas y la cadena está atornillada a la pared frente a mí. Mi mirada se posa en el exterior. Antes no había visto lo luminosa que es la noche. Seguimos en medio del bosque, al menos eso creo. Millones y millones de estrellas proyectan su luz plateada sobre los árboles y envuelven los troncos en una pálida bruma. Por un instante me planteo golpear los cristales con los puños, pero probablemente sea inútil. Parece como si no hubiera vida ahí fuera, sólo un ligero brillo. Como si estuviéramos en una luna desconocida con un poco de bosque. Si empiezo a hacer ruido ahora, Brendan saldrá enseguida y se habrá acabado mi oportunidad de escapar.

Intento pasar la mano por el aro de hierro del grillete, pero me aprieta tanto que es como si Brendan me hubiera medido la muñeca. Pensar que podría haberlo hecho me da aún más pavor. Tiro del aro metálico, estrechando la mano, pero no consigo acercarlo a la yema del pulgar. Al cabo de unos minutos, tengo la piel del dorso de la mano enrojecida y sangrando. Se me saltan las lágrimas de dolor y frustración. No tengo mucho tiempo, Brendan no se duchará para siempre. En un arrebato de desesperación, apoyo los pies en la pared y tiro como una loca de la manivela del plato metálico. El corazón me martillea por el esfuerzo y me siento mal. Tengo que salir de aquí. De inmediato.

Rezo y maldigo, tiro, pero la placa de metal no cede. Ni un milímetro. Está fijada a la pared con cuatro tornillos y cada uno de ellos parece ser más fuerte que yo.

Tiro una vez más y el sonido del agua se detiene. Suena bruscamente el picaporte e inmediatamente la puerta se abre y Brendan aparece en el umbral con tan solo una toalla enrollada alrededor de las caderas.

—Toda la caravana está temblando. ¿Qué estás *haciendo*?

El corazón se me acelera, el sudor me corre por la cara.

—Nada —susurro y escondo la mano detrás de la espalda.

Se acerca a mí, rodea la cama, con las cejas fruncidas.

—Olvídalo. Ni siquiera yo puedo arrancar las placas.

Permanezco sentada inmóvil, él está de pie muy cerca de mí, sus piernas casi me tocan las rodillas.

—¿Has probado eso también?

—Por supuesto. Necesitarás un destornillador inalámbrico y mucha paciencia para quitar esas cosas. —De nuevo ese brillo triunfal aparece en sus ojos—. Y ni siquiera tienes que intentarlo con las esposas. Tienen doble cierre de seguridad. El truco de la aguja o el clip no funcionará. —Señala con la barbilla hacia mi collar—. O un colgante como ese.

Me muerdo el labio y bajo los ojos, en realidad lo había pensado por un momento.

—No escaparás de mí. Con ataduras o sin ellas, nunca lo lograrás, Lou. ¡Supéralo!

—Louisa. Me llamo Louisa —suelto, mirando fijamente la toalla negra que lleva enrollada a la cintura, sólo para no fijarme en la parte superior de su cuerpo. No quiero ver lo perfecto que es. ¿Cómo es que el mal parece tan perfecto? No quiero recordar lo atractivo que me pareció al

principio, con esos ojos oscuros tan llamativos y esa mirada infinitamente profunda. Con la pregunta que brillaba y parpadeaba tras ellos como una estrella caída del cielo: *¿Quieres?*

¿Quieres que te secuestre? ¿Quieres que te encierre en una caja? ¿Quieres que te viole y te mate?

Y, Dios mío, él sabe lo mucho que lo idolatré, y que al verlo me dejó sin palabras. Él cree que me gusto, el pensamiento me hace sentir náuseas.

Se da la vuelta.

—Cúbrete, aquí hace más frío por la noche que en Sequoia.

¿Aquí? ¿Dónde es este aquí? ¿Estamos solos allí? ¿No tiene miedo de que golpee las ventanas para llamar la atención? Debería haberlo intentado antes, en lugar de tirar inútilmente de su construcción casera. Pero, al pensar en eso, me siento muy mal nuevamente, si alguien estuviera cerca, Brendan seguramente me habría atado y amordazado antes de ducharse. O me habría metido en la caja.

Me deslizo hacia atrás en la cama, con los miembros pesados como si tuviera gripe. Aún no sé cuánto tiempo me ha tenido en sus garras, pero supongo que llevo en la caja más de un día. Por cómo me siento, no estuve inconsciente sólo unas horas. Cuando tuve apendicitis a los ocho años, me recuperé relativamente rápido después de la anestesia. Ahora siento que no sólo me arrastró a su caravana, sino que me atropelló con ella.

No puedo dormir. Brendan está fuera, envuelto en su sudadera con capucha. Ha encendido una hoguera y está sentado en una piedra frente a las llamas. La mira fijamente, como si recibiera instrucciones de ella. Durante unos minutos aterradores pienso que podría haberme atrapado para sacrificarme. Quizá me esté llevando a un lugar de sacrificios para degollarme. Quizás sea uno de esos locos raros que reciben órdenes de una voz interior. Quizás toma drogas. Hay demasiados "quizás" y ninguna certeza.

Me enrollo aún más la manta, dejo que la parte superior del cuerpo se incline hacia delante y apoyo la mejilla en el cristal. Siento el frescor del cristal como si pudiera reconfortarme.

Me pregunto si me ve mirándole. Pero las ventanas están tintadas y no he encendido la luz.

Fuma un cigarrillo, se levanta y desaparece de mi campo de visión. Algo retumba debajo de mí, debe de estar manipulando algo en la parte inferior de la caravana. Un momento después vuelve a sentarse sobre la piedra. Entrecierro los ojos. Tiene algo sobre el regazo. ¿Una libreta? Y parece estar escribiendo algo. Parpadeo varias veces, pero está demasiado oscuro para distinguir ningún detalle.

Me echo hacia atrás en la cama y me hago un ovillo, con los ojos fijos en el pasillo. Si Brendan entra, quiero estar allí para verlo. Espero y espero, como si pasaran las horas. De repente oigo un ruido sordo, como si alguien golpeara una bota, y poco después se abre la puerta lateral y Brendan sube los escalones.

Con los párpados entreabiertos, veo cómo se quita la capucha. Por un momento se queda muy quieto. Su espalda desnuda brilla de forma antinatural a la luz de la luna. Cada músculo destaca como un relieve bajo su piel, cobrando vida con cada respiración. Tiene un aspecto extraño, casi animal. Lo mismo ocurre con el siniestro tatuaje que recorre su omóplato derecho: desde lejos parece un dragón feroz o una serpiente bífida. Involuntariamente, imagino a un cruel monstruo brotando de su espalda mientras me viola. Aprieto los puños bajo la manta y rezo para que no se tumbe a mi lado.

Mientras camina en mi dirección, entrecierro los ojos, pero no pasa nada. Le oigo abrir el grifo y lavarse los dientes. Me clavo las uñas en las palmas de las manos. La normalidad con la

que sigue viviendo me altera los nervios. Cuando sus pasos se alejan, respiro hondo y abro un poco los ojos. Se quita los pantalones cargo y se pone unos de jogging, se coloca una camiseta clara. Luego se sube a la parte superior de la cabina y se acuesta.

Escucho. En algún momento, parece que tarda *mucho*, le oigo respirar regularmente.

Sólo poco a poco comprendo lo que significa. Esta noche estoy a salvo. Esta noche no me hará daño. Casi empiezo a llorar de alivio. Anhelo tanto un descanso, unas horas sin miedo. Por fin puedo permitirme dormir.

Mañana, pienso, mientras me rindo a la oscuridad y al sueño que me cubren como un sudario, mañana *debo intentar escapar, no importa cómo*. Mañana tendré más fuerzas. Pero antes de que se me cierren los ojos, tengo que pensar en sus palabras, pronunciadas de forma tan aterradoramente tranquila y peligrosa.

A menos, claro, que intentes escapar.

Capítulo 6

Todavía aturdida por el sueño, ruedo de derecha a izquierda.

El olor a café recién hecho golpea mi nariz, y el aroma a huevos revueltos y bacon se entremezcla. Definitivamente es Avery en la cocina. Sólo Avery consigue que el bacon esté crujiente pero no chamuscado. Cuando Ethan hace los huevos, siempre quema la mitad. En realidad, me gustaría quedarme en la cama y soñar despierta un rato, pero si no me levanto, Jayden me arrebatará las tiras de bacon más crujientes. Y eso no sería un buen comienzo de fin de semana. Además, en realidad estoy deseando desayunar hoy con todos, aunque Ethan vuelva a recordarnos su lista de tareas pendientes para el sábado: cambiar las tablillas de madera podridas, ir de compras, regar el jardín, hacer las compras, limpiar la cocina...

Parpadeo soñolienta y me incorporo.

No estoy en casa. Darme cuenta de eso se siente como un puñetazo en el estómago. Inmediatamente me despierto. Se oye un ruido metálico en la parte delantera de la caravana, pero no puedo ver lo que pasa porque la puerta plegable está medio cerrada.

Me deslizo hasta el borde de la cama y me doy cuenta de que Brendan me ha liberado del grillete. Al menos de la larga cadena de hierro, porque aún llevo puestas las esposas. Son de las que se ven en las películas. Una de las dos esposas me rodea la muñeca izquierda, la otra cuelga inútilmente. Seguramente está pensado para poder encadenarme rápidamente en cualquier momento y lugar. *¡Súper!*

Tengo un grueso vendaje blanco alrededor de la muñeca derecha.

¿Cuándo me curó Brendan? El mero hecho de que no me haya dado cuenta me asusta. Miro el vendaje de gasa, extiendo los dedos un par de veces para deshacerme de la sensación de entumecimiento y luego miro más allá de la puerta plegable.

Brendan está de pie en el pasillo, delante de la cocina, removiendo una sartén. El olor a huevos revueltos, bacon y café era lo único real de mi sueño.

Me dejo caer y me agarro a la cama para levantarme.

—¡Ah, estás despierta!

Doy un respingo. Suena tan normal, como si fuéramos novios en nuestra luna de miel.

—Desayunaremos en un minuto.

—Necesito ir al baño.

Brendan señala con la cuchara de madera hacia la puerta del baño.

—No tienes que pedirme permiso.

Desaparezco en el cubículo del retrete. Caminar es mucho más fácil que ayer y la punzada detrás de la frente es solo un eco del dolor anterior.

Hago pis en este retrete asquerosamente apestoso y luego me lavo las manos y la cara, sin jabón, porque aún está encima del armario. Con cada movimiento, la segunda esposita suelta repiquetea contra el borde del lavabo; además, la venda se humedece y la herida de debajo empieza a arder. Sigo sin quitarme la venda, de lo contrario Brendan podría insistir en ponerme una nueva, y desde luego no quiero que me toque.

Cierro el grifo y, en un repentino arrebato de inspiración, abro el armario de espejos, buscando algo con lo que pueda defenderme de Brendan. El resultado es aleccionador, a menos que se me ocurra estrangularlo con una venda de gasa o una franela. Lo más silenciosamente posible, bajo la tapa del váter y me subo a él para poder ver también el estante superior, que desde abajo parece vacío. Pero, por desgracia, no hay nada. Ni tijeras ni lima de uñas. Por un

momento se me ocurre la idea de bajar el jabón, pero entonces Brendan seguramente pensaría que he registrado el armario.

Resignada, vuelvo a bajar del retrete y cierro el armario. Cuando me miro al espejo, no me reconozco. De hecho, en este momento soy yo quien haría cambiar de acera a la gente. Mi rostro es tan pálido como el invierno, las sombras sobre él son oscuras como la pintura de guerra azul-negra. La palidez hace que mis ojos parezcan enormes, como los de una chica de manga. Pero no brillan, parecen hielo glacial azul verdoso, como si su color se hubiera diluido con mis lágrimas no derramadas.

Me miro fijamente durante un rato hasta que me doy cuenta de que no quiero salir con Brendan. Pero no puedo quedarme aquí para siempre.

Puedes hacerlo, me susurro mentalmente. *Incluso sin un arma. Estás libre de la cadena de hierro, tal vez incluso puedas huir hoy. De vuelta a Ash Springs.*

De nuevo, ayuda hablar conmigo misma.

Abro la puerta, pero en cuanto veo a Brendan, mi valor me abandona y me siento como mi propia sombra. Una pálida y pequeña sombra invernal a la que la oscuridad drena la luz hasta que muere. Brendan es tan alto y mucho más fuerte que yo que me temo que también es mucho más listo.

—¡Siéntate! —Señala uno de los bancos cortos para dos personas. Están frente a la puerta lateral, pero está cerrada. *¡Claro!*

Mecánicamente, me subo a un banco. Ver el desayuno me da náuseas. Hay donuts de chocolate apilados junto a huevos revueltos con bacon. Junto a ellos hay galletas de limón y un tarro de mantequilla de maní.

—¿Café? —Brendan me pone una taza delante de las narices. Me gustaría quitársela de las manos, pero para evitar que se enfade solo la tomo—. Solo con dos de azúcar —añade.

Así es como siempre lo bebo. Lo sabe.

Se sienta frente a mí y, como quiero hacer algo para ocultar mi confusión, le doy un sorbo al café. Enseguida me quemo la lengua.

—No sabía lo que querías, así que hice de todo —Se echa hacia atrás e irradia de nuevo esa absoluta seguridad en sí mismo. Se ha recogido el pelo en una pequeña trenza que acentúa sus ojos y le hace parecer aún mayor. A lo mejor tiene la edad de Avery, o sea, diez años más que yo. A lo mejor es un pervertido y solo le gustan las jovencitas ensangrentadas, aunque podría tener a cualquier mujer—. ¿Quieres huevos revueltos? ¿Galletas de limón?

Asiento mecánicamente. Digo que sí a todo. Lo principal es que me deje en paz. Miro el huevo que me pone en el plato. Parece esponjoso y dorado, como a mí me gusta.

—Debes comer despacio y masticar bien, si no, no lo tolerarás. Y quizá no haya mantequilla de maní esta mañana, después de todo. —Aparta un poco el tarro con el dorso de la mano. Me doy cuenta de que lleva una pulsera de cuero negro trenzado de la que cuelga una moneda de plata del tamaño de una avellana. En el metal hay grabado un dibujo, podrían ser pájaros volando, pero no lo reconozco exactamente.

Vuelvo a mirar mi plato. Brendan no dice nada. Probablemente me está mirando. Nerviosa, amaso los dedos.

Creo que está esperando a que coma, así que empiezo, aunque me siento totalmente enferma. *Un bocado a la vez,* me digo mentalmente. *No lo alteres. Es un psicópata demente que se drogó con cloroformo para probar sus efectos.* Me tiembla el tenedor en la mano. Dejo caer la primera tanda de huevos revueltos tres veces seguidas. Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Brendan está de repente intensamente ocupado con un donut de chocolate. Lo inspecciona desde

abajo como si tuviera moho.

Me detengo un momento. Si quiero escapar de él, tengo que tranquilizarme. Tengo que vigilarle, esperar a que cometa un error. Es imposible que lo tenga todo bajo control todo el tiempo. Eventualmente algo saldrá mal. *Y entonces lo agarras por las pelotas y corres tan rápido como puedas,* oigo decir a Jay.

Aparté el tenedor sin haber probado bocado.

—¿Cómo sabes lo que me gusta? —Sueno más desafiante de lo que me siento.

—¿No lo sabes? —Sorprendido, me mira.

—No.

—¡Piensa en ello entonces! —Vuelve a poner el donut de chocolate en el plato y cruza las manos sobre la mesa.

—¿Me has estado observando en secreto en nuestra casa? ¿Estabas tumbado en el campo con binoculares y espiándonos?

—No. Y sin embargo lo sé. —Mi incertidumbre parece complacerle. Sonríe. Parece como si se burlara de mí.

Me viene a la memoria una foto suya pagando palitos de pescado, café helado y donuts en el Centro de Visitantes. Todas cosas que me gustan, eso es lo que pensé incluso entonces. Cosas, sin embargo, que nunca llevó a su autocaravana, sino que debió de deshacerse de ellas en alguna parte. Otra imagen se superpone a la primera. Me siento aún más mareada.

—Me seguiste. En el parque nacional me seguiste hasta el centro de visitantes. Paralelamente al ancho camino de grava a través del bosque.

Me mira penetrantemente.

—Es posible.

—Tú eras la sombra —me susurro. No era Jay en absoluto. El atajo de Jay probablemente ni siquiera pasaba por este bosque—. Por eso sabías lo de la pelea y las luces del camping. Me oíste discutir con Ethan. Nos oíste por casualidad.

Mira por la ventana. Asiente.

Me muerdo la mejilla con fuerza para distraerme del miedo con el dolor.

—Me oíste decirle que quería huir. —De repente todo encaja.

—Era una buena plantilla, sí. —Brendan me mira de nuevo, sus ojos brillan mientras sonríe —. Pero podría haber surgido algo más. Me preparé para una larga espera, pero fue fácil atraparte.

Se me revuelve el estómago al imaginármelo acechándome, esperando una oportunidad. Me llevo la mano al estómago.

—¿Desde cuándo...? ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Unos cinco días. Pero no sólo con cloroformo, eso habría sido demasiado peligroso.

Cinco días. Me siento como si me hubiera empujado por un acantilado. Hace cinco días que mis hermanos me echan de menos. Me siento aún más miserable cuando pienso en lo preocupados que deben estar.

—¿Qué más fue?

—Atropina, dimenhidrinato**,** gamma-butiro lactona, barbitúricos...

—¿Qué?

—Belladona, gotas noqueadoras, somníferos... el dimenhidrinato era para las náuseas. Para que no vomitaras. —Me mira firmemente a los ojos, como si percibiera mi enfado y quisiera cortarlo de raíz desde el principio.

—¿Me diste gotas noqueadoras?

—Una pequeña dosis. ¿No te acuerdas?

¡Qué pregunta más estúpida! Atónita, sacudo la cabeza. Está más tostado de lo que pensaba.

—A veces te despertabas un momento. Entonces te lo explicaba todo y te daba algo de beber. No mucho y sólo un sorbo a la vez.

—¿Por qué cinco días? —No me lo puedo creer. Siento que la pesadilla empeora por segundos.

—Era peligroso al principio. No podía arriesgarme a que te encontraran si registraban mi autocaravana. Sólo por eso. Y te drogué para que no te asustaras dentro de la caja. El último día te hice respirar cloro otra vez para que no tuvieras una sobredosis de lo otro.

Tengo que alejarme de él. Siento que pierdo la cabeza. Me subo por el respaldo del banco, pero las rodillas me flaquean y vuelvo a caer sobre el cojín.

Por eso estaba tan débil todo el tiempo, por eso recuerdo tan poco. *¡Cinco días!*

—No había osos en el camino, ¿cierto? —Mi voz viene de lejos y retumba en mis oídos al mismo tiempo—. Usaste mi miedo para atraparme. Eres… —Me trago convulsivamente el insulto, pero mi desdén debe ser claramente visible en mi rostro.

La mirada de Brendan se endurece y su mandíbula inferior se inclina hacia delante.

—Piensa lo que quieras de mí, te llevaré de todos modos.

—Pero...

—Te quedarás conmigo. Para siempre. No puedes hacer nada al respecto... tus lágrimas no te ayudarán. Las lágrimas nunca ayudan. No conmigo. —Pero no me mira mientras añade las últimas palabras.

Me limpio los ojos, pero las lágrimas corren y corren y gotean sobre la galleta de limón y los huevos revueltos.

Mira por la ventana, que está a la altura de la mesa.

—Donde crecí, rige la ley del más fuerte. Y aquí, tú no eres la más fuerte. Lo siento. —Se baja del banco, se levanta y vuelve a mirarme—. Sé lo difícil que es para ti.

¿Difícil?

—Haré todo lo posible para hacértelo más llevadero. Cuando estés enfadada, enfádate. Si estás triste, llora. No te prohibiré ningún sentimiento. Los soportaré hasta que mejore. Si sientes que debes escupirme, hazlo, pero no exageres. Sólo hay una cosa que nunca debes intentar —continúa.

Sus palabras arremolinan todo dentro de mí.

—¿Qué?

—Huir. —Pronuncia la palabra que es mi única esperanza tan fuerte como el hierro, como si el solo sonido pudiera romperme todos los huesos.

—¿Qué pasaría entonces? —susurro.

La cara de Brendan se pone rígida como una máscara, completamente sin vida. Sus manos se cierran en puños. Por un momento me aterrorizo tanto que cojo el cuchillo de mantequilla que hay junto a mi plato. Es pequeño y romo, pero lo agarro como si fuera una daga. Pero a él no le importa en absoluto, o no se da cuenta. Respira hondo unas cuantas veces y luego se limita a decir:

—No lo intentes.

Sale dando un portazo. Estoy sola. Sola y sin grilletes y aun así no me atrevo a moverme.

Sigo sentada a la mesa con el cuchillo en la mano, mirando fijamente mi plato. Brendan está fuera, manipulando la caravana. No sé qué está haciendo. De vez en cuando se oye un estruendo,

luego tiembla toda la caravana, en algún momento corre agua por las tuberías, pero al cabo de un rato sus actividades cesan. Miro por la ventana. Está apoyado con la espalda contra el tronco de un árbol y fumando. Por un momento parece fundirse con el árbol, tan escultural es. Se me ocurre la loca idea de quemar la caravana. No llegaría muy lejos sin una caravana. Sin embargo, podría matarme por ello. *Porque estás tan vivo... te conozco...*

Dejo el cuchillo a un lado y apoyo la cabeza entre las manos. No he comido nada, sólo he bebido un poco de café dulce. Mis pensamientos de huida han desarrollado grietas. Grietas en las que puedo ver a Brendan alzándose y estrangulándome. Me pregunto cómo lo haría. Con sus manos, una bufanda, una cadena de hierro. Me temo que sería un estrangulador de manos. Eso es lo que imagino más horrible, por qué, no lo sé.

Pero si tengo que quedarme con él, será mejor que me suicide. Sé que no puedo soportarlo. ¿A dónde quiere ir conmigo de todos modos? No puede conducir conmigo para siempre, ¿verdad?

Cuando Brendan vuelve a entrar, pasa delante de mí y pone la mesa.

—¿Quieres fregar los platos? —me pregunta despreocupado mientras deja correr el agua por el fregadero.

Miro por la ventana.

—Podría distraerte —continúa.

Deja caer el detergente en el lavabo.

—Cuando vas al baño, siempre tienes que tirar una de las bolsas naranjas de la caja al retrete.

—¿Por qué?

—Desinfección.

Me pregunto si sabe que imagino envenenarle con ella. De repente tengo que pensar en las medicinas. Deben estar por aquí. La caravana no es tan grande.

—¿Vas a tirar de la cadena o no? —pregunta.

—No.

—Tal vez sea mejor para tu herida de todos modos —agrega.

Brendan se encoge de hombros y me mira pensativo. Hoy lleva unos pantalones cargo verde oscuro y una camiseta negra con una huella de zarpa en el lado derecho del pecho. Al lado lleva impreso el nombre *Jack Wolfskin.* La camiseta está descolorida, lo que hace que los ojos negros de Brendan brillen aún más intensamente. Son espeluznantes. A veces parece que lo han visto todo. Cada faceta de la vida con todo lujo de detalles. Quizá por eso parece tan seguro de sí mismo.

Se da la vuelta y enciende el televisor, que cuelga de una especie de poste telescópico en la pared junto a su alcoba elevada. Pasa los canales con el control remoto. La enésima repetición de *How I met your mother* y *The Big Bang Theory*. Una telenovela sigue a la siguiente. Luego vienen los concursos, los documentales, las grabaciones de los programas nocturnos: *El héroe de la semana*, *Encuéntrame*...

Se salta la última muy rápidamente, probablemente esperando que no la haya visto.

—¿Hay algo en particular que quieras ver?

—¡*Encuéntrame*! —Me pregunto si me cubren allí. Rara vez veía el programa, pero cuando lo hacía, siempre se trataba de casos antiguos de personas desaparecidas con final feliz.

—¡Excepto *Encuéntrame*!

—*El héroe de la semana* —respondo rápidamente. Es el programa favorito de Avery.

Sorprendido, Brendan me mira.

—¿Te gusta?

Me gustaría gritarle, pero no me atrevo. No me atrevo a hacer casi nada delante de él. En las películas, los secuestrados suelen ser rebeldes y descarados, casi siempre tienen comentarios bruscos... pero esto es real. No quiero que Brendan me pegue ni me haga nada. Nunca pensé que la integridad física fuera una necesidad tan importante para mí. Que me tragaría mi orgullo por ello.

Brendan vuelve y deja el programa mientras friega los platos. No deja de mirarme y luego a la tele, como si se hubiera enterado de algo nuevo sobre mí que tiene que solucionar.

Intento concentrarme plenamente en la serie, imaginándome sentada en el sofá con Avy y Liam, con una bolsa de papas fritas entre los muslos. Jay aparecía de vez en cuando, más para recopilar material para sus historias que realmente interesado en quién acabaría siendo el héroe del año.

De nuevo siento la mirada de Brendan sobre mí. Intento que no se note lo incómoda que me siento y miro obstinadamente a la pantalla.

El héroe de hoy es un estudiante de Harvard de 22 años llamado Andrew Franklin. Ha accedido a pagar el alquiler de un vagabundo durante el resto de su vida tras reconocerlo como amigo de colegio de su difunto padre.

El presentador, David O'Dell, es el héroe premiado el año pasado. Rescató a nueve niños del ático de un orfanato en llamas un día de agosto seco y polvoriento. Fue nuestro favorito en su momento porque siempre pareció genuino, más bien avergonzado por el protagonismo. E incluso ahora, entrevistando a Andrew Franklin, parece como si prefiriera estar asando salchichas en su humilde jardín delantero antes que ser paseado por los medios de comunicación. Frente a él, el mucho más joven Andrew Franklin parece un corredor de bolsa. Sé que Avery y Liam lo odiarían. Sólo por la forma en que se peina y la sobredosis de gel para el pelo, héroe de la semana o no.

—Entonces cuéntale a la nación cómo encontraste a Henry Clark en primer lugar —le pregunta ahora el presentador a Andrew.

Andrew sonríe, pero parece más como si se estuviera pavoneando como un pavo real.

—David, puedo decirte David, ¿no?

David asiente, pero Andrew ya está hablando.

—Sabes, David, hace unas semanas salió una foto en el periódico. Un grupo de jóvenes había golpeado a este vagabundo. Una foto más que dio la vuelta al mundo, una foto más de alguien golpeado en una estación del metro… literalmente. Ya conocemos estas fotos, David, una es como la otra. No es que deba ser normalizado, pero así es. Nadie conocía al hombre y algo me hizo mirar más de cerca. Y quiero decir más de cerca, David. El Señor en el cielo sabe por qué. En cualquier caso, ver esa foto me hizo pensar: *Yo conozco a ese vagabundo, ese viejo se parece al mejor amigo de mi padre, que en paz descanse.*

No sé por qué, pero espero que este Andrew no sea el héroe del año. Todo en él parece artificioso, además habla como si tuviera cincuenta años. Y si dice *David* una vez más, realmente voy a vomitar.

—Así que reconozco al hombre, pero no tengo ni idea de cómo se llama, porque ha pasado mucho tiempo —continúa Andrew.

—¿Y entonces qué hiciste?

Andrew mira a la cámara dramáticamente y luego a David.

—Hice una publicación en Facebook y *¿Sabes?* Al final, tuve suerte. De la habitual cadena de un amigo de un amigo, al final alguien fue capaz de identificarlo.

—¿Y vas a pagarle a Henry Clark el alquiler de por vida?

—Absolutamente, David. Es una cuestión de honor, ¿no? Nuestros padres eran ambos Marines?

—Eso es verdaderamente heroico.

—¡Ja! —resopla Brendan detrás de mí—. Probablemente este Henry Clark tiene cáncer de pulmón y sólo le quedan dos meses de vida. Este Andrew sólo busca llamar la atención.

—¿Le conoces tan bien como a mí? —no puedo evitar preguntar.

—¿Crees que lo de Andrew es por ayudar al viejo? —Brendan ignora mi insinuación. Se acerca a grandes pasos desde el fregadero hasta el banco—. Sólo quiere hacerse el importante. Probablemente sea un estudiante mediocre que intenta conseguir un trabajo mejor así.

—Tal vez sólo quiera ayudar —contradigo tan alto como me atrevo.

—Si quiere ayudar, debería acoger al hombre solitario, si realmente fue una vez el mejor amigo de su padre. —Bren me mira bruscamente, coge el control remoto de la encimera y apaga el televisor, aunque el programa aún no ha terminado.

—¡Vamos, sube atrás! Seguiremos nuestro camino en un minuto.

Sin oponer resistencia, hago lo que me dice y viene detrás de mí.

—Siéntate en la cama... ahora deslízate un poco hacia la izquierda. —Vuelve a enganchar las esposas sueltas en la cadena.

—¿Adónde vamos? —me animo a preguntar.

—Seguiremos.

—¿Adónde vamos ahora? Debes tener un destino.

—No te gustará mi puntería, así que ¿para qué quieres saberlo? —responde bruscamente.

—¿Adónde me llevas?

Brendan ajusta las persianas para que pueda ver un poco hacia fuera.

—Ya nos vamos —Con eso se da la vuelta y desaparece hacia adelante.

No tengo nada que hacer si no quiero volver a repasar los colgantes de mi collar. Tengo más colgantes que mirar. Por ejemplo, el pequeño pintalabios rojo de Ava o los zapatos de tacón plateados de Madison. El trébol de cuatro hojas de Elizabeth y el sol amarillo de Emma. Pero sólo me desespero más cuando miro todas estas cosas. En lugar de eso, miro fuera a través de las rendijas de las persianas.

Seguimos recto por una carretera rural desolada. Si realmente existe una *carretera a ninguna parte*, es ésta. No puedo ver hacia delante debido a la puerta plegable, pero a lo largo solo se ven bosques de pinos y abetos, seguidos de interminables extensiones en las que la hierba parece quemada. Al fondo de estas sequías herbáceas se alinean estribaciones montañosas grises como patas de elefante. Cuando me agacho mucho y miro hacia arriba a través de las grietas, veo el cielo azul brillante. En mi mente calculo dónde podríamos estar en cada momento. Si Brendan ha conducido 200 millas en un día, probablemente mucho más, entonces podríamos estar ya en Canadá. O quizá haya conducido hacia el sur, en cuyo caso estaríamos en México. Yendo hacia el oeste, sería Arkansas, Oklahoma o Kansas, no lo sé exactamente. Pero por el paisaje, descarto México, aunque sigue haciendo calor. Mi blusa parece haberse fundido en una segunda piel con la parte superior de mi cuerpo y el sudor. Llevo seis días con ella puesta, al igual que la ropa interior y los pantalones cortos. Estoy asqueada de mí misma, pero no quiero ducharme. Quizá pueda lavarme en el lavabo esta noche, así no tendría que quitármelo todo a la vez. O quizá me deje la ropa puesta mientras me ducho, todo lo que pueda. Me pregunto si Brendan tendrá ropa para mí. Quizá me dé algo suyo. O nada.

Me acerco a la ventanilla para no perderme ninguno de los pocos autos que vienen hacia

nosotros. Hasta ahora han sido cinco. Un camión, una furgoneta negra de marca desconocida y tres carros pequeños. Los cinco han pasado por delante de la ventanilla como fantasmas antes de que me diera cuenta de que eran reales. A veces todavía me parece un mal sueño del que puedo despertar. Esforzándome, aprieto la cara contra la ventanilla, esperando que pase otro auto. Me siento invisible, olvidada por el mundo. Ya no hay nadie que me vea. Excepto Brendan. Y si se sale con la suya, seguirá así para siempre. No permito que este pensamiento se instale en mi cabeza, porque de lo contrario me desesperaré por completo. Tengo que escapar de él, de alguna manera.

Espero un rato más por un auto, por una señal de vida del mundo, miro fijamente el asfalto agrietado y quebradizo, y luego me deslizo de nuevo sobre la cama. Intento no pensar en nada, ni siquiera en Ethan, Avery, Liam o Jayden. Pero, por supuesto, no puedo. Pinto sus caras en un lienzo imaginario. Todavía sé exactamente cómo son. Ethan con la boca severa y los ojos serios, Avery con los rasgos suaves y las líneas de expresión, Liam con el pelo largo, la piel bronceada y la sonrisa que lleva dentro como una luz. Jay, con la mirada cómplice e inteligente y el pelo despeinado. Sólo falto yo en esta foto. Los alineé a todos uno al lado del otro. ¿Dónde estaría yo? Sin duda, en medio de ellos, como pieza central. Alargo las manos como si pudiera tocarla, siento que me pesan los hombros por el peso de echarlos de menos. Los echo tanto de menos que se me hace un nudo en la garganta y el corazón me late como un bulto de plomo en el pecho. Como si me rozara todo el cuerpo de añoranza.

Sólo vuelvo a ser consciente de lo que me rodea cuando de repente me sacuden de un lado a otro de la cama. Inmediatamente me deslizo hacia la ventana y miro por las rendijas. Brendan conduce por una carretera forestal llena de baches. Un escalofrío me recorre la espalda.

Los oscuros abetos se acercan unos a otros a cada metro, interrumpidos sólo por agrupaciones aisladas de abedules y álamos. En estos lugares el bosque es más disperso y deja caer un poco de luz solar al suelo, pero entre las coníferas está oscuro como si fuera de noche.

En algún momento pasamos por un desvío. Descubro un tractor y un remolque oxidados, completamente derruidos, allí parados, al borde de la carretera. Olvidados como yo. Ya nadie viene por aquí. Puede que la gente utilizara este camino para desbrozar en el pasado, pero hoy parece completamente abandonado.

Brendan sigue el camino durante un rato, pero no puedo calcular cuánto. Podrían ser diez o veinte millas. Es una distancia que podría cubrir a pie si fuera necesario, si consiguiera escapar. En algún punto, la carretera por la que se desvió Brendan bordea la pista forestal, así que debería poder llegar hasta allí.

Cuando Brendan ha estacionado la caravana en un saliente, se acerca inmediatamente a mí y me quita las esposas que me atan a la cadena. Como de costumbre, se deja la llave en el bolsillo del pantalón.

—Voy a hacer una fogata ahora. Podemos hacer una barbacoa más tarde si quieres.

Asiento con la cabeza. Más que nada para que esté ocupado y yo tenga tiempo de mirar a mi alrededor y pensar en una estrategia para mi huida.

Sus ojos empiezan a brillar. Parece que piensa que empiezo a aceptar la situación.

—Si quieres, puedes salir y ayudarme.

Me miro, sacudo la cabeza. Todavía me cuesta hablar con él. Su presencia es siempre como un martillazo que me aplasta tan fácilmente como un pan seco.

—Podrías darte una ducha —sugiere.

Vuelvo a asentir.

—Pero vigila tu muñeca mientras lo haces —continúa él.

Involuntariamente, me paso la mano por la venda, que entretanto se ha secado.

Empuja la cama y abre la puerta del estrecho armario.

—Aquí hay ropa para ti. La talla XS te queda bien, ¿no? —señala una pila de ropa en el armario.

Atónita, contemplo la enorme pila de blusas, camisas, jerseys y pantalones. Estoy aún más estupefacta porque nunca se me había ocurrido abrir los armarios. La mayoría de la ropa es rosa, amarilla, coral y blanca, mis colores favoritos. Un revoloteo inquieto surge en mí.

Brendan abre un cajón.

—Aquí hay ropa interior. Los calcetines. Los zapatos están allí —dice, señalando el otro armario—. Y arriba, en el armario colgante, está todo lo que necesites. —Me mira un poco avergonzado—. Champú, cosas para la ducha... compresas y esas cosas.

Debo mirarlo fijamente como a un cíclope. Tal vez él mismo se siente incómodo ahora. Por otro lado, ¿qué tan incómodo puede sentirse alguien que ha adormecido a otra persona fríamente durante cinco días?

—Vale, entonces saldré a hacer fuego.

A la altura de la puerta plegable, vuelve a detenerse brevemente.

—Las toallas también están arriba, en el armario colgante.

Permanezco en mi asiento como congelada en una columna de sal. Segundos después, vuelve a trabajar en la caravana. La leña debe de estar guardada en alguna escotilla, pero sólo pienso en ello de pasada.

Parpadeo sin dejar de mirar la ropa. La sensación de hundimiento que se había instalado en mi estómago al descubrir mis colores favoritos se intensifica. *No puede ser.* Con un temblor en las rodillas, me levanto y cojo la blusa de arriba. Es amarillo pastel con mangas de encaje y se puede ajustar en la parte delantera del escote con dos cintas. El corazón me late más deprisa. Ethan me compró esta misma blusa hace dos años. *No es posible.* La dejo caer sobre la cama y saco la siguiente blusa del montón: es blanca con mangas acampanadas, la misma que llevo puesta, una ganga de H&M. Casi se me escapa de las manos. Como en trance, saco la siguiente prenda. Se me enreda en el puño de la muñeca y tengo que soltarla de un tirón. Es la blusa coral con los dobladillos de encaje que llevaba cuando Ethan celebró su corte de castigo sobre mí. Le sigue mi top rosa con volantes. Me siento mareada. Siento que me ahogo. Una a una, saco las piezas de ropa y las tiro sobre la cama. Las conozco casi todas.

¿Cómo consiguió Brendan la ropa?

¡Cálmate, Lou! ¡Respira! ¡Piensa!

Respiro profundamente. Respira varias veces como me enseñó Liam.

¿Son estas mis cosas?

¡La blusa blanca no puede ser tuya! ¡La llevas puesta! Así que la compró.

Sí, así tiene que ser. Me tiemblan las manos al sacar los pantalones. Mis short con la cinturilla tejida, también de H&M. Mis jeans capri azul oscuro, mis pantalones 7/8 de felpa con los puños ajustados en el dobladillo.

La sangre me late en los oídos. Debe estar aún más loco de lo que supuse. Completamente loco. Sólo ahora me doy cuenta de que el jabón del baño tampoco era una coincidencia.

Los pantalones se me escapan de los dedos. ¿Cómo sabe qué ropa llevo? ¿Cuánto tiempo lleva observándome?

Aturdida, abro el armario de los zapatos y descubro mis sandalias con las flores rosas, dos pares. Por supuesto: las mías y las que él compró. Mis chanclas con estrellas. Mis Chucks

amarillo sol.

De un tirón, cierro de golpe la puerta del armario. Me da miedo abrir el armario. Sé lo que voy a encontrar. Mi gel de ducha de cítricos y mi champú rubio. Me arrastro por la cama hasta el pasillo. Mi cerebro hace corto circuito como si todas mis sinapsis se volvieran locas, como si estuviera a punto de desmayarme. Lo único que me queda es el deseo de salir corriendo. Ahora mismo. No puedo esperar más.

Capítulo 7

Con la respiración contenida, avanzo sigilosamente. Me detengo frente a la ventana abierta sobre el fregadero y miro fuera. Brendan está alineando piedras toscas en un círculo a una distancia segura de la caravana. Entre él y la caravana hay un haz de leña, de la que se vende en todos los supermercados. Al otro lado de la fogata se extiende la veta de árboles oscuros, pero Brendan ha dejado una distancia suficiente entre ellos.

El ruido que hace cuando coloca las piedras me pone de los nervios. Imagino que me golpea con una de esas piedras. Una parte de mí está paralizada por el pánico, la otra quiere salir corriendo por la puerta principal.

Mi mirada vuela de Brendan a la puerta lateral. Está cerrada, además está en el lado donde Brendan está preparando la hoguera. Me descubriría inmediatamente.

Tengo la sensación de que alguien me está cerrando la garganta muy lentamente. Atónita, vuelvo a mirarle. Se levanta, toma el haz de leños y se arrodilla ante el círculo de piedras. Hace una breve pausa y se aparta un mechón de pelo oscuro que se ha soltado de la trenza. Las sombras vespertinas de los árboles tiemblan con la brisa veraniega y parecen más vivas que él. Cada movimiento que hace parece como si lo hiciera de forma minimalista. Incluso cuando ahora coloca gruesos maderos en el suelo entre las piedras para que formen un nivel sobre la tierra. Mis hermanos también lo hacían así en el jardín, aunque el suelo de Ash Springs casi nunca está húmedo. Pero competían en ello, siempre sacando madera y redistribuyéndola. En el caso de Brendan, todas las piezas se colocan perfectamente de inmediato. A medida que va colocando el suelo, apila los troncos más pequeños ordenadamente unos encima de otros, con tanta pericia como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

Respiro hondo y echo un vistazo al interior de la caravana. Hay barras antirrobo alrededor de todas las ventanas. Excepto en la parte delantera de la cabina del conductor.

Tal vez pueda salir por la puerta del conductor. Está en el lado opuesto a la hoguera. Si no está cerrada, puedo escabullirme, cruzar la pista forestal y desaparecer entre los troncos antes de que Brendan se dé cuenta de que me he ido. A través de la ventana de la mesa del comedor, intento calcular la distancia hasta las primeras coníferas. Son unos diez metros. Brendan también debe estar a diez metros de la caravana del otro lado. Si llego a la línea de árboles antes de que se dé cuenta de que me he ido, tendré veinte metros de ventaja. Eso debe ser suficiente para esconderme.

Miro varias veces de la puerta a Brendan y viceversa. Siento las piernas como malvaviscos asados, pero avanzo unos pasos. Ya estoy casi en la parte delantera de la cabina del conductor.

—¡Puedes ir viendo lo que quieres comer después! —oigo gritar de repente a Brendan.

Permanezco congelada en el sitio. Débilmente pienso qué hacer, luego me agacho y vuelvo arrastrándome hasta el lavabo con unas esposas que tintinean. Con cuidado, me enderezo.

—Vale —digo hacia afuera. ¿Se ha dado cuenta de lo aguda que suena mi voz?

Mira en dirección a la caravana, pero no a la ventana abierta tras la que estoy. Quizá tengo suerte y solo ve sombras a través de las mosquiteras.

—Está todo en la nevera. ¡Elige algo para mí también!

—Sí. —Aprieto los puños con tensión.

Brendan vuelve a centrar su atención en la leña. Si enciende el fuego directamente, estará ocupado un buen rato. Puede que incluso tenga que recoger algo de yesca.

No puedo esperar más. Esta vez me arrastro hasta la parte delantera de la cabina. A través del

estrecho hueco entre los asientos, me empujo a cuatro patas sobre la palanca de cambios hasta el asiento del conductor. Me siento lo más silenciosamente posible y mi mirada se posa en la cerradura de contacto. La llave no está dentro, claro que no. Pero tampoco habría sabido conducir este monstruo. Las pocas lecciones de conducción que me dio Ethan fueron hace meses.

Con dedos temblorosos, busco la manilla de la puerta sin apartar los ojos de la puerta del pasajero. Tengo miedo. Finalmente encuentro la palanca. ¿Qué ruido se oirá cuando la puerta se abra de golpe? Me deslizo hacia la izquierda, preparándome para echar a correr de un momento a otro en caso de que Brendan lo oiga. Sólo tengo que recorrer diez estúpidos metros para desaparecer entre la maleza.

Toco el mango como si fuera la cuerda de una guitarra. No pasa nada. Vuelvo a tirar, con más fuerza. Otra vez nada. Ha cerrado la puerta. Se me saltan las lágrimas cuando mi mirada se posa en la manivela de la ventana. Una manivela para abrir la ventana, ¡sin electricidad! No puedo creer mi suerte. Con las manos sudorosas, bajo la ventanilla. Ojalá supiera dónde está Brendan. Me pregunto si aún estará jugueteando con el fuego o si ya estará merodeando por la caravana. Cada segundo que bajo más la ventanilla, espero que abra de un tirón la puerta lateral. Mientras abro la ventanilla, escucho atentamente en busca de un ruido, un crujido sospechoso o pasos rápidos. En algún lugar por encima de mí cantan los pájaros y a lo lejos, detrás de un horizonte que no puedo ver, retumban los truenos. Sólo ahora me doy cuenta de lo fresco y húmedo que está el aire que entra. Si Brendan también ha oído el trueno, puede que abandone inmediatamente la idea del asado.

En el asiento, me pongo en cuclillas y me agarro con ambas manos al marco superior de la ventanilla. Luego estiro una pierna y llego a sentarme a medio camino en el marco inferior antes de sacar la otra pierna. Me cuelgo de la ventanilla como si estuviera a horcajadas.

¡Ahora!

Me dejo caer, frotando la espalda contra la puerta. Aprieto las mandíbulas para no gritar de dolor.

Cuando me pongo en pie, oigo un ruido sordo que me congela el corazón en el pecho. Tardo varios segundos en despertarme del susto, luego corro hacia los árboles presa de un pánico ciego. Las piernas me pesan como en una pesadilla. El bosque parece alejarse de mí. Las piedras se clavan en las plantas de mis pies descalzos y desgarran la piel.

—¡Louisa! —Brendan grita desde detrás de mí. Mi nombre y mis palabras pasan a toda velocidad. Sólo quiero entrar en el bosque. Esconderme. Ser invisible para él.

Justo antes de llegar a los troncos, tropiezo con una roca y empiezo a tambalearme. Me oigo jadear y todo se vuelve borroso. Justo a tiempo puedo agarrarme con una mano en el suelo.

Pero entonces veo a Brendan. Como una silueta parpadeante en el límite de mi campo de visión, tan rápido que nunca lo creí posible. No viene hacia mí por detrás, sino por el costado, con los ojos desorbitados y brillantes como nunca antes. Mi mente no entiende nada y al momento siguiente me golpea toda la fuerza de su cuerpo.

Capítulo 8

Vuela directo hacia mí y me tira al suelo. No puedo agarrarme, me raspo contra las piedras, todos mis huesos parecen romperse. Durante unos segundos sólo veo estrellas en la brillante luz. Está encima de mí, gritando cosas incoherentes que no entiendo. Me aprieta los brazos contra los costados y me pone una mano en la nuca.

—¡He dicho que no huyas! —gruñe, tirando de mi cabeza hacia arriba—. ¡Te dije que no me dejaras! A mí. No. No me dejes. —Sus dedos aprietan más fuerte con cada palabra.

Me rasgo los brazos, queriendo luchar contra él, pero es indomable, cada músculo de acero férreo. No puedo moverme. Quiero decir algo para calmarle, pero no puedo hacer ruido. Su peso me deja sin aliento. Durante unos segundos temo que me rompa las vértebras del cuello, pero de repente me suelta el cuello y tira de mí para ponerme en pie por el brazo.

Como a través de una capa de niebla, me doy cuenta de que me está arrastrando de vuelta a la caravana. Le doy una patada en la espinilla, le raspo la piel con las uñas, le meto un codo entre las piernas, jadeando y gritando, pero su agarre no afloja, solo se hace más fuerte.

Se detiene en la puerta lateral, me abraza implacablemente por detrás. Mi espalda contra la parte frontal de su cuerpo, sus brazos en cruz frente a mi pecho. Sus respiraciones son como sacudidas en mi cuello. Le oigo jadear, incluso ahora que estoy muy quieta.

—¡Maldita sea Lou! ¿Estás intentando suicidarte? —Susurra y eso me asusta aún más.

Permanece inmóvil durante unos segundos, casi como si no confiara en sí mismo. Como si tuviera que evitar hacerme algo.

—Lo siento, lo siento... —Las palabras brotan de mí como agua de un manantial—. Tenía miedo... la ropa... lo siento... por favor...

Repite algo, tan bajo que no lo entiendo, pero suena como el murmullo de un cura. Sigue apretándome, como cuando me drogó. Sus frases se hacen más fuertes cuanto más habla, y al final oigo lo que dice.

—Tengo que ponerte a salvo. Tengo que llevarte... —Se interrumpe, me levanta bruscamente y me lleva escaleras arriba. No me resisto más, tengo demasiado miedo de que se vuelva completamente loco. Me aprieta tanto los brazos que gimo con los labios cerrados. En el pasillo se detiene de nuevo, un estremecedor suspiro sale de su boca—. Tienes que alejarte... de mí...

Me arrastra hasta un armario de pared, lo abre de un tirón y rebusca en él frenéticamente. Unas cuantas hojas blancas caen al suelo. De repente se detiene, musita una oración de alivio y saca una cadena de hierro con unas esposas en cada extremo.

—Tenía miedo, Brendan —vuelvo a intentarlo. El corazón me late con fuerza. Ahora solo me sujeta por un brazo. Parece ausente, como si ni siquiera estuviera allí.

Sin decir palabra, me saca fuera y mira fugazmente a su alrededor.

—Seguro —murmura, guiándome por el lateral de la autocaravana—. Para... ahora échate al suelo. —Con decisión, me empuja el hombro hacia abajo y me hundo de rodillas junto a la autocaravana.

—Bren... —No me atrevo a levantar la vista y echar un vistazo a sus pantalones cargo con muchos bolsillos.

—No deberías haber huido... —Se agacha, me agarra la muñeca con las esposas y encaja el segundo puño suelto en la parte baja de la carrocería.

—Brendan...

—¡Demasiado tarde! —insiste, con la voz teñida de horror—. Está oscureciendo... todo se

está volviendo negro...

Estoy segura de que me matará. Me corren lágrimas por la cara. No quiero morir. Como protección, me cubro la cabeza con el brazo libre, me hago muy pequeña sobre las rodillas y entrecierro los ojos. Oigo mi respiración acelerada, truenos retumbando en las nubes. Pasos que se alejan. En algún lugar a mi izquierda suena algo.

Parpadeo. Mi campo de visión está borroso y me limpio los ojos con la blusa. Con cautela, giro la cabeza en la dirección desde la que he oído el ruido y diviso a Brendan, a menos de diez metros.

Ha enrollado la cadena que acaba de sacar del armario alrededor del tronco de un abeto.

Sólo ahora veo que está completamente mojado de sudor. Sus pantalones, su camisa, su pelo. Su rostro es gris ceniciento.

Me acerco a la caravana sin dejar de mirar a Brendan. Una a una, hace clic en las anillas metálicas que rodean sus muñecas y deja que encajen en su sitio. La cadena se tensa una vez alrededor del maletero: está atrapado. Por un momento aparece una sonrisa en su rostro y se parece al Brendan que tanto me fascinó en el Centro de Visitantes.

—Louisa. —Su voz se quiebra en la última sílaba. El sudor le corre por la cara—. Pase lo que pase, no tengas miedo, no puede pasarte nada. —Tira de las esposas—. ¿Ves?

—Sí —jadeo, exaltada e impotente. Qué puede ser tan malo para que se encadene?

—Todo es negro. —Camina hacia mí. En algún momento la cadena se clava en el tronco del árbol y lo detiene con un tirón.

—No, no lo es. —Un temblor me sacude—. Es sólo una tormenta que se avecina.

—Lou.

Esta vez me alegro extrañamente de que me llame por mi apodo.

Mira fijamente en mi dirección, pero sus ojos están como ciegos. Tengo la sensación de que en realidad no me ve en absoluto.

—Lou... tienes que prometerme algo.

—Es… Está bien —murmuro.

—Pero primero: toma ésta, sí —Sostiene una llave diminuta entre el pulgar y el índice. Está temblando tanto que apenas puede sostenerla—. Tienes que cogerla.

—¿Cómo?

Brendan se agacha todo lo que puede con sus ataduras y me lanza la llave. Cae justo delante de mis rodillas. Cuelga de un anillo de metal con una bola negra del tamaño de una canica en su interior.

—¡Guárdalas!

Saco a tientas el llavero de las piedrecitas y me lo meto hasta el fondo en el bolsillo del pantalón.

—¡Ahora escucha! Esta llave sólo abre mis esposas, no las tuyas. Quiero que te metas debajo de la caravana... —se interrumpe, jadeando, tambaleándose en sus ataduras como si le estuvieran dando una paliza de izquierda a derecha. Su rostro se contorsiona en una mueca de dolor.

—¿Qué pasa? —Intento que no se note mi miedo, pero estoy segura de que mi voz me traiciona.

Brendan inclina la parte superior del cuerpo hacia delante y apoya las manos en los muslos.

—Escóndete debajo de la caravana —continúa finalmente la frase que había empezado—. Eso debería... eso debería funcionar.

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué debería esconderme?

—Hazlo —insiste. Las venas de sus sienes están hinchadas y parece que fueran a estallar en cualquier momento.

Desvío la mirada. A lo lejos, los primeros relámpagos se agitan en el cielo, fantasmas danzantes y brillantes con cientos de bracitos delgados. Las nubes sobre nosotros son gruesas y grises, sólo sus bordes brillan en violeta metálico.

—Mañana por la mañana me vuelves a tirar la llave, ¿entiendes? ¡Mañana por la mañana, no antes!

—¿Por qué? Brendan, ¿qué pasa?

—Está oscureciendo. Y cuando oscurece, llega la muerte. —Suena como un niño en una película de terror. Un escalofrío me recorre la espalda. Camina hacia atrás, paso a paso—. Cuida la llave. Si no, nunca saldremos de aquí. —Con estas palabras rodea el tronco a mayor distancia. Tiene los puños cerrados y los hombros caídos hacia delante, como si fuera a pelear. Desaparece detrás del abeto en la espesura.

Oh Dios, ¿qué está haciendo?

Escucho un sonido, pero hay un silencio terrible. Por un momento pienso que todo es un juego malvado. Al próximo trueno saltará de detrás del tronco y me estrangulará con la cadena de hierro. Quizá tenga una llave de repuesto.

De repente recuerdo lo que me dijo. Me tumbo boca abajo y me deslizo de lado bajo la caravana, muy despacio, para no ejercer demasiada presión sobre mi mano esposada. El segundo anillo metálico de mis esposas cuelga de un ojal de acero que me garantizo que no podré romper. Me palpitan las yemas de los dedos. El anillo metálico me corta la piel. No puedo quedarme boca abajo sin que se me corte la sangre, así que me pongo boca arriba y abro y cierro los dedos varias veces para que la sangre circule mejor. Solo entonces vuelvo a mirar hacia los abetos, pero no veo a Brendan.

Me arrastro un poco hacia afuera, de manera que mi lado izquierdo sobresale un poco debajo del camper. Enjambres de mosquitos vuelan a mi alrededor y algunos de estos bichos aterrizan en mi brazo. No me importa en absoluto. Que me chupen la sangre hasta dejarme seca, mientras pueda sobrevivir a esto de alguna manera.

—¿Brendan? —llamo con voz apagada—. ¿Dónde estás?

Silencio.

Caen relámpagos. Las nubes gris plomo brillan como un mar blanco durante varios segundos, luego todo parece mucho más oscuro.

Se está volviendo negro.

¿Qué quería decir con eso?

—¡Brendan, di algo!

Se escucha un ruido en la maleza. En algún lugar entre Brendan y el arbusto de rosas silvestres a la derecha del abeto.

Algo sale del bosque hacia mí. Grito, pero no es más que un armiño. Zigzaguea por el saliente donde Brendan ha estacionado, arrastrando la cola como una boa de plumas. Con un elegante salto, vuelve a refugiarse entre los árboles. Involuntariamente, expulso un suspiro, y en ese momento el cielo se llena de relámpagos.

Brendan no es el único problema. Retrocedo un poco bajo la caravana, donde espero estar protegida de los rayos. *¡Ojalá!* Pero, ¿y si a Brendan le cae un rayo? Entonces me moriré de hambre y de sed aquí. Sólo al cabo de meses o años me encontrará un vagabundo solitario: un cadáver descompuesto cuya mano huesuda se ha salido del anillo metálico. ¿Adelgazaría lo suficiente como para sacar la mano del anillo antes de eso?

El cielo se ilumina nuevamente con un conjunto de relámpagos, pero esta vez solo veo los destellos. La humedad de la lluvia cercana es tan densa que la puedo respirar. Los truenos siguen rápidamente. Todavía no hay señales de Brendan.

Una espeluznante cortina gris se extiende sobre la saliente. Finalmente, comienza a tamborilear sobre mí, como si alguien estuviera golpeando los dedos sobre una mesa. Cada vez más rápido. Luego, la lluvia estalla de repente con tanta intensidad como si alguien estuviera arrojando cubos de agua sobre nosotros. Me arrastro de nuevo completamente debajo de la autocaravana, pero de manera que todavía puedo mirar afuera, de todos modos, no puedo ir muy lejos por el grillete.

En el cielo, se libra una batalla entre la luz blanca y fantasmal y la oscuridad negra y profunda. Entre la lluvia y el viento. La bóveda parece interminable por la reverberación de los truenos. El agua fluye desde los lados de la autocaravana, algunos goterones siguen los tubos y caen sobre mí desde el chasis. Brendan ha desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

Para distraerme del miedo, cuento los segundos que transcurren entre el relámpago y el trueno.

Veintiuno, veintidós, veintitrés...

Un aullido ensordecedor rompe la noche en mil pedazos. Salto y golpeo mi cabeza contra un tubo. El aullido no suena ni a animal ni a humano, sino a una mezcla de ambos. Un animal moribundo y un ser humano golpeado hasta la muerte.

Temblando, me asomo a la espesura del bosque. Los fragmentos de noche, aullidos, lluvia y troncos tardan un momento en encajar como piezas de un rompecabezas para formar una imagen.

Hay una sombra en el abeto al que Brendan se ha encadenado. Se mueve de un lado a otro como una sombra temblorosa, moviéndose como un boxeador que recibe continuamente un fuerte izquierdazo y arremete a su vez. El aullido es tan fuerte que ahoga la tormenta. Me tapo los oídos lo mejor que puedo, pero es inútil. Penetra en mis huesos como si quisiera reventarme.

En algún momento, los horripilantes sonidos cesan bruscamente. La lluvia parece aún más siniestra en el silencio dejado por los aullidos salvajes. Siento como si hubiera un agujero en la noche. Miro fijamente el abeto como hechizada.

En el siguiente destello de los relámpagos, distingo a Brendan. Está allí de pie como petrificado. Su rostro brilla pálido como una luna en la oscuridad, sus ojos parecen hundidos en ella. Me está mirando. Al menos eso creo. Me mira sin verme.

—¡Te mataré! —ruge de repente tan fuerte que el aire parece temblar bajo sus palabras—. ¡Si vuelves a hacer eso, te mato! —Corre hacia mí.

Me tapo la boca con la mano para no gritar. La cadena lo detiene, a pocos metros de mí. Como un loco intenta desgarrar los anillos de metal, la sangre y la lluvia corren por sus palmas, pero no se detiene. Con toda su fuerza, tira de las esposas, gritando. El tronco se sacude, las ramas se agitan hacia arriba y hacia abajo, crujiendo. Una rama pequeña se rompe.

Otro trueno justo encima de nosotros le hace detenerse. Permanece inmóvil bajo el aguacero. Sus mechones sueltos de pelo se agitan alrededor de su cara con el viento. Mueve los labios, susurra algo, pero no le oigo. Como un niño asustado, de repente se lleva las manos a los ojos.

Me quedo tumbada. Mojada y temblando. No entiendo lo que está pasando.

Al final vuelvo a entenderle, cuando sus palabras se hacen más fuertes y la lluvia se calma, pero no me habla.

—¿Cómo pudiste creer que ella te amaba? ¿Que ella volvería? Eres un pedazo de basura sin valor. Nadie te ama. No eres nada. Un bastardo. Un debilucho. Nadie te quiere. Mírate, llorando otra vez. ¿No te dije que no lloriquees como una perra? ¿No te dije lo que te voy a hacer, pedazo

de mierda? ¿Quieres hacerte el muerto otra vez?

Los relámpagos y los truenos cruzan el cielo uno tras otro, como si se persiguieran. Bren cae de rodillas.

Mi corazón late violentamente, lleno de miedo y horror.

—¡Dime lo que eres! Sí, dímelo, quiero oírlo de tu boca —grita, y entonces la parte superior de su cuerpo se convulsiona—. No soy nada —susurra en voz tan baja que sólo lo entiendo porque está muy cerca y la lluvia se ha calmado. Clava los dedos en la tierra—. Ella me abandonó. Cualquiera lo habría hecho, no soy nada. Nadie puede amar a la nada. Debería estar muerto. Enterrado en la oscuridad bajo la tierra... No soy nada...

De espaldas, me hago a un lado por el barro, salgo de debajo de la caravana para poder sentarme sobre las rodillas. No puedo pensar en lo que le pasa. Cuando lo hago, el horror se apodera de mí.

—Brendan —digo con urgencia, ni demasiado alto ni demasiado bajo. La lluvia apenas cae en gotas gruesas, pero el viento aúlla entre las copas de los árboles como si rozara vasijas de barro. Espero que no caigan ramas de los árboles.

—¡Bren-dan! —Estiro el brazo en su dirección.

Me mira, pero estoy segura de que sigue sin fijarse en mí, como si estuviera atrapado en un delirio.

—No pasa nada —lucho contra el temblor de mi voz—. Sigo aquí. ¿Ves? No te he dejado. —A cámara lenta, para no sobresaltarlo de algún modo, bajo el brazo. Por supuesto, me doy cuenta de que debe haber sido otra persona la que le ha dejado, pero no sé qué más decir—. No me voy, ¿vale? Te lo prometo. Me quedaré aquí toda la noche. Hasta mañana por la mañana. Y entonces te devolveré la llave.

No sé qué le calma, si mi voz o mis palabras, pero deja de clavar obsesivamente las manos en la tierra.

Animada por el éxito, continúo hablando.

—Sin embargo, no tengo buena puntería. Siempre fui bastante mala cuando se trataba de acertar a algo desde cierta distancia. Se me caían latas, piedras y esas cosas. —Por un momento me pregunto si eso también lo sabe—. Mis hermanos son buenos en eso. —Me alegro de que me escuche y sin embargo no lo haga—. Especialmente Jayden. —Se me forma un nudo en la garganta. Todo esto es demasiado. Quiero llorar por todo ahora mismo. Por mí, por mis hermanos, por mis mentiras que me llevaron a terminar aquí con él. Tal vez incluso por él o por quien solía ser. Pero siempre puedo llorar más tarde, así que me obligo a seguir hablando—. Yo también tuve miedo a la oscuridad durante un tiempo. Fue después de la muerte de papá. La oscuridad y la muerte parecían ir de la mano durante un tiempo. Dormí en la cama de Ethan durante unos meses y él siempre tenía que enchufar la estrella azul, mi luz de noche. Aunque para él no era tan fácil dormir con la luz encendida. Ethan siempre lo hacía todo por mí... —Vacilo, no puedo seguir hablando de mis hermanos si no quiero llorar. Por un momento miro al cielo. El viento se lleva las nubes por delante como un rebaño de ovejas negras. Ha dejado de llover, pero aún se oyen truenos y relámpagos a lo lejos.

—Si mañana te lanzo la llave, tengo garantizado meter la pata. Deberíamos pensar una estrategia de qué hacer si fallo. Podrías buscar un palo entre la maleza... —Hablo y hablo sobre la longitud y el grosor del palo. Sobre cómo puedo saltar más lejos de lo que puedo lanzar en el campo de deportes. Sobre cómo quería unirme a las animadoras pero mis notas eran demasiado malas—. Sin embargo, bailar es algo que se me da muy bien. —Tal vez sea incluso lo único en lo que soy realmente buena, pero nunca significó nada para Ethan. *Bailando no pasas entrevistas*

de trabajo, decía siempre.

Más tarde, el viento cambia y caen algunas gotas de lluvia nuevamente. Sigo hablando, pero un trueno me interrumpe en medio de la frase. Brendan se levanta de un salto y mira al cielo con los ojos muy abiertos. Parece alguien que no puede contener su horror.

—¡Deberías estar muerto, enterrado bajo tierra! Te mataré! —vuelve a rugir de repente.

Me presiono contra el camper, con la mano izquierda dolorosamente torcida. Cuando grita así, me da miedo que con toda su fuerza derribe el árbol y venga hacia mí.

Pero Brendan se aleja como un animal enfermo destinado a morir, detrás del abeto. Escucho sus palabras una vez más.

—En la oscuridad, profunda oscuridad... bajo la tierra... ¿por qué te fuiste? No dejes de respirar. No dejes de respirar. No muevas las manos. No llores. No dejes de respirar...

No me moveré de este lugar. Dije que me quedaría allí, así que no me esconderé bajo la caravana, no importa si vuelve o no. No importa lo asustada que esté.

Al cabo de unos minutos, al menos creo que son minutos, me siento en una posición más cómoda, un poco de lado, para no tener que doblar tanto la mano. Me rodeo las rodillas con el brazo libre para entrar en calor. Estoy empapada. Incluso mi ropa interior.

Pasará, Lou. Esta noche también pasará, como la anterior. Todo pasa, un día estarás de nuevo en casa.

Espero. A que pare la tormenta, a que aparezca Brendan, a que pase la noche. Al cabo de un rato tengo el cuerpo completamente entumecido, ni siquiera siento las punzantes piedras bajo el trasero, aunque no ha hecho tanto frío como temía. Me quedo allí sentada, apoyada con el hombro en la pared lateral de la caravana y recogiendo de vez en cuando agua de lluvia en mi cuenco de mano para calmar la sed.

De vez en cuando se me cierran los ojos de cansancio, pero los truenos siempre me despiertan. Quizá sea algo bueno, porque tengo miedo de mis sueños.

Sigo pensando en las palabras de Brendan: *Debería estar muerto. Enterrado en la oscuridad bajo la tierra.*

¿Qué le ha pasado? ¿Por qué piensa eso de sí mismo? ¿Quién le hizo eso? Cuando gritó: *Te voy a matar,* ¿no se refería a mí? ¿Alguien le dijo eso? Me pareció que era dos personas al mismo tiempo.

Es curioso cómo algunas cosas cambian de repente en poco tiempo. Hasta hace unas horas, Brendan era sólo el despreciable secuestrador que me atrapó. Al que temía. Quien me drogó y me encerró en una caja, completamente despiadado. Alguien que de alguna manera me había estado espiando durante meses. Hasta ahora, no tenía pasado, solo era mi secuestrador. Pero ahora, de repente, es un ser humano con sentimientos. Alguien que fue herido. Alguien a quien le han hecho daño, y mucho. Al menos eso es lo que interpreto de todo lo que ha sucedido esta noche. No puedo dejar de pensar en sus ojos. Pensé que se veían como si ya hubiera visto de todo. Tal vez lo haya hecho. Pero tal vez ni siquiera quiero saberlo. Probablemente eso me asustaría aún más.

Apoyo la cabeza en las rodillas. Por el rabillo del ojo noto un movimiento y miro a un lado. Brendan está sentado en el suelo con la espalda apoyada en el tronco del árbol, la cabeza apoyada en la nuca como si estuviera mirando las estrellas. Pero el cielo está demasiado nublado para eso, aunque la tormenta ya se haya alejado.

De momento parece completamente tranquilo. Me encantaría lanzarle la llave para que nos suelte y pueda entrar a la cálida caravana. Pero dijo que no hasta la mañana.

Cierro los ojos, las gotas de lluvia salpican suavemente mi piel. Imagino que estoy de vuelta

en casa, en Ash Springs. De nuevo veo a mis hermanos ante mí. Me dicen que me quieren. Ahora ya no puedo contener las lágrimas.

Capítulo 9

No he dormido. Durante una hora, he estado observando el cielo y viendo cómo cambia de color. Al principio, está oscuro y solo unas pocas nubes lo atraviesan. Entre ellas, los espacios libres parecen praderas estrelladas, pero las estrellas no brillan esta noche; parecen estar más lejos y mucho más frías, como si fueran de cristal.

Poco a poco, la primera pincelada de luz se muestra sobre nosotros, una franja gris que se extiende en nubes esponjosas y eventualmente engulle las estrellas.

Esta noche Brendan ha tenido otro ataque violento, he hablado y hablado y realmente se ha vuelto a calmar. Ahora estoy ronca y hace unas dos horas que no lo veo.

El silencio es total. Sólo las gotas que caen de las copas de los árboles a la tierra acompañan la transición de la noche al día. El gris se aclara y pronto el cielo se ve salpicado de color rosa salmón y melocotón que se extienden cada vez más. Un pájaro comienza a cantar, un canto solitario que parece llenar todos los rincones del bosque. Al cabo de unos minutos se convierte en un coro. En algún momento, el armiño vuelve a revolotear por el lugar sin volverse a mirarme.

Con suavidad, dejo que mis manos y pies agarrotados den vueltas. Cada movimiento me duele y me doy cuenta por primera vez de que me lastimé por la caída en el sendero del bosque. Tengo las rodillas raspadas y, al pasarme la mano por el punto dolorido de la frente, noto una hinchazón. No me extraña, con lo fuerte que Brendan me tiró al suelo. Me empujo el escote de la blusa empapada por encima del hombro y miro los moratones verdeazulados de la parte superior del brazo, donde me agarró con tanta fuerza. Incluso a la altura de los codos, manchas amarillas siguen decorando la piel como garabatos: deben de ser las marcas que quedan de su primer ataque con cloroformo.

No quiero ni recordarlo y vuelvo a subirme la tela, respirando un par de veces el aire fresco y amaderado de la mañana antes de sacar del bolsillo del pantalón la llave de las esposas de Brendan.

Lo giro de un lado a otro en la mano y luego intento abrir la cerradura de la mía con él.

—Te dije que sólo desbloquea la mía —oigo decir a Brendan de la nada.

Casi se me para el corazón, estoy muy asustada. Miro hacia arriba. Está de pie, tan cerca como le permite su cadena. Por primera vez no me parece perfecto, sino flácido y cansado, con ojeras azuladas y las muñecas desgarradas.

Me muerdo el labio inferior. ¿Puedo saber qué hará si le doy la llave? Tal vez me encierre en la caja de nuevo, como castigo por intentar huir. Ahora que vuelve a parecer tan normal, siento como si sólo hubiera soñado aquella noche.

—¿Qué pasa si te doy la llave? —quiero saber.

—Nos desataré.

—¿Y después?

—Deberías ducharte. —Una sonrisa fugaz se dibuja en su rostro. Casi tan ágil y fugaz como el armiño.

Sigo su mirada hacia mí. Estoy manchada de barro de arriba abajo. Pero la palabra *ducha* me hace pensar en la ropa. El motivo de mi pánico. Temo sacar el tema, temo la respuesta porque podría hacerle parecer aún más loco de lo que le he visto hasta ahora. Por otro lado: después de lo que ha pasado esta noche... ¿qué puede superarlo?

—¿Vas a encerrarme en la caja como castigo? —pregunto desafiante.

—¡Cielos, no, Lou!

—Pero me amenazaste con ello.

—Pensé que lo mejor sería encerrarte en ella cuando yo... bueno, cuando ocurriera algo así. —En un gesto extrañamente impotente, levanta las manos en sus ataduras.

Me obligo a seguir mirándole.

—¿Qué vas a hacer entonces? Vas a hacer algo, ¿verdad?

—Tendría que estar mintiendo si lo negara. —Se pone en cuclillas, a la altura de mis ojos. Durante unos segundos me mira, sin interpretar la expresión—. No sé qué ha pasado esta noche.

Miro hacia mis pies y él sigue hablando:

—Se llama flashback. La reexperimentación de un viejo y terrible recuerdo, un trauma. ¿Has oído hablar de ello?

—En la televisión —digo en voz baja—. Pero no puse mucha atención. —Al menos este comportamiento tiene un nombre. En aquel momento no me interesaba, no tenía nada que ver conmigo ni con mi vida.

—Hay diferentes formas. Después no recuerdo lo que hacía durante un ataque. Empieza cuando sólo veo todo en blanco y negro. Todo se vuelve más oscuro, se aleja de mí. Al final me quedo atrapado en mí mismo y no noto nada fuera. —Como no continúa, levanto la vista. Se mira la piel rasgada—. Esta noche debe de haber sido mala. Intenté liberarme, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Una vez dejé inconsciente a alguien durante un flashback porque pensé que era... —vacila —, otra persona. Por eso me encadené. No quería hacerte daño.

—Nunca quieres —susurro con los ojos entrecerrados—. Y sin embargo lo haces. Todo el tiempo.

Mira al suelo.

—Lo siento, Lou .—Su voz suena angustiada, casi le creo. Involuntariamente me rozo el brazo; la mancha azul verdosa duele incluso con este tierno roce.

—¿Entonces por qué lo haces? —le siseo.

Levanta la vista con una sacudida. "No debes huir. Es inútil de todos modos. Siempre volveré a atraparte. El viejo juego del gato y el ratón.

Estoy a punto de tragarme la llave junto con el anillo de mármol, sólo para ver su estúpida cara, cuando continúa hablando:

—Hay algunas cosas que me provocan este tipo de reacciones. Estos estímulos se llaman desencadenante.

Ya veo. Así que mi huida es un desencadenante. *Okaaay.*

—¿Hay otros desencadenantes? Probablemente debería saberlo.

Se levanta, sus labios se convierten en una línea.

—Sí, pero no quiero hablar de eso. Y ahora, por fin, dame la llave.

—Suenas demasiado enfadado. Si estás tan enfadado, no te lo daré.

Suspira impaciente.

—Todavía tienes miedo.

Debo de estar mirándole con los ojos muy abiertos, porque sus facciones se suavizan, su mirada se dulcifica.

—Nunca podría hacerte daño. ¿Qué quieres que haga para que me creas?

—Suéltame —digo con dureza.

De nuevo, una sonrisa astuta se dibuja en su rostro.

—Uno a cero para ti. Pero sabes que eso no servirá. Ahora tira la llave para que yo pueda

alcanzarla.

Me pregunto por qué está tan impaciente. Podría estar ganando tiempo, porque tal vez, sólo tal vez, alguien venga realmente por aquí. Mi corazón late más rápido al pensarlo.

—¿Y si alguien nos encuentra aquí? —presiono—. Me están buscando. Quizá la policía sobrevuele la zona en helicóptero.

—Quizás. Puede que no. La policía dice que te escapaste. Como hacen cientos de adolescentes cada año. No creo que se molesten en buscarte en este páramo.

—Mientes —contradigo con vehemencia—. Claro que me están buscando. Por eso no me dejaste ver *Encuéntrame*.

—Puedo dejar que te enteres de las noticias. Llevas mucho tiempo fuera de las noticias. ¿Qué crees que han dicho tus amigas? —Me mira bruscamente y ni siquiera espera mi respuesta—. Tu hermano te restringía y te prohibía hacer cualquier cosa... tú misma dijiste que querías volver a casa en autobús. O a cualquier otro sitio. Créeme, la policía tiene mejores cosas que hacer que buscar a una pequeña adolescente rebelde. Dame la llave y te dejaré leer los periódicos de los primeros días después de tu desaparición.

Lágrimas de impotencia y rabia acuden a mis ojos, pero no quiero mostrárselas. Miro la pared de la caravana, las letras *Travel America*.

—Me estás chantajeando con lo que sabes de mí —digo en un susurro—. Eso no es justo. Y lo sabes.

Oigo por el ruido de las cadenas que se está moviendo.

—No es necesario. Pero puedes esperar, por supuesto. Hasta que no podamos mantenernos erguidos por el cansancio. Que en tu caso será mucho antes.

Le miro de nuevo. Se mantiene erguido, con los hombros tensos, de repente apenas marcados por la noche, como si se estuviera regenerando más rápido que un humano normal.

—Esta zona abarca casi 500.000 kilómetros cuadrados con una población de apenas 30.000 habitantes. Aquí nadie te salvará.

Agotada, apoyo la cabeza en el auto y aprieto la llave en la mano. Me gustaría morirme, así de miserable me siento. Lo malo es que le creo. Y negármelo a mí misma no tiene sentido.

Me giro hacia él y me deslizo hacia delante todo lo que puedo. No está a más de siete metros de mí. Debería ser fácil tirarle la llave. Debería serlo, si no estuviera tan cansada, hambrienta, mojada, agotada y triste como lo estoy. Ni siquiera me atrevo a tirar.

Me tiembla la mano. *¡Vamos, Lou!*

Pero, ¿y si miente? ¿Y si me encierra en la caja? Días, semanas... Un destello de memoria me recorre. *¡Deberías estar muerto, enterrado bajo tierra!*

—¿De verdad no vas a volver a encerrarme en la caja? —vuelvo a preguntar.

—No. Sus ojos oscuros brillan, amables, casi cariñosos. Pero así me miró cuando me advirtió sobre los osos. Nunca sabré cuándo miente y cuándo no.

—Pero harás algo más… ¡lo dijiste antes!

—Así es. —Sigue mirándome.

—¿Qué?

Suspira:

—No quiero mentirte. Nunca tuve la intención de encadenarte todo el tiempo. Pero supongo que tendré que hacerlo por ahora.

Jugueteo con la llave en la mano. Tengo frío, tengo hambre, estoy infinitamente cansada. También tengo que ir al baño urgentemente, algo que no puedo ignorar por más tiempo... y no me apetece dejar que Brendan me vea hacerlo. Puede que mi espera esté empeorando las cosas.

Quizá le esté poniendo tan en mi contra que, después de todo, me haga algo peor. O quizá ha estado fingiendo todo el tiempo y sólo está esperando el momento en que pueda hacerse con la llave.

Vuelvo a apoyar el hombro en la caravana y miro hacia arriba. Unos cuervos planean sobre las copas verdes de los árboles. Muy por encima de nosotros veo la estela de un avión. Todo está en silencio. No se oyen las aspas del rotor de un helicóptero, ni nos llegan ruidos de motores ni voces. Sólo el bosque y el cielo, Brendan y yo.

Espero contra toda razón. Brendan no dice nada, al cabo de un rato se sienta en el suelo y deja que dos piedras giren una alrededor de la otra en una mano. El tiempo pasa flotando como si fuera un pájaro. Ingrávido y silencioso. El cielo se vuelve azul acero y sale el sol. El calor lame la humedad de la tierra mientras yo aprieto los muslos porque la presión sobre mi vejiga es casi insoportable.

Cuando hace demasiado calor, me meto debajo de la caravana. Por un momento pienso en mearme en los pantalones aquí abajo, pero aún puedo aguantar.

Sigo esperando. Pequeños bichos se arrastran por mis brazos y piernas, al principio los esquivo, pero al final me rindo. Se me agrietan los labios. Intento calcular cuántas personas hay en esta zona por metro cuadrado, si hay 30.000 habitantes en 500.000 metros cuadrados. Calculo 500.000 dividido por 30.000, pero como el resultado no empieza por cero, algo debe andar mal. Así que intento dividir 30.000 entre 500.000. Me doy la vuelta sobre el estómago, lo mejor que puedo con la restricción, y dibujo los números en la tierra con la llave, escribo la división. Cuando me sale un cero después del punto decimal, me rindo frustrada. Cero coma cero algo. Probablemente esos 30.000 habitantes vivan todos en uno o dos pueblos, el resto de la zona apenas estará poblada. No puedo evitar pensar en el tractor oxidado que ni siquiera valía la pena remolcar para que no bloqueara la carretera forestal.

Canadá. Sólo puede ser Canadá. En EE.UU. hay estados y no territorios, y menos aún tan poco poblados. Al menos eso es lo que yo creo.

Pero, ¿por qué creo realmente que las palabras de Brendan son ciertas? Quizá el número de habitantes no sea cierto en absoluto. Cierro los ojos.

—Si quieres provocarme... —oigo decir de repente a Brendan—. Pronto lo lograrás. —Miro sus botas oscuras de motero. Patea una piedra.

—Estoy esperando a que venga alguien —grito desde debajo de la caravana.

—Eso no va a pasar. Jamás.

—Eso ya lo veremos.

—Sí, ya veremos.

Sigo esperando. Pero los crujientes pasos de Brendan y el crujido de la maleza cuando desaparece brevemente en el bosque son los únicos sonidos humanos, aparte del mío. Por lo demás, sólo oigo el piar claro y oscuro de los pájaros del bosque, el *revoloteo* prolongado de los cuervos, el zumbido de las abejas y el movimiento de los abetos al sol. De vez en cuando, con el rabillo del ojo, veo algo pequeño y suave que corretea por el bosque. Quizá sea el armiño otra vez, o quizá una comadreja o una ardilla. Cientos de mariposas blancas revolotean en la franja de sauces lilas que corre al pie de los abetos.

Si realmente estamos en Canadá, aquí también hay osos pardos. Es extraño. Durante toda la noche no pensé en osos ni una sola vez. Había tantas otras cosas que temer. Pero ahora el pensamiento de repente está ahí, pero parece mucho menos aterrador que hace días. Tal vez porque estoy a salvo debajo de la caravana y atacaría primero a Brendan.

La luz se hace más tenue, las sombras se alargan. En algún lugar, un pájaro carpintero está

golpeando, un martilleo monótono que se repite constantemente. Sigue sin haber rastro de gente por aquí. Empiezo a aceptar el hecho de que nadie me encontrará. Al menos, no vivos. Me duelen todos los huesos. La vejiga me aprieta más y el hambre me hace un agujero en el estómago. Apenas he comido nada en siete días. Ayer por la mañana no toqué nada. Lo único que comí ayer fue un bocadillo que me trajo Brendan durante un breve descanso. Tampoco bebí casi nada.

Me siento sola. La espera hace que mi esperanza se encoja. Lo que queda es un vacío que me inunda por completo. Y, sin embargo, me siento pesada como el plomo, como si tuviera hierro en los pulmones. Por supuesto, puedo alargar aún más la espera; una persona puede aguantar dos días sin líquidos. Tal vez incluso tres. Pero yo no duraré tanto, no en estas condiciones preliminares, con todos los medicamentos y el ayuno. Tengo que pensar en el largo y solitario camino. Cinco carros se cruzaron con nosotros en un día. ¡Sólo cinco! Y pienso en Brendan, cuyos pasos suenan más impacientes cada hora. Oigo sus suaves maldiciones. Si le devuelvo la llave en el último momento, justo antes de morir de sed, sentiré definitivamente su ira. Además, realmente no quiero orinarme en los pantalones.

Con los miembros agarrotados, salgo de debajo de la caravana a última hora de la tarde, llaves en mano. Ya no le pregunto a Brendan si me hará daño, ya no le pregunto si me encerrará. Ya no quiero pensar en nada.

Brendan también guarda silencio, aunque su expresión refleja alivio.

Me arrastro de nuevo hacia delante todo lo que puedo. Esta vez no pienso antes de lanzar. Simplemente lo hago. Sin mirarle a los ojos.

La llave pasa volando junto a Brendan, pero él la atrapa. Miro al suelo, oigo el clic de las cerraduras. Una vez. Dos veces. Unos pasos pesados se acercan a mí.

De repente me asusto, me aprieto temblorosa contra la caravana, tiro del grillete.

—No voy a hacerte daño —me suelta enfadado. Se agacha a mi lado y me quita las esposas. Una mancha alada de sudor destaca en su camiseta. Se parece a las mariposas de acuarela que Jay y yo solíamos hacer pegando una mitad pintada de un bloque sobre la otra, solo que no es de colores, es negra.

Mientras Brendan se levanta, imagino por un momento fugaz cómo la mariposa despliega sus alas y eleva a Brendan en el aire. Muy arriba. Entonces ambos seríamos libres.

—¡Vamos, levántate! Necesitas tomar algo. —Me agarra del brazo. No puedo evitarlo, jadeo de dolor.

Inmediatamente me suelto.

—¿Qué pasa? —pregunta con los oscuros ojos preocupados.

—Puedo hacerlo sola. —Me apoyo en la pared lateral y me pongo en pie. No quiero que vea lo que ha hecho.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo?

—¡No! —Cruzo los brazos delante del pecho. No quiero que sepa cómo estoy ni cómo me siento. Siento como si tuviera que proteger de él todo lo que no sabe de mí, incluso las heridas que me ha infligido.

Me agarra de la muñeca, su mandíbula inferior empuja hacia delante.

—No te creo. ¡Déjame ver!

—Me he dado un golpe —esquivo—. No es nada.

—¿No es nada? —Me sube la manga de la blusa. No me resisto, porque va a salirse con la suya de todos modos. Es inútil seguir recordándome lo impotente que soy con una resistencia inútil.

—Oh, maldición —suelta mientras deja al descubierto las manchas azul-verdosas, algunas manchas son incluso casi negras—. ¿En ambos brazos?

Asiento y miro más allá de él hacia un arbusto de rosas silvestres con frutos oscuros.

—No volverá a ocurrir —pronuncia entre dientes apretados—. Nunca más. Tienes mi palabra, pase lo que pase.

—No me prometas algo que no puedas cumplir. —Le arrebato el brazo y vuelvo a subir la manga—. Pero incluso si... ¿Crees que estos moretones son peores que todo lo demás que me haces? Créeme, podrías golpearme y violarme hasta dejarme en la cuneta y me daría igual, siempre y cuando luego me dejes en algún lugar al lado de la carretera"

Se estremece como si le hubiera dado una bofetada. Por un momento pienso que me va a dar un puñetazo en la cara. Pero entonces recuerda la promesa que acaba de hacer.

—No sabes lo que dices. Estás mal de la cabeza. Vamos, ¡entra! —Con los puños cerrados, señala con la barbilla hacia la puerta lateral.

No necesita más indicaciones por su parte. Hago un amplio arco alrededor de él y vuelvo a mi calabozo.

En la cabina de ducha me quito la ropa. Las bermudas se enredan en las abrasiones de mis rodillas y raspan la piel aún más. La sangre corre en finos hilos, pero me parece algo que no me pertenece. Al igual que el leve ardor de la herida.

El vacío que hay dentro de mí no puede disiparse. Ni siquiera me importaría ahora que Brendan entrara y me viera desnuda. Ya lo ha hecho, si es que realmente me ha llevado al inodoro. Tiro la ropa al suelo, cierro la puerta de plástico y abro el grifo del agua caliente. Pronto la pequeña habitación se llena de vapor. Dejo correr el agua sobre mi cabeza. Está caliente, tanto que casi me quemo, pero el dolor es agradable.

Me enjabono con el champú y el gel de ducha que me dio Brendan. El gel de ducha huele a hierbas, el champú a musgo. Me pregunto si el agua puede calentarse tanto que queme el dolor desde dentro. O los recuerdos de la mente. Quiero lavármelo todo. Pero sobre todo quiero quemar las imágenes de mis hermanos de mi mente. No las que siempre imagino, sino las que aún no he permitido que surjan dentro de mí. Sin embargo, están ahí. En lo más profundo de mí. Las imágenes de sus caras cuando se dan cuenta de que he desaparecido. Desaparecido de verdad y no huido. Sé que no se lo creen. Tal vez lo consideraron como una posibilidad al principio. Pero en el momento en que se dieron cuenta de que no me había ido a casa, debieron darse cuenta de que me había pasado algo. Saben cuánto los quiero. Incluso Ethan lo sabe, a pesar de que le diga lo contrario. Nunca huiría. Se me humedecen los ojos bajo el chorro, que se calienta a cada segundo. Imagino a Ethan mirando ansioso su reloj cuando no regreso del Centro de Visitantes. Cómo cruza el oscuro camping y me llama por mi nombre. Cómo se le aprieta el corazón de miedo por lo que pueda haberme pasado. Profundos sollozos surgen en mi interior y hacen temblar mi cuerpo. No puedo contenerlos. Creo que nunca he llorado tan desesperadamente en mi vida.

Bajo la regadera de la ducha y acerco la cara al chorro que salpica con fuerza, deseando que el agua me disuelva. El calor me corta la respiración, me ahoga el llanto. Quiero ahogarme.

Lo siento mucho, Ethan. Siento mucho haber dicho que te odiaba. Siento haberme ido con él. Siento estar atrapada con él y que tú te mueras de preocupación en casa. Siento no poder darte una señal de vida. Siento haberte causado siempre tanto dolor...

Hay tantos: Lo siento en mi vida. Tantos.

De repente, falla el chorro de la ducha. El agua de la cabina me llega a los tobillos y es de un

gris espumoso.

Aturdida, miro el escaso goteo de la regadera de la ducha, segura de que Brendan no permitiría que me escaldara.

—Has vaciado el depósito de agua —llama desde fuera—. Tardaré un rato en volver a llenarlo.

Sus palabras me invaden. Cojo la toalla que he colgado del agarradero y me envuelvo en ella.

—¿Vas a estar bien?

Asiento con la cabeza, aunque él no pueda verlo.

—Louisa, ¿estás bien?

Nada volverá a estar bien. Respiro hondo varias veces. Mi piel está al rojo vivo. Es extraño. Me duele, la piel me arde como una quemadura solar grave y, sin embargo, no siento nada. Todo parece estar al revés.

Brendan abre la puerta y se me queda mirando como si fuera un mutante. Sacude la cabeza, pero no dice nada. Le veo un arañazo en la frente, probablemente mío. Debería alegrarme, pero no es así. Finalmente vuelve a la encimera de la cocina.

Camino mecánicamente hasta la parte trasera de la caravana, cierro la puerta plegable y me siento en la cama. Una calma estoica cubre el vacío de mi interior. Rebusco en el revoltijo desordenado de ropa y pesco una prenda tras otra hasta encontrar algo que Brendan no haya copiado de mi armario. Una camiseta negra con cuello redondo. Puede que le guste más que el resto de la ropa, pero ni siquiera eso importa. Al final encuentro otro par de vaqueros hasta la rodilla. Con las dos prendas en la mano, me subo a la cama y abro el armario colgante. Echo un vistazo superficial a la ropa interior. Todo es liso, sin adornos ni encajes. La mayoría de las bragas y los sujetadores son blancos y exactamente de mi talla. Saco dos prendas, me quito la toalla y me lo pongo todo.

Entonces me siento y me miro fijamente. Siento como si todos mis sentidos hubieran muerto.

En algún momento llega Brendan, con una bandeja con comida y bebida. Se asegura de que me sirva un tazón de avena y beba dos vasos de agua. Luego me frota la muñeca derecha con una tintura amarronada y me la vuelve a vendar. No me di cuenta en absoluto de cuándo y dónde me quitó la venda vieja. Ni siquiera noté cuánto me dolía hasta ahora. Pero ni siquiera este dolor me perturba, parece algo que le ocurre a otra persona.

—Espero que no se infecte —le oigo murmurar. También me venda la muñeca izquierda, por precaución, dice. Sé lo que quiere decir. Precaución, porque a partir de ahora tengo que vivir con grilletes. Y la piel de la muñeca izquierda ya está roja.

Después de ocuparse de mis muñecas, me frota la parte superior de los brazos y los codos con un ungüento que huele a agujas de pino y romero. Luego me desinfecta los raspones de las rodillas.

No tiene nada para curar mi alma.

Cuando termina, guarda el medicamento en un armario de la cocina y vuelve. Me suelta el aro metálico de la muñeca y deja que encaje en mi tobillo. Vuelve a conectar el aro libre a la cadena de hierro, que sigue colgada de la pared en su anclaje.

Luego me mira interrogante desde la puerta plegable que se ha echado hacia atrás.

—Antes no hablabas en serio, ¿verdad? —Tiene los brazos cruzados delante del pecho.

En lugar de responder, rasgo la tela de la camiseta. Me gusta retorcer y apretar la tela como si fuera el cuello de Brendan—. Que no te importaría si te golpeara hasta casi matarte, te violara y después te dejara tirada a un lado de la carretera. —Sus pupilas son tan pequeñas como cabezas de alfiler. Por primera vez reconozco el color de sus iris: marrón oscuro, no negro. Mueve la

cabeza con perplejidad—. Debo de ser un monstruo.

Cierro los ojos e intento bloquearlo. Él continúa:

—Sólo te quiero conmigo. Nada más. —*Sí, eso es todo*—. No volveré a tocarte... y menos de la forma que crees que podría hacerlo. No a menos que tú quieras.

Me gustaría preguntarle si él mismo se cree esa mierda. Si realmente planea tenerme con él para siempre, un día ya no se contendrá más. Un día mi período de gracia expirará, eso es seguro. Mañana. Pasado mañana. Dentro de una semana. Después de un año. Dependiendo de cómo vayan sus niveles de testosterona.

—Esperaré hasta que estés lista. Te lo prometo.

Le miro. Sus ojos brillan, una mezcla de anhelo y temor, como si anhelara ese día y lo temiera al mismo tiempo. Nunca antes había visto algo así en su mirada. Pero antes de darme cuenta de lo que puede significar, la expresión ha desaparecido y parece tan seguro como siempre.

—Eso nunca ocurrirá —digo con voz quebradiza—. Jamás.

Me mira fijamente con una intensidad que me deja sin aire en los pulmones. Sus pupilas se expanden como tinta negra en un vaso de agua. Sin apartar los ojos de mí, se desata los brazos cruzados y me pone delante las muñecas desgarradas. La carne está en carne viva y roja, pero aún lleva la pulsera trenzada con la moneda de plata en la izquierda. Cuelga tristemente, como una lágrima que no se suelta.

—Esta vez —dice sombrío, mientras miro insistentemente la moneda y no sus heridas—, has tenido suerte. Conseguí encadenarme a tiempo. La próxima vez puede que no lo consiga. Así que piénsatelo dos veces antes de intentar huir otra vez. —Una mirada a la cadena—. Si vuelvo a darte la oportunidad.

Capítulo 10

Los días siguientes pasan como si estuviera sentada en un tren y contemplara el paisaje. Todo está muy lejos. Por la mañana, después de curarme, Brendan rellena primero el agua. *Aguas grises*, las llama. No sé de dónde ha sacado el agua, y no me importa en absoluto. Ya nada importa. Ni siquiera menciono las noticias del periódico, no quiero pedirle nada.

Continuamos nuestro viaje todos los días después del desayuno. Normalmente hasta que el sol está bajo en el horizonte. La temperatura desciende sin cesar, así que creo que realmente nos dirigimos hacia el norte. Quizá estemos en los Territorios del Noroeste de Canadá, Alberta, Columbia Británica o incluso el Yukón.

El paisaje agreste hace juego: empinadas crestas montañosas con interminables valles verdes, ríos salvajes y muchos, muchos árboles.

Cada vez hay menos abedules y álamos temblones, los bosques son una selva primigenia de píceas, pinos y abetos. En medio, se extiende una alfombra de madera muerta, helechos y sauces. De vez en cuando, un lago se extiende a nuestro lado, centelleante y brillante como el iris verde azulado de un gigante.

Pero estemos donde estemos, es un lugar en el fin del mundo, un lugar que me hace palidecer en su inmensidad, un poco más cada día. Quizá pronto sea realmente sólo una pálida sombra.

A veces pienso en una de las historias de Jay. Contaba que había nacido un indio con la piel gris en lugar de roja. Él también se convirtió en una sombra en el bosque, marginado y sin ser visto. Llegó un momento en que sólo hablaba con los animales. Pero para él hubo un final feliz, porque Jay escribió la historia sólo para mí y a mí me encantan los finales felices.

Sin embargo, la vida no parece haberme destinado uno a mí. Brendan no comete errores. Después de la noche que ambos pasamos en cautiverio, lo veo más claro que nunca. Quienquiera que le haya causado daño también ha hecho que Brendan se vuelva implacablemente duro. Duro, fuerte y calculador. Mientras conduce, escucha *Nickelback* y *Green Day*, música que siempre me hace rememorar profundamente al recordarme a mis hermanos.

Nunca he estado tan desesperada en mi vida. Incluso por la noche, cuando se me permite ir a su hoguera con mi cadena de hierro, me quedo dentro y sólo me asomo a mirarlo de vez en cuando. Quizá sólo para ver a otra persona. La mayoría de las veces se queda sentado mirando las llamas, de vez en cuando fuma, y cada dos tardes garabatea en una libreta.

Cuando la comida está lista, me trae carne y verduras a la parrilla, de vez en cuando pescado, pero apenas toco nada.

A veces pienso en cuánto tiempo ha pasado desde mi secuestro. En las películas, las víctimas suelen hacer muescas en las sillas de madera, pero yo no tengo energía ni para eso. Sólo hago una estimación aproximada. Estuve inconsciente cinco días, luego recuerdo dos. Debe haber pasado una semana desde mi desaparición. Si fuera médico, tal vez podría determinar el tiempo transcurrido por las cicatrices en mis heridas y los colores de mis hematomas. Así sólo puedo hacer una estimación.

Básicamente, apenas noto nada porque paso la mayor parte del tiempo sumergida en mi vida anterior o durmiendo.

En algún momento dejo de comer y no me levanto. Mis recuerdos son como un imán que tira de mí hacia dentro. Las voces de mis hermanos bailan a mi alrededor como los cantos del viento de un móvil. Me llaman, me abrazan. Intento recordar cada tono y su profundidad, pues sus palabras son más claras que sus rostros.

Hoy encuentro primero la voz de Liam.

¡Ve y atrapa al rinoceronte! ¡Se está comiendo nuestras frambuesas otra vez, esa bestia descarada!

Se ríe. Me balanceo fuera de la cama. Las plantas de mis pies tocan el cálido suelo de madera de la habitación. Una sensación reconfortante y familiar. Me oigo reír, me siento correr sin verme. Pasos torpes y rápidos hacia el jardín. El olor herbáceo de la salvia del desierto llega hasta la puerta abierta del porche. Un viento cálido me acaricia la piel. Los platos traquetean en la cocina.

Liam, por favor, ayúdame a preparar el desayuno, dice Ethan desde la cocina.

Juego con Lou-Lou.

Deberías practicar con ella las tablas de multiplicar y no meterle tonterías en la cabeza.

Continúo corriendo a través de la hierba escuálida. Siento el pinchazo de un cardo en uno de mis dedos del pie y me hace gritar. Agarro un lazo invisible en el aire, notando la textura rugosa del cuero en mis dedos y escuchándolo silbar con el viento.

¡Lo tengo! ¡Lo atrapé!

Con todas mis fuerzas tiro del rinoceronte hacia Liam. Se hace pesado y me apoyo con los pies. Me río como una loca.

¿Qué se supone que debo hacer con él ahora, Liam?

¡Átalo al poste!

¿Quieres que lo ate como a una estaca de tortura?

No, sólo átalo para que no se escape. ¡Podrías domarlo!

Llevo al rinoceronte hasta el final del porche y lo ato con una cuerda. Hacen falta muchos nudos para hacerlo.

Unos pasos retumban sobre la madera detrás de mí. Los platos se posan estrepitosamente sobre la mesa. Oigo hablar a Ethan y Liam, y al final las frases se filtran entre mi difícil tarea de atar ordenadamente a un rinoceronte rosa salvaje.

Los niños del colegio se burlarán de Lou cuando sepan que a su edad sigue jugando con animales invisibles. ¿Quieres eso?

Quiero hacerla reír, oigo que responde Liam. *No hace tanto tiempo que papá...*

Silencio. Han vuelto a darse cuenta de mi presencia. Me olvido del rinoceronte y corro hacia atrás, alcanzando la cálida mano de Liam. Es tan grande que la mía desaparece en ella. Quiero decirle que aunque echo de menos a papá, todavía puedo reír. Que tengo todo lo que quiero. Y que no perdería a mis hermanos por nada del mundo. Pero antes de oírme responder, me sobresalto y vuelvo al ~~presente.~~

La siguiente vez, la voz de Avery vuela hacia mí. Es suave, casi un susurro.

Te llevaremos a casa tan pronto como nos lo permitan.

Murmullos silenciosos. Olor a hospital. Me duele al tragar y algo me pica terriblemente en el estómago. Quiero llorar, pero no quiero que Avery piense que soy una llorona. Ya es suficiente con que Jay siga burlándose de mí por eso.

El médico dice que la operación ha ido bien.

Caricias, dedos suaves en mi frente.

¿Está Ethan aquí también?

No, cariño. Tiene que trabajar. Llegará tarde. Y mañana viene Liam.

Quiero irme a casa. ¿Cuándo puedo irme a casa?

Pronto, muy pronto.

La próxima vez son voces diferentes. Voces de mis compañeras. Salvajemente mezcladas.

Lou, dime, ¿es verdad que Avery y Ethan son gays?

No lo son.

Elizabeth dijo que nunca traen chicas a casa.

¿Y qué?

Es extraño.

No lo es en absoluto. Si cada uno de mis hermanos trajera una novia a casa, seríamos cinco chicas allí. ¡Eso sería un infierno!

¿Seguro que Ethan no es gay?

Por supuesto.

¿Tiene novia?

No. Por supuesto que no.

¿Por qué no?

No tiene tiempo para eso.

Tal vez podrías...

Es doce años mayor que tú. Le gustan las mujeres, no las chicas, Liv.

Me pregunto si soy la razón por la que mis hermanos nunca traen novias a casa. Con Ethan, no recuerdo si alguna vez tuvo una. Avery tuvo una vez una Claire y luego una Marie, pero nunca la trajo a casa a menos que yo no me diera cuenta. Jay ha tenido varias novias, pero sólo por semanas. Y Liam debió de tener una breve y violenta relación en la India, desde entonces ha sido célibe.

Quizá las cosas cambien ahora que me he ido. Tal vez me olviden pronto.

Dentro de mí está vacío y silencioso.

Tranquilo y vacío.

Me asusta.

La idea de que su amor por mí se vuelva tan invisible y pálido como yo me atenaza el corazón como un puño de hierro.

En algún momento, todo desaparece. El hambre, sus voces, los recuerdos... sólo yo sigo ahí. Y él.

—Tienes que comer. Si no lo haces voluntariamente, te obligaré. —Esta voz no es un recuerdo, no es fugaz, sino cristalina.

Miro al techo y no lo miro.

El colchón cede y él se sienta conmigo en el borde de la cama. Me quedo paralizada.

—Siempre me encantó lo viva que estabas. Parecía que nada podía derribarte.

Tengo que tragar, pero no lo hago. Él continúa.

—Sé exactamente cómo te sientes ahora mismo. Te sientes como si estuvieras tumbada en un ataúd de cristal. Te sientes muerta, pero no enterrada. Puedes verlo todo, oírlo todo, y sin embargo cada sensación está amortiguada. El cielo podría ser azul acero, pero para ti es gris. E incluso cuando extiendes la mano para tocar algo, sólo hay frío cristal.

Giro la cabeza hacia él porque me sorprende lo bien que ha resumido cómo estoy.

—Ojalá hubiera un modo de hacértelo soportable. Ojalá pudiera ser yo quien rompiera este cristal por ti. Pero fui yo quien lo creó. —Su cabeza se hunde y se seca la cara como si necesitara secar lágrimas ocultas—. Ojalá me hubiera llevado a otra chica y te hubiera perdonado la vida.

Normalmente sus palabras deberían enfadarme mucho o entristecerme mucho, pero no hay energía en mí para eso. Incluso respirar me agota.

—Voy a prepararte algo de comer y después te sentarás conmigo junto al fuego. —De un segundo a otro ha recuperado la compostura. Su tono no admite discusión y estoy demasiado cansada para resistirme.

Con los ojos fijos en el techo, le oigo entrar en la cocina. Enciende la televisión y pone una emisora de música. *Satellite*, de Nickelback. En algún momento silba una tetera y oigo suaves ruidos de raspado.

Poco después, Brendan vuelve a entrar en la zona trasera. Giro la cabeza en su dirección.

Se coloca delante de la cama y descarga una bandeja con un vaso de leche y un tazón.

—Te he hecho una papilla de cereales con manzanas ralladas, seguro que no tolerarías muy bien otra cosa. Y Louisa, no me iré hasta que te lo hayas comido todo.

Algo me impide levantarme. Simplemente no puedo. Entonces Brendan me sube como si fuera un caso de lactancia. Me acomoda el almohadón en la espalda y me pone la bandeja en el regazo.

—¡Come! —Su mirada es aún más penetrante que su voz. Cuando me mira así, no me atrevo a hacer otra cosa que lo que me pide.

Cuando cojo la cuchara, me tiemblan los dedos. Retiro la mano, no quiero que la vea.

Brendan, sin embargo, no me quita los ojos de encima. Da una vuelta alrededor de la cama y se sienta en el borde del otro lado.

—Nos quedaremos aquí más tiempo. A partir de mañana, no tendrás que sentarte en el respaldo de la cama todo el día.

Intento de nuevo guiar la cuchara hasta el tazón, choca contra el borde varias veces, pero consigo comer. Mecánicamente trago sin masticar. El hecho de que Brendan no se vaya hasta que he terminado de comer es suficiente motivación. Quiero estar sola, no quiero quedarme más tiempo en un sitio, porque eso significa que él no tiene que conducir y tiene tiempo para mí. Con el rabillo del ojo lo miro, él capta mi mirada. Creo volver a ver en sus ojos la pregunta que ya descubrí en el Centro de Visitantes.

¿Quieres?

Vuelvo a mirar rápidamente hacia abajo. Todavía me tiemblan las manos. No se detiene.

Brendan se puso él mismo las esposas que anclaban mi cadena al asa metálica de la caravana.

—Ahora estamos atados el uno al otro, tú y yo —dice con una sonrisa—. Se me ocurren cosas peores.

Engancha la llave a un mosquetón de su cinturón. Lleva tiempo haciéndolo así; quizá le parece más práctico o más seguro, no lo sé. Me saca fuera por la cadena, como si fuera una mascota que le hace compañía.

En los escalones de la caravana, me detengo un momento y echo un vistazo al lugar que ha elegido para una estancia más larga.

El sol ya se ha puesto y todo lo que puedo ver al principio es el pálido resplandor rojo de la hoguera. Por supuesto, estamos rodeados de árboles, pero eso lo tenía claro, ya que Brendan siempre sigue algún desvío accidentado hacia el bosque durante horas al atardecer. Camino tras él, con mucho cuidado, como si cualquier paso pudiera romperme los huesos. Me siento como si llevara tres semanas con gripe.

Se sienta relajadamente en una silla de camping junto al fuego y señala con la mano mi asiento. Lo alejo un poco de él y luego me siento en el borde de la silla, dispuesta a saltar en

cualquier momento.

Una brisa fría se cuela bajo mi abrigo y me hace temblar a pesar del fuego. Las llamas y el humo se agitan de un lado a otro con el viento, las chispas saltan y vuelan como luciérnagas rojas. Unas pocas se posan en mi abrigo, pero se apagan inmediatamente.

—El aire nocturno te sentará bien —dice Brendan—. Pareces un fantasma.

Estiro los dedos hacia las llamas parpadeantes. El calor fluye como el agua sobre mi piel.

—¡Silencio! —Brendan se inclina un poco hacia delante, como si quisiera contarme un secreto.

Estoy callada de todos modos, así que no sé por qué dice eso. Tal vez sólo para hablar conmigo.

Escucho, de todos modos no tengo elección. Los troncos crujen como nueces que rebotan en el crepitar constante de las llamas. Detrás de ellos percibo algo más. Una fina ondulación como el murmullo de un arroyo.

—Agua —asiente Brendan, como si hubiera visto por mi expresión facial que lo he oído—. El agua es buena, podemos llenar los depósitos con ella y mantenernos independientes más tiempo.

Sus palabras hacen que inevitablemente me ponga tensa. No quiero ser independiente. No quiero estar aquí. Acerco aún más las manos al fuego y miro más allá de Brendan, hacia el bosque, sin ver nada más que oscuridad. El calor del fuego casi empieza a quemarme los dedos, pero no los aparto. Necesito el dolor. Al aire libre me siento aún peor que en la caravana. Aquí la pesadilla es mucho más real. En la cama puedo seguir diciéndome que algún día despertaré.

—¿Así que no quieres hablar conmigo? —Brendan saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta, saca un pitillo y lo enciende con un encendedor de tormenta.

Unos lobos aúllan a lo lejos, suena un poco como el viento barriendo una vieja chimenea a varias voces. En Ash Springs solo oíamos coyotes de vez en cuando, pero este aullido es más profundo y salvaje, no suena como los ladridos de los perros.

Brendan me mira penetrantemente. En la oscuridad parece un lobo. Un lobo negro con profundos ojos oscuros. Ojos hechos para la caza. Ojos de cazador. Probablemente también tenga corazón de cazador. Es sólo cuestión de tiempo antes de que me mate.

—¿Por qué yo? —susurro. Mis palabras parecen infinitamente fuertes, a pesar de los aullidos del bosque.

—¿Por qué no tú? —Le da una calada al cigarrillo, hay algo provocativo, placentero en ello. No sé por qué a veces finge querer hacérmelo soportable, cuando un parpadeo después vuelve a hacerlo con tanta superioridad.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para devolverle la mirada.

—Dijiste que deberías haber secuestrado a otra chica. Entonces yo no era la única elegible, ¿verdad? ¿Tenías una lista?

Le sale humo de la boca, no se le mueve ningún otro músculo de la cara.

—Lo has entendido mal.

Retiro un poco las manos.

—¿Qué entendí mal? —pregunto en voz baja pero con frialdad—. Por lo que parece, has estado observando a varias chicas y me has elegido a mí. —Dios, ¡cómo le odio!

—Miré a varias chicas, pero nunca tuve intención de secuestrar a ninguna. Hasta que te descubrí.

—¿Me descubriste? ¿Dónde me descubriste? —Estoy completamente confundida. Su voz resuena en mi interior: *Miré a varias chicas* ...

—Tienes que descubrirlo por ti misma. Pero en realidad no es difícil si lo piensas un poco. —Le da otra calada a su cigarrillo.

Me encantaría metérselas en la boca, primero las brasas.

—Por supuesto —se echa hacia atrás y siento un breve tirón de la cadena que nos une—. En cualquier caso, nunca hubo otra opción que tú. —Arroja la colilla a las brasas y mira el baile de luces mientras las llamas rebotan arriba y abajo, vivas—. Te vi y te quise. Habría hecho cualquier cosa por eso, lo que hubiera que hacer. *Cualquier cosa.* Sé que suena absurdo, despiadado y aterrador. Y tampoco quiero que pienses que soy una buena persona. —Su mirada vuelve de las llamas a mí, bañándome en sombras—. Porque no lo soy.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Se pasa la mano por la frente.

—Sólo quiero que entiendas por qué tuve que hacerlo.

—Pero no lo entiendo —digo en voz baja.

Brendan se desliza un poco hacia delante para quedar sentado en el borde de la silla como yo.

—Si escuchas los latidos de tu corazón, ¿qué sientes?

—Mi corazón, qué más

—¿Por qué no lo pruebas?

—No quiero.

Brendan desliza la mano por debajo de la chaqueta de cuero y se la pone sobre el pecho. Por un momento parece como si contuviera la respiración... o como si tuviera miedo.

—Sólo siento el silencio en medio. Sólo vacío. Sólo oscuridad.

Tan oscuro, tan oscuro... bajo la tierra... ¿por qué te fuiste? No dejes de respirar. No dejes de respirar...

—Y por eso me secuestraste —le digo bruscamente, intentando alejar de mí la profundidad de sus palabras. No quiero que me toque de ninguna manera. Ni por dentro ni por fuera.

—Sí —responde con seriedad, y hay una extraña expresión de libertad en su mirada—. Es mejor contigo.

Ya no puedo mirarle y me quedo mirando el fuego. Parece tan diferente cuando se quita la máscara de seguridad en sí mismo. No sé quién es. Quizá sea eso lo que más me asusta. No puedo juzgarle.

—Antes dijiste que habías hecho todo lo que había que hacer. Para secuestrarme, quiero decir —empiezo e intento hablar con voz firme.

Él asiente, casi con impaciencia, quizá complacido por mi interés en él, aunque yo sólo quiero sondear la cresta del peligro.

Me deslizo un poco más hacia delante, apenas rozando el asiento.

—¿Habrías matado a uno de mis hermanos por eso?

Su mirada se convierte en piedra negra, su rostro pierde color. Desde luego, no es así como se imaginaba la conversación en torno a la hoguera, pero ahora ya es demasiado tarde para volver atrás.

Tarda un momento en reaccionar.

—Es una pregunta injusta, Louisa. Y no puedo responderla por ti. Si digo que *sí,* te asustaré y me odiarás aún más. Si digo que *no,* no me creerás. Entonces, ¿qué quieres oír?

—La verdad.

—La verdad es que nunca me hice esa pregunta. Y tú tampoco deberías habértela hecho nunca. En retrospectiva, no puedo responderla.

—Me lo pones fácil —digo en un susurro.

—Podría haber dicho que *no*, aún a riesgo de que me llamaras mentiroso.

Me agarro con fuerza al borde de la silla.

—¿Has matado a alguien alguna vez?

Ya se había puesto pálido antes, pero ahora su rostro se convierte en una máscara de muerte. De un tirón, se levanta y me da la espalda.

Durante un rato, sólo oigo el crepitar de la maleza y el crepitar de las llamas. Los lobos se han callado. El corazón me late tan fuerte que me siento mal.

—Tu silencio… ¿es un *sí*? Has... —Eso cambia todo—. Yo... quiero entrar ahora.

Da vueltas a su alrededor.

—No —dice con voz gélida—. Me has hecho una pregunta y voy a responderla... ¡siéntate ahora mismo!

Me hundo en el borde de la silla como por voluntad propia y no quito los ojos de encima. Cientos de visiones de horror estallan como astillas en mi cabeza. Puede que no sea la primera chica que secuestra.

—Han pasado casi tres años... —Brendan camina arriba y abajo detrás de su silla. La cadena se arrastra por el suelo, haciendo que el anillo metálico que me rodea la muñeca se deslice de un lado a otro. Me raspa la piel recién curada. Me pica y me arde bajo el metal, pero intento que no se note. Extrañamente, el dolor que me inflijo a mí misma es catártico, pero éste es casi insoportable.

—No fue lo que piensas —dice ahora.

—¿En qué estoy pensando? —Ojalá dejaran de temblarme las manos.

Se detiene bruscamente.

—Lo peor, por supuesto. Que maté por codicia, envidia o ira. Puede que incluso te estés imaginando cómo lo hice. Posiblemente de forma particularmente insidiosa o bárbara. ¡Ja! —resopla—. ¿Estoy en lo cierto?

Como no quiero mirarle, miro las pálidas llamas rojas.

—¿Cómo lo hiciste?

—Fue un accidente.

Oh, sí, por supuesto.

—Es una historia más larga.

—Sólo necesito la versión corta. Y después quiero volver a entrar. —Es tan agotador fingir ser fuerte mientras todo en mí tiembla. Estoy segura de que lo ve. Seguro que lo ve. Probablemente no le importa… o se regodea.

—La versión corta es: luchamos, no sobrevivió.

—Lo golpeaste hasta matarlo.

—Lo estás tergiversando. Hubo una pelea. Los dos sabíamos dónde nos metíamos. No había reglas, pero el premio en metálico era muy alto.

—Así que mataste por dinero después de todo.

Brendan viene hacia mí con expresión fría. Se detiene justo delante de mí y se inclina.

—Se cayó por culpa de mi puñetazo —me sisea—. ¡Se rompió el cuello en el proceso, joder! Nunca fue una pelea a muerte.

Miro fijamente su rostro. En la boca inflexible y severa, la nariz recta y los ojos profundos, oscuros e infinitamente abismales. Hay tanta arrogante seguridad en sí mismo en esa mirada, dura como un escudo protector. Pero he visto cosas muy distintas detrás de ella, fugaces como la niebla sobre el desierto que rodea Ash Springs. Demasiado breve para captarla, pero demasiado larga para olvidarla. De algún modo, parece tener dos caras.

—Quizá murió a causa de tu golpe, ¿quién puede saberlo? —pregunto, sabiendo que quiero provocarle. Quiero sacarle algo para saber quién es.

Brendan apoya las manos en los reposabrazos de mi silla y se acerca aún más a mí. Giro la cabeza hacia un lado para evitarle.

—Sí, otros han querido verlo así. Sobre todo el padre y el hermano del muerto. —Su cálido aliento roza la concha de mi oreja.

Me quedo muy quieta.

—Si no había reglas, fue una pelea ilegal y nadie lo investigó más. Por suerte para ti.

Brendan respira hondo.

—Eres bienvenida a burlarte más de mí para ver si acabo rompiendo mi promesa. Sin embargo, te decepcionaré en ese sentido. Nunca lucho con los más débiles, aunque lo intenten.

—Sólo los secuestras —aprieto entre dientes.

Con un sonido ininteligible, se levanta del respaldo y vuelve a ponerse de pie.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —le lanzo

Brendan chasquea la lengua con impaciencia.

—Te lo he dicho mil veces. Te llevo conmigo. Sólo conmigo. Sólo que no quieres creerlo.

Me levanto de un salto y aprieto los puños.

—No, no quiero —digo en voz baja y con frialdad—. Y yo tampoco creo que no vayas a hacerme daño. ¿Y sabes una cosa? Prefiero que me hagas lo que me vayas a hacer ahora mismo. Ahora mismo. Porque así acabaría con esto y podrías ahorrarte tu actuación.

—No. Voy. A. Hacerte. Nada. —Cada palabra un gruñido.

—*¡Mentiroso!* —Me acerco mucho a él, mucho más de lo que realmente me atrevo. No sé por qué. Posiblemente sólo quiero saber a qué atenerme con él—. ¿Por qué lo dejas para más tarde? ¡Debe ser divertido hacerme retorcer! Realmente estás enfermo. Enfermo y pervertido. —Le escupo en la cara.

Me mira como si no pudiera creerlo. En sus ojos arde un fuego salvaje. Los latidos de mi corazón me suben a la garganta mientras veo cómo la saliva se desliza por su mejilla. Aún más despacio, mientras mi saliva se desliza, levanta la mano y se la limpia con la manga de la chaqueta.

—¡Vamos! ¡Hazlo! —le grito—. ¡Hazlo ya!

—Sí. —Un susurro peligroso, tan agudo que retrocedo un metro por reflejo—. Sí, ya era hora. Hay que hacer algo. —A grandes zancadas, me sigue y se lleva la mano al cinturón. Al momento tiene en la mano un cuchillo de caza.

De repente, ya no puedo moverme. Aturdida, miro fijamente la hoja. El resplandor de las llamas se refleja en ella, dorado y rojo, rojo como la sangre.

Yo tenía razón ... Yo tenía razón ... ahora me está matando ...

Todo se desdibuja, sólo le veo agarrarme del pelo largo y tirar de mí hacia la caravana. No bruscamente, pero sí con fuerza.

—Bren...

Me empuja contra la pared lateral, casi despreocupadamente, consciente de su fuerza. Sólo una fracción de ella bastaría para matarme. Está tan cerca de mí que no puedo escapar. Siento su cuerpo. Sus muslos contra mis nalgas. Su olor me llega a la nariz. Tabaco, leña y tierra húmeda. Un gemido sale de mis labios.

—No tardará mucho —dice con sombría calma—. Y si te quedas quieta, tampoco te dolerá. —Me aprieta la nuca contra la pared de la caravana, de modo que tengo la frente pegada a la chapa. Luego me tira del pelo hacia arriba, retorciéndomelo con la mano. Este violento tirón es

suficiente para que me quede inmóvil. Ni siquiera puedo girar la cabeza hacia un lado. En un momento va a arrancarme los vaqueros o a cortarme el cuello con un cuchillo. El miedo me marea. Apenas puedo respirar. *¡Por favor basta!*

De repente, el tirón de mi pelo se hace aún más agudo, mi cabeza da varias sacudidas hacia delante y hacia atrás, mi frente golpea ligeramente la chapa.

Antes de darme cuenta de lo que me ocurre, la cadena me separa de la pared. El suelo se tambalea, la tierra marrón viene hacia mí, pero en el último momento consigo agarrarme. Me tambaleo tras Brendan. ¿Qué ha hecho? Miro hacia él. Es entonces cuando lo veo:

Su mano derecha sujeta el mango de cuero del cuchillo, la izquierda una trenza rubia.

Automáticamente, me llevo la mano al pelo. Los mechones tienen flecos y terminan entre la barbilla y los hombros.

¡Me cortó el pelo! ¡Mi hermoso y largo cabello del que siempre estuve tan orgullosa!

—Bueno, ¿ahora me crees? —Con un movimiento decidido, casi triunfal, arroja la trenza al fuego. Inmediatamente huele a cuerno apelmazado y azufre—. ¿Crees que un hombre le cortaría el pelo a una chica si eso fuera lo único que le importara?

Atónita, veo cómo las llamas devoran mi pelo. Ávido y crepitante. Las hebras simplemente se deshacen, volviéndose invisibles como yo. Al cabo de unos segundos, sólo quedan cenizas. Incrédula, busco a tientas las puntas de mi pelo por segunda vez.

—¿Me crees ahora?

Una pregunta desafiante que gira y gira. Cada vez más rápido. De momento ya no sé nada. Ni siquiera qué sentir. Hay demasiadas cosas. Demasiada nostalgia, demasiado miedo, demasiada desesperación, demasiado Brendan. Incluso demasiada Louisa. Me pregunto cómo puedo ser invisible para el mundo cuando siento tanto que apenas puedo soportarlo. No puede ser que nadie vea mi sufrimiento cuando es tan grande. Mi corazón parece demasiado pequeño para todo ello.

Me rodeo con los brazos como si de otro modo pudieran salir de mí todos mis sentimientos.

—¿Me crees? —Esta vez la voz de Brendan es tranquila y seria.

Le echo una mirada rápida con el rabillo del ojo. Se queda mirando la mancha de fuego donde se me ha quemado el pelo. Cuando siente que le miro, gira la cabeza hacia mí y yo desvío rápidamente la mirada.

—Estás llorando.

—¡No! —Enfadada conmigo misma, me limpio los ojos.

—¿Es por tu pelo? Está creciendo de nuevo, ¿no?

No entiende nada. ¿Cómo podría? Después de todo, él no fue arrancado de todo. ¿Cómo va a entender que lloro porque siento demasiado? Porque no tengo forma de cambiar nada. Porque ya no siento que soy *yo*, Louisa Scriver, sino otra persona.

—No podía seguir así. Tenía que quitarte el miedo de alguna manera... al menos lo intenté.

—Me hiciste pensar que ibas a matarme.

—Dije que no te haría daño. Todo lo que tenías que hacer era confiar en mí. Esto no es culpa mía. Sólo... quería dejar claro de una vez por todas cómo funcionan las cosas aquí.

—Así que hiciste lo que había que hacer. Como sueles hacer. —La amargura tiñe mis palabras. Ahora sé más de él de lo que quería.

Se ríe, pero suena perdido e infinitamente solo en el denso bosque.

—Te dije que no soy una buena persona. La gente buena hace cosas buenas.

—¿Y a qué te dedicas?

Mira la hoja y vuelve a meter el cuchillo en la funda de cuero. Cuelga de su cinturón, junto a las llaves.

Se encoge de hombros.

—Hoy corto el pelo. Mañana construiré trampas para cazar conejos. Y pasado mañana, quizá te diga dónde te he visto, si es que para entonces no lo has averiguado. ¿Sería eso un comienzo?

Parece el final, pero no se lo digo.

Capítulo 11

Esa noche sueño con Ethan. Estamos sentados en su cama y, extrañamente, mi estrella azul está en el enchufe. Ethan me coge la mano y se la pone en el pecho:

—Siente los latidos de mi corazón —me dice—. ¿Qué sientes?

Me concentro en el latido, pero no hay nada bajo mis dedos. Sólo frío.

—¿Sientes el vacío entre los latidos?

—Sí —susurro.

—Es el lugar donde estás perdida. Vuelve. Por favor, vuelve. Está tan oscuro sin ti...

En el sueño lloro porque el corazón de Ethan deja de latir. El silencio es como una línea cero.

En algún momento se sacude mi mano y se levanta, con las mejillas y la punta de la nariz pálidas como un muerto.

—Cuando sólo hay silencio, me he olvidado de ti. Date prisa.

Me sobresalto. Tengo la espalda tan mojada de sudor que el jersey se me pega a la piel. Confundida, miro a mi alrededor. La luna brilla a través de las persianas levantadas directamente sobre la ropa de cama blanca. Hay una luz encendida en el pasillo. Brendan debe de estar despierto. Me deslizo hacia la ventana y lo veo sentado en la silla, inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos y los ojos cerrados como si estuviera dormido. La hoguera se ha consumido, un montón de ceniza gris claro con trozos de troncos carbonizados, la cama de madera debajo contra la humedad.

A sus pies descubro de nuevo el bloque en el que tan a menudo garabatea. Las hojas más altas ondean al viento como velas blancas. No sé qué me impulsa, pero salgo de la cama y corro por el pasillo hasta que la cadena me detiene. Me paro junto al lavabo. Por un impulso interior, aparto la cortina de cuadros. Entrecierro los ojos y miro las hojas que soplan, que puedo ver mejor desde aquí. No parece que haya escrito nada, pero son... dibujos. Está dibujando.

Me pongo de puntillas, me inclino hacia la ventana y apoyo la frente en ella. Manchas oscuras se extienden por las hojas blancas. Son figuras o cuerpos diferentes, pero todos son negros. En una creo reconocer una mano incorpórea que tiende la mano hacia algo, los dedos distorsionados o lisiados, eso es todo lo que puedo distinguir, porque al momento siguiente las hojas superiores la cubren. Un escalofrío me cubre la piel como un manto de hielo. En realidad, no quiero ver lo que ha pintado y, sin embargo, mi instinto me empuja a mirarlo de cerca. Como si fuera a decirme algo más sobre él, como si fuera importante. Parpadeo para afinar la mirada y Brendan levanta la cabeza.

Me enderezo rápidamente y retrocedo un metro. El corazón me late con fuerza en el pecho. Espero que no se haya dado cuenta. Durante varios segundos permanezco muy quieta, pero él parece demasiado ensimismado como para prestar atención a la caravana. Vuelve a apoyar la cabeza en las manos y cierra los ojos. Sentado así, parece tan vulnerable como un niño.

Involuntariamente, me llevo la mano al pelo y tiro de los mechones. *¿Me crees ahora?* Realmente parecía sincero.

Cierro la cortina con una extraña sensación en el estómago.

Tal vez realmente no me viole. Y tal vez él no tiene la intención de hacerme daño tampoco. Pero tal vez eso sea aún peor. Si su único objetivo es tenerme cerca, hará lo que haya que hacer para eso. Igual que me drogó durante cinco días. Eso significa que nunca volveré a ser libre. Mis hermanos me olvidarán. Yo olvidaré a mis hermanos. En algún momento, el silencio entre nosotros será demasiado grande.

A la mañana siguiente Brendan me despierta antes de que amanezca. Me despierta y se va a la cocina. El generador zumba y oigo burbujear la cafetera.

—Luego te enseñaré a hacer trampas para conejos —dice, y parece que lo está deseando.

—No como conejo —respondo, levantándome y caminando hacia el retrete.

—Aunque quizá tengas que hacerlo algún día —vuelve a decir—. Por ejemplo, cuando se nos acabe la comida enlatada. —Duda un momento y cierro la puerta tras de mí. Luego dice en voz lo bastante alta para que le oiga incluso a través de la puerta cerrada—. Ah, estás en huelga de hambre. Casi lo olvido.

Me lavo las manos y la cara. Mi mirada cae accidentalmente sobre mi reflejo en el espejo. Casi me estremezco. Realmente parezco un fantasma. De mejillas hundidas y pálida, con ojeras de mora. El pelo rubio y espeso me cuelga completamente liso; aquí y allá sobresalen algunos mechones más largos que me hacen cosquillas en los hombros. Aún no sé qué pensar del hecho de que me haya cortado el pelo de esta forma tan brutal, pero me atrevo a creer en su intención. Tengo que hacerlo, porque si no, el miedo constante a que me torturen y me maten me está volviendo loca. Tengo un aspecto extraño. El pelo más corto me hace parecer más joven y, sin embargo, mis rasgos estrechos parecen más viejos. Yo no soy así.

Abro el armario colgante en busca de un coletero para que mi cara luzca como cuando me hacía una trenza. Me sorprende ver que ahora hay más cosas. Descubro loción de afeitar, varios jabones azules, crema de manos, desinfectante, jarabe para la tos, aspirinas, tiritas, esparadrapo y, por supuesto, las franelas y vendas de gasa... Cojo una de las vendas de gasa, abro el envoltorio y miro a mi alrededor buscando unas tijeras, pero sigue sin haberlas. Tampoco hay navajas ni hojas de afeitar. Nada afilado. Nada que se pueda utilizar remotamente como arma. Con rigor, arranco un trozo de venda y me recojo el pelo con ella. A la izquierda y a la derecha cuelgan dos mechones que no han entrado en la trenza.

Brendan se da cuenta enseguida.

—¿Revisaste armario? —me pregunta en cuanto salgo del baño.

—¿Te importa?

—No. —Sonríe.

Retrocedo y cierro la puerta plegable. Luego me quito los vaqueros sucios y el jersey sudado y abro el estrecho armario con mis cosas. Aún no me he atrevido a preguntarle a Brendan cómo se las ha arreglado para conseguir toda esta ropa. Quizá me lo diga cuando me revele dónde me vio por primera vez.

Cuando mi mirada recorre las blusas, me invade una nostalgia tan ardiente que me gustaría darme cabezazos contra la pared. Hoy tengo que ponerme algo familiar para volver a ser yo, cuando ya no me siento así. Instintivamente cojo mis pantalones cortos favoritos con dobladillo de ganchillo, pero decido no hacerlo. Son demasiado cortos. No quiero que Brendan me vea demasiado. Saco los vaqueros Capri oscuros y la blusa de color coral con dobladillo de encaje. Me los pongo a toda prisa y me quedo un momento indeciso. Mis dedos se deslizan por el suave tejido de la blusa hasta llegar a mi collar.

Cuando sólo hay silencio, te he olvidado.

Aprieto los pequeños colgantes en mi puño. *Ethan. Avery. Liam. Jayden*. Repito sus nombres como si pudiera olvidarlos.

"¿Por fin vienes?", oigo decir a Brendan.

Incluso con mis recuerdos, ¡tiene que molestarme! Respiro hondo, me calzo las chanclas y camino hacia él. Sin palabras, me deslizo sobre el banco y observo sin emoción cómo encaja la

esposas sueltas cuyo anillo gemelo rodea mi muñeca izquierda en una cadena de hierro. Mi mirada sigue el curso de los eslabones y descubro una placa de anclaje con un ojal en la pared, bajo la mesa. Probablemente tenga piezas de este tipo atornilladas por todas partes y enésimas cadenas de hierro. Mi puño izquierdo se cierra automáticamente, pero lo vuelvo a abrir de inmediato porque no quiero mostrar más reacciones a Brendan.

Me pone café delante. Puedo oler el azúcar que lleva, es tan dulce.

—¿Quieres tortitas de arándanos?

—No. —Levanto la taza y casi sumerjo la cara en ella. La cadena tintinea con cada pequeño movimiento.

—De acuerdo.

Le oigo juguetear. *Ting* - dos waffles saltan de la tostadora. Por el rabillo del ojo veo que Brendan los saca y los pone en un plato con otros.

Con cuidado, espolvorea azúcar glas por encima, luego se sienta frente a mí y coloca el plato en el centro.

—Te ves muy guapa con esa coleta —dice bruscamente.

Al instante me pongo rígida y el café se derrama por el borde de la taza. *¡Maldita sea!*

—Lo siento. —Suena molesto—. No debería haber dicho eso.

Le miro con los ojos entrecerrados. Limpia el café con un paño de cocina y luego hunde los dientes en el waffle y lo mastica enérgicamente. Nuestros ojos se cruzan y rápidamente desvío la mirada.

—Necesitas comer algo.

—No tengo apetito.

—Te creo. Pero aún tienes que comer.

—¿Me vas a obligar a comer de otra manera?

—Encontraría los medios, créeme. —Lo dice despreocupadamente y me molesta que pueda permitirse ser tan arrogante.

Se me aprieta el estómago.

—Me siento muy mal.

Suspira profundamente.

—Comerás esta noche, ¿lo prometes?

—De acuerdo. Pero sin conejo.

Se ríe brevemente, suena fuera de lugar y falso. Como si se hubiera entrenado a sí mismo para reaccionar a ciertas situaciones con una risa para que nadie se diera cuenta de lo perturbado que estaba. Como aquella vez en el estacionamiento del parque nacional.

Miro por la ventana mientras él se come al menos cuatro de los enormes waffles. Fuera, ya ha amanecido y el aire fuera de los árboles brilla. Como no hace calor, deben de ser enjambres de mosquitos diminutos.

—¿Puedo abrir la ventana? —quiero saber.

—No tienes que pedirme permiso para todo.

Dejo que se abra la ventana corredera. Una fresca brisa matinal atraviesa la mosquitera y se posa en mi piel. El canto de los pájaros llena el bosque y lo hace parecer más vivo que al atardecer. Una avispa choca contra la mosquitera y se aleja zumbando.

Tal vez podría tocar algo para Brendan. Podría fingir que me gustaba y que podía imaginar un futuro con él. Quizá entonces él soltaría las cadenas y yo podría huir. Pero la idea de ser amable con él o de hablarle más de lo necesario es como una piedra en mi estómago. Además, nunca se lo creería. Tiene que haber otra manera.

Observo pensativa los árboles. Todos tienen más o menos la misma altura, las coníferas están a menos de un metro unas de otras, como una gran familia.

—¿Dónde estamos?

—Canadá.

—¿Dónde exactamente?

—No importa. Durante el día aquí no hace tanto calor como en Nevada o California, por la noche puede hacer mucho más frío, a veces hasta cero grados. Anoche fue relativamente suave. Eso es todo lo que hay que saber.

Diviso un diminuto pájaro que salta de una rama a otra, balanceando las finas ramas en la zona del suelo. Cuando mi mirada se desliza hacia la base del árbol, veo un pequeño grupo de ardillas listadas. Con nostalgia, las miro. Están libres y no están solas.

—¿Qué otros animales hay aquí?

—¿Excepto por esas molestas ardillas listadas? —Se inclina hacia delante y lanza una mirada desdeñosa por la ventana—. Conejos, comadrejas, muchos otros roedores, alces, bisontes de bosque, caribúes, zorros rojos, ciervos, osos negros, osos pardos... y lobos. Los oíste anoche, ¿verdad?

—Me gustan las ardillas listadas.

—Después de todo, eres una chica. —Vuelve a sentarse recto—. Te enseñaré esto más tarde. Te gustará esto.

Sí, ya lo creo. Le veo devorar otro waffle. Me pregunto cómo alguien tan delgado puede comer tanto. Mi mirada se posa en sus bíceps, al menos en la parte que sobresale de la camiseta blanca. Son nervudos y suaves, cubiertos de un ligero bronceado. Nunca habría pensado que tuviera *tanta* fuerza. En el centro de visitantes del Parque Nacional de las Secuoyas, me di cuenta de lo bien entrenado que parecía, pero nunca habría esperado que fuera tan fuerte.

No puedo evitar preguntarme con qué clase de hombre estaba luchando. ¿Subestimaba también a Brendan? ¿Sabía Brendan que le estaba subestimando? ¿Por qué se metió en una pelea así si no había reglas y la muerte era una opción posible? Sigue siendo un completo misterio para mí. Una parte de mí está desesperada por resolverlo, la otra tiene miedo de lo que pueda salir de ello.

Vuelvo a mirar fuera mientras él limpia y friega los platos. Como de costumbre, enciende la televisión, pero hoy la recepción es totalmente mala y están pasando *El héroe de la semana.* Desconecto mentalmente.

Más tarde nos vuelve a unir con la cadena de hierro. Probablemente no quiere que me sienta como un perro al que está paseando. La solidaridad con el rehén parece ser el programa.

Fuera, el olor a bosque, a agujas de abeto y a pureza me envuelve de inmediato. El cielo sobre las coníferas verde oscuro es azul brillante, no se ve ni una nube.

—Hoy va a ser un día caluroso. —Las botas de Brendan crujen sobre la grava que cubre el solar. Da una vuelta alrededor de la caravana y abre una trampilla de carga que ocupa casi todo el ancho del vehículo.

—Ponte botas de montaña, con ellas caminarás mejor por el bosque. —Mete la mano en el trastero y me pone delante un par de botas de media caña con cordones—. Espero que te gusten, he escogido algo extra amarillo y rosa.

Como no quiero provocarle, me pongo los calcetines que llevan los zapatos estampados y me calzo las botas de montaña. Por supuesto, me quedan como un guante.

Brendan tira mis chanclas de estrella en la escotilla. Mi mirada se posa en unas cuantas latas pulcramente apiladas.

—¿Qué hay ahí? —pregunto rápidamente antes de que cierre la trampilla.

Sorprendido, hace una pausa y luego sujeta la tapa del almacén con un gancho para no tener que sujetarla más.

—Provisiones. Mucha comida enlatada.

Atónito, miro hacia la abertura. El espacio que hay detrás es tan grande como si fuera el tracto gastrointestinal del campista. Latas, cajas y cartones se apilan unos junto a otros.

Brendan señala unas cuantas latas.

—Melocotones, piña, papas cocidas, guisantes, judías, maíz, salchichas, arenque frito, atún, conservas mexicanas... lo siento... me encanta la comida mexicana... —Se vuelve hacia mí y se calla. No sé qué cara pongo, pero sigue hablando tras fruncir brevemente el ceño—. También tengo mucha pasta, no te preocupes, sé que te gusta. También tengo salsa de tomate y de queso. Y ajo en conserva. Va a ser difícil con la albahaca fresca, pero tengo piñones. Al fondo a la izquierda. —Vagamente señala la esquina.

La última pizca de confianza que aún quedaba enterrada en lo más profundo de mi ser desaparece. Muy lentamente, como el aire de un globo inflado que no has atado, pero del que sujetas el extremo. Miro las cajas de cartón como aturdida. Todas están etiquetadas con letras negras: *medicinas, ropa de invierno, baño, juegos, caza*. A la derecha de una caja de madera descubro dos bombonas de gas en un robusto anclaje.

—Propano —explica Brendan, siguiendo mi mirada con la suya—. Con eso cocinamos. Además, la nevera funciona con propano. Con esas dos botellas deberíamos pasar el invierno.

La sangre se escurre por mis mejillas.

—¿Quieres quedarte aquí durante el invierno? —Aparentemente no tiene planes de ir a una ciudad pronto. O a un asentamiento o a cualquier otro lugar donde viva gente.

—Claro. —Me mira fijamente—. Pienso quedarme en esta zona para siempre.

Está completamente loco.

—¿No hará demasiado frío en invierno para vivir en una autocaravana? —pregunto débilmente.

—He pensado en todo, Lou. No te preocupes. —Sonríe, probablemente confundiendo mi horror con miedo por mi bienestar—. Aquí no te pasará nada. Y además, la civilización puede estar lejos, pero tampoco está fuera de nuestro alcance.

—¿Y por qué quieres cazar conejos cuando aquí todo está lleno de provisiones? —pregunto, intentando que no se note lo sorprendida que estoy realmente. Sólo con dificultad puedo contener las lágrimas. Ojalá no hubiera visto este almacén.

Brendan se encoge de hombros.

—La carne fresca es importante. Además, así ahorramos comida.

—Pero no quiero comer conejos —susurro entrecortadamente.

Suspirando, suelta la solapa del gancho lateral y la deja caer cerrada.

—También podría atrapar ardillas. O ardillas listadas. —Cierra el compartimento—. No me mires tan horrorizada, Lou. Quizá cace un ciervo alguna vez. Y además, no hace falta que te lo comas. Traje suficientes suplementos de vitaminas y hierro.

Le doy la espalda y me pregunto si disfruta torturándome con sus perfectos arreglos.

—Vamos —dice con buen humor, tirando de la cadena como para burlarse de mí—. Te mostraré el lugar.

Como si no supiera exactamente lo infeliz que soy.

Justo al lado del camper, detrás de una fila de abetos y píceas negras, donde Brendan hizo una

fogata ayer, se abre un claro con un pequeño lago esmeralda. Es alimentado por una estrecha cascada que cae desde un saliente rocoso y brilla bajo la luz del sol como diamantes cayendo al agua. Paso a paso me acerco al cuerpo de agua, sobre piedras cubiertas de musgo, pasando por flores silvestres y las raíces de los abetos. Directamente en la orilla, en un lecho de helechos, yace el tronco de un pino caído, cuyas ramas, ramitas y agujas se han descompuesto hace tiempo. Lo cruzo y coloco las suelas de mis botas de senderismo en el agua.

Una brisa fresca se levanta de la superficie y me pone la piel de gallina desde el primer momento.

—Un lugar tranquilo —dice Brendan detrás de mí. Claro que está detrás de mí, porque estamos encadenados—. Aquí no se oye nada, salvo el burbujeo del agua y algunos pájaros entrometidos. Cuando estás aquí un rato, tu mente se dispersa, como si te sumergieras en la nada. Te conviertes en uno con el aire y el agua.

Intento ignorar a Brendan. El lago es apenas más grande que nuestro terreno en Ash Springs. El cielo, los abetos y las píceas tiemblan sobre el agua, un reflejo tenue y transparente en el lago verde.

—Para mí, este lago siempre ha sido un lugar de refugio, como si aquí pudiera encontrar cobijo.

—¿Por qué necesitarías protección? —pregunto con sarcasmo, aunque la experiencia en la tormenta eléctrica me ha dado una idea de lo mucho que alguien debió herirle en el pasado. Involuntariamente pienso también en los dibujos negros de la libreta. Aun así, camino a lo largo de la orilla del lago como si su respuesta no me interesara. No debería importarme.

Algunas rocas yacen esparcidas por la orilla como si fueran fichas arrojadas descuidadamente por seres ya olvidados. Algunas se adentran en el lago. Las rodeo y remuevo el agua. Las olas me rodean los pies, el agua helada me llega a los tobillos y me entra en los zapatos.

—Puedes bañarte aquí si quieres —sugiere ahora Brendan sin responder a mi pregunta.

—No sé nadar —respondo, mirando la cascada frente a la pared de roca gris.

—¿No sabes nadar? —repitió incrédulo.

—¿No me digas que no lo sabías? —Ni siquiera me giro hacia él. En Ash Springs, de alguna manera nunca ocurrió que fuéramos a nadar. A Ethan siempre le faltaba tiempo y un día, el tema simplemente desapareció de la mesa.

—El agua no es profunda. Un metro como mucho —dice, ignorando mi objeción—. No puede pasarte nada y, además, yo sigo aquí. —Detrás de mí rodea las rocas—. Aunque podría enseñarte.

No respondo nada, está absolutamente fuera de lugar. Sigo mirando la cascada.

—¡Mírame, Louisa!

Su voz vuelve a sonar tan autoritaria que no consigo resistirme. Con un poco de esfuerzo, levanto la cabeza.

Cuanto más me mira, más brillan sus ojos. Son espejos como la superficie del lago. Amargura, tristeza, impaciencia... No sé qué sentimiento es más claramente visible en ellos. Levanta la mano como si quisiera tocarme. Horrorizada, tropiezo y casi caigo al agua. Cuando me recupero, veo que se cubre los ojos con la mano.

—No tienes que pelear conmigo todo el tiempo —dice, bajando el brazo de nuevo—. Sólo te lo estás poniendo difícil. Tu situación no va a cambiar, así que mejor intenta llevarte bien conmigo.

Vuelvo la vista hacia la cascada y me muerdo el interior de la mejilla hasta que me sale sangre en la boca. Aparto sus palabras y me concentro en lo que veo.

La pared de roca se alza como una montaña gris frente a mí. A ambos lados está delimitada por árboles que se hacen cada vez más pequeños hacia arriba. Tiene la altura de un edificio de varios pisos. La roca es porosa y no es vertical, sino inclinada. Profundos surcos atraviesan la pared; un escalador experimentado podría subir por ellos. Para un principiante sería difícil, muy difícil, tal vez incluso imposible, pero estaría lo suficientemente desesperada como para intentarlo.

Me pregunto qué habrá ahí arriba. ¿Quizá un camino forestal? Me miro la muñeca, que está rodeada por el aro de metal, y luego miro a Brendan. Me examina con ojos entrecerrados.

—Olvídalo —dice con frialdad, como si supiera exactamente qué imágenes acaban de venir a mi mente: yo, colgada de la pared—. Las rocas son resbaladizas a causa del agua. Te caerías y te romperías el cuello.

—No sería lo peor —murmuro dulcemente.

—¡Entonces será mejor que no te tiente! —Demostrativamente levanta la mano con el anillo de metal a la altura de los ojos—. Pero si alguna vez quieres venir aquí sin mí, puedo encadenarte a un árbol. —Luego me aparta con más fuerza de la necesaria, probablemente mis pensamientos le han quitado la paz de este lugar.

Me lleva hacia un lado de la orilla del lago, donde el agua ha excavado un pequeño lecho de arroyo a través del bosque. Aquí hay incluso frondosos árboles caducifolios, pero Brendan toma un camino diferente.

Cruzamos el bosque a campo traviesa. Es desalentador. Nos lleva más de quince minutos recorrer una distancia de menos de quinientos metros. Las ramas de los abetos llegan hasta casi el suelo y me obstruyen la vista. Una y otra vez tengo que agacharme o apartar pesadas ramas para avanzar. En poco tiempo, estoy cubierta de resina. Pasamos por encima de troncos muertos que se alzan del suelo como cuernos de ciervo arrojados entre los troncos y los helechos. Mis pantorrillas comienzan a arder después de tocar algo que se parece a una ortiga gigante.

Creo que Brendan no tiene la intención de mostrarme la belleza de este lugar, sino de dejarme claro que nunca podré escapar de aquí sola.

En algún momento me detengo. Da un tirón del anillo de metal porque no se ha dado cuenta de que he parado.

—¿Qué pasa? —pregunta con frialdad.

—Quiero volver —Entre nosotros hay un abeto, el tronco cubierto de líquenes verde pálido que parecen gruesos corales marinos a la escasa luz del sol.

—Todavía quería construir las trampas. —Rodea el árbol, y se le enreda la cadena en una rama. Con una maldición tira de ella y la desenreda.

—¿No puedes llevarme de vuelta primero?

—No. ¡Tú vienes conmigo!

Brendan sigue tirando de mí. Al cabo de unos minutos se detiene.

—Aquí está el paso de los ciervos —dice señalando vagamente detrás de él—. Debe haber un arroyo en alguna parte. Un lugar óptimo para poner trampas. —Saca un pañuelo azul de un bolsillo del pantalón y lo anuda alrededor de una rama a la altura de los ojos—. Así podremos volver a encontrar las trampas más tarde.

Luego, avanza unos metros por el bosque, llevándome con rudeza, y mira a su alrededor buscando. En algún momento, saca de su cinturón algo que hasta hace poco estaba escondido debajo de su suéter. Una cuerda. Está enrollada, pero cuando la desata, resulta ser varios metros de largo. Sería suficiente para atarme a un árbol en algún lugar aquí. Aparto ese pensamiento y observo cómo divide la cuerda en dos mitades con su cuchillo de caza. Luego ata la cuerda a dos

troncos cercanos al suelo. Hace nudos, de algún modo varias veces cruzados, en cualquier caso parece complicado. Por último, sostiene la construcción con las horquillas de ramas más pequeñas, que coloca verticalmente debajo.

—Sólo falta la trampa —murmura para sí, rebusca en una bolsa que ha sacado de un bolsillo y saca un alambre.

Forma un lazo y retuerce los extremos. Es obvio que lo ha hecho cientos de veces. No sé por qué, pero me lo imagino haciendo trampas así para mí. Para evitar que me escape.

Brendan mide con los dedos las distancias entre el suelo y la rama atada horizontalmente, y luego sujeta el alambre para que cuelgue de ella.

—Tenemos que revisar las trampas varias veces al día. De lo contrario, si el lazo es demasiado grande, el conejo queda atrapado en él y tarda horas en morir. Una muerte agónica.

Vuelvo a mirar el cuchillo de caza que cuelga de su cinturón, justo al lado de la llave de mis esposas.

—Quiero volver —digo en voz baja. La forma en que maneja con destreza los lazos de cuchillo, cuerda y alambre para fabricar trampas mortales me produce un escalofrío. Realmente tiene corazón de cazador—. No quiero ver un conejo atrapado —añado.

Brendan toca la trampa con la punta del pie. Se balancea suavemente hacia delante y hacia atrás.

—Haré tres o cuatro más y luego te llevaré de vuelta. No tienes que venir conmigo cuando las revises.

Al anochecer, un conejo muerto cuelga cabeza abajo de la rama de un abeto no lejos de nuestra hoguera. Brendan ha sujetado sus patas traseras en lazos separados y lo ha dejado desangrarse con un corte en la garganta. Recogió la sangre con en un recipiente para no llamar la atención de los osos y los lobos y dijo que podría hacer sopa con ella. Después se rio de mi cara de asco y fue al lago para verterla en el arroyo.

Me dejó encadenada a la caravana. Esta vez unió dos cadenas de modo que fueran lo bastante largas para alcanzar las sillas de camping junto al fuego.

Cuando regresa, saca su cuchillo de caza y desuella el conejo para destriparlo. Asqueada, aparto la mirada y clavo los ojos en las llamas de la hoguera.

Más tarde, observo a Brendan mientras se abalanza sobre las patas del conejo como un lobo hambriento. No puedo dar ni un bocado de la carne. No puedo comer nada, aunque se lo haya prometido.

Me ha puesto en un plato tostadas de mantequilla con queso y galletas de limón, pero siento que vomitaré si las muerdo aunque sea una vez.

Cuando ha terminado de comer, pero mi tostada y mis galletas siguen intactas, se levanta, maldiciendo en voz alta, lanza un hueso roído a las brasas y desaparece en la caravana. Cuando vuelve a salir, parece sereno. Casi como un hombre de negocios que ha hecho un negocio especialmente gordo.

Trae una carpeta bajo el brazo y se sienta despreocupadamente en su silla.

—Estos son los periódicos de los que te hablé. Los artículos que aparecieron después de tu desaparición —dice, pero mantiene la carpeta cerrada. Está apoyada sobre sus muslos.

Reprimo un sonido de sorpresa. Nunca volvió a mencionar esos informes. Todo el tiempo pensé que su afirmación de haberlos recopilado era ficticia.

—No creías que realmente lo tuviera.

—No —digo sin voz. Me gustaría saltar y arrebatárselo de los dedos, pero me quedo paralizada, incapaz de moverme.

—También hay fotos de tus hermanos en el periódico. —Sus ojos brillan como antorchas oscuras en el juego de las llamas—. Uno de ellos se parece especialmente a ti. Creo que es Avery.

Tengo que tragar. *Avy*... la ira aumenta en mí. Odio cuando habla de ellos como si los conociera.

—Si comes hoy, te dejaré leer el primer artículo. Mañana tendrás el siguiente... siempre y cuando comas tres veces.

Mi corazón late tan fuerte que temo que él pueda oírlo. Deseo tanto esos informes. Ahora que me los ofrece y que su existencia es segura, no quiero volver a estropear la oportunidad.

Tengo que ver las fotos de mis hermanos. Sé que me destrozarán el corazón y después desearé no haberlas visto nunca. Será como esta mañana cuando descubrí las provisiones. Pero nada de eso importa. Creo que incluso caminaría sobre brasas ardientes para conseguirlas. Todo lo que quiero son unas pocas palabras sobre mi familia, una muestra de la realidad que parece siglos lejana. Nunca hubiera creído que por unos segundos de felicidad soportaría desangrarme el alma después.

—No es justo que me chantajees con estos artículos. —Trato de ocultar lo molesta que estoy. Probablemente no lo consiga. Jay y Ethan siempre han dicho que no soy buena ocultando mis sentimientos. Simplemente he tenido demasiados. Una avalancha de sentimientos, lo ha llamado Ethan. Mi mirada está pegada a la carpeta—. Sabes lo importantes que son para mí.

—No espero mucho a cambio —le oigo responder con voz ronca—. Ni siquiera una sonrisa.

—Aun así, es chantaje.

—No soy una buena persona. Te lo dije. Te secuestré. El chantaje no es nada comparado con eso.

Empiezo a comer. No, más bien a engullir. Me trago todo tan rápido que Brendan me frena.

—Si todo vuelve a subir, no cuenta. —En sus ojos se ve preocupación. Tal vez realmente está preocupado por mi salud, pero sigue siendo astuto.

Me meto una galleta de limón casi entera en la boca, trago enormes trozos de una vez y trago tan fuerte que Brendan salta para darme una palmada en la espalda.

—La asfixia tampoco cuenta —me dice casi con dulzura cuando me he vuelto a calmar.

Siento una extraña presión en el estómago. Sigilosamente pongo la mano sobre él.

Brendan abre la carpeta.

—¿Quieres el primer artículo que tengo?

Asiento y me tiende una hoja de papel doblada. La tomo, pero él no lo suelta todavía.

—Falta el primer informe. Todavía estaba demasiado ocupado contigo y la anestesia. Este es el segundo.

—No importa —susurro—. *¡Pero dámelo de una vez!*

Con una mirada de advertencia, retira los dedos.

—También tienes que ganarte los demás, ¡recuerda! —Carpeta en mano, se dirige a la caravana y enciende las luces exteriores desde allí.

Me alegro de que me deje en paz. Con dedos temblorosos despliego el papel de periódico.

LOUISA SIGUE DESAPARECIDA

El titular está escrito en mayúsculas. Una foto mía ocupa toda la mitad superior de la página. Se me aprieta el corazón. Es la instantánea que tomó Avery el verano pasado. Estoy de pie bajo nuestro manzano, junto al cual Liam siempre hace sus ejercicios. Los editores del periódico han

ampliado la foto para enfocar solo mi rostro y la parte superior del escote. Se puede ver un pedazo de mi blusa color coral en el borde de la foto. Río alegremente hacia la cámara. Junto a mi rostro cuelga una manzana sonrosada que compite con mis mejillas por su brillo. Mi largo cabello rubio está alborotado por el viento, mis ojos brillan claros y azules como el cielo.

Me veo feliz. Feliz, joven y viva. Todos los que vean esta foto mía se sorprenderán de mi desaparición. Siempre es así. Cuando alguien desaparece, siempre ponen la foto más bonita en el periódico. Es como si los redactores tuvieran que destacar la vida y la felicidad que se han perdido. Algo parecido ocurre con los cartones de leche. Nunca se ve a un niño malhumorado. Miro fijamente la foto, incapaz de leer el reportaje. De repente algo dentro de mí empieza a revolotear, una sensación de que hay algo en lo que no he pensado, pero no puedo recordar qué es. Un indicio. Pero no logro captarlo. Sombras siniestras surgen de la oscuridad, hay algo ahí, suave y susurrante.

Una parte de mí realmente quiere comprenderlo...

No, quiero mirar este artículo ahora. Quizá Brendan vuelva a salir y me lo quite. Me apresuro a ahuyentar la sensación, pero siento que se queda como un invitado no deseado que se niega momentáneamente a irse del todo.

Tensa, empiezo a leer.

Parque Nacional Sequoia, California. Continúa la búsqueda de Louisa Scriver, de dieciséis años. Ayer, un gran contingente de policías, bomberos y voluntarios peinaron los alrededores del camping de Lodgepole, en el Parque Nacional de las Secuoyas. Sin embargo, la búsqueda fue infructuosa.

La joven de dieciséis años lleva tres días desaparecida. La última vez que se la vio fue la noche del 25 de junio en el cercano centro de visitantes del camping de Lodgepole. Allí, según el portavoz del parque, había comprado dos lámparas de camping de la marca Solarez. Los guardas del parque creen que es posible que la chica se haya perdido en la oscuridad y ahora esté sola en la naturaleza.

Según el guardabosques Thomas Baker, este tipo de incidentes ocurren a menudo. La mayoría de las veces, las personas desaparecidas aparecen sanas y salvas en las cuarenta y ocho horas siguientes. Sin embargo, la probabilidad de que la chica haya sido víctima de un accidente aumenta cada hora que pasa. Los acantilados y las cornisas, especialmente en los alrededores de Moro Rock, suponen un enorme riesgo para la seguridad, sobre todo en la oscuridad.

El artículo parece un reportaje sobre un desconocido. Objetivo y distante. ¿Es realmente sobre mí? Respiro hondo y sigo leyendo.

Por otra parte, un hermano de la chica descarta que se perdiera como motivo de su desaparición. Él la había seguido hasta el centro de visitantes y ella conocía el camino. Además, sólo hay un camino de grava que conduce a los campings. Fue un escándalo lo tarde que se inició la búsqueda de su hermana, declaró al periodista del Daily News en una entrevista. Dijo que la policía había prestado más atención a los forasteros que afirmaban haber presenciado un ruidoso altercado entre la chica y sus hermanos que a la preocupación de su familia. Según los visitantes del parque, la chica quería volver a casa. El hermano de la desaparecida afirma que la policía desperdició tiempo valioso al no comenzar la búsqueda de inmediato.

Según la portavoz de la policía, Carmina Loper, en este momento se están considerando todas las posibilidades, y no se descarta la posibilidad de un crimen. "Estamos investigando en todas las direcciones, pero esperamos que la niña simplemente haya huido y que en unos días regrese sana y salva", dijo Loper. Según las declaraciones de la policía, esta es incluso la opción más probable de todas.

A esto le sigue una descripción de la ropa que llevaba ese día y una petición de pistas, seguida de un número de teléfono.

Leo el informe una y otra vez. Mi cabeza es un caos. Aturdida, miro las fotos al final del artículo. La zona de entrada del centro de visitantes de Lodgepole está fotografiada como en un catálogo de viajes. Al lado hay una foto de la gigantesca formación montañosa que rodea Moro Rock. Debajo dice: *Este terreno podría haber sido la perdición de la joven Louisa.*

Leo varias veces las frases en las que se cita a Jayden. No cree que esté perdida ni que me haya escapado. Pero si está tan firmemente convencido, él y los demás harán todo lo posible para que la policía no desista de buscarme. Una chispa de esperanza brota en mí, pero se apaga de inmediato cuando recuerdo las palabras de Brendan: *la policía tiene cosas mejores que hacer que buscar a una adolescente pequeña y rebelde.* A diferencia de mí, él conoce todos los informes. Estoy segura de que todo el mundo se ha dado por vencido conmigo a estas alturas. Ni siquiera sé qué día es hoy. Fui secuestrada el 25 de junio. Ahora debe ser casi mediados de julio.

De nuevo miro la foto. Miro desde mis ojos brillantes y mi risa abierta hasta el dobladillo de la blusa color coral que también llevo puesta hoy. La oscura sensación me invade de nuevo, una ola de oscuridad que me ahoga. En su momento colgué esta foto en Facebook, visible para todo el mundo, porque me parecía especialmente guapa. Sobre todo los ojos y el pelo suelto. Ethan siempre me sermoneaba que cambiara la configuración para que solo mis amigos pudieran seguirme, pero yo hacía caso omiso de sus palabras. Porque me sentía atrapada en Ash Springs. Porque quería que el mundo me viera. Porque pensaba que si el mundo me veía, mi vida tendría más sentido. Entonces yo importaría. Tal vez incluso pensé que sólo empezaría a vivir realmente en ese momento, cuando significara algo para el mundo.

El sentimiento de miseria se me clava como un cuchillo en las tripas. He puesto tantas fotos y vídeos ahí. Pasan como una película, un lienzo lleno de colores, risas, sol y verano.

Elizabeth y yo comiendo helado, espalda contra espalda en el prado de los dientes de león, yo con mi blusa amarillo pastel de Ethan, helado de limón en la mano, los labios manchados. Ava y yo, metidas en nuestros nuevos pantalones cortos con el dobladillo de ganchillo delante de H&M, haciendo besos a la cámara. La blusa blanca que llevaba en la foto pasa ante mis ojos. Mi hombro bronceado por el sol porque la blusa se había vuelto a deslizar. Pasa otra imagen. Madison y yo patinando por la *carretera que no lleva a ninguna parte* cerca de casa, las dos con paletas de colores en la mano, yo con mis jeans capri azul oscuro y mi top rosa de volantes. Una foto de mis pies con las Chucks amarillo sol. Una con mis sandalias con la flor. Emma y yo tumbadas en nuestro porche, cabeza con cabeza, los ojos cerrados soñadoramente, un paquete de galletas de limón a nuestro lado. Una foto del cielo azul brillante con un enorme sol radiante, la siguiente una foto de mi comida favorita, espaguetis al ajillo con piñones y tomates, cubiertos de albahaca. Yo frente al espejo de nuestro cuarto de baño, el jabón de manos azul todavía nuevo empaquetado junto al lavabo.

Te conozco.

Me llevo la mano a la garganta y siento que me ahogo al darme cuenta de lo que significa.

Capítulo 12

Me fijé en varias chicas, pero nunca tuve intención de secuestrar a ninguna. Hasta que te descubrí.

Brendan me encontró en Internet. Debe haberme observado durante meses, cada post, cada foto, cada video. Esa es la única razón por la que fue capaz de conseguir toda esa ropa.

Una ira ardiente me invade por dentro y me hace temblar. Rabia contra él, pero también contra mí misma. Me levanto y me arrastro como un depredador alrededor de la silla de camping, apretando el artículo con fuerza en mi puño. Quiero estrangular a Brendan con mi cadena, rodearle el cuello con ella hasta que empiece a jadear. Igual que estoy segura de que el pobre conejo de la trampa jadeaba justo antes de quedarse sin aire. Se lo puse muy fácil a Brendan. Publiqué todas las fechas de nuestro viaje antes de que Ethan cerrara mi cuenta. En ese momento, pensé que era genial. Todo el mundo debería saber dónde estaba si iba a desaparecer temporalmente de la red y del mundo. También quería triunfar un poco sobre Ethan.

Brendan sólo tuvo que esperar en el parque nacional. Tuvo tiempo de sobra para armar su trampa para atraparme. Si no lo hubiera conseguido ese día, probablemente lo habría hecho otro.

Pero ahora estoy realmente perdida. Nadie sospechará que estoy en Canadá, casi nadie piensa en un crimen. Pueden peinar los alrededores del camping mil veces con perros rastreadores y palos, seguiré siendo una chica desaparecida. Mi expediente nunca se cerrará del todo, pero otros casos se volverán más urgentes y la policía guardará los expedientes de mi caso en un archivador. Nunca en las semanas anteriores había sido tan dolorosamente consciente de la realidad. Me siento mareada por la miseria.

Es como dijo Brendan. Estoy tumbada en un ataúd de cristal y sé que no saldré de él, nunca. Nunca volveré a ver a ninguno de mis hermanos. Por mucho que me lance contra el cristal y sepa que hay vida ahí fuera, no podré atravesarlo. Y cada vez que lo intento, el dolor es mayor y la desesperanza más fuerte. Cada vez dolerá más. Me agoto en mis vanos intentos de esperanza.

¿Cuánto tiempo puedo seguir así? ¿Cuándo dejo de empujar contra el cristal? ¿Cuándo me quedo quieta porque mi cuerpo y mi alma se rinden, mis fuerzas ya no bastan?

Miro fijamente el papel arrugado que tengo en las manos. Tengo las mejillas húmedas y me tiemblan los hombros. No voy a contarle a Brendan lo que he descubierto hoy. No tengo fuerzas para hacerlo. Me limitaría a llorar, a suplicar y a intentar hacerle cambiar de opinión.

Con un sonido estrangulado, arrojo el artículo del periódico a las llamas y observo cómo el fuego ennegrece mi rostro sobre el papel, devorando todo lo que queda de mí.

Ya no me lanzaré contra el cristal.

Pasan muchos, muchos días. Cada uno tan largo como diez semanas. La mayor parte del tiempo me siento en la cama de la caravana o fuera, junto a la chimenea, mirando a la nada. Al principio, cuando estaba sola, rebuscaba de vez en cuando en los armarios de la caravana. Pero no encontré nada que pudiera ayudarme a enfrentarme a Brendan. Y las cosas que descubrí sólo alimentaron mi desesperación. Tiene todo perfectamente planeado.

Pero a estas alturas hasta él parece haber comprendido que no puede animarme.

Armo los días a partir de acciones individuales, porque de lo contrario no sé cómo enfrentarlos. Levantarse, ducharse, vestirse, comer, ver *El héroe de la semana*, esperar, comer, esperar, comer.

Por la noche recibo los artículos, pero no los leo. Los doblo en tamaño A5 y los guardo en el

armario debajo de la ropa, porque Brendan no quiere que se los devuelva. La tentación de mirarlos es fuerte, pero mi voluntad es más fuerte. Ya no puedo más.

Cuando Brendan me pregunta algo, respondo. Ya no hablo sola ni repito los nombres de mis hermanos. Tampoco miro ya mi collar con los colgantes, ni los tomo con la mano. Me imagino que soy otra persona, que miro mi vida desde fuera. Esta desgracia le ocurre a otra chica, no a mí. Esta no soy yo en el bosque.

Brendan se esfuerza, pero es la razón por la que sufro. No puedo regalarle una sonrisa ni palabras superfluas. Ya no quiero sentir nada, sólo quiero existir. De un día para otro. Preferiría ser como el viento que se va sin llevarse nada. Quiero disolverme y desaparecer sin que me haga daño.

A veces Brendan se sienta a mi lado y guarda silencio conmigo. Entonces tengo la sensación de que sólo quiere quitarme un poco de carga de encima. De vez en cuando intenta entablar una conversación conmigo, pero siempre me bloqueo y pronto me deja en paz.

Durante el día puedo ver lo que hace sin poner mucha atención en todos sus detalles. Sigue construyendo trampas y a menudo vuelve con un conejo muerto. A veces va a recoger frambuesas y arándanos, el otro día salió del bosque con un cuenco de arándanos. Sólo de esto deduzco que está empezando a quedarse sin fruta fresca o congelada. A intervalos regulares, lava nuestra ropa junto al arroyo y la cuelga a secar en un tendedero que ha tendido entre dos árboles. Cuelga sus robustos pantalones cargo y vaqueros en ramas individuales porque, de lo contrario, el tendedero no lo soportaría. Muy a menudo coge agua del lago, echa un poco en los barriles y llena con ella el depósito de agua de la autocaravana. De vez en cuando vacía los depósitos de agua, el de *aguas grises* y el de aguas *negras*. El agua negra es el agua del retrete, no me lo tuvo que explicar, ya lo olía.

Recientemente, ha puesto en marcha el motor varias veces al día. Dijo que así evitaría que la batería se agotara. Necesita la batería para el generador, al menos eso es lo que yo he entendido. También sigue poniendo CDs nuevos a todo volumen para alejar a los osos de nosotros.

Mis días consisten en sus actividades. De lo que hace y deja de hacer. Ya no me obliga a acompañarle en nada, sólo se asegura de que coma y beba.

Ayer me dijo:

—Sería mejor que volvieras a llorar para desahogarte.

Sólo entonces me di cuenta de que la última vez que lloré fue cuando quemé el primer artículo del periódico. Ya no me lo permito, aunque la garganta me arde constantemente porque tengo las lágrimas atrapadas allí. Incluso por la noche, cuando Brendan está profundamente dormido y no puede oírme, trago saliva para ahogar el llanto hasta que la vuelvo a meter en el estómago. Porque sé que la próxima vez que llore, no podré parar.

Esta mañana noto que la naturaleza ha cambiado a mi alrededor, sin poder nombrar concretamente las diferencias.

Quizá las agujas de los árboles se hayan oscurecido. Tal vez los pájaros pían más animadamente. Quizá haya más mariposas y abejas revoloteando alrededor de los altos sauces.

Aún es temprano, el aire es fresco y claro, y estoy sentada junto a la fogata con un poco de brasas aún humeantes. Aire fresco durante al menos dos horas es lo único en lo que insiste Brendan además de comer.

Hace un rato desapareció en el bosque para comprobar las trampas, dejándome encadenada a la caravana. Mientras tanto, llevo pañuelos alrededor de las muñecas para que la piel bajo los anillos metálicos no se inflame permanentemente.

Estoy rascándome una costra llorosa cuando oigo un fuerte crujido en la maleza detrás de mí.

—¡Lou! —Es Brendan. Viene a través de la hilera de árboles desde la orilla del lago, mucho antes de lo que esperaba que volviera—. ¡Tienes que ver esto! —Su voz casi retumba. Irrumpe a través de un matorral de bayas oscuras y tropieza torpemente en el espacio con nuestra hoguera. Sólo ahora me doy cuenta de que lleva algo en los brazos. Pero no es un conejo, porque siempre los lleva boca abajo y con cierto orgullo.

Asombrada, me pongo en pie. No es característico de él retumbar de un lado a otro tan entusiasmado y ruidoso, normalmente se mueve tranquilo como la misma naturaleza.

Mi mirada se posa en la cosita que tiene en brazos. Una bola gris que emite un quejido agudo y agudo. Contemplo embelesada las pequeñas orejas y las torpes patas que parecen demasiado grandes.

—¡Toma, cárgalo! —Sin esperar mi respuesta, Brendan empuja al cachorro a mis brazos.

Lo cojo con torpeza.

—Un cachorro de lobo —explica Brendan, caminando a grandes zancadas de vuelta a la caravana—. Lo encontré junto a una madriguera.

Siento el pelaje corto y lanoso bajo mis dedos e involuntariamente aprieto más a la cosita contra mí. Algo está pasando dentro de mí, pero no sé qué.

—Le oí chillar. —Brendan abre la trampilla trasera de la caravana y medio desaparece por la abertura.

Corro tras él, asegurándome de que mis pasos sean suaves para no asustar al cachorro

—No se lo habrás quitado a su madre, ¿verdad?

Brendan mira hacia atrás por encima del hombro y pone mala cara, como si yo le hubiera acusado de querer asar al cachorro.

—¡Claro que no! ¿Quién te crees que soy? —Vuelve a centrar su atención en el interior del almacén. Me paro a un lado y le oigo rebuscar en alguna parte.

—Vamos —murmura para sí—. Sé que está por aquí. —Algo repiquetea contra las paredes o el suelo—. Supongo que su madre no se encariñó con él. O murió y ya se han comido a los otros cachorros. Hay mil posibilidades.

—Pobrecito, fue abandonado —susurro y aprieto al cachorro contra mí. Durante unos segundos se queda quieto, con el hocico húmedo hundido en el pliegue de mi codo y las patas delanteras moviéndose rítmicamente contra mi antebrazo. El cachorro me trastorna por completo. Es como si una capa de hielo se aflojara a mi alrededor—. Creo que tiene hambre —digo, perpleja.

—¿Qué crees que hago aquí? —gruñe Brendan desde las profundidades del almacén—. Estoy buscando leche en polvo. Estoy seguro de que la empaqué por si alguna vez nos quedamos sin leche enlatada.

—¿Has traído leche en polvo? —La pregunta está de más.

—Claro. —Con una sonrisa de seguridad, Brendan se endereza de nuevo, con un paquete azul en la mano—. Aquí está.

Mira el bulto de pelo en mis brazos.

—Espero que se beba esto, porque si no, tendré que ahogarlo.

—¿Qué? —Abro los ojos horrorizada.

—Antes de que sufra, quiero decir.

—Estás mal de la cabeza —le digo bruscamente, y en ese momento no me importa en absoluto si le molesta mi tono—. Eso está fuera de discusión.

—Lou, sé razonable. Si no bebe, no sobrevivirá y se morirá de hambre y de sed

miserablemente. ¿Es eso lo que quieres?

Retrocedo unos pasos y acaricio con suavidad el pelaje gris despeinado del cachorro.

—Beberá —le digo en voz baja pero con firmeza—. ¡Seguro que lo hará!

Brendan desaparece en la caravana con la leche en polvo y yo corro tras él con mi cadena.

—¿Puede entrar?

Parece que Brendan acaba de darse cuenta de que le sigo. Se detiene un momento, sosteniendo una tetera que acaba de sacar de un armario. Parece pensárselo, pero al cabo de unos segundos sonríe.

—Sí, por qué no. —Llena el hervidor con agua de una botella de PET—. Básicamente, no importa si está fuera o dentro. Los otros animales lo olerán igual.

Subo con cuidado los escalones y me siento en el banco, con el lobezno apoyado en mi antebrazo. Mientras tanto, ha sacado la cabeza del hueco de mi brazo. Aparentemente, se ha dado cuenta de que no hay nada que conseguir allí. Ahora tiembla por todas partes y vuelve a chillar terriblemente. Parece como si quisiera decir: *¿Dónde están todos? Tengo hambre y sed, y hace mucho frío y me siento muy solo sin el grueso pelaje con el que suelo acurrucarme.*

Con el pequeño lobo en brazos, me pongo de pie y tomo el suéter azul oscuro de Brendan, que está sobre su lugar para dormir sobre la cabina del conductor. Luego, vuelvo a sentarme y cubro al cachorro con él. Deslizo mi mano por debajo para que pueda sentir mi calor corporal.

—Tenemos que pesarlo para poder controlar su peso —Brendan enciende la cocina e inmediatamente una corona azul parpadea bajo la tetera. Huele a gas, aunque Ethan siempre afirma que el gas no tiene olor. Brendan rebusca en varios cajones hasta que encuentra un rollo de bolsas de desayuno. Arranca una de ellas—. Este será el biberón improvisado.

—¿Cómo se supone que funciona eso?

—Corto una esquina, entonces el cachorro puede chupar la leche de ella. Como si fuera una teta. —Mide la leche en polvo con una cuchara y la vierte en un vaso medidor—. Los primeros lobos domesticados por el hombre fueron amamantados por mujeres. ¿Lo sabías? —Me mira con una comisura de los labios hacia arriba. —Supongo que contigo no funcionaría—. La burla relampaguea en sus ojos.

Evito soltar un comentario mordaz. Brendan ha sacado una balanza de cocina plana del armario bajo y la coloca sobre la mesa del comedor.

—Vamos, ponlo allí antes de que tome leche.

Saco al cachorro del jersey y lo coloco con cuidado sobre la báscula. Sólo ahora, cuando está tumbado tan indefenso sobre la fría plancha de metal, veo lo delgado e indefenso que es en realidad. El corto pelaje es gris con un toque de marrón y sobresale ligeramente del cuerpo. Las orejas son pequeñísimas, los ojos diminutos apenas se abren.

—Date prisa, se está congelando —digo y me gustaría volver a cargar al pequeño inmediatamente.

Brendan pulsa un botón.

—Quinientos gramos —refunfuña con expresión sombría—. Es muy poco. Es lo que suele pesar un cachorro al nacer. Pero este debe de tener ya tres o cuatro semanas.

—¿Cómo puedes saberlo? —Sin esperar respuesta, vuelvo a tomar al animal y lo envuelvo en el suéter de lana, dejando solo su cabeza afuera.

—Tiene los ojos abiertos. Así que debe tener más de dos semanas. Además, reacciona a los sonidos. ¡Mira! —Brendan emite un sonido gutural muy parecido a un aullido de lobo. Inmediatamente, el cachorro que tengo en el regazo empieza a lloriquear—. ¡Mira! No hacen eso hasta que tienen al menos tres semanas.

—Le estás asustando —protesto y me giro un poco hacia un lado.

Brendan se ríe.

—Al pequeño seguro que no. —Se da la vuelta de nuevo porque la tetera está silbando. Los quejidos se hacen más fuertes. Parece como si el cachorro pusiera toda su fuerza en su grito de auxilio. Posiblemente piensa que el silbido de la tetera es su madre. Brendan saca la tetera de la cocina y prepara la leche en la taza medidora—. Aunque no quieras admitirlo, hay personas y criaturas que no me temen.

Le rasco el suave pelaje, el lloriqueo se vuelve más tranquilo, pero no cesa.

—En un momento tendrás algo de beber, no te preocupes —le tranquilizo—. Sólo tienes que beber. ¿Crees que podrá tomar el polvo? —le pregunto a Brendan.

—Ojalá. Pero primero tiene que tomarlo. Está bastante débil. —Una sombra revolotea por su cara, tan breve que creo que me la he imaginado—. A veces las lobas entierran a sus crías. Pero sólo lo hacen cuando creen que el cachorro está muerto.

—Tal vez estaba tratando de enterrarlo y se marchó.

Brendan se encoge de hombros.

—Quizás. O tal vez la madre simplemente quería cambiar de guarida —Añade un poco de agua fría a la mezcla, vierte la leche del vaso medidor en la bolsa de plástico y la anuda en la parte superior—. Sujeta esto un momento.

Me pone la bolsa en la mano y saca una llave del chicote de su cinturón. La utiliza para abrir el armario de pared situado encima de la puerta lateral, que está montado tan alto que yo tendría que subirme a la encimera para alcanzarlo. Sin embargo, es todo un reto con la cadena, así que es uno de los pocos armarios que aún no he registrado.

Curiosa, miro por encima del hombro de Brendan. Veo algunas botellas marrones junto a un arsenal de herramientas. ¿Será aquí donde guarda las drogas para adormecerme? ¿Algo que me ayude a contenerlo y escapar? El corazón me late más deprisa. Hacía tanto tiempo que no pensaba en escapar, o más bien creía que era imposible porque él no comete errores. Tal vez consiga abrir el armario. *Claro, ¡porque él no se daría cuenta en absoluto!* Reprimo frenéticamente la creciente esperanza, la pequeña chispa que rebota dentro de mí. Pero cuanto más la reprimo, más se enciende. De repente pienso en la inscripción de la caja de cartón del almacén. *Caza.* Quizá tenga más cuchillos o pistolas ahí dentro.

Estoy tan absorta es estos pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de cómo me mira Brendan. Sombras oscuras llenan sus ojos, tan profundas como los insondables abismos del océano. Sabe que he visto las botellas, y también tiene en la mano unas tijeras que debe de haber sacado del armario.

—Dame la bolsa —me dice, pero la mirada de sus ojos me hace saber algo completamente distinto. *¡No te atrevas ni a pensarlo!*

Con dedos temblorosos, le entrego la leche y veo cómo hace un pequeño agujero en una esquina. Deja las tijeras sobre la mesa e inmediatamente cierra la abertura.

—Eso debería bastar —dice, mirándome interrogante, pero aún más sombrío que de costumbre—. ¿Quieres darle de comer?

Miro de él al pequeño peludito y de nuevo hacia arriba.

—¿Puedo?

—¿Por qué no? —Sonríe brevemente, como si quisiera ahuyentar las sombras de su alma, pero fracasa. Me tiende la bolsa—. No te escaparás, ¿verdad? —La monotonía de su tono me produce un escalofrío.

—No —digo en voz baja. Agarro la bolsa con las dos manos y al principio no sé qué hacer

porque tengo que sujetar la esquina cerrada con una mano.

—¿Te ayudo? —Sin esperar respuesta, Brendan se sienta a mi lado. Nunca lo había hecho antes e instintivamente me deslizo lejos de él. Finge no darse cuenta—. Ponle la bolsa con la esquina abierta en su boca y deja caer un poco de leche en sus labios. El hambre hará el resto.

Acerco la bolsa a la boquita, de la que siguen saliendo quejidos, y suelto la abertura. La leche gotea. Brendan rápidamente toma la cabeza del cachorro y la gira hacia un lado para que la leche fluya directamente hacia sus labios. Inmediatamente las patitas se agitan contra su suéter y los quejidos se transforman en frenéticos movimientos de succión que terminan con la leche goteando por su cara.

—¡Prueba así! —Brendan pone al cachorro boca arriba—. ¡Sostén la bolsa inclinada!

Levanto la bolsa de leche. El lobito se revuelca de emoción, chupa y chupa, y cuando se da cuenta de que de verdad y de verdad va a beber, se calma.

—Tiene el corazón acelerado —dice Brendan en voz baja para no molestarle—. Pero está bien.

—Sí —No puedo dejar de mirar al cachorro.

—Por primera vez sonríes.

Se me caen las comisuras de los labios, como si me hubiera pillado haciendo algo prohibido.

Brendan finge no darse cuenta.

—Deberías ponerle nombre —sugiere. Sigue sentado a mi lado y sujeta al cachorro para que beba bien.

—No —Evito su mirada y aprieto un poco la bolsa para que la leche salga mejor—. No puedo nombrarlo si existe la posibilidad de que lo ahogues.

—Entonces deberías hacerlo —Su tono es serio, no parece irónico.

—¿Por qué?

—¿Debería morir sin haber tenido un nombre?

—Los nombres sólo lo hacen más difícil. Los nombres te atan a algo. Los nombres significan algo.

—Si no tiene nombre, significa que no es importante.

Sus palabras me hacen pensar. De alguna manera no encajan con Brendan, el secuestrador. Observo al cachorro mientras se mantiene recto por el agarre de Brendan y chupa la bolsa.

—Solo que no deberías llamarle necesariamente *Princesa*.

—Entonces… ¿es un niño... así que un varón?

—Un macho —Brendan asiente.

La bolsa está casi vacía y los ojos del pequeño se cierran en el agarre de Brendan. A cámara lenta, Brendan le vuelve a poner el abrigo y yo lo tapo.

—¿Cómo sabes tanto de lobos? —le pregunto, aunque en realidad no quiero hablar con él.

—Pasé varios veranos en la naturaleza. Algunas cosas las aprendí leyendo, pero muchas también se aprenden con la experiencia.

No quiero preguntarle qué lo llevó a vivir solo en la naturaleza, seguro tiene que ver con su pasado.

—¿Crees que el cachorro lo logrará? —quiero saber en su lugar. En ese momento, el lobito empieza a ahogarse.

—Maldición. —Brendan lo levanta para que no se ahogue—. Espero que no tenga lombrices.

El cachorro expulsa la leche con una tos aguda. Cae sobre las manos de Brendan y gotea en el suelo. Tiene un aspecto lamentable, colgando de las manos de Brendan, ahora flácido y letárgico, más cerca de la muerte que de la vida.

—No creo que lo logre —dice Brendan, acariciándole la cabecita—. Ya está demasiado débil para retener la leche.

—Tal vez fue demasiada —contesto rápidamente—. Tal vez no puede beber tanto a la vez.

Brendan sacude la cabeza con los labios apretados.

—Me temo que no lo conseguirá, lo siento.

—¡Ni siquiera le das una oportunidad! —Involuntariamente, las lágrimas brotan de mis ojos —. Ni siquiera quieres intentarlo.

—No quiero hacerle sufrir.

—Pero me haces sufrir a mí también y no te importa. No me ahogas en el lago.

Brendan se estremece y sus ojos se nublan.

—Eso es diferente —me gruñe enfadado.

—No, no lo es. ¡Dale una oportunidad! *Por favor*. —Me tiemblan los labios. No sé por qué deseo tanto que el pequeño lo consiga. Quizá porque así no estaré tan sola. Porque tengo a alguien con quien hablar, aunque no me entienda.

—Lou... —Brendan me mira atentamente y luego baja la vista hacia el pobre cachorro.

—Por favor. Por favor, ¡déjanos intentarlo! Le doy de comer cada hora si es necesario. Sólo unos sorbos cada vez. Puede dormir en la cama conmigo y yo puedo llevarlo y mantenerlo caliente.

—Quizá yo también debería sentirme mal... —interviene secamente Brendan, acercando al cachorro a su cara—. ¿Qué te parece, cachorro?

—¡Bren, por favor!

Suspira profundamente.

—De acuerdo. Lo intentaremos durante un día. Pero si no mejora entonces, pondré fin a su sufrimiento.

—¡Tres días! —replico—. Uno es muy poco.

Brendan aprieta al cachorro en mis brazos y se lava las manos.

—Dos. Y le pones un nombre.

Le rasco las orejitas al cachorro.

—Grey —digo rápidamente.

Brendan se vuelve hacia mí y levanta una ceja.

—¿Grey? ¿Por qué?

Me inclino sobre el cachorro y hundo la nariz en su fino y lanoso pelaje.

—Es el nombre de un cuento que me escribió mi hermano. —No sé por qué le cuento esto. Me parece mal revelarle más cosas de mi vida a él, que sabe tanto de mí. Y, sin embargo, es como si satisficiera una necesidad que hasta ahora no sabía que existía. Tal vez quiero tender un puente desde mi soledad, de mí a Grey y a él. O tal vez sólo le estoy dando las gracias por darle a Grey dos días en lugar de sólo uno.

Cuando levanto la vista, me encuentro cara a cara con Brendan.

—¿Jayden? —pregunta en voz baja.

Por supuesto que sabe cuál de mis hermanos escribe historias. Debí de mencionarlo en un post de Facebook, o lo descubrió él mismo cuando espiaba a mis hermanos, si es que llegó tan lejos.

Me limito a asentir.

—Vale, entonces será Grey—dice Brendan. Luego me explica cómo preparar las botellas de leche. Sólo con agua de las botellas de plástico, porque él añade cloro al agua del grifo.

—Dejaré el propano encendido permanentemente entonces. Hasta ahora, siempre lo he

apagado cuando te he dejado aquí sola.

—¿Por qué? —Grey se duerme acurrucado contra mi mano. Espero que haya guardado algo de leche.

—En caso de que haya una fuga o una de las placas se rompa. Si se escapa gas, es peligroso aquí dentro. Y por supuesto también en un cierto radio alrededor de la caravana. No quería exponerte a ese riesgo.

—¿Y cómo vas a hacer ahora?

Brendan mira a Grey y sus ojos se llenan de algo que no puedo interpretar. ¿Añoranza? ¿Tristeza? ¿Un recuerdo concreto? Cuando empieza a hablar, el sentimiento también desaparece, como siempre. Nunca se permite mostrar su otra cara.

—Si de verdad quieres darle de comer cada hora, tienes que usar la cocina —dice—. Eso significa que no puedo cerrar el gas. —Señala una pequeña caja blanca en la base de un armario de la cocina—. Es un detector de propano. El gas es denso, así que no está en el techo como un detector de humo. Si el gas se escapa, suena la alarma. Entonces tienes que salir de la caravana inmediatamente.

Levanto una mano, aún esposada a la cadena.

—Pero no llegaré lejos con esto.

—Tal vez debería no poner ninguna trampa durante dos días. Si ahorramos un poco de agua, no tendré que ir a buscar más.

—Podrías quitarme las cadenas durante dos días, ¿no? —Me obligo a sonreír. Me siento como si estuviera mordiendo un limón. Agrio y doloroso, como si mis músculos quisieran ponerse en huelga.

—¿Para que a la primera oportunidad huyas de nuevo y te pongas en peligro? —Menea la cabeza con decisión—. No, gracias.

—Sólo tendrías que confiar en mí. Igual que yo debo confiar en que no me harás daño. —*¡Sonríe, Lou, maldita sea!*

—Mi confianza hay que ganársela. No la doy a la ligera. —Se apoya despreocupadamente en la encimera, pero su mirada sigue siendo dura.

—Entonces dame la oportunidad de probarme a mí misma. Quítame las cadenas durante dos días. —Ladeo la cabeza, intentando recordar lo bien que me cayó en el Centro de Visitantes, y mirarle como entonces—. ¿De qué otra forma vas a averiguar si soy de fiar?

Nada cambia en su expresión.

—Estás luchando con armas injustas y lo sabes.

—¿Qué es justo en esta situación? —Odio lo quebradiza que suena mi voz. Esta conversación me está costando más energía de lo que pensaba, y sin embargo no es nada. Son sólo palabras. Simples palabras encadenadas.

Brendan se da la vuelta y abre un armario que hay sobre el fregadero. Murmura algo para sí, como hace siempre que busca algo en particular. Al cabo de un rato, saca de un rincón trasero un par de campanillas tintineantes que yo tampoco podía alcanzar.

—¿Qué harás con eso? —quiero saber con suspicacia—. ¿Atármelos al cuello como a un perro?

La expresión de Brendan permanece rígida.

—Algo así —Vuelve al armario colgante y saca bridas para cables—. Los cascabeles siempre me darán una pista de dónde estás. Así que a veces puedes pasearte por el exterior con ellos e incluso estarás a salvo de los osos. En realidad, quería hacerlo así desde el principio, pero contigo fue más difícil de lo que esperaba... —Una fina sonrisa juguetea en las comisuras de sus

labios.

Me gustaría darle un puñetazo en la cara, pero me obligo a mantener la calma.

—¿Así que ahora me vas a quitar la cadena y a ponerme campanillas?

Asiente con la cabeza.

—Lo intentaremos durante los próximos dos días. Por supuesto no podemos hacerlo de noche, espero que lo entiendas.

—¿Y si tengo que alimentar a Grey por la noche?

—Mientras yo también esté despierto, no hay problema. Si no, te encadenaré en la cocina.

—Buena idea —respondo, sonando un poco demasiado alegre, lo que él reconoce con un sonido cínico.

No obstante, es una victoria. La primera. Y su primer error.

Capítulo 13

Vierto leche tibia en una bolsa plástica y la cierro por arriba. Hace mucho que ha pasado la medianoche, quizá las cuatro o las cinco de la madrugada. Por primera vez me doy cuenta de lo cortas que son las noches aquí. El sol no se pone hasta las diez de la noche y vuelve a salir cinco horas más tarde. Sobre la estrecha franja de cielo visible entre las copas de los árboles hay una pálida media luna, aunque ya se extiende sobre ella un suave color anaranjado. Esta noche, por suerte, no hace tanto frío como de costumbre. Brendan ha deslizado todas las ventanas hacia atrás y ha abierto de par en par la puerta lateral. Probablemente para librarse del olor a lobo y a vómito. Ahora toda la caravana huele a resina y agujas de abeto, un poco como el ungüento que Jayden y yo solíamos aplicarnos cuando teníamos tos.

Con la bolsa en la mano, me dirijo a mi cama. Allí he construido una madriguera de sábanas para Grey. Está tumbado sobre una toalla, he enrollado el edredón a su alrededor y lo he apilado como un iglú, sólo que sin techo. Cuando no duerme, chilla tan miserablemente que me gustaría llevarlo siempre en brazos para demostrarle que no está solo. Sin embargo, necesito las dos manos para traerle su provisión de leche.

Simplemente tiene que ganar peso. Después de mi libertad, es mi segundo deseo más importante. Quiero que se quede conmigo, aunque sea egoísta.

Le acerco con cuidado la bolsa a la boca y enseguida empieza a chupar. Esta vez le dejo beber más que antes. Hasta ahora se lo ha tragado todo, pero también he empezado con diez sorbos y he ido aumentando poco a poco. Las campanillas de las bridas suenan cuando saco la leche por la pequeña abertura para ayudar a Grey. Brendan las ha enhebrado en dos bridas, como las cuentas de un collar, y me ha puesto las correas alrededor de las muñecas. Con cada movimiento tintinean como cascabeles de navidad. Aun así, es un alivio librarse de las cadenas. Ahora que Brendan me las ha quitado, me doy cuenta de lo mucho que me afectaban. Ya no debo tener cuidado de no tropezar con ellas o de no quedarme atrapada en algún sitio, por no hablar de la constante sensación de estar prisionera.

Grey chupa la bolsa ahora vacía, patalea con las patas arriba como si tuviera que estimular el flujo de leche. Es tan pequeño. Con mucho cuidado, enrollo la manta y me tumbo con él, apoyando mi cabeza contra la suya para que pueda sentir mi pelo. Cuando era pequeña y mi padre aún vivía, encontré un gatito bajo una salvia del desierto. No tenía ni ocho semanas y conseguí que papá me dejara quedármelo. Cada vez que me acostaba en la cama, se acurrucaba en mi pelo y ronroneaba, probablemente porque mi pelo le recordaba al de su madre. Si Brendan no me hubiera cortado el pelo, ahora podría cubrir completamente a Grey con él. Lo atraigo aún más hacia mí y lo cubro suavemente con la mano, acariciando su fino pelaje.

—No pasa nada, pequeño Grey —le susurro lo más suave que puedo—. Me aseguraré de que Brendan no te ahogue. Él también preferiría que lo logres. Lo sé, aunque no lo diga.

Grey deja de lloriquear por un momento. Tal vez se quedó dormido.

También me permito cerrar los ojos un momento. Dentro de media hora suena el temporizador que me dio Brendan. Entonces tengo que volver a poner el agua a hervir y mezclar leche nueva. Mis palabras sobre Brendan pasan por mi cabeza. En el fondo, realmente creo lo que acabo de decir. La gente buena hace cosas buenas, afirmaba. Encontró a Grey y se lo llevó. Podría haber dejado al lobo en libertad. Seguramente habría sido presa de otro animal. Pero lo trajo aquí. Para acabar con su sufrimiento o para criarlo. Creo que habría actuado de la misma manera si hubiera estado aquí solo. Simplemente porque hace lo que cree que tiene que hacer.

También me cortó el pelo no por maldad, sino porque quería quitarme el miedo que le tenía. Aunque su explicación de que un hombre no le cortaría el pelo a una chica si quisiera salirse con la suya no me parece convincente. Creo que fue más un acto simbólico. Y, por extraño que parezca, tampoco me enfadó en su momento, precisamente porque me lo creí... y, de hecho, después tuve menos miedo. Contra mi voluntad, tengo que admitir que no todo lo que hace es intrínsecamente malo.

Grey hunde más la cabeza en mi pelo y su boquita me roza la oreja.

—Tranquilo Grey, estoy aquí —susurro y las campanillas suenan mientras cambio la posición de mi mano. Grey respira tranquilamente. Parece que esta vez también va a aguantar la leche. Tiene que lograrlo.

Mantengo los ojos cerrados, pero no puedo dormir. Un olorcillo a humo de cigarrillo y el crepitar de la hoguera entran por la ventana abierta. De vez en cuando oigo a Brendan añadir un tronco. Escucho atentamente el aullido de los lobos que tantas noches hemos oído, pero esta noche está ausente. Me pregunto si la madre de Grey formaba parte de la manada o si, como sospecha Brendan, sólo formaba parte de una manada de padres y hermanos. Siento el calor de Grey contra mi oreja y mi mejilla y, por primera vez en semanas, no me siento tan sola. Incluso me quedo dormida y me despierto sobresaltada cuando suena el reloj.

—Quédate quieta un rato —oigo decir a Brendan—. Voy a poner el agua —Le miro aturdida y luego miro a Grey, que se ha despertado al oír mis movimientos y gira la cabecita a derecha e izquierda, buscándome. Inmediatamente vuelvo a tumbarme con él y acurruco mi pelo contra su cabeza.

—Mañana te cortaré una sábana más pequeña para que puedas llevarlo como un bebé —dice Brendan. Al oír la palabra *cortar*, recuerdo las tijeras que había sacado del armario colgante.

Asiento con la cabeza y me hago una promesa. Cuidaré de Grey hasta que se recupere y fingiré ante Brendan que poco a poco voy aceptando mi situación. Grey me ayudará, porque realmente me siento mejor a su lado. Mientras cuido de Grey, idearé un nuevo plan de escape. Uno que esté bien pensado y que funcione. Sólo necesito que Brendan suelte las cadenas. Y no sólo por los dos días, sino permanentemente. Por supuesto, no debo escapar inmediatamente, sino esperar a que confíe cada vez más en mí.

Acaricio el pelaje de Grey.

—Pero primero tienes que lograrlo —le susurro.

Cuando acaban los dos días de gracia de Grey, Brendan saca la báscula del armario de la cocina. Estoy tan tensa que me muerdo involuntariamente la mejilla.

—¡Ponlo en la báscula! —ordena Brendan, sin dejar traslucir lo que siente al respecto. Sus labios son estrechos y duros, su mirada opaca.

Me tiemblan las manos mientras pongo en la bandeja el manojo de pelo que un día se convertirá en lobo. Grey bebió bastante, pero también tuvo un poco de diarrea. Ahora temo que haya perdido demasiada agua o que no tolere la leche a largo plazo.

—Suéltalo, Louisa.

Con mucho esfuerzo, aparto las manos y siento que estoy defraudando a Grey.

Brendan pulsa el botón lateral. Sus cejas se levantan y me parece ver un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Ha engordado doscientos gramos —dice, sonando aliviado—. Eso está muy bien.

—¿En serio? —pregunto temblorosa. Sigo conteniendo la esperanza, parece que me he convertido en una maestra en ello, porque casi no puedo creerlo.

Brendan asiente y puedo ver cómo se le cae la máscara rígida.

—¿No vas a ahogarlo? —Alargo la mano hacia Grey, pero Brendan se me adelanta, lo levanta y lo empuja hacia mis brazos.

—No. Creo que está fuera de peligro. Ahora sólo podemos esperar que pueda seguir tolerando la leche. —Me mira y luego a Grey—. Deberías darle de comer con más frecuencia durante unos días. Quizá cada dos horas. Yo también te ayudaré si quieres. Podría hacerme cargo parte de la noche.

Parpadeo cansada, pero aliviada. Apenas he dormido los dos últimos días y sólo ahora noto cuánto me duelen los huesos.

—Me encantaría —digo, forzándome a adoptar un tono amistoso—. Sería estupendo volver a dormir unas horas seguidas.

Brendan me examina, quizá sorprendido por mi tranquilidad.

—De acuerdo. Tomaré la segunda mitad de la noche entonces.

¿Debería hablarle del collar? ¿Es demasiado pronto para pedírselo? ¿Sospechará? Quizá debería tener un poco más de paciencia.

—¿Quieres salir a comer conmigo esta noche? —pregunta Brendan, guardando de nuevo la balanza en el armario inferior—. Podríamos brindar por las ganas de vivir de Grey. —Se endereza y fija la vista en mí.

Se me revuelve el estómago y siento que se me va la sangre de la cara. Quizá espera demasiado de mi tono amistoso. ¿O espera gratitud por Grey?

—¡Eh, Lou! —Me tira de un mechón de pelo demasiado largo, no con firmeza, pero tampoco con suavidad—. Sólo comer y brindar. Quizá reír un poco también, eso es todo.

—Comer y brindar —digo, con cuidado de no clavar los dedos demasiado fuerte en el pelaje de Grey—. Pero solo si no mezclas nada en mi bebida.

El rostro de Brendan se ensombrece de inmediato.

—Creía que habíamos superado ese tema.

—Y yo que pensaba que no me tocarías —presiono.

Desarmado, levanta las manos, con las palmas hacia mí.

—Lo siento, intentaba hacer una broma. Además, sólo era tu pelo.

—No es divertido.

—Sí, estoy de acuerdo. Perdona que te tome el pelo.

Los dos permanecemos un rato en silencio.

—¿Esta noche? —quiere saber Brendan en algún momento. Casi parece un chico pidiendo una cita.

—Sólo si me permites quitarme el collar —me estalla antes de que pueda contenerme—. Bueno, quiero decir... porque ya han pasado los dos días... y tú dijiste dos días... —La paciencia no es mi mejor virtud. Con mi plan de escape, no debe sucederme algo así.

Brendan se encoge de hombros casi con indiferencia.

—Pensaba permitírtelo durante el día por ahora de todos modos. Al menos durante el tiempo que Grey aún necesite alimentarse tan a menudo. Después ya veremos.

Capítulo 14

Hasta la tarde estoy ocupada casi exclusivamente con Grey, pero eso no me impide plantearme algunas preguntas básicas. ¿Qué necesito para mi escape por la intemperie y cómo puedo conseguirlo sin que Brendan se entere? Hubiera preferido sentarme a escribir una lista tranquilamente, pero temo que Brendan pueda encontrarla. Podría esconderla con los artículos de periódico en mi armario. Brendan nunca ha mirado ahí. ¿Por qué iba a hacerlo? Por otro lado, ¿sé con absoluta certeza que no me está controlando? Podría haber rebuscado mientras yo estaba en el baño o en el retrete. Se me ocurre otra cosa. También podría llevar la lista en mi cuerpo. Después de todo, prometió no tocarme.

Me asomo al exterior por la puerta lateral abierta. Brendan está recogiendo yesca para la hoguera no lejos de la caravana. Prefiere utilizar corteza seca de abedul, pero en los alrededores de la caravana sólo hay abetos, piceas y algunas coníferas. Desde luego, no va hasta la orilla del lago, ni me deja sola tanto tiempo.

Miro a Grey. Acaba de beber y ahora duerme plácidamente en su mantita, una sábana vieja que Brendan ha cortado a medida para que yo pueda cruzarla y atársela a la espalda. Con todo el cuidado que puedo, abro un cajón de la cocina. Tenedores de plástico, cucharas de plástico y cuchillos de plástico que Brendan sigue lavando. Junto a ellos hay uno o dos cuchillos de mantequilla sin filo, además de un abrelatas que no está especialmente afilado. No hay bolígrafo ni lápiz. Básicamente, ya he inspeccionado casi todos los armarios y nunca he encontrado nada útil. Pero hasta ahora tampoco he buscado ningún bolígrafo. Abro el siguiente cajón. Aquí hay bolsas de desayuno, bolsas de basura, especieros y paños de cocina. Dudo un momento. Brendan apenas contará las bolsas del desayuno y yo tengo que guardar todas las cosas para mi escapada en algún sitio. Sólo: ¿dónde meter la bolsa entonces? ¿Debajo del colchón? ¿Y si Grey se vuelve a hacer pis encima y Brendan quiere refrescar la cama?

Arranco una bolsa, cierro el cajón y guardo la bolsa en el armario con mi ropa, justo debajo de los artículos del periódico. Mis dedos tocan el papel seco. Al fin y al cabo, en algún sitio tengo que anotar cada uno de los artículos de la lista. Como con el piloto automático, saco el último artículo. Lo doblo para que el informe quede dentro. Con mucho cuidado, arranco una estrecha tira del borde. Será suficiente. Sólo puedo llevarme lo más importante para sobrevivir en la naturaleza. Y lo que no debo hacer bajo ningún concepto es pensar en lo que podría salir mal. No tengo ni idea de dónde estoy. Ni siquiera sé cuántos kilómetros hay hasta la carretera principal por la que se desvió Brendan. Además, nunca he estado sola en el bosque. Si me pierdo, probablemente me congelaré o moriré de sed... No, si empiezo a considerar seriamente las consecuencias, no me atreveré.

Doblo el papelito y lo guardo en el bolsillo de mis vaqueros. Indecisa, me paro delante del armario, con el reportaje del periódico aún en la mano. No sé por qué, pero algo dentro de mí me obliga a desplegar el periódico. Una foto de Ethan lo atraviesa, con letras enormes encima:

LOUISA SIGUE DESAPARECIDA - AHORA HABLA SU HERMANO.

No presto atención al artículo, sólo miro la cara de Ethan. Se me aprieta el corazón al ver lo hundido que está, delgado, con ojeras negras bajo sus ojos llorosos. Debe de haber perdido al menos diez kilos. Su piel parece tan fina como el papel de pergamino, como si fuera a desgarrarse al menor movimiento. Y parece como si nunca fuera a volver a reír, ni siquiera a

sonreír.

Las lágrimas me nublan la vista y casi me desbordo. Ethan parece tan demacrado, como si su miedo por mí le consumiera por completo. Como si fuera más de lo que puede soportar. Como si la vida fuera demasiado para él.

En ese momento, por primera vez, tomé verdadera y consecuente conciencia de lo que ya había tenido que pasar en su vida.

Primero perdió a mamá y luego también a papá. No me extraña que siempre fuera tan estricto y nunca se permitiera nada. Las pérdidas le hicieron vulnerable. Le aterrorizaba perder a alguien a quien amaba. Y ahora esa misma pesadilla lo ha atrapado. Y conociéndolo, incluso se culpa por ello. Insistió en que fuera a acampar con él. Probablemente le consuma la idea de que no me habría pasado nada si me hubiera enviado al campamento de modelos con Ava y Madison en su lugar. No sabe lo obsesionado que está Brendan conmigo. Me habría secuestrado en cualquier parte.

Le acaricio suavemente la cara con la mano. Todas mis palabras sobre mamá y papá me parecen ahora mil veces más terribles. Cuánto le habré herido con ellas.

—Volveré contigo —susurro roncamente y parpadeo las lágrimas de mis ojos—. No me perderás. Te lo prometo. Encontraré la manera.

No leo el informe, sino que vuelvo a doblar el artículo y me lo meto bajo los pantalones. Luego me subo a la cama con Grey en la sábana y rebusco en el armario colgante donde Brendan ha guardado las cosas de chica. Sé que ha comprado compresas y tampones e incluso cosas de maquillaje, lo vi la primera vez que saqué una toalla. Hasta ahora no he necesitado nada de eso, no me ha venido la regla y, de todos modos, no quiero maquillarme. Pero ahora rebusco entre el maquillaje, los esmaltes de uñas amarillos y rosas, el gel de ducha de flores cítricas y el champú rubio. En algún momento encuentro un lápiz delineador azul cielo. Es nuevo, bonito y puntiagudo. Me lo meto en el bolsillo con la tira de papel y bajo de la cama con Grey. Echo un vistazo al exterior a través de la ventana. Brendan sigue merodeando por el borde de los árboles con su cubo. Vuelvo a sacar la estrecha tira de papel de periódico y delineador del bolsillo del pantalón y utilizo la pared como base para escribir, con mucho cuidado de no atrapar a Grey entre mi cuerpo y la pared. Escribo todo lo que me viene a la mente:

Encendedor
Corteza de abedul
¿Bebida, botella?
¿Comida, galletas?
Ropa abrigada
Cubierta para la lluvia
Calzado de senderismo
Tijeras/cuchillo
Cuerda

Hago una pausa. No puedo ocultarle tantas cosas a Brendan. Ya tengo que llevar ropa de abrigo, además de las zapatillas. Tampoco puedo llevarme varias botellas de agua. Lo mejor es llevarme una botella vacía, que siempre podré rellenar en el arroyo. O haré como Grey y rellenaré agua del arroyo en una bolsa plástica de desayuno. Será lo mejor. ¿Pero puedo beberme el agua? Tengo que averiguarlo. ¿Y cómo sé que siempre encontraré un arroyo? El camino forestal lleno de baches lleva en una dirección distinta a la del arroyo, pero no puedo correr en

paralelo al camino forestal, ya que lo más probable es que Brendan sospeche que me dirijo exactamente en esa dirección. Seguramente conducirá por esa ruta con la autocaravana todo el tiempo. ¿No tendría más sentido correr a lo largo del arroyo? El agua me llevará a alguna parte y así no vagaré sin rumbo por la zona. Quizá sea el mejor plan. Miro hacia fuera. Ya no veo a Brendan, pero oigo sus pasos junto a la caravana.

Apresuradamente, vuelvo a meter el lápiz de ojos y el papel en la bolsa.

—Hola, Lou —Brendan llama dentro—. ¿Qué quieres comer esta noche?

No me importa, lo tengo en la punta de la lengua para decirlo, pero entonces recapacito.

—Espaguetis con tomate y piñones —digo en voz alta. Se me sube el corazón a la garganta. *Por favor, ¡no se habrá dado cuenta de nada!* ¿Cómo podría?

—¿Cómo dices? —Brendan está tan sorprendido que sube los escalones. Espero no haber sido demasiado obvia—. ¿Me he perdido algo? —quiere saber. Se para en el pasillo y me mira. Finas gotas de sudor brillan en su frente, su boca habitualmente inflexible se tuerce en una sonrisa que incluye sus ojos.

—Sólo estaba pensando —murmuro, evitando su mirada inquisitiva—. Además, ya no soporto la comida a la parrilla.

Brendan se ríe. Esta vez no suena distorsionada.

—Está bien. Pero tú ayudas.

Por la tarde, he dado de comer a Grey muchas más veces y juraría que ha crecido en esas pocas horas. Cuando se lo digo a Brendan, se limita a sonreír. Sólo después me doy cuenta de por qué. Probablemente no sonreía para sus adentros por lo que le dije, sino por el hecho de que le hablé por mi cuenta.

Más tarde me acompaña al lago para que pueda lavar la mantita. Grey se ha vuelto a mear en ella y se ha mojado, aunque ya lo había forrado con toallas por precaución. Mientras tengo cuidado de lavar sólo la mancha sucia, Grey se tumba en el regazo de Brendan y me observa con sus ojos azules y claros. Brendan se sienta en el tronco caído de la orilla y le acaricia las orejitas; el lobito parece muy contento. Probablemente piensa que somos sus padres.

—Si coge un peso decente, podremos cambiarle pronto la dieta —dice Brendan pensativo—. Normalmente, los padres alimentan a los cachorros con carne regurgitada después de ocho o diez semanas.

Dejo de trabajar el paño con jabón suave y le dirijo una mirada irónica.

—Si crees que voy a masticar carne de conejo para Grey, te equivocas —le digo—. Puedes encargarte de eso si quieres.

—¡Quizá! —Brendan saca un paquete de cigarrillos del bolsillo del pecho de su camisa de lino negro. Se ha desabrochado los botones de arriba y puedo ver su piel suave y bronceada y la base de su clavícula. De algún modo, todo en él es perfecto, si es que existe la perfección oscura. Me examina con los ojos entrecerrados y, en esta pálida luz del día, entre los abetos y el agua resplandeciente por la luz del sol, vuelven a brillar con esa profunda intensidad oscura. Una misteriosa mezcla de vulnerabilidad y fuerza. Como entonces en el Centro de Visitantes. Se me aprieta el estómago.

¿Y si no me hubiera secuestrado? ¿Y si sólo me hubiera invitado a una copa y luego me hubiera llevado con mis hermanos?

Con un movimiento elegante y sin apartar los ojos de mí, se pone un cigarrillo en la boca y saca el encendedor del bolsillo superior del pantalón, con cuidado de no asustar a Grey.

Es exactamente lo que necesito, pasa por mi mente y todos los demás pensamientos desaparecen. El encendedor es el primer objeto de mi lista de escape y también el más

importante. El fuego es esencial en la intemperie, me decía Brendan, aunque podamos dormir en la caravana de protección. Poco después de llegar aquí, me habló de unos excursionistas perdidos en esta parte de Canadá. Una noche se les apagó el fuego inexplicablemente y murieron congelados.

Al principio pensé que Brendan intentaba asustarme, pero ahora creo que es verdad. Debemos de haber viajado muy al norte, porque el sol se pone muy tarde y sale muy temprano. Tiene algo que ver con el Círculo Polar Ártico, lo recuerdo de mis clases de geografía.

Miro el encendedor como hechizada.

—¿Qué haces cuando te quedas sin cigarrillos? —suelto—. ¿O sin fuego?

La boca de Brendan vuelve a torcerse en esa extraña sonrisa.

—Puedo hacer fuego con dos piedras, no te preocupes. Aunque tengo suficiente gasolina de repuesto conmigo. Y en cuanto a los cigarrillos... —No puedo resistir más su mirada y dedico toda mi atención al paño que tengo en las manos—. ¿No debería ser tu pregunta: ¿Cuándo tienes que volver a ir a un supermercado?

Oigo encenderse el fuego y la primera nube de humo de cigarrillo me empaña.

—Eso no es bueno para Grey —digo despectivamente.

—No tendrá cáncer de pulmón —responde secamente Brendan—. Los lobos no viven tanto tiempo.

Sumerjo el trozo de tela orinado en el lago y tiro de él hacia delante y hacia atrás. Quizá debería seguir con el tema del supermercado, al menos desvía su atención de mi huida por el bosque. No quiero que se haga a la idea de que podría intentar huir aquí. Después de todo, ahora sé que suele llevar el encendedor en el bolsillo y se asegura de que esté lleno. Podría robárselo cuando esté dormido. Si mi cadena es lo suficientemente larga, no sería un problema. Y si lo pierde, podría asumir que se cayó. Pero sólo tal vez.

—¿Y cuándo tienes que volver a ir al supermercado? —pregunto como de pasada y me vuelvo hacia él. Si mi huida fracasa, esa será la próxima oportunidad posible, si es que la hay, de huir.

Brendan da una calada a su cigarrillo. Extra larga, me parece.

—Si me lo propongo, nunca más.

—¿Qué? —Debe de ver mi horror, porque sus ojos se oscurecen aún más.

—Tenemos carne y hierbas silvestres. Agujas de abeto para el té. También hay frambuesas, arándanos y escaramujos. No muy lejos de aquí hay un prado silvestre con bayas comestibles de las que probablemente nunca hayas oído hablar. En invierno no necesitamos congelador para la carne porque fuera hace suficiente frío. Por cierto, incluso se puede comer la capa de líber de muchos árboles, es decir, la capa húmeda entre la madera y la corteza. ¿Lo sabías?

No, ¡pero gracias por el consejo por si me muero de hambre huyendo de ti!

—¿Y el papel higiénico, las compresas y el jabón? —pregunto débilmente.

—Se puede sustituir todo eso por tela y naturaleza. Antes tampoco tenían todos estos lujos.

—¿Y el agua?

Brendan señala el lago.

—Agua dulce. Está por todas partes aquí.

Me vuelvo hacia el paño y lo escurro.

—¿Quieres decir que puedes beber el agua? —vuelvo a preguntar.

—Lo he hecho, de todos modos.

—¿Y las bacterias?

—Pueden estar ahí, por supuesto, pero podemos hervir el agua si lo prefieres. También tengo

montones de pastillas para desinfectarla.

—Aún no las he visto. —Saco el paño del agua. Siento náuseas. Tiene todo tan calculado. Y yo completamente torpe y confusa sobre mi huida.

Brendan parece no darse cuenta de mis sentimientos.

—Después de todo, hasta ahora no la hemos necesitado. Aún tengo unos cuantos litros de agua en el almacén.

Me levanto, anudo el paño y lo pongo sobre mí. La mancha húmeda está en mi espalda, a la altura de mis omóplatos.

—¿Puedo tomar a Grey?

Brendan se levanta, con el cigarrillo en una mano y el lobo en la otra. Cuelga de sus dedos como un manojo de vida indefenso.

—Claro.

Vuelvo a colocar suavemente a Grey en la manta, donde está tumbado como en un tubo. Se agita un poco, lo cual es buena señal, porque hasta ahora se había mostrado totalmente apático. Al final se tumba boca arriba, con las piernas en el aire. Le pongo boca abajo para que se tumbe cómodamente y me armo de valor para lo que voy a decirle a continuación.

—Sé dónde me encontraste. —Mi voz suena firme. Esta vez no le quito los ojos de encima.

Algo parecido a la incertidumbre parpadea en su mirada, pero no pasa mucho tiempo y vuelve a parecer tan superior como siempre.

—¿Te has enterado por las fotos del periódico?

Asiento con la cabeza.

—Bien —afirma con aprecio. Por primera vez me mira como si fuera su igual, o al menos como si fuera alguien a quien tiene que tomar en serio. Y no sólo la hermosa y colorida mariposa que ha atrapado y que ahora flota indefensa en su red, dependiendo de su favor.

—No quiero hablar contigo de eso —empiezo. No quiero ni pensar en cómo me acosó. Quizá se tocó mientras miraba las fotos e imaginó cómo se sentía mi cuerpo bajo el suyo. No quiero vislumbrar sus pensamientos enfermizos, pero hay una cosa que necesito saber—. ¿Cuánto tiempo preparaste mi secuestro? ¿Cuándo te diste cuenta de que realmente ibas a hacerlo? —pregunto, sorprendida de que no me tiemble la voz.

Quizá pueda evaluarle mejor si sé cuándo y en qué situación decidió secuestrarme. Si quiero escapar de él, tengo que saber qué le mueve. De repente me parece que hasta ahora le he puesto muy poca atención a él. Porque quizás esa sea precisamente la clave de mi huida.

Me mira durante un rato, como pensando en cómo responderme.

—Te quería a ti. Toda para mí. Para siempre. Cuando lo decidí, empecé a prepararme. Pensé en lo que gastaba en un verano normal en la naturaleza. Luego no sólo lo dupliqué, sino que lo multipliqué por un número que no te gustaría. Añadí lo que necesitan las chicas, y también lo que necesitamos en invierno. Probablemente con el paso de los meses me dé cuenta de que falta algo, pero tampoco pasa nada si tengo que conseguirlo después.

—¿Y cuándo decidiste secuestrarme? —pregunto, ahora perturbada por su determinación.

—De repente desapareciste de la red. Sentí como si me hubieras abandonado. No podía dejar que eso pasara.

—Tuve que desconectarme de Facebook. Mi hermano me obligó a hacerlo. —Sólo en este segundo entiendo sus palabras de hace semanas. *Para no perderte otra vez*—. ¿No me habrías secuestrado si hubieras seguido viéndome en Facebook? —pregunto, cerrando las manos en torno al lobo envuelto en su mantita.

Brendan da un paso hacia mí y de un segundo a otro vuelve a parecer amenazador. Hay algo

en él que no entiendo. Algo oscuro. Es lo que vi en la tormenta aquella noche. Algo que probablemente necesite entender si quiero tener alguna oportunidad contra él. Pero ahora mismo me asusta terriblemente. Retrocedo, las ramas rozan mis mejillas y de repente siento un tronco de árbol a mi espalda. El corazón me late frenéticamente.

—No te acerques más, por favor... —murmuro con voz delgada.

Inmediatamente se detiene, incluso se aleja un metro. La luz del sol cae sobre su pelo oscuro y lo hace brillar. Sus rasgos se suavizan tanto que no puedo creer que sea Brendan quien está frente a mí.

—No puedes decir eso, Louisa —responde a mi pregunta—. Hubo otra cosa, un poco antes, que me dio la idea en primer lugar.

—¿Qué? —Me tiembla la voz.

—Será mejor que no te lo diga ahora, cuando apenas puedes respirar de miedo. —Hace un gesto con la cabeza hacia la caravana—. Deberíamos volver ahora y preparar la cena. Eso, si todavía quieres.

Levanto a Grey y lo abrazo a mí.

—Sí —susurro. *Pero no quiero, tengo que hacerlo.*

Mientras caminamos de vuelta, reina un silencio inusual. En algún momento me doy cuenta de que sólo uno de los muchos cascabeles sigue tintineando. Mientras Brendan se empuja delante de mí, miro más de cerca la pulsera con sus apéndices. Las campanas están llenas de agua, que parece estar bloqueando el badajo interior. Apenas puedo creer mi suerte. No sólo puedo beber el agua del arroyo si es necesario, sino que ahora sé cómo arreglármelas para escapar silenciosamente. Disimuladamente, bajo a Grey y agito los brazos para que el agua salga poco a poco de las campanillas antes de que Brendan se dé cuenta también.

Mientras Brendan pone agua para la pasta y yo corto tomates secos, mi ansiedad vuelve a disiparse, en parte debido a mi ajetreo. Grey se arrastra en su nido de abrigos y mantas junto a mí en el banco y olisquea el abrigo de lana de Brendan. Siento que cada vez está más animado. Cada vez que le miro, tengo que sonreír. Brendan tampoco se lo pierde y parece mucho más accesible desde entonces.

—Todavía tenemos que tostar piñones —dice ahora.

—¿Voy a buscarlos? —pregunto, jugando inofensivamente. Sé que están abajo, en la caravana.

Brendan levanta las cejas con desconfianza.

—Están en una caja de cartón al fondo del almacén. He escrito *Cocina 5* en ellas.

—De acuerdo. —¿Sueno sospechosa?

Brendan saca una llave de su pantalón y me la pone en la mano como si fuera algo natural.

Bajo los escalones sin decir palabra y camino alrededor de la caravana. Más allá de las letras de *Travel America*. ¿Qué pasaría si huyera ahora? Es tarde, ya anochece, los árboles parecen centinelas grises. Podría mojarme las muñecas en el lago y esconderme en el bosque hasta que acabe el *flashback* de Brendan. Él iría a buscarme, pero una vez que haya abandonado el perímetro, podría aprovisionarme de todo lo que necesito en la caravana y tomar otra ruta. Con todas mis fuerzas, me obligo a desbloquear la trampilla de la parte trasera de la caravana. Mientras la abro, hablo tranquilamente conmigo misma. *Todavía no, Lou. Además, sólo llevas chanclas. ¿Hasta dónde crees que llegarías ahora? Además, podría estar observándote...*

A la oscura luz del ocaso, ojeo las cajas etiquetadas. La de *Caza* me llama inmediatamente la atención. Está en el extremo derecho de una fila trasera. Para llegar a ella, tendría que trepar un

poco. No, ya he averiguado bastante por hoy. No quiero tentar a la suerte. Quizá ésta sea también una prueba especial para mí. Abro la caja *Cocina 5,* que está justo delante de mí. Brendan debe de haber reorganizado, porque antes los piñones estaban en una caja al fondo a la izquierda. Recuerdo la situación exacta cuando dijo que no tenía albahaca fresca, pero sí ajo y piñones en conserva.

Descubro harina, azúcar, nueces, almendras y mezcla de frutos secos en cantidades gigantescas. En medio están los paquetes más pequeños de piñones. Me pregunto de dónde sacaba Brendan el dinero para comprar todas estas provisiones. ¿De qué trabajaba? ¿Fue a la universidad? ¿O todo el dinero proviene de esa pelea en la que mató a su oponente? Pero dijo que eso fue hace tres años. No he estado en Facebook tanto tiempo. Eso significaría que aún tiene el dinero y no lo consiguió específicamente para secuestrarme. Saco dos bolsas de piñones, cierro la tapa del compartimento y echo el cerrojo.

Cuando me doy la vuelta, miro directamente a la cara de Brendan. En la penumbra está pálido y fantasmal.

—Te tomó bastante tiempo —dice tranquilamente.

—He rebuscado un poco en la caja. —Levanto los dos paquetes de piñones y le pongo la llave en la mano. Espero que no vea lo mucho que tiemblo.

—Sólo quería asegurarme de que tienes la caja correcta.

Paso junto a él y me siento infinitamente aliviada de no haber intentado escapar. Tengo que esperar un poco más. Primero tiene que confiar un poco en mí.

Comemos en silencio, esta vez en la caravana a causa de las numerosas moscas negras. Ahora veo a Brendan apilar la leña para la hoguera y esparcir la yesca. Incluso ayudo un poco, y cuando las primeras llamas parpadean hacia arriba, él entra y vuelve con dos cervezas.

Sin pedírmelo, me empuja la lata en la mano y se deja caer en la silla de camping. He dado de comer a Grey antes de que comiéramos. Mientras comíamos, se movía inquieto en mi regazo, ahora se tumba bajo una manta de lana en mi silla de camping y duerme. Con mucho cuidado, levanto la bola de mantas y la coloco en mi regazo mientras me siento.

Después de abrir la lata, deslizo la mano bajo la manta y la dejo sobre Grey. Esto nos calma. A él y a mí.

—Te hace bien. Grey —dice Brendan después de un rato—. Ahora sonríes más a menudo.

Bebo un buen trago de cerveza. Sabe fatal, amarga y ácida, pero necesito el alcohol para relajarme. Con Ava y Madison solía beber champán a escondidas, pero no soporto mucho alcohol. Así que sólo puedo beber lo justo para relajarme, para trabajar su confianza hacia mí.

—Ya no me siento tan sola —confieso con sinceridad y vuelvo a dar un sorbo a la cerveza.

—Ya veo. —Brendan asiente, pareciendo tan malditamente misterioso de nuevo—. Yo también tuve un perro una vez. Se llamaba Blacky.

—Supongo que era negro —intento bromear.

Sacude la cabeza.

—No, era una mezcla de retriever. Tenía todos los colores, excepto el negro.

—¿Entonces siempre has sido diferente? —El poco alcohol ya es suficiente para hacerme más valiente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta sin expresión alguna.

Tomo otro sorbo de cerveza y evito su mirada.

—Bueno, cualquier otro le habría llamado Goldie o Brownie. Cualquier otro me habría invitado a salir en el Centro de Visitantes en lugar de secuestrarme. Supongo que sabes que

entonces no habría dicho que *no,* ¿verdad?

—Pero quería algo más que una cita. —Su voz suena suave. Casi puedo oír una sonrisa en sus palabras.

Y yo no quería vivir contigo, pero no puedo decir eso. Aunque si quiero saber más sobre él, tengo que averiguar de una vez quién es. Mi corazón ya late más deprisa antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Por qué tienes tanto miedo de que te abandonen? ¿Por qué tienes recuerdos sólo con la idea de perder a alguien?

Brendan me mira fijamente y ya me arrepiento de habérselo preguntado. Puede que ahora se vuelva completamente loco y venga por mí. *Te mataré...* Pero baja los ojos y me doy cuenta de que tiene las manos apretadas alrededor de la lata. Sus manos, que por otra parte pueden apretar tan fuerte como si no supieran lo que es la ternura.

—No puedo hablar de ello —responde en voz baja pero firme al cabo de un rato.

Me desprecio, pero algo parecido a la compasión tiembla en mí. Es mi secuestrador, no puedo simpatizar con él.

—¿No puedes o no quieres? —pregunto.

Se queda mirando el suelo lleno de agujas que tiene delante. En el silencio entre nuestras palabras, el fuego crepita. De vez en cuando, las llamas abren un tronco con un fuerte *chasquido.*

—A veces es bueno hablar las cosas —me oigo decir—. A menudo me ayuda.

—No puedo —susurra en voz tan baja que al principio creo que sólo he imaginado sus palabras. Pero luego sigue hablando, con la mirada fija en el suelo, pero un poco más alto—. Lo he intentado tantas veces.

—Tal vez deberías hablarlo contigo mismo primero —sugiero—. Sin que nadie te escuche.

—Buena idea, pero no funciona. —Su sonrisa parece tan torturada como si alguien la hubiera forzado con latigazos—. Si oyera mi voz llamando a todas estas cosas por su nombre, sería como violarme a mí mismo, como romperme todos los huesos, aplastarme hasta que no quedara más que un montón de ceniza y polvo. No quedaría nada de mí.

Tengo que tragar saliva. Sus palabras me tocan profundamente, donde mis lágrimas están a punto de brotar. En ese momento, deseo que alguien venga a abrazarle, porque yo no puedo hacerlo. Tal vez esa persona podría curarle y él me dejaría ir después. Tal vez realmente no sea una mala persona, excepto por mi secuestro.

Sigo acariciando el pelaje de Grey y pienso que sería mejor que Brendan lo tuviera en su regazo para que algo le diera calor. Porque ahora que está ahí sentado, frente a los oscuros abetos, con la cara pálida iluminada por el fuego y las manos temblorosas aferradas a la lata de cerveza, me parece como si tuviera una frialdad interior que ningún calor exterior podría disipar. Como si sólo un calor interior pudiera llenar su desamparo.

—Cuando dices que después no serías nada... —empiezo suavemente, como si las palabras pudieran quebrarle—, ¿quién eres ahora? ¿Quién eres, Brendan?

Levanta la cabeza.

—Soy alguien que conoce tanto sus puntos fuertes como sus debilidades.

—¿Y cuáles son tus puntos fuertes? —No puedo evitar pensar en Jayden—. Si sólo pudieras decirme tres, ¿cuáles serían?

—Determinación, control, fuerza —No dudó ni un segundo con la respuesta.

—¿Y cuáles son tus debilidades?

—Lo opuesto a eso.

Reflexiono.

—Algo como: ¿Indecisión, impotencia, inferioridad?

Asiente con la cabeza.

—No creo que sepas cómo me han caracterizado mis hermanos, porque no he publicado nada de esto en Facebook. —Ignoro su sonrisa cínica, que ha perdido gran parte de su superioridad—. Ethan dice que soy superficial, que no uso el cerebro y que soy difícil —Hago una pausa antes de continuar—. Jayden, en cambio, dice que soy divertida, emocional e insegura. Es todo lo mismo. Son sólo una especie de lados claros y oscuros del mismo rasgo. —No sé de dónde vienen mis palabras. Parecen haber permanecido latentes en un lugar profundamente oculto para mí.

—Quizá tengas razón. —Brendan mira al fuego, como hace a menudo. Como si allí estuviera el calor que no puede encontrar dentro de sí mismo—. Pero las sombras siempre son más fuertes. En cuanto enciendes una luz para ahuyentarlas, sólo les das nuevo alimento. Como si cada chispa de esperanza las enfureciera... ¿no es extraño que lo que debería ayudarte te haga aún más lo débil que eres?

No sé si alguien que conozco, aparte de Jay tal vez, ha sido tan honesto conmigo antes. No sé qué decir, pero tengo que responder algo.

—Quizá las sombras no son más fuertes —empiezo—. Quizá sólo las reconoces mejor a través de la luz. Y lo que ves simplemente te asusta. Así que no miras. Pero quizá eso es exactamente lo que deberías hacer.

De nuevo sonríe. Esta vez no con dolor, sino con una mezcla de fascinación y culpa.

—Cuando lo dices, suena tan sencillo. Por eso exactamente te quería a ti, Lou. Eres como la luz. Como un sol. En tus fotos siempre brillabas como si la vida fuera fácil. Como si pudiera ser fácil, incluso para mí. Parecía que querías darle todo a la vida sin pensar en límites. Parecía que sólo esperabas lo mejor de la vida.

Me aferro a Grey más de lo que lo acaricio.

—¿Dedujiste eso de las fotos?

—Y por lo que escribiste.

—Entonces realmente fui la víctima perfecta. Yo también esperaba lo mejor de ti. Sueno amargada.

—Lo siento. Ciertamente no quise aprovecharme... Eres simplemente... extraordinaria.

—Nadie me había dicho eso antes.

—Para mí eso es impresionante. Quiero decir, nunca conociste a tu madre y perdiste a tu padre de niña... lo siento, sí, sé todo eso. —Sonríe irónicamente, como si mi secuestro fuera poco más que una broma de bribones, pero inmediatamente después se muestra tan serio como siempre—. Otro se habría quejado de su duro destino de perder a ambos padres. Habría excusado con ello cualquier posible fracaso. Tú no.

—Tengo a mis hermanos. Son mi familia. Nunca me ha faltado de nada.

—Sí, porque tú lo ves así. La pérdida de tus padres nunca te quitó las ganas de vivir. Nunca te faltó nada.

—Me retratas demasiado bien. No había nada que echar de menos. Todos me cuidaron siempre. Crecí en una casa llena de amor. Te equivocas conmigo.

—No. —Sonriendo, sacude la cabeza—. Desde luego que no. Si hay alguien que ama la vida, eres tú.

No puedo evitar pensar en lo infeliz que siempre he sido en Ash Springs, en lo mucho que odiaba no ver más mundo. Se siente como si estuviera en otra vida. O en otra realidad. Mi comportamiento de antes de repente parece completamente infantil.

Aun así, Brendan tiene razón en cierto modo. Nunca tuve miedo de vivir ni de perder a nadie.

Siempre supuse lo mejor, a diferencia de Ethan, que siempre estaba preocupado por todo. Probablemente por eso nunca le entendí.

Brendan me saca de mis pensamientos y señala mi regazo.

—Hoy es el gran día de Grey, ¿no?

Asiento, aliviada por el cambio de tema.

—Quizá quieras contarme la historia que le dio nombre —sugiere Brendan.

—¿Te refieres a la historia de Jayden? —Doy otro gran trago de cerveza. La lata está casi vacía.

Asiente con la cabeza. A la luz del fuego, sus ojos brillan como diamantes negros. Hoy me he acercado a él más que nunca. Estaría bien contar la historia para estar cerca de Jayden. Pero contársela a Brendan, que me aleja de mis hermanos, me parece mal. Por otro lado, hoy ha revelado mucho sobre sí mismo, incluso sin ser específico. Y una voz en mi interior me susurra que también lo ha hecho para quitarme el miedo a su lado oscuro, porque básicamente no quiere hablar de sí mismo en absoluto.

—De acuerdo —me obligo a decir antes de cambiar de opinión—. El cuento se llama *Grey*, pero no trata de un lobo, sino de un niño indio.

Brendan enciende un cigarrillo y se echa hacia atrás con expresión expectante.

—No soy muy buena contando historias, pero esta me la sé casi de memoria —le explico.

—No recuerdo que me hayan contado nunca una historia, así que no sabré si la cuentas bien o mal, Lou. —Me hace un gesto con la cabeza y yo reúno valor y fuerza y todas las palabras que necesito para la historia de Jayden. Entonces empiezo, imaginando que estoy en medio de esta narración, oliendo sus aromas mágicos y escuchando su propia melodía, como diría Liam.

—Muchos veranos e inviernos antes de que los barcos del hombre blanco trajeran la muerte a la zona del río *Big Muddy*, una pequeña tribu de Lakota vivía cerca del valle del río. Aquí había exuberantes bosques con altos árboles sicomoro blancos, arces de tronco grueso y castaños de indias hasta donde alcanzaba la vista. Cuando había claros, florecía una alfombra de flores rojas, y en el verano indio todos los árboles se iluminaban como antorchas. El niño del que trata esta historia no nació con la piel roja como todos los lakota, sino gris. En verdad era completamente gris, gris pálido como la ceniza, y no rojiza como los arándanos maduros. Su madre le llamó *Delsin*, que significa: Él es así.

—¿No le llamó *Grey*, aunque así se llama la historia? —me interrumpe Brendan.

Le lanzo una mirada como la que el maestro dirige a un alumno.

—No. Ella sabía que con esa imperfección, nunca obtendría un nombre mejor, y antes de que los otros niños lo llamaran *Piel Muerta* o *Cara Gris*, eligió Delsin para mostrar a los demás que lo aceptaba tal como el Gran Espíritu lo había hecho. A los indios jóvenes se les permite elegir otro nombre después de una hazaña heroica gloriosa, pero ella temía que nunca llegaría a eso. Incluso siendo un niño de cinco años, su piel cenicienta le hacía parecer un anciano. Las niñas le temían y se escondían en cuanto se les acercaba, y los niños le cerraban el paso y le tiraban piedras cuando quería jugar con ellos.

—Es una historia triste —oigo objetar a Brendan.

Le miro. Parece como si estuviera hechizado por las palabras. Me doy cuenta de lo solo que debe de haber crecido si nadie le ha contado nunca un cuento.

Continúo:

—Cuando Delsin tenía seis años, su madre murió al dar a luz a su hermana, por lo que no le quedó nadie que le quisiera. —Por primera vez, me doy cuenta de que Jayden ha entretejido una parte de su propia historia en esto. Su madre, nuestra madre, también murió cuando yo nací, la

madre de su hermana—. El padre de Delsin, el jefe de la tribu, se avergonzaba de Delsin. Hubiera preferido ahogarlo poco después de nacer, pero el curandero del campamento había profetizado que traería grandes desgracias si ahogaba a su primogénito como a un perro deforme. Pero cada vez que se acercaban guerreros de una tribu amiga para trazar planes de batalla y llevar a cabo negociaciones, él les decía: "Este no es mi hijo. Fue puesto en mi cuna por el Gran Espíritu y debo inclinarme ante ese destino y criarlo". Pero nunca se lo llevó con él en sus excursiones ni en sus cacerías, ni siquiera cuando Delsin estaba madurando para convertirse en un hombre y tenía que demostrar su valía para encontrar su lugar en la sociedad lakota. Su hermana Alaska, es decir, donde rompe el mar, también le evitaba, por miedo a que los demás también la excluyeran y nunca consiguiera que un hombre la acogiera en su choza.

Así que Delsin fue abandonado a su suerte y se convirtió en una sombra gris, revoloteando entre el bosque, las llanuras pastoriles y las tiendas como un fantasma. Su padre le ponía cada día un tazón de frijoles frente a la choza. Delsin sólo se arrastraba para dormir y se levantaba mucho antes que su padre para que no se le estropearan los ojos, como solía decir.

En algún momento, el propio Delsin creyó que sólo era una sombra. Una sombra gris. Y como los lakota no le hablaban, se adentró en el bosque y empezó a hablar con los animales y las plantas. Y en algún momento, cuando los días soleados se hicieron más largos, simplemente no regresó al campamento del río *Big Muddy*. Vivía solo, pero no solo. Hablaba con arces y sicomoros, con búhos y ciervos. Sí, incluso hablaba con la luna y las estrellas, porque tenía mucho que contar, muchas cosas que había oído y visto entre los lakota pero que no entendía. Lo contaba todo bajo el firmamento, en las cimas de las colinas verdes y grises alejadas del bosque, donde sus palabras se elevaban y se entretejían en el firmamento como imágenes. Llamó a la luna su *amiga amarilla en el mar negro*, dio a las estrellas más brillantes nombres resplandecientes que sólo brillaban en la boca y en el paladar cuando se pronunciaban.

—¿Cómo se llamaban? —quiere saber Brendan.

—Eso es lo que le pregunté a Jayden en su momento —respondo con una sonrisa sincera—. Dijo que sabía los nombres, pero que no podía escribirlos ni pronunciarlos. Eran demasiado bonitos. Sus letras se romperían como el cristal si lo intentara. Para Delsin, las estrellas que nombraba eran como gotas de plata que el Gran Espíritu había derramado en el cielo. Y a veces, en el más secreto de los sueños, deseaba que su piel tuviera el color de las estrellas. Plata en lugar de gris.

Miro a Brendan.

—Odiaba a Jayden entonces por no decirme los nombres —añado.

Brendan se ríe. Me invade una extraña sensación, que se hace más fuerte cuanto más le miro. Hay algo que no encaja aquí. Como una mariposa en un tarro, algo revolotea dentro de mí, queriendo liberarse. Que quiere volar, pero no necesariamente hacia la libertad. Me horroriza tanto que rápidamente lo empujo al rincón más alejado de mi conciencia y sigo adelante:

—A los animales que acudían a él les ponía nombres según su temperamento. Y después de vivir y hablar con ellos durante muchos, muchos inviernos, de repente pudo entender también su lenguaje. Debió de ser una mañana trascendental para Delsin: despertarse y oír el bosque lleno de susurros que él entendía. De hecho, Delsin se sentía como si se hubiera despertado en un mundo nuevo. Comía nueces con las ardillas, cantaba con los grillos y los pájaros, trotaba con los ciervos. Y en lo más profundo de su ser oyó una voz que le decía: *Tú eres así. Este es tu lugar*. Aquí nadie se reía de él, nadie le miraba fijamente. Todos los animales le hablaban. Por la noche escuchaba la música de las estrellas, miraba a su amiga amarilla, la luna, y daba gracias al Gran Espíritu por estar por fin en casa.

—¿Es el final? —quiere saber Brendan cuando hago una pausa. Me parece un niño pequeño, incluso se le iluminan los ojos. Aunque no debería, me conmueve que unos simples medios basten para poner una mirada de felicidad en sus ojos.

Sacudiendo la cabeza, digo que no.

—Hay más en la historia. Como dije, habían pasado varios inviernos y veranos.

Brendan vuelve a reclinarse y yo continúo hablando:

—Delsin podría haber sido feliz. Pero en algún momento empezó a anhelar una compañera. Volvió al campamento de verano de su tribu, pero se escondió entre los arbustos. Parecía que lo habían olvidado por completo. Nadie hablaba de él, nadie usaba su nombre. Su padre y su hermana se dedicaban alegremente a sus quehaceres cotidianos. Agachando la cabeza, se arrastró hacia atrás, pero entonces pasó junto al estrecho curso de agua, un afluente del *río Big Muddy*. Unas jóvenes indias estaban recogiendo agua fresca en sus cubos de madera. Delsin se quedó atónito. Pasó varios días escondido sin que se dieran cuenta. Una de ellas había llamado su atención en particular. Siempre llegaba más tarde que las demás y se quedaba más tiempo. Se llamaba Istu. Significa azúcar. Todo en ella era dulce. Desde su boca redondeada y pequeña hasta su pelo negro y liso y sus pechos bien formados, lo bastante grandes para caber en las manos de Delsin. Tras pasar unos días como en trance, volvió al bosque. Olvidó la luna, las estrellas y los animales y deseó como nunca no ser Delsin. No ser *así*. No ser diferente. Tener un nombre digno de Istu. Pero sabía con toda la claridad de su mente que ese día nunca llegaría. Se retiró, lamentando algo que nunca podría tener, y se enfadó mucho con el Gran Espíritu. Los animales vinieron a consolarlo, pero él los apartó en su ira. Renunció a su amistad con la luna, y desde entonces volvió a estar solo. Otra vez una sombra gris y solitaria.

»Pero una mañana, ya hacía mucho frío, le despertó la llamada de un búho. Gritaba que un enorme ejército de guerreros venía del norte para atacar a la tribu Lakota. Cuando Delsin lo oyó, su corazón se llenó de miedo. Pensó en los dulces labios de Istu y también en sus pechos. Volvió corriendo, con un par de ciervos a su lado, para contarle los planes del enemigo que habían escuchado durante la noche. La tribu enemiga quería rodear la aldea y arrasarla en una sola batalla. Querían robar las provisiones de invierno y dejar con vida sólo a las muchachas solteras.

»Delsin ardió de ira al oír esto y corrió aún más rápido. Corrió por tres días y tres noches. Cuando llegó a su pueblo, nadie le creyó. Formaron un círculo a su alrededor, le empujaron y le ridiculizaron. El amigo de su padre, el padre de Istu, incluso quería matarlo. A sus ojos, Delsin había venido a traer el desastre sobre todos ellos. Decía que tal vez el propio Delsin había traicionado su campamento a este ejército, por venganza porque le habían excluido. Pero su hija Istu se puso delante de Delsin y lo protegió de su padre con los brazos abiertos. En ese momento, Delsin se dio cuenta de que el nombre de Istu iba mucho más allá de sus dulces labios. Consiguió que el lakota le escuchara. Su padre le exigió una prueba de su talento para hablar con los animales. Y así fue como Delsin habló con un caballo cojo e inmediatamente descubrió la razón de su cojera. Tenía una úlcera supurante en la pezuña, causada por una piedra que le habían clavado, pero que no era visible desde el exterior. Los Lakota se quedaron atónitos. Delsin aportó más pruebas y la tribu se llenó de respeto, pues nunca antes uno de los suyos había hablado con los animales. Empezaron a colocar trampas y trasladaron sus provisiones a un lugar seguro. Las mujeres y los niños fueron entregados a una tribu vecina, que a su vez les proporcionó varios guerreros jóvenes. Sucedió que el ejército enemigo encontró una aldea vacía y se vio rodeado.

»No murió ni un solo Lakota, pero cayeron todos los enemigos. Fue como un milagro. Aquella tarde, cuando el sol de otoño enrojecía aún más las escasas hojas de los árboles, el padre de Delsin llegó y se arrodilló ante él. "Siempre he negado que eres mi hijo. Y tenía razón. No soy

digno de ser tu padre. Alguien como tú viene del Gran Espíritu. Hoy has salvado a nuestra tribu. Sin ti estaríamos perdidos", le dijo con voz grave. Ante estas palabras, todos los demás también cayeron de rodillas e inclinaron la cabeza.

»El padre de Delsin dijo: "A partir de hoy ya no te llamarás Delsin, hijo del Gran Espíritu, sino *Silver*. ¿Qué es el gris? Gris es la plata que no brilla. Pero hoy has brillado, Silver, todos lo hemos visto".

»Delsin tenía lágrimas en los ojos, pero no se avergonzaba de ellas. Tiró de su padre y le dijo en voz alta: "Me llamo Delsin: él es así. Si no fuera así, nunca habría aprendido el lenguaje de los animales y tú estarías perdido, ¿comprendes? Sólo porque era así pude salvarte. Mi madre eligió bien este nombre".

»Y así Delsin conservó su nombre. Un mes después tomó a Istu por esposa, a orillas del *río Big Muddy*, ahora llamado Missouri. Istu, cuyo corazón era aún más dulce que su boca o sus pechos.

Con estas palabras pongo fin a la historia. El fuego crepita entre nosotros y a lo lejos oigo el rugido de la cascada. En algún lugar, en lo profundo del bosque, tan profundo que sólo es una corazonada, aúlla la manada de lobos que oímos la primera noche.

Jayden dijo una vez que cada historia debería dejar un silencio. Un momento de reflexión. Tal vez sea eso lo que nos mantiene a ambos en silencio. Grey en mi regazo, por otro lado, de repente cobra vida. Me olisquea la mano, que está debajo de la manta, y empieza a lamerla como si esperara que saliera leche de ella.

— Ahí no hay nada, Grey digo y me río brevemente porque su hocico me hace cosquillas en los dedos.

—Siéntate con él, yo prepararé la leche. —Brendan se levanta. Por un momento me mira, el eco de la historia como una cortina de sueños en sus ojos oscuros. Vacila.

—¿Qué pasa? —quiero saber.

—El gris es plata que no brilla. Es lo mismo, como los lados de luz y sombra de la misma cosa. ¿Por eso me contaste la historia?

—Te la conté porque tú querías —respondo asombrado—. Si hubiera querido agregar similitudes a la historia, habría añadido que Delsin secuestró a Istu mientras iba por agua.

—¿Y cómo habría acabado la historia entonces?

Grey me chupa el pulgar y noto sus dientecillos, los primeros, aún no lo bastante afilados como para hacerme daño.

—No lo sé. Eso dependería de Delsin.

Brendan levanta las cejas, pero no dice nada. Luego me quita la lata de cerveza y entra en la caravana. Los platos traquetean, probablemente los friega mientras calienta el agua en la tetera.

De repente, una desgarradora señal de alarma resuena por todo el bosque. Es tan fuerte que me sobresalto.

—¡Maldita sea! —oigo jurar a Brendan.

—¿Qué pasa? —le digo. Grey empieza a chillar.

A través de la puerta lateral abierta veo que Brendan levanta una mano hacia el techo, y poco después la señal acústica se apaga.

—¡Sólo la alarma de humos! —Brendan ríe aliviado—. Al principio pensé que era la alarma de propano.

—¿Qué habrías hecho entonces? —le pregunto lo bastante alto para que me oiga. Ya ha dicho algo al respecto antes.

—Debería haber cerrado la bombona de gas y habrías estado mejor en un lugar seguro.

Permanezco sentada un rato y sólo poco a poco comprendo lo que acaba de decir. Habrías *estado mejor en un lugar seguro...* ¿A *qué* se refiere?

—¿Dónde está la bombona de gas? ¿Por si acaso no estás cuando suene la alarma?

—La botella está en un compartimento al otro lado de la caravana. Más o menos a la misma altura que la puerta lateral. Aunque no quiero que juegues con ella. ¡Podrías volarnos por los aires!

Ahora casi suena como Ethan. Se me acelera el pulso, pero no porque piense que soy incapaz, sino porque por primera vez tengo una idea de cómo podría escapar. Cuando me doy cuenta de que realmente podría tener éxito de esta manera, me tranquilizo por completo de un segundo a otro. Al mismo tiempo, el corazón me pesa en el pecho, pero no sé por qué. No puedo evitar pensar en la sensación que tuve antes cuando Brendan se rio. Intento sentirlo de nuevo, pero está enterrado en lo más profundo de mí, no puedo alcanzarlo. Quizá eso sea bueno. No puedo sentirme culpable. Él se lo buscó. Si no me hubiera secuestrado, no tendría que dejarlo. Todo es culpa suya. Sin embargo, el recuerdo de las mariposas bajo el cristal permanece… y una parte de mí se siente barrida.

Grey se agita en mi regazo y me distrae.

—Tienes que consolarlo cuando yo no esté —susurro y levanto un poco la manta. Grey chupa y vuelve a morder mi dedo y sus patas patalean contra mi palma como diciendo: tengo *hambre, y tengo hambre ahora mismo, no finjas que hay cosas más importantes.*

Tengo que sonreír.

—Debes consolarlo como me has consolado a mí —digo una vez más.

Capítulo 15

Pasan los días, muchos días; la luna creciente se llena y vuelve a menguar. El aire calienta tanto durante el día que el calor resplandece entre las coníferas. Incluso las ardillas listadas ahora sólo aparecen por la mañana fresca y hacia el atardecer, siempre con la esperanza de recoger unas migajas como para comer.

Algo ha cambiado entre Brendan y yo. El otro día me di cuenta del cambio en la naturaleza; el oscurecimiento de las agujas, el brote de los sauces. Todos estos eran signos del florecimiento del verano. Pero los cambios entre Brendan y yo son mucho más difíciles de entender. Él sigue siendo mi captor y yo sigo siendo su rehén. Llevo las correas de campana durante el día, las esposas con la cadena por la noche. La estructura de poder está muy clara. Siempre hay situaciones en las que temo su lado oscuro, temo que pueda perder el control de sus sombras, como aquella noche durante la tormenta. Pero estos momentos son cada vez menos frecuentes. Puede que poco a poco le vaya aceptando como realmente es. No es bueno, pero tampoco es malo del todo.

Me doy cuenta de lo a menudo que le miro ahora, cuando creo que él no se da cuenta. Miro su cuerpo delgado y nervudo, sus caderas estrechas, alrededor de las cuales sigue estando ese cinturón con el cuchillo de caza, y el dorso de su mano izquierda con la cicatriz pálida. En esta mano también lleva la pulsera de cuero con la moneda de plata. Anteayer, mientras apilaba los troncos, me fijé por primera vez en lo que representa el dibujo que lleva. Es un pájaro con dos alas diferentes. Una está normalmente emplumada, la otra se extiende en ramas individuales, como un árbol. No lo reconocí del todo, pero no quise pedirle a Brendan que me enseñara la moneda. Lleva esta pulsera todo el tiempo, debe de ser muy importante para él. Tan importante como mi collar con los colgantes de mis hermanos. No me la quito ni siquiera cuando duermo o me ducho, y si me molesta durante el día, me la meto debajo de la camisa. Puede que Brendan asocie la moneda con un recuerdo igual de doloroso. Quizá esté relacionada con el sentimiento de abandono y oscuridad que lleva dentro.

Una parte de mí me dice que no debería importarme qué o quién le hizo ser quien es. Que debería odiarle como hice al principio. Pero por alguna razón, por mucho que quiera, eso ya no funciona. Si consigo escapar, ni siquiera sé si le denunciaré. Y si lo hiciera, sólo sería por miedo a que quisiera volver a tenerme entre sus garras. Pero también hay una nueva parte de mí, una parte temblorosa que desea que Brendan no me hubiera secuestrado. Esta parte desea que hubiera sido como fue con Delsin e Istu. Porque esta nueva parte de mí anhela que se me permita gustarme. Quiero confiar en él. Pero es mi secuestrador. Tienes que despreciar a un secuestrador. La única razón para tratar con él es mi escape. Debo conocerle mejor. Ni yo misma sé por qué de repente todo es tan confuso. Probablemente dejé que sus sentimientos me afectaran más de lo debido. Tal vez sólo siento lástima por él, aunque eso es algo enfermizo. Mi mente me dice que está mal, y sin embargo no puedo apagar este sentimiento. A veces me pongo muy contenta cuando vuelvo a tener un motivo para enfadarme con él. Por ejemplo, porque no me dice dónde estamos y qué fecha es. Aquí, en la naturaleza, he perdido la noción del tiempo. Todo aquí, el bosque, el tiempo y el propio Brendan, me parece como si estuviera en un universo paralelo. Como si viviera una vida aparte de la vida y como si todo lo que necesitara fuera un portal que me devolviera a mi antigua vida.

Últimamente he estado recogiendo agujas de abeto para los días que pasan. Podría darme una bofetada por no haber empezado antes. Me encantaría saber qué día es, o al menos qué mes. De

lo contrario, perderé completamente el contacto con la realidad.

Cuando Brendan encendió *El héroe de la semana* hace unos días, esta vez sin fallos, intenté averiguar de qué semana del calendario se trataba. Pero Brendan apagó el televisor antes de que la rubia terminara de narrar y David O'Dell pudiera anunciar la semana. *Señoras y señores, era el Héroe de la Semana treinta y...* Cuando más tarde le pregunté a Brendan por la fecha, se limitó a responder que, de todos modos, el tiempo ya no importa.

Tiene razón sobre la rutina diaria en la naturaleza. Cada día es como el anterior, pero en la naturaleza también veo lo rápido que pasa el tiempo.

Lo veo en las fases de la luna y en Grey, que crece cada día más y ahora retoza a nuestro alrededor como un remolino cuando vamos por agua, lavamos la ropa o nos sentamos alrededor de la hoguera. Y yo lo veo en mi pelo, que crece sin cesar, pero aún no me llega a los hombros. Si el pelo crece realmente dos centímetros al mes, cuando lo haga será invierno. Brendan dijo que aquí el invierno duraría medio año. La primavera y el otoño son cortos, dijo. Quizá sea el inminente otoño lo que me pone nerviosa. Dondequiera que estemos en Canadá, la temperatura es ahora casi inferior a cero grados por la noche. Los días son cada vez más cortos y están marcados por un calor de mediodía que tarda en expandirse y se disipa rápidamente, mucho antes del anochecer. No me queda mucho tiempo para escapar.

Cuando me despierto esta mañana, ya huele a café recién hecho y a pancakes. El lugar junto a mi cabeza donde Grey siempre duerme está vacío. Me siento y me inclino un poco a mi derecha. Brendan está sentado en el banco. Lleva la sudadera con capucha que llevaba cuando me secuestró y también los pantalones cargo negros. Tiene a Grey en el regazo y le está dando su primera ración de leche del día. A estas alturas ya no necesita que le den de comer tan a menudo, pero es Brendan quien siempre le prepara la primera comida. Me quedo quieta un momento y mi mirada se detiene en el rostro de Brendan. Lleva el pelo castaño oscuro recogido en una trenza corta y veo que sonríe. Solo un poco. Puede que otra persona ni siquiera lo interprete como una sonrisa, pero yo sé que lo es. Al darme cuenta de lo bien que le conozco, quiero apartar la mirada, pero no puedo. Hay algo en esa sonrisa que me entristece y me alegra. En algún lugar de mi interior siento un aleteo oscuro y desesperado. Como si una pequeña criatura alada intentara liberarse de una gota de resina.

—¡Eh! —Brendan levanta la cabeza y me mira.

Me encojo y el aleteo se detiene, como si la mariposa se hubiera puesto las alas. Pero sigue ahí, atrapada por algo que no la deja salir. Me froto la cara, fingiendo tener sueño para que Brendan no se dé cuenta de lo confusa que estoy.

No dice nada más, pero me pasa la llave de las esposas. Todas las mañanas están a su lado, sobre la mesa, para que no tenga que pasar por la molestia de desengancharla de su mosquetón. Creo que lo hace para que me libere más rápido, aunque no lo haya dicho.

Me desabrocho el grillete y me quito el pañuelo de la muñeca. Para no volver a mirarlo fijamente, me ocupo intensamente de inspeccionarme las manos y los brazos mientras camino hacia el lavabo. Todas las heridas han cicatrizado ya, y las últimas marcas azul-amarillentas se han desvanecido.

Después de cerrar la puerta tras de mí, hago sentadillas, tan profundas como puedo en el espacio reducido, y ahuyento los vástagos restantes de la sensación de agitación con esfuerzo físico.

Cada día que pasa, siento que la vida vuelve cada vez más a mi cuerpo. Ahora que como con regularidad, también me siento casi tan en forma como antes de mi secuestro. Pero mi condición

aún no es suficiente para sobrevivir varios días sola en la naturaleza, aunque aprovecho cualquier oportunidad para hacer ejercicio. Ayudo a Brendan con las tareas domésticas, jugueteo por la caravana con Grey y hago ejercicios cuando Brendan se sienta por la noche delante de la hoguera y hace dibujos que no me enseña.

Decido hacer más sentadillas hoy, pero me detengo en veinticinco para que Brendan no sospeche. Si se da cuenta de que estoy haciendo ejercicios, podría sacar las conclusiones correctas.

Todavía un poco sin aliento, me lavo la cara con el jabón azul y luego me la miro en el espejo. Sigo delgada, pero ya no tan pálida. Parezco más vieja que hace unas semanas. Me atrevo a sonreír y me sobresalto porque veo una cara extraña en el espejo. La sonrisa parece falsa. Tan falsa como suena cuando Brendan se ríe. Vuelvo a pensar en la sensación que tuve antes y me arranco los mechones de pelo que sobresalen, profundamente insegura de mí misma. Por primera vez, me molesta que sobresalgan tan desordenadamente de mi mata de pelo rubio. Durante todo este tiempo no me ha importado mi aspecto, pero ahora, de repente, quiero volver a mirarme en el espejo y pensar que soy guapa.

Abro la puerta.

—¿Puedes darme unas tijeras? —llamo fuera.

—¿Para qué? —Brendan suena desconcertado.

—Quiero cortarme el pelo para emparejarlo.

—Están en el armario.

¿Cómo?

Tardo unos segundos en asimilar la noticia. De repente me tiemblan los dedos de emoción. Hace sólo unos días volví a examinar los estantes del armario del baño para ver qué más podía utilizar en mi huida. Robé unas curitas y las escondí en la bolsa de plástico entre la ropa. Aún no me he atrevido a robar una venda de gasa. Esperaré hasta unas horas antes de mi huida. Cuando abro el armario, descubro enseguida las tijeras. Están en el estante más bajo.

Mientras recorto mis mechones, me pregunto si Brendan confía ya en mí o si quiere ponerme a prueba. Me encantaría hacer desaparecer las tijeras entre mi ropa, pero por supuesto eso no es posible. Tiro los mechones de pelo al cubo de basura y veo que el agua del fregadero ya no se escurre, sino que sube un poco. Hay que vaciar la cisterna. Esta tarea suele hacerla Brendan, porque para mí era demasiado agotador arrastrar todo el rato los cubos llenos hasta el arroyo. Pero hoy me siento lo suficientemente en forma. Además, así también podía explorar enseguida los alrededores del arroyo sin que él se diera cuenta.

—El depósito de aguas grises está lleno —le explico inmediatamente mientras me siento en el banco con un café.

—Lo sé. También hay agua en el fregadero. —Brendan empuja a Grey a través de la mesa hacia mis manos. Su lengua de lobo me pasa una vez por la cara. Tengo que reírme y lo pongo en mi regazo.

—Se ve bien lo que te has hecho en el pelo.

—Acabo de cortarme los mechones. —Espero la habitual tensión en los hombros, como cada vez que dice algo sobre mi aspecto, pero no se materializa. No sé qué pensar. Antes de que pueda pensar en ello, vuelvo a mi verdadera intención. Me atrevo a esbozar una sonrisa y espero que sea mejor que la de antes frente al espejo—. ¿Vacío el depósito más tarde? —Mi voz suena quizás demasiado dulce, la sonrisa quizás demasiado dulce.

Una sombra de desconfianza recorre el rostro de Brendan, pero quizá sea porque nunca he hecho esto antes. Tras una larga vacilación, asiente pensativo.

—Te enseñaré de qué palanca tirar.

—También podría llevar los cubos al arroyo. Me siento lo bastante en forma. —Le miro inocentemente.

—¿Sola?

Me encojo de hombros como si no fuera tan importante.

—De repente eres sospechosamente confiable. —Sonríe burlonamente y se levanta—. ¿Pusiste las tijeras en su sitio o me las pondrás en el cuello más tarde?

—Las puse en su sitio. Puedes mirar. —*¡Claro que las tijeras eran una prueba!*

Brendan levanta una comisura de los labios.

—Lo haré más tarde, siempre que me dejes vivir hasta entonces.

Mientras como, enhebra los cascabeles en bridas nuevas, como cada mañana. Siento que me observa. Levanto la vista una y otra vez, pero la desvío rápidamente, como si su mirada fuera a quemarme. Otra vez esa sensación, como si algo dentro de mí quisiera liberarse. Como si millones de mariposas doradas revolotearan bajo una campana de cristal. Sus alas son ligeras, tan ligeras, pero no salen. No sé qué me pasa en absoluto. Con las mejillas encendidas, me obligo a mirar sólo mi pancake.

—Hecho —dice en algún momento.

Aunque estoy muy confusa, le tiendo las muñecas en un simulacro de rutina y él tira de los tirantes para cerrarlos, con mucha delicadeza, como si fueran joyas que me estuviera poniendo. Cuando nuestras manos se rozan, siento un nudo en el estómago. No por el roce en sí, sino por las burbujas de aire que estallan con un cosquilleo en mi piel. Durante unos segundos me siento mareada por la confusión. No puedo mirarle, aunque intuyo que lo está esperando. En su lugar, acaricio a Grey, que sigue tumbado en mi regazo.

—¿Lou?

—¿Qué?

—No deberías seguir huyendo.

Mi corazón casi se detiene. La sensación dorada de mi interior se hunde, dejando una extraña oscuridad.

—No voy a huir —miento, pero mi voz suena demasiado chillona.

Al momento siguiente, su mano pasa por debajo de mi barbilla y me levanta la cabeza para que tenga que mirarle.

—No me refiero a ese tipo de huida —dice tenso.

No sé si su respuesta me alivia o me asusta. Sus ojos son grandes y abiertos. La pupila cubre el marrón como una marea. Los miro fijamente y siento las olas rompiendo sobre mí. Grandes olas que me hunden. *¿Quieres?*

Sólo haría falta un *sí y* me besaría. Entonces el bien y el mal se intercambiarían para siempre.

Mi pulso ruge en mis sentidos como una tormenta. Cientos de alas baten en mi interior como abanicos y, sin embargo, no tengo aire suficiente para respirar.

—No querías tocarme así... de esta manera... —susurro, sonando asustada. Asustada por mis sentimientos, no por los suyos.

Retira la mano y, sin embargo, sigo sintiendo la presión de sus dedos, un eco de su tacto. No era tierno, pero tampoco duro. Todavía me arde la barbilla.

Respiro hondo y me obligo a seguir comiendo con calma, a pesar de que todo en mi interior está revuelto. No puedo explicar lo que siento ni por qué lo siento. Todo se tuerce. Sólo sé una cosa: tengo que salir de aquí antes de que sea más fuerte.

Permanezco sentada, con las manos juntas sobre Grey, y sólo vuelvo a respirar hondo cuando

Brendan sale.

En mi mente me puse un plazo. Tres días. No esperaré más. Puedo prescindir de la mayoría de las cosas de mi lista. Todo lo que realmente necesito es el encendedor. Las tijeras pueden sustituir a mi cuchillo, están bastante afiladas. También llevaré tiritas y vendas. Me digo a mí misma que no es sólo por Brendan por quien tengo tanta necesidad de irme, sino sobre todo por el otoño que se acerca. Pero en el fondo sé que lo que más temo es ese aleteo desesperado y oscuro que llevo dentro. Nunca he tenido tanto miedo de ningún sentimiento.

Aprieto los puños involuntariamente, aunque no hay nada contra lo que pueda luchar. Hace apenas unas semanas habría noqueado a Brendan si hubiera tenido la oportunidad y la fuerza suficiente. Ahora no hay odio en mí. Ni siquiera desprecio. Hoy busco desesperadamente en él al monstruo que no es. Cuando pienso en él, sólo tengo la sensación de mariposas revoloteando bajo un cristal. Doradas, cálidas, aterradoramente fuertes.

De repente pienso en Ethan, en su rostro demacrado. En su dolor. Tal vez soy una mala persona, de lo contrario no sentiría esas cosas. Todo dentro de mí tiembla. Esta vez no defraudaré a Ethan. Encontraré la forma de volver con él, cueste lo que cueste.

Media hora más tarde, ya me he duchado y he cambiado los pantalones y la camiseta por unos vaqueros largos y una blusa amarilla. Por precaución, me pongo un abrigo grueso y me calzo las zapatillas de andar por casa.

Brendan ya está arrodillado ante la trampilla abierta junto a la puerta lateral tras la que se encuentran los depósitos de aguas grises y negras.

Parece ocupado y nada en su cara me recuerda la situación de antes, así que también hago como si no hubiera pasado.

Dejo a Grey en el suelo entre nosotros, fingiendo tranquilidad, e inmediatamente empieza a morder los cordones de las botas de Brendan.

—¡Eh, pequeño! —Brendan lo ahuyenta con un suave empujón en el costado, pero Grey quiere jugar y al momento muerde uno de sus bolsillos del pantalón. Brendan suspira, se lo quita de encima y le gruñe. Aullando, mete la cola y salta hacia mí.

Brendan asiente en su dirección.

—Tenemos que empezar a educarle, si no se creerá el lobo alfa.

Una idea extraña con el pequeño lobo.

—¿Podemos quedarnos con él? —quiero saber.

Brendan me mira, un poco más enérgico de lo habitual, e inmediatamente me pregunto si tendrá algo que ver con lo de antes.

—Claro, ¿por qué no? —vuelve a decir con normalidad y se encoge de hombros—. Los lobos se comportan como perros cuando crecen con humanos.

—¿No querrá volver algún día? También oye a los lobos en el bosque, ¿no?

—Eso puede suceder, por supuesto. Pero es cuestionable si la manada lo aceptará. Tal vez un día desaparezca en el bosque y nunca regrese.

Tengo que obligarme a no mirar a Brendan todo el tiempo. ¿Qué piensa él de la situación de antes? ¿Cree que siento algo por él? Y si es así, ¿qué comportamiento mío le ha hecho pensar eso? ¿Es por nuestra convivencia? ¿Es mi forma de cooperar? ¿Cómo puede pensar que sabe algo de lo que yo no soy consciente? Ahora estoy convencida de que es la soledad lo que me hace sentir así hacia él. En el fondo, me da pena. He dejado de odiarle. Puede que incluso me agrade un poco. Y reacciono tan intensamente hacia él porque es la única persona en kilómetros

a la redonda. Suele suceder. Las víctimas de secuestro se enamoran de sus captores todo el tiempo. Incluso yo he oído eso en Ash Springs. Pero lo que siento no es enamoramiento. Al menos no realmente. Es lástima o algo más, tal vez un poco de todo.

Perdida en mis pensamientos, sólo capto la mitad de lo que explica Brendan y me sorprendo cuando dice:

—¡Hagámoslo!

Señala el tubo de plata bajo el que ha colocado un cubo.

Miro impotente las dos palancas grises al final del tubo. *¡Mierda!* No quiero decirle a Brendan que me he perdido lo más importante por estar pensando en mis sentimientos hacia él. Es de suponer que las aguas grises se vacían más a menudo que las negras y por eso la palanca está más adelante, sencillamente porque se usa más a menudo. Justo cuando me acerco a la palanca, Grey ataca a Brendan y le clava los dientecillos en el bolsillo del pantalón. Brendan maldice, se deshace de Grey y vuelca accidentalmente el cubo mientras yo tiro de la palanca. Entonces ocurren muchas cosas casi simultáneamente: un gorgoteo oscuro sale de la tubería, seguido de un hedor nauseabundo. Brendan grita: "¡Maldita sea!", y menos de un segundo después un lodo marrón sale disparado hacia nosotros. Cae sobre el regazo de Brendan, salpicando por todos lados, y al esquivarlo, catapulta a Grey hacia atrás en un arco alto. Aúlla tan agudamente que no puedo evitar ir a rescatarlo, aunque eso signifique que el chorro me caiga en la espalda. Asqueada, ruedo sobre mi costado y pongo a Grey sobre mi estómago. La mezcla de caca, pis, pastillas químicas y demás fluye a mi lado como un torrente. Apesta tanto que tengo que reprimir una arcada. El olor es peor que el del ácido butírico que se me escapó una vez en clase de química. Podría vomitar. Brendan lo hace. Al menos eso parece. Se arrodilla a unos metros de mí y escupe algo. Puede que se le haya metido la cosa en la boca. Asqueada, no quiero moverme, por miedo a esparcir aún más el desastre. Levanto la cabeza con cuidado y miro a Grey. Su pelaje está húmedo y cubierto de esa sustancia marrón. Da pena verlo y no sabe qué hacer consigo mismo. Finalmente hace lo que mejor sabe hacer: aullar. Alguien vendrá a salvarlo.

—¡Era la... maldita sea! la otra palanca —jadea Brendan en un momento dado. Parece más que enfadado.

—Lo siento. —Todo en mí se tensa. Espero que no tenga otro de sus ataques ahora.

Brendan se apoya en las dos manos y arquea la espalda como un gato

—Tenemos caca en el pelo —se asquea—. Se ve muy raro. —Una salsa marrón oscura le gotea de la cabeza y le corre por las mejillas. Se la limpia, se mira la mano y, de repente, se echa a reír. Se ríe y se ríe, como si todo fuera totalmente divertido. Entre medias, se atraganta una y otra vez, de modo que suena como una mezcla de atasco de tubería y ladrido de coyote.

—No quieras saber todo lo que llevas encima —le devuelvo cuando se ha calmado de nuevo. Las moscas gordas ya zumban a montones a nuestro alrededor. Y el hedor está por todas partes. Miro la tubería de la que ahora sólo salen unas gotas.

—¡Quien llegue primero al lago! —grita de repente Brendan, se levanta y sale corriendo. Me pongo en pie y corro tras él con Grey en brazos. Nos lanzamos a través de los troncos de los abetos, los helechos, saltamos sobre las prominencias de las raíces y finalmente sobre el tronco podrido. Al cabo de unos pasos, Brendan se lanza directamente al agua, se sumerge una vez y vuelve a la superficie resoplando—. ¡Carajo, está fría! —grita y vuelve a sumergirse.

Dejo a Grey en el borde, junto a los helechos, y me descalzo torpemente.

Lo sigo y me meto en el lago paso a paso. En realidad, no es profundo, pero sigo siendo cautelosa. Nunca he conseguido más que patalear como un perro, probablemente incluso Grey

sepa nadar mejor que yo. Me siento en el fondo, una mezcla de arena y piedritas, y apoyo las manos y los codos en él mientras me dejo hundir hacia atrás. El frío es implacable. Sumerjo varias veces la cabeza y el pelo bajo el agua y luego me restriego las manos por el cuerpo. Al cabo de unos minutos tengo tanto frío que me castañetean los dientes. Me levanto, con la ropa pegada al cuerpo, pero no quiero quitármela. Brendan se ha quitado la sudadera con capucha y va a la deriva hacia el arroyo, pero eso no me interesa ahora. Contemplo la espalda nervuda de Brendan como hechizada. Ya me había fijado antes en que tiene un tatuaje, pero solo lo había visto a la tenue luz de la caravana. Pensé que era la cabeza de un dragón o algo así. Algo que le quedaría bien a un chico malo. Pero ahora lo reconozco exactamente. Es el motivo que también aparece en la moneda de plata: un pájaro oscuro con dos alas diferentes. En el lado derecho el ala está llena de plumas oscuras, en el otro lado el ala está entrecruzada desde el cuerpo con ramificaciones blancas, que luego sobresalen del ala como ramas negras. El ala parece un cruce entre un ala y la copa de un árbol, las finas ramas se extienden hasta el cuello de Brendan. El pájaro sólo cubre la mitad del hombro.

Hay algo que me fascina del tatuaje. Quizá el juego de blanco y negro sobre su piel lisa. O el dibujo. Las ramas también podrían ser raíces. Cielo y tierra. Mis dedos se crispan por el deseo de tocar a Brendan y trazar las ramificaciones hasta su cuello.

—¿Lou? ¿Ya no oyes?

—¿Qué pasa? —Aturdida, sacudo la cabeza. Brendan se ha dado la vuelta y me está mirando con insistencia. ¿En qué estaba pensando exactamente? Debo de haber perdido el juicio. ¿Cómo puedes usar la cabeza cuando la has perdido?

—Puedes lavar a Grey ahí detrás, junto a la cascada, si quieres. El agua está un poco más caliente en ese lugar.

—Oh, sí. Claro. —Inmediatamente retrocedo, estupefacta de mí misma, y agarro a Grey, que a estas alturas ya está de pie en el agua, en la orilla poco profunda, con la cabeza mojada. Lo acerco a mí y atravieso los pocos metros que me separan de la cascada.

Brendan me grita algo, pero el estruendo de la cascada es ahora tan fuerte que apenas puedo oírle.

Grita aún más fuerte:

—¡Izquierda! ¡Más a la izquierda!

Finas gotas de agua me rocían mientras continúo a través del chorro de la cascada. Grey cuelga de mis manos. Al dar otro paso a la izquierda, siento una corriente más cálida alrededor de mis pantorrillas. En ese momento sumerjo a Grey en el agua, pero sólo hasta el punto de que su cabeza sigue asomando. Se agita y aúlla, no entiende en absoluto por qué le estoy sometiendo a este calvario cuando acaba de estar a punto de ahogarse con un caldo apestoso. Le lavo la cabeza con una mano hasta dejarla bastante limpia, luego vuelvo a cogerlo en brazos y lo aprieto contra mi pecho. Justo antes de volver, echo un vistazo a la cascada que cae a mi derecha. Desde aquí puedo ver la pared rocosa que hay detrás. Hay al menos un metro de espacio entre ella y la cascada. El agua que corre por la montaña baña la roca, pulida y lisa en toda su superficie, que parece mármol marrón amarillento con inclusiones negras. Se me ocurre una idea. Mi cabeza vuela hacia Brendan. Cruza el arroyo, arrastrando su sudadera con capucha. Doy otro paso a la izquierda. Hay un nicho en la pared rocosa lo suficientemente grande como para esconderse. De frente, por la caída del agua, no es visible. El corazón me late con fuerza. Si consigo distraer a Brendan con una falsa alarma de propano, querrá que me aleje de la caravana. Hará girar la botella en la parte trasera de la caravana y yo correré hacia el lago en ese tiempo y me esconderé detrás de la cascada. En algún momento pensará que me he escapado. Tal vez me las arregle para

crear un rastro falso. Me buscará y tendrá flashbacks. Podré coger tranquilamente todo lo que necesito para huir... y luego me marcharé.

Un cosquilleo me invade al darme cuenta de que realmente podría funcionar. Me sube al pecho, igual que antes, cuando Brendan me miró con tanta intensidad.

Vuelvo a mirar en su dirección. Me saluda con la capucha y se ríe. Le brillan los ojos. Parece feliz. Quizá su plan hubiera funcionado. Tal vez yo sea realmente su medicina, su luz, su sol... o lo que él esperaba que fuera.

El hormigueo desciende, se convierte en un peso que me hace las piernas pesadas, como si el agua fuera cemento. La idea de que podría ayudarle me escuece en el pecho. Saber lo mal que estará cuando me haya ido se siente como una traición. Como si estuviera destruyendo algo, como si *lo estuviera* destruyendo *a él.*

Grey empieza a inquietarse y atrae mi atención de nuevo al aquí y ahora. Sacudo la cabeza con energía. No le debo nada a Brendan. Nada de nada. Y quiero irme a casa. Quiero estar con mis hermanos.

Aun así, una parte de mí desearía que Brendan viniera conmigo.

Capítulo 16

El claro donde Brendan ha estacionado la caravana es como un horno ardiente. Mi camiseta, que me puse para limpiar el charco de aguas residuales, se me pega a la espalda y siento como si alguien me hubiera exprimido como un limón, tengo mucha sed. En un momento dado, Brendan desaparece en la caravana y vuelve con una botella de agua, de la que bebemos por turnos.

Mientras me limpio el sudor de la frente, tengo los cadáveres de varios mosquitos en el dorso de las manos. Asqueada, me los quito en los vaqueros y echo un vistazo al suelo delante de la tubería. Toda una colonia de moscones se ha instalado allí, a pesar de nuestros esfuerzos por quitar la tierra empapada con una pala y amontonar tierra fresca encima. En el fondo, me da igual si funciona o no, porque yo ya no estaré aquí. Sin embargo, ayudo tan tenazmente como si realmente me importara. Y sé exactamente por qué. No es para tranquilizar a Brendan y hacerle creer que no volveré a intentar escapar. Es mi conciencia culpable, la sensación de que le estoy defraudando.

Después de apalear otra carga de tierra fresca y seca en cubos y amontonarla, Brendan conduce la autocaravana un poco más adelante para que no estemos tan expuestos a la peste. Entonces vacía el depósito de aguas grises y llevamos los cubos al arroyo, bañados en sudor y calor y con el resto del hedor aun filtrándose por nuestros poros.

Más tarde, cuando estoy en la ducha, me enjabono hasta quedar irreconocible, doble y triple y una y otra vez. A Grey también le toca su turno, pero, en contra de lo esperado, no le parece tan mal la espuma y el agua caliente.

Mientras Brendan desaparece en el cuarto de baño, me encadena como de costumbre, ¡seguro! Y esta vez, por supuesto, se toma su tiempo.

Cuando cuelgo la ropa mojada y él abre una lata XXL de chili con carne, ya es por la tarde. Ha refrescado notablemente. Un ligero viento se cuela entre las copas de las coníferas y me acaricia la nariz con el aroma de las agujas y la resina de los abetos. Un verdadero alivio después del hedor. Sin querer, mis ojos se desvían hacia Brendan. Lleva unos pantalones cargo grises y una camiseta marrón oscuro que acentúa su pelo y sus ojos. Desde fuera, debemos de parecer una familia feliz en un viaje de supervivencia. Grey juguetea a nuestro alrededor, rociándonos con un montón de gotitas de agua cada vez que se sacude. Parece un cachorro de Husky Siberiano, correteando de Brendan hasta mí, saltando entre mis piernas para que siga tropezando con él y perdiendo mis chanclas.

Esta vez piso una piedra filosa y maldigo indignada. Justo a tiempo para escapar, me hago una herida. Debería haberme dejado puestas las botas de montaña, pero están empapadas y se secan en un lugar soleado junto a la caravana.

Mientras busco en el cubo de la ropa sucia los pantalones mojados de Brendan para colgarlos en el tendedero, me detengo un momento. Miro rápidamente en su dirección. Está volcando el chile enlatado en una olla de hojalata y colgando la olla en el gancho de un trípode. Lo montó ayer especialmente para su última misión: cocinar sobre la fogata. Se supone que nos ayudará a ahorrar propano para pasar el invierno en buena forma. Los troncos y la yesca ya están bien amontonados bajo la construcción.

Me coloco detrás del tronco al que he atado el tendedero. No me oculta del todo, pero es suficiente para meter la mano discretamente en el bolsillo superior izquierdo del pantalón. Donde Brendan sacó el encendedor el otro día. ¿Es posible que se lo dejara allí con la prisa? Siento algo duro en la punta de los dedos. Metal frío en forma de rectángulo. El corazón me late con fuerza

hasta la garganta. Cierro el puño con fuerza y lo saco. El encendedor de Brendan. Me pregunto si aún funcionará. No puedo probarlo ahora, me oiría. No está ni a cinco metros.

—Oye, Lou. ¿Esos son mis pantalones? ¡Lánzame el encendedor! —grita en ese momento—. Me pregunto sobrevivió al baño.

Me quedo paralizada, mi mano se aprieta alrededor del metal, las campanillas del anillo de la brida. Se me pasan todo tipo de cosas por la cabeza. Podría dejarlo caer y esperar que no lo vea y vuelva a por él más tarde. Podría dárselo y dejar escapar la oportunidad. Podría guardarlo en el bolsillo.

—¡Eh, Lou! ¿Me oyes? —La impaciente llamada de Brendan me hace actuar con la velocidad del rayo. Deslizo el encendedor en el bolsillo de mis pantalones cortos. Me mareo de miedo. Si me lo encuentra encima, sospechará. Querrá saber por qué se lo he robado. Y si no se me ocurre nada inteligente, sumará uno y uno. Quizá rebusque en mi armario y descubra las bolsas de plástico y las tiritas.

Sigo sin poder responder. Como a través de una capa de niebla, le veo venir hacia mí. Si empieza a dudar de mí, volverá a encadenarme.

—Yo... no lo encontré. —Levanto los pantalones delante de mí, por hacer algo—. Tal vez... debes haberlo perdido en el lago. O en la lavadora. —*Dios, por favor, que no se dé cuenta de que me tiemblan los dedos.*

—¡Jmm! —Brendan toma los pantalones, pero no me quita los ojos de encima mientras rebusca en los bolsillos. Maldita sea, espero que no vea la huella del encendedor en el bolsillo de mi pantalón. Instintivamente, me bajo un poco la blusa blanca con volantes—. ¡Qué lástima! —Brendan lanza los pantalones en el tendedero tras una inspección minuciosa.

—¿Sólo tenías uno? —Mi voz suena chillona y temerosa en mis oídos.

—Claro que no —me responde como si fuera una pregunta estúpida—. Pero era el único encendedor de gas. —Me mira de arriba abajo—. ¿Tienes frío?

—No me siento muy bien —evado.

—¡Quizás te pongas enferma, estás temblando por todas partes, Lou! —Aprieta los labios y sus ojos se entrecierran como cuchillas. Da un paso hacia mí y ahora está de pie justo delante de mí—. Sólo te lo voy a preguntar una vez y espero una respuesta sincera: ¿tomaste el encendedor, sí o no?

—¡No! —Chillo como un ratón.

Aprieta aún más los labios, que se vuelven blancos como la tiza.

—De acuerdo. —Su voz es oscura por la ira. Estoy segura de que lo sabe, pero ahora no puedo volver atrás.

—¿Puedo entrar? —pregunto en voz baja.

—¡Te dije que no me pidieras permiso para todo! ¿No lo entiendes? —Sus rasgos se vuelven como una máscara—. ¡Como si yo fuera un monstruo que te prohíbe todo!

Espero que ahora no se enfade porque piense que intento traicionarle de alguna manera.

Paso a su lado a una distancia prudencial, llena de miedo de que de repente me agarre, me tire al suelo y me estrangule... o me haga lo que sea. Soy plenamente consciente de la cuerda floja en la que me muevo con él. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Mientras subo los escalones, miro hacia atrás por encima del hombro. Sigue de pie en el mismo sitio, mirándome. Un escalofrío me recorre la espalda y maldigo la cosa metálica que llevo en el bolsillo. Cuando me pierdo de vista, pienso febrilmente dónde podría esconderlo. Ha prometido no volver a tocarme, pero no ha dicho nada de mis gavetas. Sin embargo, tampoco quiero llevarlo en el cuerpo, por si acaso una inspección es una excepción bajo su no tocarme

más. Maldita sea, ¿dónde? Vuelvo a mirar fuera. Brendan se acerca a la caravana a grandes zancadas, con la cara aún desencajada. Grey lo sigue a más distancia que de costumbre, seguramente percibiendo su enfado. En el último segundo me tiro sobre la cama y me subo las mantas hasta el cuello.

Cuando entra Brendan, contengo la respiración. Me tumbo para poder observarle disimuladamente. Tras echarme un rápido vistazo, se dirige al armario que hay sobre la puerta lateral, lo abre y saca cerillas. Busca una botella marrón y se la mete en el bolsillo del pantalón. Una sensación de pesadez me recorre el estómago. ¿Eran esas las gotas de los noqueadores?

Me mira de nuevo, con ojos negros como la tinta y sombríos, como si yo lo hubiera roto todo. Cierra el armario de un portazo y se dirige a la chimenea. Dejo el armario abierto.

¿Es posible tenderme una trampa de forma tan llamativa?

Me incorporo y saco el encendedor del bolsillo. Si pudiera irme ahora mismo... Con cuidado, aprieto el cerrojo de encendido. No pasa nada. Me dan ganas de golpearme la cabeza contra la pared, frustrada. Vuelvo a intentarlo. Clack. No hay llama. Se me llenan los ojos de lágrimas. Me he arriesgado a su ira para nada. Probablemente hoy me echará estas gotas en la bebida o en la comida y volveré a despertar en la caja. Probablemente así me castigará por mentir. El miedo me da tanto frío que vuelvo a envolverme en la manta. Pero si quisiera encerrarme en la caja, no necesitaría gotas para eso. Tampoco las necesitaría para drogarme. También podría noquearme. Por otro lado, tiene una relación muy particular con la palabra *daño*. Tal vez no quiere infligirme dolor físico.

No sé qué hacer. Finalmente me levanto y miro desde la ventana cómo Brendan aviva el fuego y remueve la olla de hojalata. Grey huele la carne y da vueltas en círculos cada vez más cerrados alrededor de Brendan y del hogar. Últimamente reacciona como un tigre voraz ante cualquier cosa que huela remotamente a comida. De repente me doy cuenta del problema que supone Grey. Podrá seguirme a kilómetros de distancia. Si me voy, tengo que asegurarme de que Grey esté dormido. Pero no puedo darle gotas para dormir, ¿verdad? ¿Es por eso que Brendan dejó el armario abierto? ¿Para que pudiera conseguir algo y me condenara?

¿Realmente piensa en tantas posibilidades?

Me asomo. Las llamas del círculo de fuego parpadean hacia arriba y lamen la olla de hojalata. Brendan se queda mirando las brasas. Estoy segura de que reaccionará al incidente del encendedor. Siempre reacciona. A todo. Y también sé que no me ha creído, de lo contrario no se habría enfadado tanto. No le importará en absoluto si el encendedor sigue funcionando o no. ¿Qué se supone que debo hacer con él? ¿Prender fuego a la caravana y quemar todas nuestras provisiones? ¿Cómo podría hacer eso sin que se diera cuenta? E incluso si piensa que querría llevármelo para sobrevivir en la naturaleza, primero tendría que escabullirme de él. No, lo único que le importa es mi mentira. Me he jugado mi confianza.

Detrás de la ventana, vuelvo a accionar el interruptor del encendedor. Esta vez consigo que salga una llama. Es pequeña y débil, pero espero que el gas sea suficiente para encender un fuego durante uno o dos días. Tiene que funcionar.

De repente sólo hay caos en mi cabeza. Tengo que irme antes de que Brendan pueda reaccionar a mi abuso de confianza. Probablemente ya esté pensando en que hacer para controlarme. Sin duda elegirá la opción más segura, por desesperada que me deje.

Tus lágrimas no te ayudarán. Las lágrimas nunca ayudan. No conmigo.

No he olvidado sus palabras, cómo podría hacerlo.

Como en trance, voy al armario, me pongo unos vaqueros largos, un jersey gris verdoso y recojo del suelo un par de calcetines. Luego me meto en el pantalón la bolsa de plástico con las

tiritas y el encendedor. Voy al baño, cojo las tijeras del armario y cojo dos gasas más. Me meto las gasas en el bolsillo canguro de la sudadera y las tijeras en el bolsillo trasero, que está cubierto por el jersey.

Al pasar por la encimera de la cocina, pongo un hervidor de agua y salgo. Brendan está de espaldas a mí, removiendo la olla. El viento le revuelve el pelo en todas direcciones. Quizá sería bueno comer una vez más antes de huir. Por otro lado, no me fío de Brendan. No después de verle tomar las gotas. Y es absolutamente obvio.

—Le prepararé la leche a Grey —le digo y cojo mis zapatillas de andar por casa, que dejo a unos metros de la hoguera.

Brendan se limita a resoplar algo ininteligible.

Tal vez es mejor que esté tan enojado ahora. Hace que sea mucho más fácil para mí irme. Sólo necesito mirar su segunda cara. El miedo puede paralizar, pero también es un buen motivador.

Subo los escalones de vuelta a la caravana con pasos rígidos. Me calzo rápidamente las botas de montaña y rebusco en los cajones a la velocidad del rayo. Cuatro barritas de granola, una bolsa de avellanas y unas cuantas galletas de café empacadas van a parar a mi cangurera. Por último, un par de bolsas de desayuno. No tengo ni cuchillo, ni cuerda, ni ropa de frío, pero tengo que irme antes de que sea demasiado tarde. El corazón me late con fuerza. Nada puede salir mal, porque entonces estoy segura de que no tendré otra oportunidad de escapar antes de la próxima primavera. No puedo hacerle eso a Ethan. Tengo que mantener la calma. Sin errores. Mi mirada vuela hacia el armario, que por lo demás está cerrado. ¿Tal vez sería más fácil robar unos narcóticos para noquear a Brendan, después de todo? *¡No!* No sé qué hay en los frascos ni cómo se usa. Podría matarlo accidentalmente con ello. Además, estoy segura de que dejó el armario abierto a propósito para tentarme. Realmente debe pensar que soy totalmente ingenua.

Pero tal vez tenga un teléfono móvil escondido ahí arriba. Tal vez podría llamar a alguien. *Claro, debe tener una recepción fabulosa aquí. Y en serio, ¿de verdad crees que sería tan descuidado como para dejar el armario abierto si tuviera un teléfono móvil escondido dentro?*

Una brisa tormentosa entra en la caravana. Una hoja que al parecer ha estado suelta en el armario superior se arremolina hacia abajo, justo a mis pies. No puedo evitarlo. La cojo y le doy la vuelta.

Es uno de los sombríos dibujos de Brendan, me doy cuenta enseguida, pero no reconozco de inmediato lo que se supone que representa... Parpadeo varias veces como si tuviera que enfocar la mirada, pero es inútil. Es la perspectiva. Es extraña. Nunca había visto nada igual. Parece como si estuviera mirando hacia abajo, hacia algo oscuro y tosco que amenaza con aplastarme. Algo dentro de mí se tensa y me hundo en el banco. Recuerdo lo que Jayden dijo una vez sobre el arte. Una buena historia es como una buena pieza de música. Siempre reconoces un patrón en ella. Una red compuesta de luces y sombras, tejida como una delicada tela. Todo el mundo puede sacar algo nuevo y único para sí mismo de las historias, la música y la pintura. Son el capullo del que salen las mariposas. Jayden llama a estos patrones el sueño del subconsciente o, porque suena mejor, el sueño profundamente oculto de la vida.

Pero el dibujo de Brendan es muy diferente. No hay luz en el dibujo, ni siquiera un atisbo de ella. Aplasta al espectador sólo con el peso de la negrura. Aquí no existe ningún patrón, es un lugar de agonía absoluta que desafía cualquier curso de los acontecimientos. Estancamiento. La muerte. Me recuerda a la caja... Podría ser una tapa. Cuando miro de cerca, veo un grano fino en la estructura y gradaciones en los lados. Me llevo la mano a la garganta al darme cuenta. Es la tapa de un ataúd vista desde abajo.

Fragmentos de recuerdos recorren mi mente como el viento.

No soy nada. No puedes amar a la nada. Debería estar muerto. Enterrado en la oscuridad bajo la tierra... No soy nada... Es exactamente por eso que te quería, Lou. Eres como la luz. Como un sol. En tus fotos siempre parecías tan radiante, como si la vida fuera fácil...

Él ve en mí su salvación. Por eso estoy aquí. Nunca antes había sido tan consciente de ello. Sus palabras sobre el ataúd de cristal vuelven a mí. Tan acertadas. Tan al grano. Él es quien en realidad sigue enterrado. Por eso ama la luz, su luz, a mí.

Me hace sentir aún más mareada. ¿Lo que expresa en la imagen es sólo un símbolo o lo experimentó realmente? Creo que lo experimentó porque recuerdo la mirada que me dirigió cuando le pregunté si me volvería a meter en la caja. Como si compartiéramos nuestro miedo a la barriga del monstruo.

Con dedos temblorosos coloco el dibujo sobre la mesa. Me siento mareada por el horror que el dibujo desencadena en mí. A la parte demente de mí a la que le agrada Brendan le gustaría correr hacia él inmediatamente y cogerlo en brazos. Abrazarlo y consolarlo. Decirle que la luz puede estar en todas partes si consigue ver el mundo sin las sombras de su pasado.

Me pongo en pie, respiro hondo, exhalo más tiempo del que inhalo, para disipar el velo de oscuridad. Tengo que marcharme. Mi compasión no ayudará a Brendan. Nada ni nadie puede ayudarle, sólo un buen psiquiatra. Es inútil intentar curarle. Tengo que olvidar que sus ojos pueden brillar tan misteriosamente que en ellos encuentro mis propios deseos. Tengo que olvidar que él es un hombre y yo una mujer. Tengo que olvidar que él es la sombra y yo la luz, y que podríamos complementarnos si quisiéramos.

Tengo que hacerlo *ahora*, de lo contrario nunca lo haré. Llevo conmigo todo lo que necesito. Llamo a Grey para no levantar sospechas, y él también sube enseguida cojeando los escalones, con las piernas torpes e inexpertas.

Acaricio su pelaje, lo levanto y aprieto brevemente mi nariz contra su cabeza.

—Te echaré de menos, mi querido Grey —le susurro. Aún no sé cómo voy a deshacerme de él después, tendré que improvisar esa parte. Mi única esperanza es que me pierda la pista en el lago. Brendan probablemente deducirá de esto que he seguido caminando por el arroyo. Si es necesario, tendré que abandonar por completo mi plan de correr a lo largo de una masa de agua. De momento no me importa nada, lo principal es que consiga escapar.

Con cuidado, para no llamar la atención, me arrodillo en el suelo y acerco el encendedor directamente al detector de propano. Me alegro de no tener que encender todos los quemadores de la cocina para que salte la alarma, porque eso sería realmente arriesgado. Bastaría una pequeña chispa y la caravana se convertiría en una supernova. Decidida, empujo el perno hacia abajo y una pequeña llama parpadea.

No pasan ni tres segundos y el detector hace sonar la alarma. Es un pitido monótono y penetrante que vibra dolorosamente en mis tímpanos. Me pongo en pie de un salto y enciendo la placa de la tetera a toda potencia. Así es como Brendan sospechará más tarde que hay una fuga.

Grey ya ha levantado el vuelo por el ruido y ha saltado al exterior. A través de la ventana sobre el fregadero veo a Brendan corriendo hacia la caravana. Toda su ira parece haber desaparecido de él, su rostro pálido como una sábana.

—Fuera. Tienes que salir ahora mismo —me grita cuando aparezco por la puerta lateral, intentando parecer confusa—. ¿Hay algo encendido ahí dentro? —En contra de sus promesas, me agarra del brazo y me saca fuera de la caravana, haciéndome bajar los escalones a trompicones.

—La cocina —me esfuerzo, y ni siquiera tengo que fingir mi miedo.

—De acuerdo. —Brendan asiente secamente y señala los abetos que separan la zona de la hoguera del lago—. Ve por allí. Hacia a la derecha. Todavía quiero poder verte desde el otro lado. Me empuja hacia la franja y luego desaparece detrás de la caravana.

Corro hacia el lugar que me ha señalado. Febrilmente pienso cómo puedo escapar de allí. Mi única oportunidad será en el momento en que cierre el gas, porque tiene que concentrarse allí. Me lo imagino como desactivar una bomba, pero probablemente sea mucho más fácil.

—¿Dónde está Grey? —le grito, pero la alarma está tan alta que puede que ni siquiera me oiga. Maldita sea, el ruido es perfecto para ahogar el sonido mis campanas y cualquier movimiento en la maleza—. ¿Grey? —Finjo llamarlo, viéndolo claramente. Está olfateando detrás de un arbusto escuálido un cadáver que podría haber sido un ratón. Me vuelvo hacia Brendan. Deja que la trampilla encaje en su sitio para acceder mejor a la bombona de gas. Mira fugazmente en mi dirección, pero es obvio que no está prestando toda su atención. Mi corazón se acelera—. ¿Grey? —grito lo bastante alto para que Brendan me oiga, acechando como una cigüeña sobre helechos y raíces. Mis pensamientos vuelan. No se arriesgará a atraparme hasta que apague la cocina. ¡Si hay algo que sé, es esto! ¡Tendrá la confianza para atraparme de todos modos!

Doy otro paso, ahora ya no puede verme.

—¿Grey? —exclamo tan fuerte que Grey se sobresalta. La sangre ruge en mis oídos, recorriendo mi cuerpo como una tormenta. Me hormiguean las piernas por la adrenalina que me recorre. No puedo esperar más.

Capítulo 17

Las ramas me azotan la cara y me arañan las mejillas. Tropiezo con una raíz nudosa, me recupero a tiempo, pero me cuesta unos segundos. Las hendeduras de mis botas de montaña se enganchan en las hojas de los helechos y siento que me abro paso por una traicionera franja verde entre el bosque y el lago. Sólo cuando llego a la orilla me doy la vuelta, pero los árboles son tan densos que no veo nada.

Todavía puedo oír la alarma. Bip-bip-bip. Resuena tan fuerte como el estruendo de mi corazón. Mi idea de esconderme detrás de la cascada hasta que Brendan esté en algún lugar del bosque de repente parece una idiotez. ¿Y si me encuentra y se vuelve completamente loco? En un arrebato de ciega desesperación, sumerjo en el agua las muñecas con las correas de cascabeles y luego me paso el jersey por encima. Al menos aún me acuerdo de eso. Perpleja, miro a derecha e izquierda. Seguro que Grey sigue ocupado con su cadáver, pero me olerá y Brendan sabrá cómo utilizarlo. ¿Adónde voy? Exceptuando el tiempo que pasé en la caja y el momento en que Brendan me puso el paño en la cara, nunca he tenido tanto miedo. Las lágrimas brotan de mis ojos. Por culpa de Grey, mi única opción real es escapar hacia el lecho del arroyo. En algún momento, cuando Grey ya no pueda encontrar mi rastro, Brendan averiguará adónde he corrido. Pero para entonces espero tener suficiente ventaja.

Lo más rápido posible, atravieso la parte menos profunda del lago hacia el lugar donde el agua ha excavado en el suelo un afilado cauce. El agua helada chapotea alrededor de mis pantorrillas, empapando los dobladillos de mis vaqueros y mis calcetines. No importa. Nada importa. Podré secarlos más tarde, aunque sólo sea para salir de aquí. Paso por encima de unas rocas para cruzar del lago al arroyo.

Aprieto los dientes, no tanto por el frío como por el miedo, e intento mantener el equilibrio sobre las resbaladizas piedras. Es casi imposible.

No es el musgo húmedo de color verde grisáceo ni la alfombra de algas que cubre las piedras, sino la imprevisibilidad de cuándo las piedras se asientan firmemente en el lecho del arroyo y cuándo están sueltas unas junto a otras y ruedan cuando las piso torpemente. Necesito las dos manos para mantener el equilibrio y ya sé que soy demasiado lenta. Imagino a Brendan corriendo junto al arroyo porque no necesita cubrir su rastro. Vendrá saltando hacia mí como un lobo, un cazador. Me agarrará y me gritará, me encadenará o algo peor... Me detengo sin aliento. Algo es diferente. Hay silencio. El chapoteo del agua es tan fuerte que casi me desgarra por dentro. Brendan ha apagado la alarma. Está en la caravana.

¡Oh, no, por favor, no tan pronto! Apenas he recorrido cien metros. Presa del pánico, trepo por unas cuantas rocas hasta la orilla y, contra toda lógica, me precipito por el terraplén. Una jungla de hierbas, helechos y maleza se extiende como una frontera entre el arroyo y el bosque. Las ortigas que me llegan a la cintura me rozan las manos y hacen que me ardan los dedos, así que corro de nuevo más cerca del cauce.

Me deslizo sobre las raíces húmedas y las hojas viejas y mojadas de los pocos abedules.

—¡Louisa! —El grito de Brendan retumba en el bosque como si estuviera a punto de estrellarme contra el suelo—. ¡Vuelve!

Me quedo quieta, aturdida. ¿Dónde está? Miro por encima del hombro hacia atrás, pero no le veo por ninguna parte. No se me da bien calcular distancias, pero ahora debo de estar a trescientos metros por delante.

Durante unos latidos escucho y al mismo tiempo respiro de nuevo.

—¡Louisa! ¡Vamos! ¡Ahora! ¡Vuelve!

Sólo su voz enfadada consigue desanimarme por completo. Como si nunca hubiera tenido una oportunidad real. Desde la distancia oigo a Grey aullar, algo que nunca había hecho antes. Me pregunto si siente que lo dejo para siempre. Tal vez sean esos mismos quejido los que me impulsan de nuevo. Sigo caminando, un poco más despacio, para aguantar más. Sólo ahora me doy cuenta de lo empinado que es el terreno. De nuevo oigo gritar a Brendan. *¡Louisa! ¡Louisa! ¡Louisa!* Su voz se escucha cruda y salvaje. *¡Louisa!* Completamente fuera de sí. Grita palabras que ya no entiendo porque su rabia las retuerce y sólo saca fragmentos. ¿Este ya es su flashback? Al final se detiene y el silencio es tan inquietante como antes, cuando la alarma dejó de sonar. Como Brendan ya no grita, no sé si me sigue o me busca en otra dirección. No sé qué es más aterrador. Oírle o el silencio del bosque. Puede aparecer por detrás de mí en cualquier momento; sé lo silencioso que puede moverse cuando quiere. Como un depredador, acechando a su presa con seguridad hasta el último segundo. La idea me asusta tanto que me doy la vuelta cada diez pasos. Pero no reconozco nada, no oigo nada. Siento terribles punzadas en el costado por mi respiración errática y sólo puedo seguir corriendo porque aprieto con ambas manos los costados. Trato de convencerme de que Brendan no puede moverse en silencio durante un flashback.

Tras avanzar varios cientos de metros por la orilla, me aventuro de nuevo en el lecho del arroyo. El agua está helada, quizá unos pocos grados sobre cero. Al cabo de unos minutos tengo los dedos de los pies entumecidos, pero tengo que seguir avanzando el arroyo durante al menos 800 metros para que Grey pierda mi rastro. Levanto los pies a cada paso e intento pensar en el fuego que voy a encender esta noche. Un fuego pequeño y cálido que me caliente y me seque. Imagino cómo crepita y cruje, y cómo me acurruco junto a él como un erizo. Al cabo de un rato ya no siento el frío. O estoy tan concentrada en no resbalar a pesar de mis torpes pasos de cigüeña, o mis pies ya están congelados.

Al cabo de unos minutos, el terreno se vuelve más llano y el curso de agua se extiende a ambos lados como un animal que de repente tiene más espacio. Dos arroyos más pequeños desembocan en el curso de agua desde la derecha y el fondo está ahora formado principalmente por guijarros. Sólo de vez en cuando unos cantos rodados pulidos dividen la corriente y ondulan el agua en olas blancas. El arroyo se vuelve tan ancho como nuestra *carretera a ninguna parte*. Me detengo un momento. Me escuece tanto el costado derecho que apenas puedo respirar. Mi mirada se desliza fugazmente por el verde valle que el arroyo reclama como suyo. La pálida luz del atardecer se refracta en su superficie, haciéndolo brillar como la plata. Entre las oscuras coníferas que se elevan como torres hacia el cielo a derecha e izquierda, el brillo plateado parece de otro mundo. Si no estuviera tan asustada y sin aliento, podría incluso disfrutar de la vista. Apretando los dientes, intento seguir caminando, pero no puedo.

Me arrastro hasta la orilla, aspiro el aire fresco y húmedo y refresco mis manos ardientes en el agua. Los dobladillos de mi jersey absorben el agua. Al remangarme, mis ojos se posan en las pulseras con campanillas. Todo este tiempo mi truco ha funcionado bien, pero no quiero confiar en él. Saco las tijeras del bolsillo del pantalón, me siento en una piedra cubierta de musgo y empiezo a cortar las cintas. Pero el material es duro y las tijeras, aunque afiladas, son bastante pequeñas. Corto y limo mientras escucho tensa algún sonido. Pero, aparte del sonido del agua, sólo oigo el piar de uno o dos pájaros. De vez en cuando, una ráfaga de viento recorre las copas de los árboles y desprende una piña de las ramas, que cae al suelo con un *ruido* sordo. A veces se oye un *crassh*: la piña ha caído sobre un montón de madera muerta. Cada vez que pienso que es Brendan, me estremezco, sólo para exhalar aliviada al momento siguiente.

No me entra en la cabeza haberme deshecho de él tan rápido. No puede ser. La sensación de

alivio sigue ausente, aunque en ese momento soy libre.

Cuando por fin consigo cortar las cintas, las hundo en el lecho del arroyo con una piedra. Al enderezarme, una huella me llama la atención en el lado opuesto, abriéndose paso entre los arbustos desde el arroyo.

Mi corazón empieza a latir como loco. No me atrevo ni a pensarlo. ¡*Un rastro*! Apenas puedo creer mi suerte. Me precipito por el arroyo como una loca, removiendo el agua a mi paso. Donde hay un sendero, los excursionistas no están lejos, y Canadá puede ser solitario, pero también es un paraíso para todos los amantes de la naturaleza.

Pero al inspeccionar la hierba y la tierra pisoteadas, la decepción se me hunde en el estómago como un grueso nudo. Sólo se ven huellas de cascos, no de pisadas. Probablemente sean huellas de caribú o ciervo.

Sigo caminando y me doy cuenta de lo sola que estoy realmente cuando he perdido a Brendan. Mi única compañía son los animales salvajes, que seguramente hace tiempo que me observan desde la distancia y no saben qué hacer conmigo. Osos negros. Osos pardos. Lobos. Alces. A veces se dice que los alces son más peligrosos que los osos. Mi mirada va de izquierda a derecha, pero cualquier cosa podría estar oculta en la densa maleza que ahora rodea el arroyo por ambos lados. Sé que debería hacer ruidos altos para que los osos me vean antes de que yo pueda verlos a ellos, pero por supuesto estaría invitando a Brendan a encontrarme.

Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta casi demasiado tarde de que la corriente alrededor de mis pantorrillas es cada vez más fuerte, aunque el terreno no es especialmente empinado.

Me detengo como arraigada al lugar y luego salto a la orilla de un par de brincos. Mi mirada sobrevuela la superficie plateada del agua. Todo el tiempo la corriente era poco profunda, apenas me llegaba por encima de las rodillas, y estaba tan agitada que no pensé en absoluto que aquello podía cambiar. ¿Y si el fondo bajaba bruscamente y la corriente me arrastraba? Sé por Ethan que incluso nadadores experimentados se han ahogado en arroyos de montaña. Por precaución, me quedo cerca de la orilla, entre los sauces, las ortigas y las hierbas de los pantanos. A lo lejos se oye un murmullo que aumenta con cada paso. El aire está empapado de una humedad fría que se adhiere a mis vaqueros y a mi jersey como una segunda piel, volviéndolos húmedos. Entrecierro los ojos e intento distinguir lo que hay delante, pero las ramas de los oscuros abetos cuelgan casi hasta el suelo, es imposible ver más allá de tres metros. Al seguir un recodo del arroyo, de repente parece como si terminara en el aire. El rugido del agua aumenta y ahoga el piar de los pájaros.

La sensación de inquietud en mi estómago se intensifica. Delante de mí hay una cascada y aún no veo lo escarpado que es el terreno que hay detrás. Para asegurarme, me abro paso a través del bosque. Tardo una eternidad en llegar al lugar, pero ahora veo la magnitud del desastre. La montaña desciende abruptamente hacia un valle, algunos árboles cuelgan como borrachos sobre la roca, que cae varios metros. Nunca podré bajar sin romperme todos los huesos. Con cuidado, camino por el precipicio. Son más de diez metros. Hay afilados afloramientos rocosos por todas partes, sobresaliendo amenazadoramente del monstruo gris de la montaña. Unos metros delante de mí, el arroyo se precipita en las profundidades y desemboca en un río que serpentea por el valle.

Agotada, me agarro a la rama vertical de un abedul cuyo tronco se inclina torcido sobre el acantilado. Se me hace un nudo en la garganta de frustración y desesperación. No puedo llegar más lejos. Pero no puedo volver atrás. No hay manera. Brendan está en el bosque, buscándome.

Justo cuando he decidido seguir caminando por el borde del acantilado en busca de un descenso transitable, una grieta me hace estremecerme. Mis dedos se aprietan alrededor de la

rama. No ha sido un cono de abeto que ha caído sobre madera muerta. Con el corazón palpitante, me doy la vuelta y me quedo inmóvil.

Brendan está de pie a menos de diez metros de mí, en la linde del bosque. Contra los oscuros abetos, su rostro parece tan pálido que no me parece real. Sus facciones están quietas y serias, pero hay un fuego en sus ojos que me abrasa. Es esta diferencia entre contención y lucha interior lo que más me asusta en este momento. Me parece como si sus dos caras estuvieran luchando en su interior, y como si aún no estuviera claro cuál va a ganar.

—Bren... —Horrorizada, lucho por respirar. Quiero decirle algo que lo calme, pero el miedo se come mis palabras.

—¡Hasta aquí llegamos! —Se acerca. Estoicamente. Un paso, dos—. El terreno termina en este barranco. Puedes caminar por el acantilado todo lo que quieras, no puedes llegar al valle.

Mis ojos se ennegrecen, sus palabras me golpean tan fuerte. Sabía desde el principio que no tenía ninguna posibilidad en esta dirección. Sólo ahora descubro el pasillo detrás de él. Me doy cuenta de lo estúpida que he sido. Lleva semanas poniendo trampas en esta zona. Conoce el terreno y cada cruce de ciervos. Todo lo que tenía que hacer era elegir uno. Probablemente estaba aquí antes que yo, esperándome. Las náuseas me suben por la garganta.

—¡Ven aquí y no te lo pongas peor! —Sólo ahora veo la cadena y el grillete que están en su mano izquierda.

Enredando los dedos en la altísima rama del abedul, retrocedo, pero el suelo se desmorona. Algunas piedras se desprenden y ruedan hacia las profundidades. Brendan grita asustado:

—¡Cuidado! —y mi corazón da un salto de miedo. Me subo al tronco que ha crecido casi horizontalmente por el desfiladero.

—¡Si te acercas más, salto! —le amenazo, dispuesta a creerme por pura desesperación.

Brendan se detiene.

—No quiero asustarte, Lou —dice, pero sus palabras suenan mecánicas, como aprendidas de memoria. Su tensión es palpable—. No voy a hacerte daño. Te lo he prometido cientos de veces. Nada va a cambiar eso. Ni siquiera ahora. —Su camiseta negra está empapada de sudor, como si acabara de salir de una piscina—. ¡Vamos, Lou, sabes lo que puede pasar!

—¡No! —Frenéticamente, sacudo la cabeza—. No quiero volver a estar encadenada como una prisionera. —Me pregunto si lo que sentí por él fue real alguna vez. ¿Cómo puedo sentir algo por alguien que me da tanto miedo al mismo tiempo? Tal vez estos sentimientos no sean reales. Tal vez sólo sean producto de mi soledad.

—Fue culpa mía. —Brendan me saca de mis pensamientos—. No debí habértelo puesto tan fácil. —Tengo que mirarle confundida porque continúa hablando rápidamente—. En cuanto estuve seguro de que me habías quitado el encendedor, supe que tramabas algo. Debí haber reaccionado inmediatamente. —Sonríe, y siento que esa sonrisa me está matando, parece tan torturada—. Ya es demasiado tarde. Te llevaré de vuelta y volverás a odiarme.

Un dolor me recorre el pecho. Puede que tenga razón. Lo que siento, venga de donde venga y sea lo que sea, puede que no sobreviva a esta situación. Tal vez entonces lo odie para siempre.

—¿Por qué no me registraste si estabas tan seguro? —pregunto desafiante.

Cierra los ojos brevemente y sacude la cabeza con expresión impaciente, como si no tuviera tiempo para esas explicaciones.

—Te prometí que no te tocaría. Cómo he podido...

—Por eso dejaste el armario abierto. Para ponerme a prueba.

—No. —Rebusca en su bolsillo y saca la botella marrón—. Eso fue un descuido, causado por mi ira y la primera oleada de un flashback. Además, ahí arriba no queda nada que pudiera

haberte ayudado a librarte de mí. —Mira el vaso marrón como ensimismado.

—¿Para qué quieres eso? —No puedo avanzar ni retroceder. Estoy atrapada como uno de sus conejos. Me empieza a arder la garganta. No importa lo que piense de él, no importa lo que sienta, podría perderlo todo. Entonces todo volverá a ser igual.

—Voy a drogarte para no tener que arrastrarte a la fuerza. Por tu bien.

Su honestidad es como una bofetada. Su buena intención detrás es como un puñetazo. ¿Cómo puede afirmar que soy su luz cuando me hace esto? Para ganar tiempo, me siento a horcajadas sobre el tronco que se extiende por el abismo como la prolongación de la roca. De una cosa estoy seguro: no bajaré voluntariamente de este árbol.

—¡Prefiero saltar a que vuelvas a inyectarme algo a la fuerza! —le espeto y me alejo un poco de él por el barranco. Tengo la sensación de estar a punto de perder la cabeza.

—¡Lou, baja de ahí ahora mismo! —La voz de Brendan tiene claramente un tono de mando, pero también oigo miedo en ella.

Como para demostrarme a mí misma que hablo en serio, me deslizo un poco más hacia atrás. Mis pies cuelgan en el aire, el viento arremolina mi pelo en todas direcciones.

—¡Vete! —Me tiemblan los hombros.

—Lou. —La voz de Brendan baja a un susurro. Suena tan tierno que quiero gritar—. No quiero hacerte sufrir a propósito. Sé cuánto echas de menos a tus hermanos. Si hubiera sabido lo malo que es todo esto para ti, entonces...

—¿Entonces habrías secuestrado a otra chica? —le grito—. Ya hemos pasado por todo esto antes.

Sacude la cabeza.

—Sólo te he querido a ti y sabes por qué. Por eso no creo que vayas a tirarte ahí abajo. Amas demasiado la vida para eso.

Las lágrimas corren por mi cara como un torrente.

—Me arrebataste mi vida. Me la robaste.

Brendan se queda pasmado. La miseria ensombrece su mirada y me hace pensar en el dibujo que descubrí. Me odio por mi compasión, pero supongo que así es la vida. No podemos elegir a quién queremos o qué sentimos. Podemos mentirnos a nosotros mismos con la mente, pero en última instancia una verdad siempre sigue siendo una verdad.

Brendan deja que la botella vuelva a desaparecer en su bolsillo y me tiende una mano, como si percibiera de primera mano mis contradicciones internas.

—No hagas esto, Lou. Por favor...

Miro hacia abajo. No hay nada debajo de mí, nada más que crecidas furiosas y rocas afiladas. Si me dejara caer, me aplastaría en las profundidades o me ahogaría en el río. Con un grito ahogado, me empujo aún más hacia atrás. Se me acelera el pulso y me siento mal.

—Lou. Sé que no quieres nada de esto. Estás desesperada. Y quieres que lo vea. Vas tan lejos como para ponerte en peligro para demostrármelo. Pero sabes qué: lo entiendo.

Brendan retrocede unos pasos y luego camina de lado por el precipicio. Por un momento creo que va a tirarse y me aterrorizo. *No, no lo hagas,* quiero gritar, pero entonces veo algo que cae. La cadena y las esposas vuelan por el precipicio en un arco alto.

—¿Ves? —me dice. Se ríe tristemente.

Me debato entre la desesperación, el afecto y el miedo. No sé qué sentimiento es el más fuerte. Saca la botella marrón del bolsillo. Por un momento parece como si quisiera arrojarla también, pero entonces se arrodilla bruscamente y se le cae de la mano. Con firmeza, hunde los dedos en el suelo y agarra la tierra con ellos. Susurra algo para sí, pero el viento silba alrededor

de mis oídos, no lo entiendo. Aunque lo sospecho.

Muy oscuro, muy oscuro... bajo la tierra... ¿por qué te fuiste? No dejes de respirar. No dejes de respirar. No muevas las manos. No llores. No dejes de respirar...

—¿Bren? —Puedo oír el miedo en mi voz. *¡Por favor, no hagas que se asuste ahora!*—. ¡Bren!

Mira en mi dirección sin verme. De un segundo a otro está a kilómetros de distancia. Creo que sé dónde. Bajo tierra, al menos en su mente. El pánico me recorre el pecho. Si enloquece ahora, quizá intente arrastrarme violentamente fuera del tronco, quizá me asfixie o me golpee. Quizá caigamos los dos por el acantilado. Espasmódicamente pienso qué hacer. La noche de la tormenta hablé con él, pero entonces estaba encadenado, no en un precipicio. Y a veces ni siquiera eso ayudaba.

—¡Bren! —grito con fuerza. Tengo que asegurarme de que se despierte antes de que se pierda por completo—. ¿Bren? Estás aquí, conmigo. No en otro sitio. Bren... soy yo... Lou. —Sería mejor si estuviera con él y pudiera darle un abrazo, pero no me atrevo a bajar del tronco de abedul, así que sigo hablando—. Bren, no sé qué te pasó en tu pasado... pero eso se acabó. Ya no estás encerrado, eres libre. Sólo tienes que mirar bien.

Sacude la cabeza y se balancea de un lado a otro.

—Bren... está bien —le llamo—. No estás atrapado.

—¡Mientes! —sisea de repente. El balanceo se detiene—. Todo se vuelve negro. —Se levanta de un salto y viene hacia mí. Paso a paso, su rostro distorsionado por el odio. Finalmente se para frente al abedul, sólo un cuerpo nos separa—. Fuiste tú —dice con voz ronca—. Todo es culpa tuya. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste sola con él?

Me agarro al tronco, rezando para que no intente trepar tras de mí en este estado.

—No he sido yo —susurro con la garganta seca, aunque él no se da cuenta—. Fue otra persona. Brendan, vi uno de tus dibujos... tienes que buscar ayuda...

—Nunca me quisiste —me grita, apretando los puños—. Te fuiste y me dejaste solo con él. ¡Y sabías exactamente cómo era! Lo sabías. Te odio. —Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. Su cuerpo tenso parece como si sólo se mantuviera unido por la ira y el odio.

Tengo una oscura idea de lo que le pasó. Su madre debió dejarlo con su padre. ¿Fue él quien le hizo todo aquello para lo que no encuentra palabras?

Brendan pone un pie en el tronco y rodea la rama con una mano.

—¡Baja de ahí! ¡Ahora mismo! No dejaré que vuelvas a desaparecer —me grita.

—Bren ... por favor...

—¡Vamos! ¡Ven aquí! ¡baja! —grita.

Empiezo a llorar de nuevo. No puedo moverme por el miedo.

Su expresión facial cambia, se desfigura, parece muy enfadado.

—Mírate, ahora estás llorando otra vez. ¿No te dije que no lloriquearas como una mujer? —Con el pie da una patada en mi dirección, como si fuera a patearme—. ¡Debería meterte en un ataúd y enterrarte bajo tierra, así tendrías motivos para llorar!

—Bren... —susurro, llorando—. Sólo soy yo. Lou. Lou, la chica que secuestraste. Y sí, hui, quería dejarte, pero no te odio. De hecho, a una parte de mí le gustas de verdad.

Se detiene un momento, como si hubiera tenido una inspiración.

—¡Bren! Mírame, por favor.

Desaparece el aire rencoroso, le tiembla el párpado.

Parece que estoy haciendo algo bien, así que sigo hablando, de todas formas luego no se acordará.

—Vale, lo admito, esa parte, la que le gustas, debe estar loca. Completamente loca, como los surfistas underground de Nueva York, pero es verdad. Ni yo misma lo entiendo. Es la parte que desearía que me hubieras llevado a tu caravana a tomar una cerveza y me hubieras besado. Tenías razón. No debería haber huido de ello.

Me mira fijamente y veo cómo sus ojos se aclaran y vuelven a ser suyos.

—¿Louisa? —pregunta confusa, como si le hubieran traído aquí de la nada—. ¿Qué estás haciendo?

Un nuevo torrente de lágrimas recorre mi rostro aliviado.

—Estoy sentada en un árbol y tengo miedo —susurro temblorosa.

Una sonrisa fugaz se dibuja en su rostro tenso.

—He tenido un flashback, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y siento que la tensión desaparece de mis músculos.

—Muy intenso.

—Es demasiado peligroso. —Se retira al suelo detrás del tronco. Mira a su alrededor y luego coge el frasco—. Baja de ahí, por favor...

Sigo aturdida por el miedo. Una ráfaga de viento pasa por debajo de mi jersey y lo infla. Aprieto las rodillas con fuerza alrededor del tronco y clavo las uñas en la frondosa corteza.

—¡No voy a beberme eso!

—El contenido funciona casi de inmediato. Estuve probando durante mucho tiempo hasta que conseguí la mezcla adecuada. —Brendan retrocede metro a metro—. En realidad, estaba pensado para ti, así que no funcionará con tanta fuerza en mí. Después de todo, peso un poco más que tú.

Ahora ya no entiendo nada.

—¿En ti? —pregunto.

Brendan se lleva la botella a los labios y se la bebe de un trago. Contrae la cara como si se hubiera tragado un huevo crudo.

—No pensaba tomármelo yo. Pero supongo que si no, no vas a bajar de ese maldito árbol. No sé cuándo tendré mi próximo ataque. ¿Y si intento empujarte? O te asustas por mi comportamiento y pierdes el equilibrio... —Desaparece en la oscuridad del bosque. Ya no entiendo lo que dice.

¿Es un truco para atraparme? Permanezco sentada un momento, ignorando el viento helado que me roza las perneras mojadas del pantalón.

—¿Bren? —Se me hace un nudo en el estómago. Brendan sigue desaparecido. ¡No, no fue un truco! No podía saber lo del árbol. Pedazo a pedazo, avanzo hasta que vuelvo a tener tierra firme bajo mis pies. Temblorosa, vuelvo al bosque y descubro a Brendan a una distancia segura del acantilado. Fantasmagóricamente pálido, está sentado en el suelo del bosque, con la espalda y la nuca apoyadas en el tronco de un árbol. Me detengo a unos metros delante de él, no me atrevo a acercarme más.

—No deberías correr, es demasiado peligroso —murmura cuando me ve y se seca la cara sudorosa con las manos—. Además, te atraparé de todas formas. —Por lo visto, la cosa ya está haciendo efecto. ¿Qué coño habrá preparado? Sus párpados se agitan—. Por la noche hace demasiado frío. Te vas a congelar.

—Tengo tu encendedor —susurro roncamente, porque no se me ocurre nada mejor.

Sonríe débilmente.

—Quemarás el bosque y entonces sabré dónde estás de todos modos... si sobrevives.

Cierra los ojos y ladea la cabeza. Parece vulnerable y mucho más joven de lo que nunca le he visto.

—¿Lou? —dice débilmente.

—¿Sí? —Por fin me atrevo a acercarme a él. Con piernas temblorosas me arrodillo a su lado.

—Tormenta... esta noche... quédate... —Su respiración se vuelve superficial—. No te vayas, es demasiado peligroso... —Mientras se aleja, la parte superior de su cuerpo se inclina hacia un lado. Le agarro por los hombros, pero pesa demasiado y cae al suelo. Yace allí extrañamente doblado. Le doblo las piernas para que esté más cómodo. Si ahora tuviera la cadena, habría sido yo quien podría haberlo atado aquí. ¿Por eso la tiró primero? ¿Porque ya sabía que iba a bebérsela?

Por un momento, miro la cara de Brendan con más atención que nunca. Sin las arrugas del ceño ni la amargura, parece tan tranquilo, tan quieto. Veo pequeños detalles en los que nunca me había fijado. Tiene un pequeño hoyuelo en la barbilla y sus cejas son un poco más espesas en las comisuras exteriores de los ojos. Mi mirada se detiene en su boca inflexible. Involuntariamente, me pregunto si habrá besado alguna vez a una chica. Si alguna vez ha dicho: *te amo.* Si ha habido alguna chica, aparte de mí, que primero le hiciera feliz y luego le dejara. Siento una punzada en el estómago ante la idea. Todo tipo de sentimientos surgen en mi interior, como si se hubieran apoderado de mí sin mi voluntad. No debo permitirlo. No debo mirarle y preguntarme qué se sentiría al ser abrazada por él. No debo imaginar cómo sería si se acercara a mí, no para atarme o encadenarme, sino para acariciarme la mejilla con sus dedos. Pero indefenso como yace aquí, de repente es muy fácil. Hizo estas drogas para mí, pero las tomó él mismo para no ponerme en peligro. No sé lo que eso significa. En realidad ya no sé nada, sólo que no quiero dejarle aquí solo. Busco mi odio y mi rabia, pero sólo hay duda, dolor y miedo. Como en trance, le retiro un mechón de pelo que le ha caído sobre la cara. Esperaba que fuera áspero, pero es tan suave como la seda.

—Lou... —murmura indistintamente.

Me sobresalto y casi pierdo el equilibrio. ¿Qué demonios estoy haciendo? Estoy aquí sentada en lugar de aprovechar la oportunidad que me dio. Puede que me haya aconsejado que me quede, pero ambos sabemos lo que voy a hacer.

Brendan suspira somnoliento.

—Si te vas... los osos pardos... no pares de cantar...

Siento que voy a llorar por dentro si me arrodillo aquí y lo miro por más tiempo.

—¡Cuídate! —susurro y tengo que obligarme a levantarme y no romper a llorar de nuevo—. ¡Tengo que irme ya si de verdad va a haber tormenta esta noche!

Capítulo 18

Llevo horas caminando por el borde del acantilado, intentando desterrar de mi mente la visión de Brendan. El jersey se me pega a la espalda, húmedo de sudor, pero los dientes me golpean por el frío. Sigo con ansiedad los cambios en el cielo. Las nubes oscuras brillan con un naranja oscuro en sus bordes hinchados, señal inequívoca de que el sol ya está bajo. Antes de que oscurezca del todo, tengo que estar abajo en el valle. Tiene que haber una bajada en alguna parte, o al menos un lugar donde no sea tan peligroso descender.

Sé que es mejor que me centre en la carretera, pero una parte de mí sigue con Brendan. En un momento deseo que me encuentre, al siguiente lo temo. ¡Pero esto es enfermizo! ¿Cómo puedo desear que me encuentre cuando estoy luchando tanto por volver a casa?

Me detengo un momento y me aprieto las sienes con un grito. Ahora no puedo pensar en Brendan, sólo en el siguiente paso. Aún no sé dónde hacer una hoguera y dormir esta noche. Aquí arriba, en el bosque, no puedo permitirme un descanso porque Brendan podría estar ya despierto y buscándome.

Corro aún más deprisa y miro con inquietud al cielo. Los últimos cuervos que acababan de sobrevolar los acantilados se alejan con el viento, y las ardillas listadas que corretean por ahí también se retiran hacia la maleza. Poco a poco empiezo a sentir pánico, sobre todo porque la temperatura baja a cada minuto que pasa. Sigo caminando, tapándome los dedos con el jersey, pero no sirve de nada. Al cabo de un rato tengo las manos entumecidas y las mejillas frías como el hielo. El viento aúlla oscuro sobre las montañas como si un gigante tocara la flauta. Es tan fuerte que me da miedo seguir caminando por el acantilado.

Miro a mi alrededor con impotencia. No quiero volver al denso bosque. Está a mi lado como una tumba profunda y oscura. No, ¡no puedo entrar ahí! Además, una rama podría golpearme en la cabeza con la tormenta.

Me rodeo con los brazos y aumento la distancia que me separa del acantilado. El viento tira de mi ropa como si quisiera arrancármela del cuerpo. Me lloran los ojos y veo borroso. Pero lo peor es el frío. Me invade desde abajo como un reptil que me paraliza las piernas. Junto con el viento, me vuelve torpe. Tropiezo varias veces con los pies y me raspo las manos a pesar del jersey que me he puesto.

La tentación de sentarme y descansar es cada vez más fuerte. Cada vez que paso junto a una roca que podría ofrecerme un poco de protección contra el viento, me prometo hacer una pausa en la siguiente. Pero siempre sigo adelante. Una vez, cuando casi me caigo por el precipicio, ya no puedo ignorar el temblor del agotamiento. En el siguiente peñasco, me siento en el suelo en el lado protegido del viento y me hago pequeña. Me doy cuenta de que no puedo descansar mucho tiempo sin fuego. El peligro de quedarme dormida es demasiado grande. Pero si no puedo hacer fuego, al menos podría calentarme las manos. Saco el encendedor de mis pantalones y lo aprieto en la mano. El calor de mi cuerpo lo calienta de maravilla. Protegiéndome la mano, me la pongo delante de la cara y aprieto torpemente el cerrojo. Se levanta una llama amarilla, pero el viento es demasiado fuerte y la apaga inmediatamente. Sigo intentándolo hasta que mi pulgar está negro de hollín. Frustrada, meto el encendedor en el bolsillo canguro de la sudadera y vuelvo a ponerme en pie.

Me duele todo. No debería haberme sentado. Tengo las piernas agarrotadas, apenas puedo doblar las rodillas. Me gustaría tanto estar en casa ahora. En el calor.

Como una máquina, pongo un pie delante del otro. Paso a la derecha, paso a la izquierda. Una

y otra vez. Sin pensar. Avanzando. Sólo un poco más. Así deben sentirse los soldados cuando marchan toda la noche.

La temperatura baja aún más. Algo dentro de mí cambia sin que realmente me dé cuenta. A veces siento que duermo mientras corro. Mis pensamientos se van a un lugar donde siempre brilla el sol. A un lugar donde la salvia del desierto bordea las monótonas calles y un joven se para sobre una pierna con aspecto de grulla bajo un manzano.

Veo una casa plana de madera con la puerta abierta y sigo la risa plateada de una chica que parece venir de lejos y, sin embargo, está muy cerca. Quiero atraparla, esta risa. Atraparla y retenerla para siempre. Implantarla en mi pecho, para no perderla nunca más. Así ya no tendría tanto frío.

Las tablas del suelo crujen bajo mis suelas mientras camino por el pasillo. Las risas proceden del jardín. Como hechizada, entro en el porche y me detengo en el rellano de la escalera. Una niña da vueltas en camisón blanco por el césped reseco. Su pelo rubio vuela al viento. Parece que tira de algo que no puedo ver. Sus ojos azul turquesa brillan con el cielo. Esta chica lo tiene todo. Todo. Todo un mundo. Incluso cosas para las que estoy ciega. Y ella lo sabe. Una puñalada me golpea justo en el corazón. Me pregunto cuándo lo olvidó. ¿Por qué la vida pudo engañarla haciéndole creer que no tenía suficiente? Me pregunto si realmente lo ha olvidado o si simplemente no lo recuerda y por eso busca la felicidad en los lugares equivocados. Me pregunto si, vuelva o no, podré volver a ser esa chica o si la habré perdido para siempre.

De repente, mi corazón se llena de un ardiente anhelo. Mis pasos se vuelven más rápidos. Tengo que correr lo bastante rápido para volver a encontrar a la chica. Tengo que volver a casa. Un par de veces creo ver algo parpadeando en el acantilado. Una tira de su camisón blanco, un mechón de pelo rubio. Alargo la mano para cogerlo. Sólo entonces puedo volver a reír. Sólo entonces vuelvo a sentir calor.

¿También Brendan se sentía así cuando hizo el plan para secuestrarme? ¿También le ardía tanto el corazón que pensaba que no podría soportarlo más?

Me tambaleo al pensarlo. Instintivamente quiero alcanzar algo a lo que agarrarme, pero no hay nada. Vuelo hacia delante, con la oscuridad arremolinándose a mi alrededor. Arriba y abajo se desdibujan. Sucede tan rápido que ni siquiera puedo gritar. Antes de darme cuenta de que estoy cayendo, mi espalda choca contra algo duro. El dolor estalla como una estrella roja en mi cabeza. Ya no puedo respirar. Mi cuerpo se desliza por algo liso. Cada vez más profundo. Mis dedos se abren y se cierran para agarrarme, pero es en vano.

Lo último que noto es el dolor omnipresente en el tobillo. Después, el mundo se hunde en olas negras de un metro de altura.

Cuando abro los ojos, el cielo oscuro me da vueltas. La cabeza me late con fuerza. Mientras recupero la memoria, me quedo tumbada en silencio y revivo la caída como a cámara rápida.

No me atrevo a moverme. Puede que esté gravemente herida. En mi mente recorro mi cuerpo. Brazos, piernas, manos, pies, todo tiembla, así que no estoy paralizada. Con dificultad me incorporo. Inmediatamente se me revuelve el estómago. Escupo un líquido blanco verdoso sobre la grava. Me siento totalmente miserable. Creo que ya no puedo mantenerme en pie. Ahora también vuelvo a sentir el fuerte viento. Se me enreda el pelo. Aturdida, intento orientarme. A mi izquierda está el río que vi desde arriba. Justo a mi lado, tres rocas del tamaño de una maleta sobresalen del agua. Estoy sentada en una estrecha franja de gravilla, a mi derecha está la empinada ladera. A pesar de que la oscuridad no me deja ver del todo, me doy cuenta de la suerte que he tenido de sobrevivir a la caída.

Me limpio la cara con manos temblorosas. El agua gotea de los dobladillos de las mangas de

mi jersey. Ahora me doy cuenta de que estoy empapada. Confusa, miro a mi alrededor. La grava está húmeda. El agua de la roca cae en cascada sobre la hierba al pie de la empinada cuesta. Una barrita de granola flota en un charco de lluvia y barro.

El corazón se me acelera. Quiero meter la mano en el bolsillo canguro de la sudadera, pero de repente mis dedos cobran vida propia. Tardo tres intentos en controlarlos. Con torpeza, saco una galleta de café desmenuzada y una barrita de muesli triturada, debo de haber perdido el resto. Busco en el bolsillo trasero y respiro aliviada. Las tijeras siguen ahí. Pero el encendedor... lo había guardado en el bolsillo del canguro. Vuelvo a tantear el bolsillo. No hay nada.

Con un gemido, miro a mi alrededor, pero tampoco está en la grava. Probablemente esté en algún lugar entre las rocas. Al darme cuenta de lo que esto podría significar, se me llenan los ojos de lágrimas. De rabia, miedo e impotencia. ¿Por qué he sido tan estúpida de no volver a metérmela en los pantalones? Podría abofetearme por esta estupidez.

Me agacho hasta el charco y al menos saco la barrita de muesli. Sé que debería comer y beber, pero no puedo. Por un momento no hago nada, sólo mirar fijamente delante de mí. Me encantaría echarme a llorar y esperar a que alguien viniera a consolarme. Pero el único que puede encontrarme es Brendan.

Con gran determinación, me subo por la roca que tengo al lado. Inmediatamente me mareo y me tambaleo un poco hacia un lado. Un dolor agudo me atraviesa el tobillo como un cuchillo de pan. *¡Maldita sea!* Respiro hondo varias veces y espero a que se calme la oleada de dolor. Entonces vuelvo a intentarlo. Paso a la izquierda. Paso... ay... salto... paso a la izquierda. Me duele tanto que empiezo a llorar de verdad. Impaciente, me limpio las lágrimas y sigo cojeando, aunque tengo la sensación de que mi tobillo no es más que astillas. Al menos así no me duermo. He oído hablar de gente que ha caminado kilómetros con una pierna rota para evitar la muerte. Y puede que mi tobillo ni siquiera esté roto, sólo torcido. Aprieto los dientes de dolor. Ni se te ocurra.

Después de lo que parece una eternidad, llego a un lugar donde el río se ensancha. Varias rocas sobresalen del centro del río, que parece ser menos profundo que antes. Parece más un arroyo de montaña. Si consigo cruzarlo, quizá encuentre ayuda al otro lado. Además, Brendan nunca sospechará de mí allí. Es mortal atravesar un río en medio de una tormenta cuando no sabes nadar. Pero me parece la única manera de librarme de Brendan en este momento.

En la orilla, busco un trozo de madera a la deriva y me comprometo a volver en cuanto el agua llegue a la altura de la cintura. Cuando meto el pie en el agua, casi desisto de mi idea. El río está helado. Mi mirada vuela a través de la oscuridad hacia la ladera. Si me he caído, Brendan probablemente pueda bajar por ahí. Y *bajará* si huele la más mínima posibilidad de que haya aterrizado aquí por sorpresa después de todo.

Con los labios apretados, tanteo con la madera el fondo del agua y la utilizo al mismo tiempo como muleta. Paso a la derecha, paso a la izquierda. Todo está en silencio excepto el sonido del río. La superficie parece un animal inventando. Espeluznante y oscura. Lucho con todas mis fuerzas contra el miedo que tan repentinamente surge en mí de una forma que no habría sospechado.

He llegado más o menos a la mitad, cuando las olas me llegan a los muslos. La corriente es tan fuerte que temo perder el fondo. Al momento me arrebata la madera de los dedos y casi pierdo el equilibrio. El pánico se apodera de mí. Intento respirar con calma, pero sólo me queda un pensamiento: seré arrastrada y moriré. Mi cuerpo es sacudido por espasmos temblorosos. He perdido completamente el control.

Cálmate, Lou, cálmate. Por favor, por favor, cálmate.

Paso a la derecha. Paso a la izquierda. *¡Sí, así es exactamente como funciona!*

Durante varios metros puedo calmar mi mente con palabras, pero cuando estoy casi en la otra orilla, mis rodillas ceden y caigo de panza al agua. Me quedo sin aliento durante unos segundos. Instintivamente, agarro una piedra que tengo delante. Tiemblo tanto que no puedo levantarme. Con una fuerza que exige todo de mí, me empujo hacia delante sobre los antebrazos. El corazón me palpita áspero y pesado en el pecho, como si hubiera corrido una maratón. Maldigo y aúllo, saboreando la sal de mis lágrimas corriendo por mis mejillas.

Boca abajo, de algún modo, me enrollo como un erizo y permanezco tumbada en el lecho de grava. En cuestión de minutos la ropa se me congela y se me pone rígida. No quiero levantarme. Tengo demasiado frío. Como en trance, miro fijamente los guijarros que tengo delante. Quizá me convierta en piedra si me quedo aquí tumbada. Al menos entonces ya no sentiría nada.

Cierro los ojos y escucho el aullido del viento. En algún momento, la lluvia cae a cántaros sobre mí. Me hundo, entre las capas de hielo más profundas de la Antártida, me sumerjo en el agua de los polos...

Me sobresalto porque el agua del río ha subido y me baña el cuerpo. Aturdida, me pongo en pie, balanceándome de un lado a otro. Mi ropa está pesada por la lluvia, que me arrastra hasta el suelo. Parpadeo varias veces. Justo a mi lado, una señal de madera desgastada está clavada en la grava.

PROPIEDAD PRIVADA. PROHIBIDO EL PASO

Las letras se desdibujan ante mis ojos, apenas las he descifrado. No sé si esto es bueno o malo para mí, y ya no soy capaz de pensar en ello.

Me tambaleo como un borracho. Mi tobillo está mejor y el temblor incontrolado ha cesado. Corro y me caigo, me levanto y sigo avanzando. Una y otra vez. De alguna manera. Pronto apenas veo nada, aunque tengo los ojos abiertos. Se oyen risas en alguna parte. La chica del camisón blanco está muy cerca. Con los brazos flotantes baila bajo la lluvia, perdida en sus sueños. Su risa es como una melodía...

No te olvides de cantar, oigo decir de pronto a Brendan con voz de advertencia. No sé por qué lo he recordado justo ahora, pero puede que me ayude a mantenerme despierto. Rebusco entre los restos enmarañados de mi mente en busca de una canción. Solo me viene una a la cabeza. Es una canción con la que Ethan me arrulló pacientemente noche tras noche. En mi mente lo veo sentado en el borde de mi cama, con el pelo sudoroso y agotado por el día.

—*Duerme pequeña, no tengas temor* —Mi voz chirría, pero la ola de recuerdos se abate sobre mí con una calidez implacable. Me muevo, no sé cómo. Quizá tampoco importe. Todo da vueltas, caigo, siento la madera a la deriva clavándose en mis palmas—. *Te voy a buscar un ruiseñor.* —Me levanto—. *Y si su canto no suena placentero...* —El cielo se vuelve en su negativo, se vuelve blanco, tan blanco como la túnica de la niña. ¿La he encontrado por fin? ¿Estoy en casa? Seguro que ya no está lejos. No puede estar lejos porque todo me duele. Quiero dormir en los brazos de alguien. Para descansar del cansancio sin límites y de la pena que hace que mi corazón sea tan pesado—. *Te voy a comprar un sonajero...* —Me derrumbo. Tumbada sobre la grava, busco en mi mente el resto de la canción, pero no recuerdo la letra. Sigo arrastrándome, pero los codos se me rompen como cerillas rotas.

Y entonces caigo una vez más en las profundas y negras manos de la inconsciencia. Siento que me deslizo y que me acuesto suavemente sobre el césped reseco del otro lado. Los rayos rojos y amarillos del sol me iluminan los párpados. Cuando abro los ojos, veo al rinoceronte rosa

que mantiene la cabeza gacha y me da un golpecito con el cuerno en el hombro, como si quisiera jugar.

—¡Eh! —le acaricio la piel curtida y caliente como el verano mientras me tumbo—. Ahí estás otra vez. ¿Me estabas esperando aquí? —Giro la cabeza y veo a todos mis hermanos de pie en el porche. Una oleada de felicidad me hace estremecer y luego oscurece.

Capítulo 19

Brazos que me abrazan. Brazos inquebrantablemente fuertes que me levantan. Me cargan y me vuelven a bajar unos instantes después. El suelo es blando y cálido. Dios, es tan cálido que me dan ganas de llorar. Por fin puedo dormir. Suspiro aliviada, pero al momento unas manos me desgarran el jersey. Oigo cómo se rompen los dobladillos. La tela húmeda se despega de mi cuerpo. No sé lo que me está pasando. Quiero resistirme, pero estoy flácida como una muñeca. Me levantan las piernas, me quitan los zapatos de los pies y me arrancan los vaqueros y los pantalones de las caderas. Todo esto sucede increíblemente rápido y en silencio. Sólo de vez en cuando oigo una maldición. Con todas mis fuerzas intento hacerme oír de alguna manera, pero lo único que sale de mi garganta es un atisbo de quejido. La lluvia o el fuego repiquetean de fondo y algo ocurre a mi lado: parece que alguien se está desvistiendo. Tiran de una cremallera. Unos brazos me alcanzan de nuevo, me ponen de lado y tiran de mí como tentáculos contra un cuerpo sin que yo pueda hacer nada. Siento una piel extraña y cálida en la espalda, en las piernas. *¡No!*, quiero suplicar, pero no consigo emitir sonido alguno. Mis pensamientos se enredan en cientos de imágenes de horror. Con una fuerza casi inhumana, me arrastro un poco hacia un lado, pero enseguida me tiran hacia atrás con una fuerza suave.

—Sé que no te gusta, pero hay que hacerlo. —La voz está cerca de mi oído y suena bastante suave a pesar de la severidad.

Brendan.

Me invaden oscuros recuerdos. Él me encontró. No lo conseguí. Un caos de emociones se arremolina en mí. Desesperación, miedo, pero también alivio. Un alivio enorme. Sé que debería sentirme peor porque me ha encontrado, pero con una última chispa de cordura me doy cuenta de que me ha salvado de la muerte. Aun así, vuelvo a alejarme de él. Esto es demasiado cerca. Demasiado cerca. Le siento por todas partes.

—¡Tranquila! —Me pasa una pierna por encima, cruza mis brazos inertes por delante del pecho y me abraza completamente—. ¡Relájate!

Oh Dios, ¿cómo? ¡Estoy desnuda! Y él tampoco parece llevar mucha ropa. Quiero protestar, pero estoy demasiado débil.

—Estás completamente hipotérmica. Una hora más tarde y no habrías sobrevivido.

La oscuridad y el calor me rodean como el vapor del agua caliente del baño. Qué maravilloso sería quedarse a la deriva, aquí en el calor, dondequiera que esté. Algo áspero pero al mismo tiempo suave me lame la cara, la boca.

—Grey, déjala en paz —oigo que le regaña Brendan. Se endereza, hace algo y los lametones cesan. En su lugar, ahora siento un suave pelaje contra mi vientre desnudo—. Puedes calentarla ahí, no pasa nada.

El aullido familiar me hace sollozar secamente.

Brendan tira de mí hacia él para que mi espalda quede completamente pegada a su pecho.

—No pasa nada, Lou —susurra—. Todo está bien. Te he encontrado. Estás bien. —Su voz suena como si estuviera luchando contra una tormenta de emociones y tal vez incluso de lágrimas—. No te haré daño, no te tocaré. Sólo quiero mantenerte caliente, eso es todo.

Parpadeo varias veces seguidas y por fin consigo abrir los ojos. Sus brazos siguen sujetando los míos. Mi nariz choca contra algo blando. De repente me doy cuenta de que estamos juntos en un saco de dormir. Echo la cabeza hacia atrás y miro más allá de la tela, al aire libre. A menos de dos metros, crepita una enorme hoguera que parpadea intensamente. Siento su calor constante en

la frente, la punta de la nariz y los párpados. Me siento tan bien que se me saltan las lágrimas. Vuelvo la cara hacia arriba y me doy cuenta de que una especie de lona se cierne sobre nosotros. El techo de una tienda o alguna otra construcción. Cierro los ojos, agotada.

—Bren... —susurro con la lengua pesada—. Gracias. Gracias por salvarme... —Las palabras no alcanzan a expresar lo que siento en mi interior.

Siento que respira más hondo. Una, dos, tres veces.

—No fue nada, Lou —me susurra.

No sé por qué, pero hay algo en su forma de abrazarme que de repente me hace feliz de una forma inquietante. Es como si nunca quisiera dejarme ir. Es una locura que al mismo tiempo sea lo que más temo. Tal vez sea la seguridad que me da. No moriré congelada, tengo una segunda oportunidad. Sí, debe de ser eso. Siento mis músculos acalambrados ablandarse con su calor, relajarse en sus brazos. Siento un hormigueo. Todo mi cuerpo parece sonreír. Es la seguridad. Sin duda. Y me abraza tan fuerte que no podría resistirme aunque quisiera. Simplemente no me dejaría ir. No es culpa mía.

Cuando me despierto, todavía está oscuro. Vuelvo a temblar y me tiritan los dientes, pero oigo a Brendan decir que eso es buena señal. La siguiente vez que me despierto, es porque el calor contra mi espalda ha desaparecido de repente. Grey sigue acurrucado contra mi vientre, pero ya no siento su pelaje contra mi piel. Me palpo la parte superior del cuerpo y veo que Brendan me ha puesto algo encima. Giro la cabeza y lo veo junto al fuego, añadiendo troncos.

—¿Bren? —murmuro somnolienta.

—¡Lou! —Sorprendido, levanta la vista. Sus ojos brillan a la luz del fuego—. ¿Cómo te sientes?

—Congelada.

Se ríe. Ríe a carcajadas y suena tan animado y alegre que siento aún más calor.

—¿Te duele algo?

Tanteo mi cuerpo un momento, muevo el pie, que inmediatamente empieza a escocerme.

—Mi tobillo —digo lánguidamente. Todavía me siento demasiado débil para mantener una conversación de verdad.

Brendan asiente.

—Ya lo he visto. Está hinchado y azul. Más tarde te haré un vendaje.

—¿Cómo me has encontrado? —Todo parece un sueño.

Sonríe y parece abruptamente avergonzado, como si hubiera oído el tono ligeramente admirativo de mis palabras con más claridad que yo. Con un gesto inseguro de la mano, se recoge el pelo detrás de las orejas.

—Grey te encontró.

Cierro los ojos porque es demasiado agotador mantenerlos abiertos.

—Pero... el acantilado...

Brendan está manipulando algo que debe de ser de hojalata, porque traquetea como una olla sopera.

—Grey encontró el lugar donde te caíste. ¿Te caíste?

Me limito a asentir.

—Debes haber tenido toda una compañía de ángeles guardianes. Me amarré con Grey. Aunque no le hizo ninguna gracia y se meó encima de mis pantalones.

Tengo que sonreír y abrir los ojos para mirarle. Está removiendo una olla que se encuentra sobre una especie de plataforma de piedra en el fuego. Por un momento el mundo se tuerce y él

es mi salvador en lugar de mi captor. Por un momento creo que mis sentimientos no están equivocados. Que no soy una mala persona si me siento atraída por él, por la razón que sea.

—Grey perdió tu rastro junto al río, así que supuse que estabas por allí. —Se levanta y se sienta a mi lado con la olla. Está envuelto en una chaqueta de plumón oscura y lleva botas forradas—. Te he hecho gachas. No es una obra maestra culinaria, pero te servirá.

—No puedo comer nada.

—Tienes que hacerlo —dice en voz baja y me levanta a mí también. Grey grita cuando se cae de mí y se arrastra fuera de la cálida cueva.

Brendan deja la olla y me coloca algo en la espalda para que la parte superior del cuerpo quede elevada.

—Sólo un par de cucharadas, luego te dejaré volver a dormir. —Introduce una cuchara de madera en la olla y yo abro la boca para que me dé de comer como si fuera un cachorro de lobo. Las gachas calientes saben pegajosas y, de algún modo, a avena, pero me parecen lo más delicioso que he comido nunca. Quizá sea por la expresión preocupada de Brendan y el cuidado con que me atiende. Además, mientras como, me doy cuenta de que realmente tengo hambre. Brendan aparta la olla demasiado rápido.

—Es suficiente, si no, se te devolverá. —Me acerca una taza a los labios—. Té de menta, pero sólo unos sorbos. —Con su ayuda, bebo media taza y me deja caer con cuidado en el suelo—. Duerme un poco más.

Las gachas que tengo en el estómago me calientan por dentro y por fuera. Me hago un ovillo. De fondo oigo a Brendan trabajando afanosamente. No le he preguntado dónde estamos ni cómo ha llegado hasta aquí. Tampoco le he preguntado qué pasará después. No quiero preguntárselo, porque todavía me siento demasiado bien. Aún puedo concentrarme en el ahora y disfrutar del calor. No tengo que pensar en lo que pasará cuando volvamos. Ahora mismo sólo somos Lou y Bren, un chico que ha salvado a una chica de morir congelada. Pero todavía hay una cosa que necesito saber.

—Bren ... ¿qué pasa con las gotas ... fue... muy malo?

Los sonidos se desvanecen.

—Estoy bien.

—Pareces cansado...

—Claro que estoy cansado. Pero no de las secuelas de las gotas... Y ahora vete a dormir antes de que tenga que darte más. —Se oyen unos golpes y luego silencio otra vez—. Lou, eso fue una broma.

—Lo sé. —Una reconfortante sensación de bienestar me invade. El sueño no tarda en invadirme como una gran ola imparable.

Cuando me despierto de nuevo, hace sol. El cielo está empapado de una mezcla de nubes amarillo pálido y rosa claro, por lo demás es azul brillante. El fresco y claro aroma de las agujas de abeto está en el aire y ya contiene el primer calor del día. Apoyo la cabeza en la nuca y al mismo tiempo la giro un poco hacia la derecha. Brendan se arrodilla delante de una mochila verde oscuro y rebusca en ella como si buscara algo. Cuando se da cuenta de que estoy despierta, sonríe brevemente pero no interrumpe lo que está haciendo. En lugar de eso, Grey viene saltando hacia mí con una mezcla de aullidos y ladridos y me lame la cara alegremente.

Con sueño, me incorporo. En el borde de mi conciencia acechan todas las preguntas que no me hice durante la noche. Pero incluso ahora no me siento preparada para terminar nuestra historia. Creo que mi mente se da cuenta de que me abrumaría mentalmente y, de hecho, consigo

desterrar estas cosas al fondo de mi mente mientras miro a mi alrededor.

Seguimos junto al río verde brillante, pero en este punto el valle es mucho más amplio. Las montañas se han desviado y se alzan como reyes en el horizonte, las altas cumbres ocultas entre nubes rosadas como un secreto muy bien guardado. A derecha e izquierda del río, el lecho de grava se ve interrumpido por una alfombra de arbustos verde grisáceos y hierbas plateadas que crece hasta convertirse en un bosque bajo de coníferas a medida que se aleja. Todo parece intacto, como si aquí la naturaleza no supiera nada del otro mundo ruidoso y como si el tiempo se detuviera aquí para toda la eternidad.

—Un tipo especial de paz, ¿verdad? —oigo preguntar a Brendan, que parece haber estado observándome empaparme de naturaleza—. Aquí parece que nada ni nadie puede hacerte daño.

Asiento con la cabeza y me doy cuenta de lo mucho que le habrán herido si cree que sólo está a salvo en lugares sin gente.

—¿Dónde estamos? —Se limita a sonreír y saca de su mochila unos vaqueros y un jersey—. Bren, ¿dónde estamos?

—En algún lugar de Canadá. —Me lanza algo de ropa—. Ponte esto y nos ocuparemos de tu pie... oh sí, me temo que no tengo pantalones secos.

Me alegro de que me haya empacado algo para ponerme. Sin embargo, me molesta que nunca me diga dónde estamos. Con cuidado y medio escondida en el saco de dormir, me pongo los pantalones. Luego me quito brevemente la chaqueta polar azul oscuro para ponerme el jersey beige gigante. Un escalofrío recorre mis extremidades y me alegro cuando vuelvo a ponerme la chaqueta.

Observo atentamente mi entorno inmediato. Junto al saco de dormir hay una lona perfectamente enrollada, a derecha e izquierda hay largos maderos a la deriva clavados en la grava y a los pies de la zona para dormir hay grandes piedras más o menos a la misma altura que los soportes de madera. Así que en realidad no era una tienda, sino una lona que Brendan había tendido sobre nosotros. Le miro. Ahora está arrodillado frente al fuego, pero esta vez lo apaga con tierra y piedras. Descubro la olla de la que he comido esta noche colgando perfectamente de una correa de la mochila.

—¿Cómo has conseguido todo esto? —quiero saber.

Vierte unos puñados más de tierra sobre el fuego apagado.

—Cuando me desperté, ya no estabas —dice con un poco de reproche—. Sabía que no sobrevivirías ahí fuera tú sola. Lo que estabas haciendo era una locura. —Coge un cuenco del borde de la hoguera y me lo pone en la mano—. Deberías comer esto antes de irnos. Aún está caliente. También tengo té en el termo.

Cojo la cuchara clavada en las gachas y me meto la cremosa masa en la boca como una hambrienta. Me pregunto si estará enfadado. Hasta ahora no ha dicho nada, pero quizá quería perdonármelo porque me sentía muy mal. Quizá me ponga una cadena después de esto. Pero quizá haya otra posibilidad. Me doy cuenta de que ya no puedo reprimir la pregunta que llevo dentro. Nunca creí que pudiera hacerle cambiar de opinión un día y que me dejara ir voluntariamente. Pero cuando ayer se bebió la anestesia para protegerme, se despertó en mí una chispa de esperanza. La he reprimido hasta ahora, pero en mi subconsciente estaba ahí. Disimuladamente, entrecierro los ojos hacia él.

Se sienta en cuclillas a mi lado y me examina atentamente, como si intentara averiguar qué me pasa por dentro.

—Volví a la caravana y me traje a Grey —responde por fin a mi pregunta de antes.

—¿Y cómo me encontraste por primera vez, en el acantilado, quiero decir?

—Era obvio que te orientaras a lo largo del arroyo. Suficiente agua potable y también una garantía de no caminar en círculos. —Coge la lona y la ata al exterior de la mochila—. Luego, cuando te escapaste de nuevo por el acantilado, volví a buscar a Grey para que te buscara. Sabía que se avecinaba una tormenta.

—Así que rápidamente empacaste todo lo necesario para sobrevivir y partiste en busca de...

—El asesino de los desprevenidos.

—¿Qué?

—El asesino de los desprevenidos. Así llaman a la muerte por hipotermia. En Canadá atrapa a algunos turistas cada año. Viento, humedad y temperaturas inferiores a cinco grados son las mejores condiciones. —Los ojos de Ben se entrecierran—. ¿En qué estabas pensando? Caminar por la intemperie en la noche y además cruzar el río... Creía que no sabías nadar. —Mueve la cabeza con incredulidad.

—Yo también —digo en voz baja—. ¿Pero qué otra opción tenía?

Se frota la cara como si tuviera que borrar un sentimiento que hay allí antes de que pueda imaginarse.

—Ninguna, supongo. Soy más horrible que la muerte, aparentemente. —Las palabras suenan severas, pero también oigo desafío. Continúa seriamente—. Ya he alimentado a Grey. Te vendaré el pie y luego te llevaré de vuelta.

Se me forma un nudo duro y apretado en el estómago. La realidad me agarra con garras y todo lo que quería reprimir se abalanza sobre mí de repente.

—¿De vuelta? ¿Adónde? —pregunto con voz ronca.

Hace una pausa.

—A la caravana, claro, ¿dónde si no? —No me mira.

—¡Por supuesto! —murmuro. Siento un peso como una roca en el pecho. Siento que se me llenan los ojos de lágrimas, pero trago saliva. Cómo pude creer ni por un minuto que él entendería lo que significa amar a una persona. Si de verdad me quisiera, me dejaría ir. Si me quisiera de verdad, si yo fuera realmente lo más importante para él, su luz, sabría que no puede tenerme cautiva sin destruirme al mismo tiempo. Simplemente está obsesionado conmigo, eso es todo. Puedo sentir tanto o tan poco por él como quiera. Nunca me dejará ir. Jamás. Jamás. Jamás.

—¿Lou?

La repentina suavidad de su voz me quema. ¿Por qué no entiende lo que está haciendo? ¿Cómo puede susurrar mi nombre con tanto amor cuando es tan cruel al mismo tiempo? Siento que las lágrimas que tanto quería contener fluyen por mis mejillas.

—Pensaste que algo cambiaría porque bebí esa cosa, ¿verdad? —Asiento con la cabeza, no tiene sentido engañarle—. Lo siento. —Suena tremendamente sincero—. Desearía poder dejarte ir. Ojalá pudiera demostrarte lo que significas para mí.

—¡Entonces hazlo!

—No puedo.

—¿Tal vez... tal vez algún día?

—Tomé la droga porque era un peligro para ti. Estaba en medio de un flashback y cualquier cosa era mejor que hacerte daño. Incluso perderte, en ese momento era mejor. que yo hacerte daño o que tú cayeras en las profundidades.

—¿Quizás algún día? Bren... por favor dime... ¿quizás algún día? Sólo un tal vez.

Sonríe tristemente, pero no contesta y no me atrevo a repetir la pregunta. Mi miedo a que diga que no es demasiado grande.

En silencio, Brendan saca las vendas de su mochila, se arrodilla frente a mí y me venda el

tobillo. Siento sus dedos sobre mi piel, son cálidos y fuertes, me gustaría agarrar su mano y sostenerla. Sólo un momento, volver a sentir una caricia. Sé que básicamente debería pegarle y escupirle, pero desde anoche sé cuánto anhelo que me abrace. Echo de menos el cariñoso picotazo de Jay en mi costado, echo de menos los abrazos de Liam y Avery, incluso echo de menos la mano amonestante de Ethan en mi hombro. Lo echo todo de menos. Y si alguna vez volviera a casa, nunca diría nada en contra de Ethan. Volvería a casa puntual y estudiaría matemáticas todos los días. Me pregunto por qué sólo ahora, cuando he perdido todo eso, me doy cuenta de lo valioso que era. Todas las pequeñas cosas. La televisión juntos, las cenas, las risas en el porche...

—Ya está. —Brendan pone cinta alrededor del vendaje y me mira. A través del velo de mis lágrimas, su rostro se desdibuja ante mis ojos. Me tiemblan los hombros. Al final siento su mano en mi mejilla. Caliente y fría. Suave y áspera. Amarga y dulce. Acaricia el rastro de lágrimas con el dedo como si pudiera borrar el dolor. *Oh Dios, sólo dime que me dejarás ir. Sólo dilo.*

—Tal vez puede significar tanto nunca como en algún momento en diez años. Por lo tanto de acuerdo... Lou. Tal vez algún día. Tal vez alguna vez. Pero no vuelvas a preguntármelo.

Aspiro aire y tengo que sollozar al mismo tiempo. Aprieto los labios con fuerza, pero no sirve de nada. De repente tengo que llorar aún más.

Capítulo 20

Me cuelgo como un mono en la espalda de Brendan, con los brazos fuertemente enroscados alrededor de su cuello. Mi jersey está pegajoso por el sudor de su camiseta, pero me ha prohibido quitármelo para que vuelva a entrar en calor de verdad. Lleva la mochila con todas nuestras cosas atada a la parte delantera del estómago, a veces incluso se pone a Grey encima para que sólo asome la cabeza. No sé cómo se las arregla para caminar un metro en línea recta. Llevamos horas caminando, el sol ya ha pasado su cenit, pero Brendan no se permite ni un respiro. Su ritmo es implacable y no hace concesiones a mi martilleante cráneo. En algún momento apoyo la mejilla en el antebrazo. El pelo de Brendan me hace cosquillas en la oreja y un cosquilleo me recorre. Algo dentro de mí está completamente agotado, no es solo mi cuerpo, donde no hay un centímetro que no duela después de esta terrible experiencia. Es algo relacionado con Brendan. Ya no tengo fuerzas para luchar contra él. Ya no tengo fuerzas para luchar contra mis sentimientos. Y desde luego no quiero pensar en si sus palabras eran una promesa o sólo pretendían consolarme. Ya no puedo. El hecho de sentir algo por él, aun sabiendo lo que me está haciendo, es tan loco que la brecha que se abre entre los dos extremos me hace querer rendirme.

Me dejé llevar a un espacio irreflexivo, sintiendo el calor, los pasos firmes de Brendan, observando cómo cambiaba el entorno.

La grava va dejando paso cada vez más a la arena, y un exuberante floreado de flores amarillas y moradas se cuela entre los arbustos verde grisáceos y las hierbas plateadas. En el borde del bosque, florecen espigas blancas y esponjosas como la achicoria y pájaros grises revolotean por todas partes, en busca de mosquitos y libélulas.

Junto a nosotros, en el río, que se está convirtiendo cada vez más en un lago azul oscuro, un grupo de somorgujos nada como si quisiera ver hacia dónde nos dirigimos. Brendan dice que conoce un lugar donde podemos cruzar el agua y volver a la cima. Pero eso llevará días. Espero que tarde una eternidad, porque aquí, bajo el cielo infinito, me siento libre de una manera extraña. Es como si todo lo que me pesa perdiera sentido bajo la inmensidad.

Cuando por fin descansamos a última hora de la tarde, me siento aliviada cuando Brendan me dice que no ha llegado tan lejos como quería.

Me deja en el suelo y le observo mientras extiende su saco de dormir y recoge leña para la hoguera. Cuando no encuentra leña suficiente, desaparece tan profundamente en el bosque que no le veo ni le oigo durante mucho tiempo. Me ha puesto en la mano una lata vacía con algunas piedras para que haga ruido y ahuyente a los osos. No se le ocurre que yo podría huir de nuevo. Por supuesto, no sólo él es más rápido, sino que ahora yo también estoy coja de los pies.

Más tarde talla un arpón de madera de abedul y apuñala unos cuantos salmones en las aguas poco profundas, que asa para nosotros sobre el fuego.

Poco a poco, estoy volviendo en mí. Mental y físicamente, como si me hubieran congelado hasta las capas más profundas de mi alma. Brendan me ha puesto su grueso abrigo y me ha ayudado a subirme al saco de dormir, él mismo está sentado en la arena a mi lado.

El salmón sabe delicioso. Comemos en silencio y nos quedamos sentados un rato. El aire nocturno es suave y fresco como la seda, la luna llena sobre nosotros derrama una luz plateada y soñadora sobre los picos de las montañas y las copas de los pinos. Su reflejo perfecto yace en el agua como un gran diamante brillante rodeado por un ejército de estrellas. La visión de la luna y el canto de los grillos me inundan de la paz que anhelo y despiertan una profunda paz en mi interior. Siento que me relajo. Todo es perfecto, no necesito tener miedo, ni de Brendan ni de mis

sentimientos, no aquí fuera. El millón de destellos en el cielo y el lago me hacen creer en algo más grande. Tal vez fue el destino que Brendan me llevara. Quizá haya un poder mayor que nos unió. Un poder contra el que no puedo luchar.

Con el abrigo sobre los hombros, cojeo hasta la orilla y me siento con cuidado sobre la grava. Mi mirada recorre el lago. El oscuro bosque de enfrente parece serio y silencioso. Un rato después, Brendan se acerca y se sienta a mi lado. Acerco las piernas al cuerpo y miro las piedras de la orilla. Están cubiertas de un barniz de musgo verde; mis pies, que llevan los calcetines demasiado grandes de Brendan, parecen cuerpos extraños junto a ellas.

—Esta es tu tierra, ¿no? —Le miro.

Asiente, con cara de sorpresa.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Vi un cartel. Propiedad privada. Prohibido el paso. —Me pregunto por qué sólo fui consciente de esto por la señal de madera. Una y otra vez me ha pasado por la cabeza hoy. Explica por qué Brendan nunca tuvo la menor preocupación de que alguien pudiera descubrirnos en la cascada. Un turista o cualquier otra persona.

—Legalmente, no es mía. —Brendan juguetea con un guijarro, ensimismado—. Soy el arrendatario de todo. —Hace un gesto con la cabeza hacia el lago—. Por eso se me permite cazar y pescar. De lo contrario estaría estrictamente prohibido. Conservación de la naturaleza y todo eso.

—¿Alquilaste todo esto, por así decirlo? ¿De cuánta tierra estamos hablando?

—He olvidado el metro cuadrado exacto. Conozco los límites, eso es todo lo que necesito saber.

Un recuerdo relampaguea en mí. Nos veo a Bren y a mí junto a la caravana, a la misteriosa luz del atardecer, justo antes de que me llevara a rastras.

—Cuando dijiste que estuviste fuera todo el verano... ¿siempre estuviste aquí, en tu tierra?

Asiente.

—¿Cuántos veranos?

—Tres.

No puedo evitar pensar en una de nuestras conversaciones que parece muy lejana en el tiempo, aunque no puede haber sido hace tanto.

—Has estado viniendo aquí desde que mataste accidentalmente a ese hombre.

Me mira seriamente.

—Piensas rápido.

—Después de todo, no tengo mucho más en qué pensar cuando no estoy planeando una fuga.

No responde a mi última frase, pero dobla las piernas y apoya los codos en ellas. Su mirada se queda en blanco.

—Entonces sólo quería alejarme. Dejarlo todo atrás. Olvidarlo todo.

Le examino atentamente de reojo.

—¿Qué es todo? —Esta vez lo pregunto no porque quiera evaluarle mejor, sino porque me interesa. Me interesa.

—Las luchas, la vida en los barrios bajos.

Tengo que tragar saliva.

—¿Vienes de los barrios bajos?

Levanta la cabeza y mira en mi dirección con una expresión sombría en los ojos.

—La verdad es que no. Escapé de allí. Y luego viví allí unos años, sí.

No sé qué decir a eso. Si alguien huye a un lugar como éste, el lugar del que huye debe de ser

el infierno.

—¿De dónde vienes? —pregunto con cautela.

—Los Ángeles. Sólo tenía doce años cuando conseguí escaparme de casa. Lo había intentado varias veces, pero la policía siempre me detenía. En algún momento pensé que estaría a salvo en los barrios bajos. Ni siquiera la policía quiere entrar allí.

—Claro, ¿en los barrios bajos? —Sacudo la cabeza—. Eso es como cruzar un río cuando no sabes nadar.

—Reconozco un paralelismo. —Se ríe brevemente. Un sonido peculiarmente doloroso que desgarra el silencio de la noche. Callamos y vuelvo a mirar el lago en el que flota el reflejo de la luna. Un grupo de patos pasa nadando junto a nosotros a una distancia prudencial de la orilla.

—¿Y de qué eran esas peleas de las que hablabas? —me atrevo a preguntar finalmente—. ¿Era siempre por dinero?

Asiente con la cabeza.

—Fui descubierto por una especie de explorador de combate.

—¿Un explorador de combate?

—Se trata de alguien que espía en secreto a los más fuertes en las peleas de rivalidad entre bandas para contratarlos para las peleas clandestinas. Hay mucho dinero en juego. Mucho dinero. —Coge un puñado de guijarros y los lanza uno a uno al agua—. No hay reglas para eso, parecido a las peleas de artes marciales mixtas. Todo está permitido excepto las armas. Pero a diferencia de las peleas de artes marciales mixtas, las peleas clandestinas no son legales. No hay límites. Hay mucho en juego y lo que le ocurra al perdedor sólo lo decide el ganador.

—¿Qué tiene que pasar? —pregunto irritada.

Brendan contorsiona el rostro en una mueca.

—¿Quieres decir además del riesgo de morir en la pelea?

Asiento sin decir palabra. Aún no sé cómo conciliar toda esta nueva información con la imagen que tengo de él. Huir a los barrios bajos, ¡eso es una locura! Tan loco como probar narcóticos en uno mismo.

—Hay algunas prácticas que son muy populares. —Me mira y luego vuelve a apartar la mirada—. No querrás saberlo, créeme.

Elijo no preguntar.

—¿Has perdido alguna vez?

Se frota la cara.

—No —dice en voz baja.

—¿Nunca? —pregunto incrédula.

—Nunca.

—Por eso tienes tanto dinero ahora para arrendar la propiedad.

—Es dinero negro. Tengo a alguien que me lo blanquea.

—Oh...

Sus ojos se oscurecen mientras me mira.

—Te dije que no soy una buena persona.

No evito su mirada.

—¿Has decidido alguna vez que le ocurra algo terrible a tu oponente después del combate?

—Nunca. Lo juro.

—Debió de ser terrible vivir así —digo en voz baja.

Sacude la cabeza.

—Para mí no. La violencia y la pobreza, ambas eran mejores que lo que tenía antes.

Por primera vez pienso que sería mejor no tocar su pasado traumático. Intento que no se note mi consternación, porque conociéndole, lo quiere todo menos lástima.

—¿Te fuiste en algún momento, cuando tuviste suficiente dinero? —pregunto, esforzándome por parecer serena.

Brendan asiente.

—A los dieciocho años alquilé un apartamento decente. Pero habría seguido viviendo esa vida de no haber sido por aquel incidente. Sólo entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo en realidad. —Deja escapar un profundo suspiro—. Nunca quise matar a nadie, pero no me importaba mi propia vida.

—¿No te importaba tu vida? —repito, preguntándome al mismo tiempo que me sorprende, a pesar de todo lo que sé.

—No había nada por lo que quisiera vivir —Mira esculturalmente la superficie brillante del agua—. Quizá por eso era tan bueno. Durante una pelea, nunca tuve miedo. Siempre lo arriesgaba todo, la muerte era una opción aceptable. Nunca salí realmente de la oscuridad hasta que te encontré. —Vuelve su rostro hacia mí. Una profunda tristeza que no conozco de mi vida se dibuja en sus rasgos. Al mismo tiempo, deseo poder borrarla para siempre para que pueda salir de su pasado. De repente quiero saberlo todo. Todo sobre él y todo sobre él y yo.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto rápidamente, antes de que se le ocurra que ya ha revelado bastante de sí mismo. Bajo ninguna circunstancia debe escabullirse de mí ahora.

—Hace más o menos un año. —Sonríe como si esta pregunta no le asustara, sino que le deleitara. Coge otro puñado de guijarros y cierra el puño en torno a ellos como si fueran recuerdos a los que se aferrara—. Hace tres años dejé el piso y me compré la autocaravana. Quería alejarme, irme en auto, tenía suficiente dinero. Al cabo de un mes acabé aquí y me quedé todo el verano.

—¿Y los inviernos?

—Los dos inviernos anteriores estuve en un pueblo pequeño. El último invierno lo pasé aquí. Hay una vieja cabaña de madera en la propiedad junto al lago. Es pequeña, pero suficiente para sobrevivir allí.

—¿Por qué no me llevaste allí?

Sonríe.

—Todavía. —Tengo que tragar saliva y mirar su mano, en la que aún sostiene los guijarros —. Hace demasiado frío para sobrevivir en la caravana en pleno invierno. Me preguntaste sobre eso una vez, ¿recuerdas?

—Sí, claro. —Fue entonces cuando descubrí los suministros.

—La casa está situada en un lago y sólo se puede llegar a pie. Un largo camino, pero aún más solitario que aquí. El invierno pasado estuve solo allí durante cuatro meses.

No puedo ni remotamente imaginar qué clase de vida llevaba entonces.

—¿Ya me habías encontrado entonces?

—Tenía un portátil. La conexión era mala, sólo unas horas al día, y el generador no siempre funcionaba por el frío. Pero en invierno era el paraíso. Imaginaba cómo te lo enseñaría algún día.

Imagino a Brendan sentado solo en una cabaña nevada mirando mis fotos de verano. El miedo que habría sentido en el pasado está ausente.

—Cuando el lago se congela en la cabaña, se puede oír cómo se adormece cantando. Durante días, inquietantes melodías llenan el lugar. La naturaleza está encantada. Sonidos como cantos de ballena, como si un gigante soplara en un órgano hecho de botellas. Luego, sonidos de campanas como si salieran de un arpa de cristal; y sonidos como si monumentales gotas de agua cayeran al

suelo de una cueva. A todo esto, un ejército de fantasmas baila como espirales de niebla sobre la capa de hielo helado, y los lobos aúllan de fondo.

—Suena bien —admito a regañadientes—. Y un poco espeluznante.

Brendan parece muy soñador.

—En el solsticio de invierno, el sol proyecta sombras de cincuenta metros de largo, así de bajo está. Convierte los centelleantes cristales de hielo sobre el lago en polvo brillante de color rojo rubí. Y cuando cae la primera nevada, refleja la luz de la luna y de las estrellas y las noches se vuelven cristalinas. —Me mira y vuelvo a verlo en mi mente, caminando alto y oscuro por un lago blanco y helado, dejando tras de sí una sombra negra e interminable como un manto.

—Este país me dio paz y seguridad. Podía respirar de nuevo y por fin dormir sin tener pesadillas cada noche. Pero también estaba solo.

Cojo su mano con los guijarros entre las mías y la estrecho con fuerza.

—¿Nunca tuviste amigos? ¿O una chica que quisieras?

—Las relaciones significan que puedes ser abandonado. No soporto que me abandonen, así que construí un muro a mi alrededor.

—¿Y no es igual conmigo? —Abro sus dedos y los guijarros caen al suelo. Su mano vacía yace entre las mías, congelada como la de un muerto, como si tuviera miedo de moverla.

—No —susurra.

—¿Por qué no? —le susurro.

—Porque me aseguré de que no puedas dejarme. No tengo que protegerme tanto. Desde que te vi... todo fue diferente de repente. Era como si pudiera mirar todo a través de tus ojos contigo... la vida y todo. Eras como un rayo de luz en una cueva de oscuridad. —espira hondo y quiere apretar el puño, pero se lo impido presionando contra él, cogiéndole la mano con mucha fuerza—. Hoy lo haría todo de otra manera. —Traga con fuerza, devolviendo la presión de mis dedos—. Hoy no te secuestraría. Hoy no te drogaría... no te tocaría... pero es demasiado tarde. Ya no puedo volver atrás. No quiero perderte. Especialmente ahora que realmente te conozco. Al principio era sólo la idea de que podrías hacerme feliz, pero ahora estoy seguro.

Podría llorar porque es demasiado para mí. Brendan y su historia. Brendan y la canción de hielo. Brendan y yo. Siento que me parto por la mitad por dentro. Una tira de Brendan hacia mí, la otra lo aleja. Pero la verdad es que ya no quiero alejarlo. Quiero atraerlo hacia mí. Quiero sentir cómo me late el corazón cuando me rodea con sus brazos y me aprieta contra él. Quiero saber cómo se sienten sus labios inflexibles sobre los míos y a qué sabe su lengua. Quiero que me presione hacia atrás con su cuerpo sobre la arena y que no oiga ni vea nada más que a él. Quiero que llene cada centímetro de mí y que no pare.

Pero prometió no tocarme, y si lo quiero, tengo que dar el primer paso. Pero no puedo. La zanja que nos separa me parece demasiado grande para saltarla. Porque si salto, no hay vuelta atrás. Entonces todo cambiará y no sé si estoy preparada para eso.

De reojo, le observo mirando a un punto en la distancia. Mirarle es un poco como sentir nostalgia, pero no sé por qué.

—Bren —le digo y le suelto suavemente la mano—. No creo que seas una mala persona.

Me mira, sus ojos tan solitarios como la tierra.

—Excepto por mi secuestro, quiero decir.

Sonríe, pero es una sonrisa que no me gusta. Es una sonrisa que también podría ser un grito. En ese momento me doy cuenta de que le creo. Hoy ya no me secuestraría, sino que me invitaría a salir.

Más tarde, esa misma noche, lleva la mochila al bosque y la sube a un árbol con una cuerda para que nuestras provisiones no atraigan a los osos a nuestro lugar de dormir. Después, prepara un lugar para dormir junto al saco de dormir. Aunque lo deseo, me alivia que no se acueste conmigo, pues estoy demasiado agitada para soportar tanta cercanía. Tal vez él lo perciba, tal vez sólo cumpla su palabra porque cree que compartir el saco de dormir rompería su promesa. Incluso Grey me deja sola hoy y se acuesta junto al fuego con Bren.

Permanezco despierta mucho tiempo. Millones y millones de estrellas palpitan sobre mí, todo el cielo parpadea bajo su luz. Me parece una dimensión mágica entre la luz y la oscuridad. Me siento más perdida cuanto más tiempo miro la luz de las estrellas. No sé qué sentir y qué es lo correcto.

—¿Lou? —oigo susurrar de repente a Brendan—. ¿Todavía estás despierta?

—Sí.

—Siempre quisiste que pasara algo, ¿verdad?

Mi corazón late más rápido de golpe.

—¿Qué quieres decir? —Un sordo presentimiento revolotea en mi interior. Sigo mirando hacia arriba.

—Una vez te dije que había una segunda razón por la que te secuestré. —Hace una pausa—. Querías algo que te arrebatara de tu vida y te elevara en el aire como un águila. Querías algo que te diera la vuelta y te dejara como alguien a quien no reconocieras. Algo que hiciera brillar tu corazón. Anhelabas eso, ¿verdad?

No puedo responder. Durante unos segundos me quedo tumbada, rígida como una tabla, y pienso que las estrellas deben de estar cayendo sobre mí.

—Sólo quería que lo supieras, Lou —continúa.

Quiero llorar, reír y gritar al mismo tiempo, pero no hago nada de eso. No puedo moverme.

Y, de repente, un velo rojo brillante surca el cielo, como si la tela de una deidad ondeara allí. Se ondula como impulsado por un viento invisible y, de repente, todas las estrellas desaparecen.

—Aurora boreal —dice Brendan en voz baja. Se ha incorporado, pero yo sigo tumbada. No puedo evitarlo. Hechizada, miro hacia arriba y veo cómo se forma un lago de luz roja sobre nosotros. Se vuelve realmente brillante. Los bordes del lago tiemblan y esporádicas hélices se desprenden de él y vuelan como fénix. Se me pone la piel de gallina, esta vez no por el frío. En algún momento, el lago sobre nosotros se convierte en bandas de un rojo intenso que cubren todo el arco del cielo. Una niebla rosa pálido flota sobre los picos de las montañas en el horizonte, y por encima de nosotros la luz verde se cuela en la marea roja, que se vuelve cada vez más de un púrpura intenso. Apenas puedo respirar de puro asombro. Nunca antes había visto algo de tal tamaño, de tal belleza. Siguen apareciendo nuevos patrones, durante muchos minutos sólo hay luz multicolor. Finalmente, los rayos de color caen en todas direcciones. El violeta se disuelve y lo que queda es el verde claro y brillante. Como un suave susurro de ensueño, revolotea por el cielo y luego se desvanece.

Mi corazón late con fuerza. Vuelven las estrellas. Me siento encantada. Miro a Brendan, que ahora está de pie en la orilla, con la cabeza muy echada hacia atrás sobre el cuello. La belleza que acabo de presenciar casi parece una señal. Vuelvo a mirar hacia arriba.

Querías que pasara algo...

La luz y la oscuridad se difuminan sobre mí. Quizá el bien y el mal no estén tan alejados como siempre he creído. Quizá sean realmente dos cualidades de la misma cosa. Porque, si no, ¿cómo podría Brendan sentirse tan bien y tan mal a la vez?

Cuando me despierto a la mañana siguiente, todo está muy tranquilo. Siento el aire fresco en las mejillas y me incorporo somnolienta. Inmediatamente Grey viene saltando hacia mí con un sonido alegre y le rasco las orejitas mientras pienso en el cielo de colores y en todas las palabras entre Brendan y yo. Todavía me siento un poco mareada, pero es una sensación agradable que me gustaría mantener encerrada durante un rato. Perdida en mis pensamientos, mi mirada se desvía hacia Brendan.

Está tumbado de lado con la cara enterrada bajo el codo doblado. Parece que sigue dormido y no quiero despertarle. Al fin y al cabo, es él quien tiene que cargar conmigo todo el día.

Me levanto en silencio, tomo la olla y cojeo hasta el lago por agua. Me escuece el tobillo a cada paso, pero estoy mejor que ayer. Me arrodillo en la orilla. De la superficie lisa del lago salen vapores de niebla hacia el cielo, que lo envuelven en la magia del mundo olvidado que siento incluso dentro de mí. Los picos de las montañas brillan con un brumoso rojo anaranjado y me recuerdan el lomo de un dragón en llamas. De repente pienso en un cuento de Jayden. Sumerjo la olla bajo el agua e involuntariamente me pregunto qué estarán haciendo mis hermanos. ¿Estará Avery haciendo huevos revueltos esta mañana? ¿Estará Ethan leyendo el periódico? ¿Estará Liam bajo el manzano, y Jayden tecleando en su computador? Un extraño dolor surge en mí, se siente muy diferente que al principio, de alguna manera como una joya preciosa detrás de un cristal. ¿Han superado mi pérdida o alguno de ellos se ha roto? ¿Han vuelto a sus vidas cotidianas? No sé por qué tengo que pensar en ellos ahora. Tal vez porque en este momento me siento tan ajena a ellos. Como si ellos mismos fueran personajes de un cuento. Como la chica cuyo mayor logro, hace tanto tiempo, era un puré de papas azul y la entrada en un club de tontos. Apenas la recuerdo. En cambio, vuelvo a recordar a la niña del camisón blanco y siento que nuestros corazones tienen mucho más en común. Busco mi collar con colgantes, pero incluso antes de sentir el vacío, sé que lo he perdido. Está en algún lugar del bosque, entre las ortigas y los sauces.

A pesar de la ensoñación que siento en mi interior, se me llenan los ojos de lágrimas, no sólo por la pérdida, sino porque acabo de enterarme. Lo siento como una traición. ¿Mis sentimientos por Brendan hacen que sienta menos por mis hermanos? No, ese pensamiento no tiene sentido. Sigo queriendo a cada uno de ellos tanto como siempre. Y hace dos días, todo lo que quería era volver a casa. Es sólo que han pasado tantas cosas. No sólo casi me muero de frío, no, todo dentro de mí es de repente diferente, así que el tiempo parece mucho más largo.

Saco la olla del agua, me pongo de pie y parpadeo para que se me pasen las lágrimas. Decido preguntarle a Brendan en el momento oportuno si puedo enviar una señal de vida a mis hermanos. Sería mucho más llevadero. No sé por qué no se me ha ocurrido mucho antes.

Justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, diviso una mamá alce con dos crías en la orilla opuesta del lago. Mi corazón empieza a latir con fuerza, aunque no puede pasarme nada. Mira hacia mí, arranca un sauce y rompe una ramita. Masticando, me examina y considera con certeza si podría convertirme en un peligro para sus crías. En el momento en que vuelve a apartar los ojos de mí, Grey sale disparado desde el fondo y suelta un terrible rugido, un aullido o ladrido, algo entre un perro y un lobo. Inmediatamente Brendan también se pone en pie y viene corriendo hacia la orilla.

—Una mamá alce con dos crías —le digo, aunque él mismo lo ve.

—Hm... —Se queda pensativo, pero no me mira—. Tal vez sería mejor ponerle una correa a Grey. No vaya a ser que asuste a la caza.

—Pero un lobo debe estar en la naturaleza —respondo. El alce se retira a la espesura de la otra orilla.

—Exactamente por eso. —Brendan retrocede y me doy cuenta de que teme que Grey nos abandone.

El sol sale y se pone varias veces. Por fin he perdido la noción del tiempo. Ya podría ser septiembre. El nuevo curso escolar podría haber empezado sin que yo esté en Ash Springs. Me pregunto si Ava y Madison seguirán pensando en mí. ¿O Elizabeth y Emma? Aquí fuera, todo parece tan infinitamente lejano. Sólo estamos Brendan, Grey y yo, el cielo amplio y despejado, el agua y los árboles.

Hay una tierna familiaridad entre Brendan y yo y algo que no puedo describir con palabras. Está en todas partes, entre lo que nos decimos y lo que no. Está en nuestras miradas, las abiertas y las furtivas; en los roces accidentales y en los que deben serlo. Está en el aire que nos rodea, e incluso cuando dormimos se cierne sobre nosotros como una red finamente tejida, como un atrapasueños. Es poderosa y grande, pero infinitamente vulnerable. Una palabra equivocada, un comentario equivocado y todo puede acabar. Me recuerda a los nombres que el niño indio Grey dio a las estrellas. No se pueden pronunciar, cualquier intento las rompería como el cristal.

Hoy ya es tarde cuando Brendan y yo nos detenemos. El lugar donde acamparemos esta noche es perfecto: una pequeña ensenada junto al lago, lo bastante grande como para que podamos encender el fuego y dormir, enmarcada por un semicírculo de oscuros abetos, esbeltos abedules y un gigantesco sauce llorón, cuyas ramas de color verde plateado se sumergen en el agua como si estuvieran bebiendo.

Brendan ya ha encendido un crepitante fuego con las ramas podridas de los alrededores, sobre el que hiervo agua para beber mientras él recoge más leña en el bosque. Cuando he dado de comer a Grey, salta detrás de Brendan. Los oigo a los dos avanzar por algún lugar entre la maleza, Brendan le habla a Grey y éste le responde con un solo ladrido.

Mientras tanto, echo un vistazo más de cerca a nuestro campamento y descubro unos arbustos de frambuesas junto al sauce. Se puede hacer té con las hojas, Brendan me lo enseñó ayer. Arranco con cuidado unas cuantas hojas, encuentro algunas bayas aquí y allá y lo recojo todo en una bolsa de tela.

Tengo que darme prisa. El cielo ya está bañado por el resplandor del sol poniente y luce un velo de nubes oscuras.

Estoy tan ensimismada que oigo el suave chapoteo en la orilla, pero lo atribuyo a un grupo de patos. En el límite de mi conciencia sé que suena diferente, más firme; pero hay tantas aves acuáticas que no lo sé. También podrían ser nutrias. Mientras recojo la tela en la parte superior para anudarla y cerrarla, oigo voces.

Al principio creo que me las he imaginado, pero un parpadeo después el agua me arrastra un nuevo torrente de palabras y risas.

Me paralizo en mitad del movimiento. Todo a mi alrededor se entumece y el paño se me escapa de los dedos. Ahora entiendo también el chapoteo rítmico. Remos que se sumergen en el agua y vuelven a salir. Durante unos segundos se me va la cabeza, pero por fin consigo moverme. Mecánicamente doy dos o tres pasos hacia la orilla, hasta llegar a las ramas colgantes del sauce.

Todavía están a varios metros de distancia y se deslizan río abajo por el agua azul oscuro: tres canoas, cada una tripulada por dos hombres. No hablan mi idioma, podrían ser alemanes, pero sin duda saben lo que significan *Ayuda* o *Socorro.*

Capítulo 21

Abro la boca para gritar, pero no sale ningún sonido. Pasan los segundos. Ya están casi a mi altura, pero aún no me han visto. Mis pensamientos se aceleran, todo se me viene encima a la vez. *Aquí estoy*, quiero gritar, en mi mente se forman todas las sílabas, pero permanezco en silencio y me observo luchando conmigo misma. Son hombres fuertes y son seis. Estoy segura de que podrían dominar a Brendan, por mucha experiencia de combate que tenga. Durante una fracción de segundo, una secuencia de imágenes pasa ante mí. Brendan atado en el suelo, Brendan dominado en una canoa, Brendan en el tribunal. Brendan en una celda. Solo y encerrado en la oscuridad. *Tan oscuro...* Se me hielan los pies y me doy cuenta de que ya estoy de pie en el agua. De nuevo la risa bulliciosa de los hombres vuela por el lago. Una de las canoas se balancea. Me deslizo silenciosamente entre las ramas caídas del sauce, moviéndome con las barcas. Nuevas imágenes surgen en mí. Veo el rostro demacrado de Ethan ante mí, la tristeza en sus ojos, siento su corazón oprimido como si fuera mío. Me arde el pecho. La presión en mis pulmones aumenta al contener la respiración tan convulsivamente. Necesito gritar ya. Ahora mismo.

¡Ayuda! Me tapo la boca con una mano, muy fuerte, para no gritar el sonido que me sube a la garganta. Soy una traidora, haga lo que haga. Alguien va a salir herido. El corazón me late tan deprisa que la sangre me golpea los oídos. Tal vez esta sea mi última oportunidad de cambiar las cosas. *Tal vez* podría significar nunca o en *algún momento* dentro de diez años.

¡Se lo prometiste a Ethan!

Doy un paso adelante, bajo la mano. *Grita,* me suplico, pero no lo hago. Algo dentro de mí no puede. Me detengo, me arden los ojos. *¡Grita!*

Al momento siguiente, una mano se coloca en mi boca desde atrás. Muy fuerte. Alguien tira de mí hacia el interior del sauce, las ramas se deslizan a mi lado como las cuerdas sueltas de una cortina de hilo.

—¡Ni un ruido! —oigo la áspera voz de Brendan contra mi oído. Me sujeta con tanta fuerza que no puedo moverme. Por un instante me quedo atrapada en el pasado, reviviendo el momento en que me puso el cloroformo en la cara. Instintivamente empiezo a inquietarme, mis pies salpican agua a nuestro alrededor y me muerdo el labio saboreando la sangre.

—¡Silencio! —susurra. Me agarra con más fuerza. En realidad no me hace daño y, sin embargo, algo dentro de mí se rompe. Mi resistencia flaquea, es inútil intentarlo. Nunca tendré una oportunidad contra él. Nada cambiará jamás. Él es mi captor, yo soy su rehén. ¿Cómo podría pensar en otra cosa? Las lágrimas arden en mi garganta, pero no quiero llorar. Podría haber gritado. Podría haber acabado con él. Sabía cómo era. Pero no quería romper eso entre nosotros y ahora él me ha herido más profundamente que nadie.

A lo lejos aún oigo el ruido de chapoteos y un murmullo de voces, pero pronto la tierra se lo ha tragado todo. El silencio regresa como una criatura viva que estuvo brevemente al acecho, pero Brendan no me libera.

El tiempo se estira. Tiempo en el que me doy cuenta de lo que acabo de hacer o dejar de hacer. Tiempo en el que me doy cuenta de que he tirado mi vida por la borda. Pero lo más loco es que no lo siento así.

Cuando Brendan me suelta y mis pies vuelven a pisar el fondo del lago, despierto como de un sueño surrealista. Ahora puede pasar cualquier cosa. Cualquier cosa.

Mantengo cuidadosamente la distancia y sólo me doy la vuelta al cabo de unos pasos. Está de

pie, con sus pantalones cargo y su jersey oscuro, las manos temblorosas cerradas en puños. Tiene una palidez fantasmal y una expresión de dolor, como si acabara de recibir una paliza y no quisiera mostrar el dolor a su oponente.

—No tenías por qué hacerlo —digo con voz temblorosa.

—Sí, por desgracia —susurra. Su voz suena muy débil.

—¡No! —grito tan fuerte que se sobresalta—. Yo no habría gritado. —Aunque parece tan indefenso, me dan ganas de darle un puñetazo en la cara, de hacerle daño como él acaba de hacérmelo a mí—. Si hubiera querido, lo habría hecho —me quejo—. Antes de que me agarraras tan fuerte, como si volviera a ser la presa que te obsesiona.

Me mira fijamente durante unos segundos. Sus ojos se agrandan.

—¿No habrías gritado? —repite—. No entiendo... por qué... quiero decir, era tu oportunidad... o no... —Parece angustiado, sacudiendo la cabeza—. Lou —suena suplicante. Me parece alguien que se ha topado con un mundo extraño y no conoce sus reglas—. ¿Por qué no?

Quiero pegarle porque no se da cuenta de lo importante que es para mí y de que hice esto por él. Quiero llorar porque no me dio la oportunidad de demostrárselo. Probablemente ni siquiera se imagina lo difícil que ha sido para mí este momento. Por su culpa, he tomado la decisión de no volver a comer huevos revueltos de Avery, de no volver a estudiar con Ethan, de no volver a burlarme de Liam cuando se pare sobre una pierna. Por su culpa, he decidido no volver a leer un cuento de Jayden. Por su culpa, mis hermanos seguirán sufriendo y eso me destroza el corazón.

Le miro y no consigo articular palabra.

Brendan aprieta los labios. Parece como si las lágrimas estuvieran a punto de correr por sus propias mejillas.

—Lo he vuelto a hacer todo mal... —Da un paso hacia mí—. Cuando los oí... pensé que iban a alejarte de mí. Eran seis. —Se detiene y se lleva las manos a la cara—. Pensé que eso era todo y que te perdía para siempre... por qué no gritaste... no te entiendo... Lou, ¿por qué no?

Veo cómo le tiemblan los dedos. Sólo en ese momento me doy cuenta de lo vulnerable que es. Su pasado está en lo más profundo de su alma, tan profundo que no puede sacarlo por sí mismo. Como una mariposa con las alas chamuscadas, se debate en su telaraña, retorciéndose, empeorando las cosas. Ya no puede luchar porque es lo que ha hecho toda su vida. En realidad, él es débil y yo soy fuerte.

Probablemente sea esta constatación la que me hace acercarme a él con toda mi desesperación. Acabo de decidirme por él y no puedo cuestionar esa decisión por su reacción ante la situación. Toda la situación no ha hecho más que demostrar quiénes somos y cómo somos. Me ha hecho darme cuenta de cuánto poder tiene nuestro pasado sobre nosotros, tanto si lo amamos como si lo odiamos.

Doy otro paso hacia él.

—¿Quieres saber por qué no grité? —le pregunto con más desafío del que siento.

Asiente, sus manos descienden.

Me paro muy cerca de él, atreviéndome a sonreír a pesar de mi pena o a causa de ella. Sé que si no supero la zanja ahora, nunca lo conseguiré. Entonces también podría haber gritado. De nuevo afloran en mí todos los miedos y dudas y siento el miedo que siempre le he tenido con una urgencia que convierte mis rodillas en goma. Se ablandan hasta el punto de que creo que estoy a punto de caer, y sé que sólo Brendan puede quitarme todos los miedos. Abrazándome fuerte.

Doy el último paso hacia él, le rodeo el cuello con las manos y recuesto la cabeza en su pecho. Me tiembla todo el cuerpo. Por un momento parece congelado, luego siento que sus brazos me rodean la cintura, con tanto cuidado, como si no supiera cómo y como si pudiera

romperme accidentalmente. No sé cuánto tiempo permanecemos así, abrazados, temblorosos y abrumados. Incluso a través de su jersey siento el latido de su corazón, su respiración acelerada rozándome el pelo. Todas las emociones se arremolinan en mi interior. Mi miedo se esfuma y sólo siento los brazos de Brendan a mi alrededor. Suavemente. Tiernamente. Solo calma. Ahora me doy cuenta de lo mucho que deseaba esto. Es exactamente como siempre había imaginado que sería el momento de volver a casa. Dejo que mis lágrimas fluyan y finalmente levanto la cabeza para mirarle.

—¿Lo sabes ahora? —pregunto con un sollozo silencioso.

En respuesta, me atrae hacia él, tan cerca, tan fuerte, que ninguna fuerza podría separar nuestros cuerpos. Jadeo y pongo las manos en sus mejillas. Sus labios tocan mi frente, mis párpados, la punta de mi nariz y encuentran mi boca. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Le devuelvo el beso y en el mismo instante sé que me estoy perdiendo. He saltado y ahora no hay otro camino, nunca más. Saboreo sus labios, siento su lengua introduciéndose delicadamente en mi boca. Siento que caigo y vuelo al mismo tiempo. Mis piernas ceden, él me levanta y yo rodeo sus caderas con ellas. Mis dedos se enredan en su pelo. Me aprieto aún más contra él. Quiero sentirlo por todas partes, quiero que me llene por completo, hasta el fondo.

Por un momento nos detenemos, jadeantes. Nuestras miradas se cruzan y descubro un anhelo tan grande en sus ojos que creo que se me va a romper el corazón. No puedo creer que sea el mismo del principio. No puedo creer todo esto.

No sé cómo, pero aterrizamos en el pequeño banco de arena al pie del sauce, rodeados por sus ramas colgantes. Se tumba sobre mí, me besa, mientras su mano se cuela bajo mi jersey y me acaricia el pecho. De repente, se detiene.

—Quizá... quizá deberíamos esperar... —murmura y me mira. Atento, amable y, sin embargo, lleno de un deseo vacilante. Arde como un fuego en sus ojos, aunque se esfuerza por ocultarlo—. Quizá después de lo que ha pasado estás demasiado confusa para saber lo que quieres.

—No —susurro—. No... no estoy confundida. Sólo estoy triste porque no puedo tenerlo todo.

Se da cuenta y quiere mantener las distancias, pero lo atraigo hacia mí y lo beso antes de que pueda protestar. Sabe tan bien, a sal, a tierra y a sudor fresco. Y todo eso mezclado con la tristeza que siempre le rodea. No quiero dejarle marchar nunca. Siento su vacilación, pero se la quito chupándole la lengua, rodeándola, hasta que no puede contenerse más y devuelve mi deseo con la misma avidez.

En algún momento, se quita el jersey y me pasa el mío por la cabeza. Nuestros pantalones le siguen.

Cuando lo siento piel contra piel sobre mí, podría gritar de felicidad. De dolor. Todo parece un torrente de cien millones de colores. Sus labios en mis clavículas, en mi vientre, más abajo, mucho más abajo. Sus dedos en mi pelo, en mis pechos sudorosos, entre mis piernas. Mis manos lo descubren todo de él. Todo mi mundo se detiene. De fondo se oye el golpeteo de la lluvia, pero estamos cobijados bajo el dosel de sauces, y sólo la arena que tenemos debajo se humedece. Apenas nos damos cuenta. No sentimos el frío, sólo nosotros. Nos olvidamos de todo. Incluso de quiénes somos.

Cuando abro las piernas para él y lo acojo en mi interior, un dolor agudo me recorre y me hace retroceder. Jadeo y él se detiene, sobresaltado.

—¿Lou? ¿Estás bien? —Su aliento caliente se rompe en mi cara sudorosa—. ¿Te duele?

—No pasa nada —digo sin aliento y le miro a los ojos—. Terminará en un minuto.

Espera un momento y continúa sin apartar los ojos de mí. Su cara está cerca de la mía. Sus ojos están llenos de asombro, como si no creyera poder experimentar algo tan hermoso.

Deslizo los brazos por debajo de sus axilas y le agarro tan fuerte como puedo. El dolor desaparece. Nos movemos juntos y bajo sus manos y su cuerpo siento que me derrito. Lo siento a través de mí, siento cosas que nunca creí posibles. Tengo la sensación de que nunca podré volver a soltarle, pase lo que pase.

En algún momento rueda sobre su espalda y me sube sin que nos separemos.

—Ahora tú —susurra, jadeando, y me sonríe.

Apoyo las manos a derecha e izquierda de él y le miro desde arriba: su pelo cayendo despeinado sobre la arena, húmedo por la lluvia y el sudor, su rostro acalorado, su boca severa, ahora relajada, sus clavículas salientes. Nuestros ojos vuelven a encontrarse.

Por un momento me avergüenzo, no sé qué hacer.

Me acaricia suavemente el pelo.

—No te preocupes, poco a poco.

Apoya sus manos en mis hombros, quitándome algo de peso. Su abdomen empuja hacia arriba.

Instintivamente empiezo a moverme. Levanto la pelvis y dejo que se hunda lentamente. Una y otra vez. En lo más profundo de mí siento el ritmo, como si ambos fuéramos instrumentos musicales tocando la misma canción. La sangre ruge en mi interior. Los tambores retumban en mis oídos, llenos y pesados. La respiración de Brendan es intermitente. Me agarra por las caderas, su pelvis empuja contra mí. La mía contra la suya. Una y otra vez. Todo arde de calor. No creo que pueda soportarlo. Sus dedos se clavan en mi culo, quieren sujetarme, pero es imposible. El tamborileo se hace más fuerte, cada vez más rápido. Cada vez más rápido. Brendan jadea. Mis piernas empiezan a temblar. Ante mis ojos, la imagen se difumina en una noche azul oscuro. Algo dentro de mí explota, sacudiéndome en un lugar que no conozco. Unas estrellas brillantes corren hacia mí y yo las atravieso volando. Oigo gritar a Brendan y una corriente pulsa en mi interior, inundándome por completo. Es tan intensa que jadeo y gimo como si me doliera. Todo gira y gira y gira.

Con un sonido ahogado me desplomo sobre Brendan y permanezco tumbada con la cabeza sobre su pecho sudoroso. Respirando agitadamente, me rodea con sus brazos. Su corazón retumba en mi interior, llenándome como si estuviéramos hechos de un solo cuerpo. Sigue dentro de mí cuando esta sensación embriagadora desaparece, dejando tras de sí un dulce y pesado cansancio. En él, sólo estamos Brendan y yo, y nada más en el mundo.

Durante un largo rato nos quedamos juntos en silencio, como si las palabras pudieran quitarle la magia a lo que acabamos de vivir. Tal vez sea este momento de reflexión, como también puede sentirse después de las grandes historias. Después de lo que parece una eternidad, nos separamos porque la noche se está volviendo demasiado fría a pesar de nuestro calor corporal, y caminamos tomados de la mano hacia el fuego. Juntos nos metemos en el saco de dormir, incapaces de no abrazarnos, como si nuestros cuerpos entendieran mucho más de amor que nuestras mentes.

En algún momento, sin que me dé cuenta conscientemente, Brendan vuelve a estar encima de mí.

—Eres tan hermosa, Lou —susurra, y su voz está tan llena de ternura, como si la hubiera estado guardando durante años sólo para este momento—. Por fin puedo decírtelo sin que te asustes. —Sus labios rozan los míos—. Me encantaría quedarme aquí para siempre. En este lugar, en esta noche.

Le acaricio la mejilla.

—Yo siento lo mismo —le susurro.

—¿Lou?

—¿Si?

—Tengo miedo de estropearlo todo, diga lo que diga. Siento que todo esto es un sueño del que me despertaré en cuanto haga un comentario equivocado.

Siento su miedo. Su inseguridad es como un espejo de mis propios sentimientos. Pero en ese momento no puedo imaginar que sea capaz de volver a hacerme daño de ninguna manera.

—Si no sabes qué decir, podrías besarme —sugiero, haciéndole soltar una risita.

Brendan me estrecha, sus pupilas son tan grandes que no puedo ver más marrones.

—Pero si te beso, querré estar dentro de ti otra vez. Pero eso probablemente te haría daño. Dos veces seguidas...

Tiro de su cabeza hacia mí.

—Si por *daño* te refieres a lo que me hiciste antes, te dejaré.

Y entonces me lo hace una vez más. Esta vez tan suave y tiernamente que no me hiere el cuerpo pero me llega al alma.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, estamos tumbados como la noche en que Brendan me calentó: Él detrás de mí, rodeándome con sus brazos. Siento las extremidades más pesadas de lo normal, seguramente por la noche, pero los arañazos en la garganta no tienen nada que ver.

Me acurruco más contra él y me abraza aún más con un suspiro. Me encantaría quedarme así con él para siempre, pero Brendan quiere irse pronto porque hoy tiene planeada una larga maratón.

En silencio, ya nos levantamos al amanecer y nos vestimos, hacemos todas las cosas que solíamos hacer, sólo que esta mañana las hacemos juntos. Ambos tememos las palabras, preferimos confiar en nuestros cuerpos. Es como si el resto del hechizo aún pendiera sobre nosotros y como si quisiéramos aferrarnos a él con todas nuestras fuerzas.

Sólo hablamos de las cosas más necesarias que hay que decirse, nos sonreímos cada vez que nos miramos a los ojos, nos cogemos de la mano siempre que las actividades nos lo permiten. Pero en los momentos en que Brendan mira al frente, estoy segura de que le pasan por la cabeza cosas parecidas a las que me pasan a mí. Aunque odio admitirlo, sé que hay que tomar más decisiones. ¿Qué pasará cuando lleguemos a la caravana? ¿Volverá a encadenarme noche tras noche o confiará en mí? ¿Y cómo reaccionaré si no confía en mí? ¿Seré capaz de volver a reaccionar como lo hice bajo el sauce cuando me dije que no me arrepentiría de mi decisión por su reacción?

Cuanto más avanza el día y Brendan avanza conmigo a cuestas, más inquieta me pongo.

Me pregunto si siempre lo amaré. Si siempre seré capaz de amarle o si mi mente no intervendrá en algún momento y me recordará a lo que renuncié por él. En un momento especialmente angustioso, incluso me pregunto si, como muchas víctimas de secuestro, no me habré enamorado automáticamente de mi secuestrador. Me acaloro y me duele la cabeza de tanto pensar.

—Estás temblando. —Brendan se detiene bruscamente y me mira por encima del hombro—. ¿Te estás congelando?

—Un p-p-poco —balbuceo, sintiéndome repentinamente enferma como un perro. Cuando hablo, me duele mucho la garganta, como si hubiera chupado demasiados caramelos ácidos.

Brendan me deja resbalar suavemente hasta el suelo. Cuando me suelta para girarse hacia mí, mis piernas se convierten en gelatina y me tambaleo de lado. Rápidamente me agarra por la axila

y me pone la otra mano en la frente.

—Estás ardiendo —observa—. Tienes fiebre.

—¿Y ahora? —Mis dientes tiritan. Apenas noto que Brendan me sienta en algún sitio y me envuelve en su cálida chaqueta de plumón. Luego llena una taza con té de hojas de frambuesa del termo y me lo da a beber.

—¿Tienes menos frío ahora? —quiere saber ansiosamente.

Asiento con la cabeza. Me siento tan bien cuando cuida de mí. Todas mis preguntas desaparecen cuando me habla así y me trata con tanto cariño.

—Pero sigues temblando. —Me mira con severidad.

—No importa. Tu espalda también me calienta cuando me llevas.

Entrecierra los ojos con escepticismo.

—No tengo nada conmigo que baje la fiebre. ¿Crees que podrás aguantar un poco más?

Me obligo a sonreír.

—Claro.

Sobre su espalda, apoyo la cabeza en su mejilla. Es agradable y fresca y me siento tan bien apoyando la cabeza en él.

—¿Crees que esto nuestro va a durar para siempre? —Debe ser mi aturdimiento al hacerle semejante pregunta.

Brendan se detiene bruscamente.

—Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. Sólo tengo miedo...

—¿Miedo de qué? —pregunta, y ahora la sospecha resuena en su voz.

—De todo —respondo evasivamente—. De nosotros, del pasado, del futuro... de lo que será...

Respira hondo.

—Lou... te quiero. No hay nada que temer... Pensé que lo sabías.

—Vale —suspiro temblorosa.

—¿De verdad estás bien?

—Sí.

Sigue caminando y señala la superficie del agua.

—Hay un lugar más adelante donde podemos atravesar el agua hasta el otro lado. Allí el lago vuelve a convertirse en río.

—¿Bren?

—¿Lou?

—Si estamos juntos, para siempre, entonces podremos tener una vida normal, ¿no? —Le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra su espalda, como si tuviera que demostrarle que lo digo en serio. No puedo imaginarme lo que acabo de decir. ¿Cómo sería vivir con él en Ash Springs? ¿O en una gran ciudad como Nueva York? Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Quizá algún día podamos volver a mi ciudad y fingir ante mis hermanos que nos hemos fugado. La idea me da aún más vértigo del que ya tengo. Si eso fuera posible...

Sólo me doy cuenta, en mi estado febril, de que ha vuelto a parar cuando echo de menos el balanceo constante. Sus hombros están duros como una tabla, todo en él está tenso, incluso los brazos que sujetan mis muslos como cuerdas.

—No puedo llevar una vida normal, Louisa —dice con dureza y firmeza.

Me siento como si me hubiera tirado al agua helada.

—Pero...

—Pero nada. Sabes lo que me pasa durante un flashback, ¿verdad?

—Pero no voy a dejarte. —Sigo abrazándole—. Eso significa que podemos ir a algún sitio juntos.

—No —dice impaciente—. Tengo abandonos con mucha gente. ¿Te he contado lo del hombre al que dejé inconsciente durante un flashback?

—Sí. Una vez al principio, después de la tormenta.

—Sólo no presentó cargos porque le pagué más por daños y perjuicios de lo que probablemente habría recibido en los tribunales. Hay demasiados desencadenantes en la vida cotidiana que provocan este tipo de agresiones.

—Vivías en los barrios bajos. ¿No había desencadenantes allí?

Brendan resopla despectivamente.

—Todos esos tugurios son un detonante, pero ahora no importa. Si hubiera tenido flashbacks allí, ni siquiera me habría dado cuenta.

No sé adónde va esta conversación. Habría sido mejor callarme, pero ahora tengo que seguir preguntando, aunque me duela el cráneo.

—¿Tus flashbacks no empezaron inmediatamente después de... después de lo que sea?

—No.

¡Hielo muy fino!

—¿Cuándo inició?

—Empezó en la época en que luchaba por dinero. Años después. Pensaba que lo había superado todo hasta ahora. Podía vivir sin pensar en ello todo el tiempo. —Se ríe amargamente —. A veces bastaba una palabra. O una luz cegadora. Los centros comerciales eran realmente malos por todos los estímulos. Un perfume determinado, la forma de andar o de hablar de alguien...

—En caso tal, yo puedo ir de compras —murmuro con desgana, pero ya sé que no tiene sentido seguir hablando de ello con él. Y menos ahora. Además, estoy demasiado aturdida. Tengo la sensación de que el cerebro se me está haciendo papilla.

—¿Bren? —pregunto en voz baja.

—¿Lou?

—¿Crees que podría mejorar con el tiempo?

Suspira resignado.

—Tal vez. Algún día.

—¿Bren?

—¿Qué más? —pregunta impaciente.

Aprieto mi cara contra su pelo.

—Yo… te quiero.

Le oigo tragar saliva, luego me suelta la pierna unilateralmente y me acerca la cabeza a la suya.

—Dios mío, Lou... —susurra con voz ronca—. Siempre me sorprendes. Quiero hacerte tan feliz como te mereces.

—¿Bren?

—¿Sí?

—¿Quizás deberíamos hablar menos para aguantar más?

—Tal vez no deberías hablar y recuperarte primero —sugiere y me levanta de nuevo.

—Buena idea. —Cierro los ojos y me rindo al suave balanceo de sus pasos. Tan cerca de su cuerpo me siento segura. Tan cerca de su cuerpo que todas las dudas se acallan.

Me deslizo por los siguientes días irreal como un fantasma. No puedo ayudar a Brendan en nada, pero vegeto envuelta como un hombre Michelin una vez que ha montado el campamento. Me hace compresas para las pantorrillas con el agua fresca del río, me sirve té y vitaminas, pero cada vez me siento peor. Pronto sólo oigo los aullidos de Grey como entre algodones y las palabras de Brendan, suavemente murmuradas, están tan distantes que no puedo captarlas. Parecen bailar en algún lugar de mi mente. Duermo mucho, incluso sobre la espalda de Brendan, de modo que en algún momento nos rodea la parte superior del cuerpo con una cuerda porque ya no puedo sostenerme y sigo inclinándome hacia atrás.

En un momento me despierto y me doy cuenta de que ya ha oscurecido, pero Brendan aún no ha montado el campamento. Tiemblo tanto como la noche que me caí al agua. Quiero decirle que necesito un descanso, pero de alguna manera no puedo formar más frases. Un batiburrillo indistinto de sonidos sale de mi boca, pero Brendan parece haberle entendido.

—Está bien, Lou. Ya casi hemos llegado. Sé que está helando y que tienes frío, pero aún tengo que darte el antibiótico hoy. La fiebre es demasiado alta.

—¿Antibiótico? —No entiendo lo que dice. Todo es una especie de líquido, como si estuviera nadando.

—Otra hora, dos como mucho. Sé que tendríamos que hacer un fuego, pero puedo hacerlo.

Mi frente se hunde en su hombro.

—Algún día, tal vez. Quizá nunca, quizá dentro de diez años —murmuro sin saber muy bien por qué.

Capítulo 22

Paso los primeros días en la caravana como en el vacío. Sudo y me congelo alternativamente, Brendan está constantemente a mi alrededor. Sólo me doy cuenta de que me está administrando medicamentos y renovando continuamente las compresas para las pantorrillas o sirviéndome un poco de sopa cuando me siento mejor. Me permito disfrutar de sus cuidados e imaginar que estoy en casa y él está allí.

Al cuarto día de nuestro regreso, me cocina espaguetis con tomates secos y piñones, en los siguientes cualquier otra cosa que me guste, aunque no suelo comer más que unas cucharadas. Me lleva al banco y cambia los canales de la tele hasta que puedo ver *El héroe de la semana.*

Una tarde, mientras me siento en el banco envuelta en mi manta para ver cómo se asea, me doy cuenta de lo cansado que parece. Las sombras bajo sus pómulos son gruesas como barras y la piel bajo sus ojos está enrojecida. Incluso durante la cena ha estado inusualmente callado. No es que hayamos hablado mucho últimamente, pero sobre todo ha intentado hacerme reír. Pero hoy sólo me ha preguntado si me gustaba y me ha dicho que Grey había hecho un agujero en su jersey favorito. Nada más.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto mientras pone un plato a escurrir junto al fregadero.

Se vuelve completamente hacia mí, sonriendo, pero sus ojos permanecen indiferentes.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Estás totalmente pálido. Tal vez te has contagiado.

Se acerca a mí, aunque aún no ha terminado, y se sienta en el banco frente a mí.

—No creo que pueda contagiarme lo que tú tienes —dice, extendiendo la mano por encima de la mesa y agarrándome los dedos.

—¿Por qué no? —No me gusta nada la mirada que me lanza. Parece como si tuviera que llevar a alguien a la tumba.

Guarda silencio y por un momento nos quedamos sentados tomados de la mano. Me gustaría saber qué ha planeado para una emergencia. ¿Qué pasa si uno de nosotros cae gravemente enfermo y no tenemos medicinas?

Le miro e intento leer su cara, pero sólo veo cansancio.

Cuando luego habla, también lo hace con sus palabras.

—No puedo darte lo que realmente necesitas. No hay medicina para eso. Creo que sólo te has puesto tan enferma porque eres infeliz. Tu sistema inmunológico está debilitado, luego te perdiste en el bosque y el frío... —Se levanta y va al armario que antes estaba cerrado. Saca algo de colores. Mi corazón da un salto.

Es la cadena con los colgantes de mis hermanos, mi cordón umbilical con el mundo.

—Encontré esto en la ladera. —Brendan pasa de un pie a otro y de repente parece inseguro—. Estaba colgado de una de las rocas. La cadena estaba rota... y yo... bueno, no iba a devolvértela hasta que la arreglara—. Me la tiende y la cojo con dedos temblorosos. —Parecía importante para ti... nunca te la quitabas.

—Oh, Bren... gracias... —suspiro sin voz. Extiendo el collar sobre la mesa, delante de mí, y coloco los colgantes de forma que cada uno quede bien visible.

Paso el dedo índice por la cruz de plata de Ethan, el corazón rojo de Avery, la mano de Buda de Liam y el disco de turquesa de Jayden.

Brendan se sienta frente a mí.

—Esos cuatro son de tus hermanos. —No es una pregunta.

Asiento de todos modos, pero no consigo articular palabra.

—¿Quieres hablarme de ellos? —Me sonríe animándome.

Una sola lágrima rueda por mi cara. La atrapa con un dedo y me acaricia la mejilla. Ahora está serio, me mira casi con reverencia. Probablemente piensa que me sentiré mejor después si hablo de lo que me falta. Quizá porque una vez le dije que hablar ayudaría.

Cojo el collar y me lo pongo alrededor del cuello. Es como si una parte de mi corazón volviera a estar completa, una parte que me ha dolido tanto desde la noche en que vi las canoas que la he encapsulado en lo más profundo de mí.

El deseo de hablar de mi casa se vuelve abrumador. Así que cojo los colgantes como si fueran un salvavidas y me obligo a empezar. Con voz entrecortada, le cuento a Bren el sacrificio de Ethan por la familia, su miedo a perderme y la carga que ha llevado por todos nosotros. Le hablo de la capacidad de Avery para mediar entre nosotros y mantener el equilibrio familiar. Le hablo de Liam, que nunca sintió que pertenecía a la familia porque no era ni de los que cargaban con la responsabilidad ni de los que tenían permiso para ser niños. Le explico que Liam probablemente se fue a la India porque a sus ojos nunca hubo un lugar para él entre nosotros. Yo misma me sorprendo de lo claro que me parece todo desde la distancia. Le hablo de la inteligencia de Jayden, de su pasión por comprenderlo todo y de su reticencia hacia los demás. Y le hablo de la niña del camisón blanco que cazaba rinocerontes invisibles y que no quería vivir en ningún sitio mejor que en la casita de madera de Ash Springs.

Cuando dejo de contar la historia, lloro. Puede que haya estado llorando todo el tiempo.

Brendan me acaricia las manos, con las que aún sujeto la cadena. Parece aún más enfermo que antes.

—Hoy estás muy raro —digo roncamente por el llanto—. ¿Qué pasa?

—No lo sé. —Me coge la cabeza entre las manos y me besa tiernamente en la frente, luego se levanta y desaparece fuera.

Miro hacia la puerta, que se ha cerrado de golpe tras él. Parecía extrañamente perdido. Pero me tiene a mí. No, tiene más. Tiene mi amor. Eso es lo que siempre ha querido, ¿no?

—¿Le entiendes? —le pregunto a Grey, que dormita a mi lado en el banco, pero por supuesto no reacciona a lo que le digo, sólo me lame los dedos alegremente.

Sacudo la cabeza, me levanto y lavo el resto de los platos. Cada vez que tengo que agarrarme a la encimera porque siento las piernas como de goma, mi mirada se pierde fuera, donde Brendan está sentado junto a la hoguera fumando. Se queda mirando las llamas, como solía hacer. En algún momento juega con la pulsera que lleva en la muñeca.

Me envuelvo en la cálida manta, me acerca a él en la noche y me siento en su regazo. Me rodea con los brazos, pero el abrazo es diferente. Más cauteloso, más reservado, casi como si hubiera algo entre nosotros de lo que no sé nada.

—¿El colgante de tu pulsera también es un recuerdo? —le pregunto cuando llevamos un rato en silencio.

—Era de mi madre. —Se aclara la garganta torpemente.

—¿Quieres hablar de ella?

—No. —Hay una agudeza en su voz que no había oído en mucho tiempo.

—Dijiste que te decepcionó —digo de todos modos. Se estremece como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago—. Y sin embargo conservas esta moneda y llevas el símbolo tatuado en la espalda.

Ahora gime de agonía y se cubre la cara con las manos.

—Por favor, no, Lou.

—¡Bren, mírame! —Le aparto las manos con suavidad. Cuando le miro a los ojos, son grandes y abiertos y están llenos de todos los horrores que debe de haber experimentado—. Quiero ayudarte. Algún día tendrás que hablar de ello. Debes hacerlo.

Se pone rígido entre mis brazos.

—No tengo que hacer nada.

—Si no, nunca podremos llevar una vida normal. Siempre te tendré miedo. Una parte de mí siempre temerá al otro Brendan, ¿lo entiendes?

Mira a través de mí como si fuera invisible.

—Nunca te hablé de mi madre. ¿Cómo sabes que creo que me abandonó?

Intento sostener su mirada con la mía, pero está atrapado en la oscuridad.

—Hablas del pasado en tus flashbacks —le confieso finalmente—. Adoptas diferentes papeles.

Todo su cuerpo se congela.

—¿Nadie te lo ha dicho nunca?

—No.

Le rodeo el cuello con los brazos.

—Estoy segura de que sé más de ti de lo que tú crees. Una vez dijiste que no podías hablar de aquella época, pero eso es lo que haces cuando estás atrapado en tus recuerdos. —Nunca había querido decírselo, pero quizá sea mejor que lo sepa—. Tienes que hablar de ello. Tal vez entonces los flashbacks se detendrán.

—¿Por eso lo hiciste? —Su voz es de repente tan gélida y siniestra que un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—¿Hacer qué?

—Amarme. ¿Fue por lástima? —Se levanta de un salto, medio empujándome de su regazo en el proceso, y eso es todo lo que hace falta, porque de todos modos me deslizo en estado de shock.

Me tropiezo a un metro de él y me río sin querer porque lo que está diciendo es muy absurdo.

—¿Cómo...?

Me mira fijamente y sus ojos se entrecierran como nunca.

—¿Fue por lástima, sí o no?

—¡No! No, claro que no... —balbuceo. Está muy serio. Mi corazón empieza a latir desbocado, no sé si de miedo, de sorpresa o de desconcierto. Sacudo la cabeza—. ¿Quieres decir que no llamé a los hombres porque me daba lastima el hombre que me secuestró? ¿De verdad crees que eso bastaría para renunciar a mi vida? ¿Lástima?

Permanece junto al fuego con los brazos cruzados. De repente, ya no parece enfermo, sino que vuelve a llevar esa máscara de amargura y rabia.

—¿Quizá si ibas a gritar después de todo? ¿O me equivoco? —pregunta con voz de desconocido.

La consternación y el dolor me congelan por dentro.

—¡Basta! —susurro entrecortadamente.

—Quizá te pillé justo a tiempo y te aprovechaste de la situación. Te acostaste conmigo para demostrarme que me querías.

Intento comprender lo que está pasando, pero no lo entiendo. ¿Cómo puede decir todas estas cosas después de lo que hemos vivido? ¿Cómo puede tergiversar la magia bajo el sauce para que parezca que todo fue un juego barato? ¿Cómo puede acusarme de no tener sentimientos reales cuando los expongo delante de él y me hago vulnerable? ¿No sabe cuánto me costó admitirlo? ¿Que sentí como si de repente mi alma fuera un trozo de piel cruda y vulnerable?

—¡No tenía que demostrarte nada! —susurro, sintiendo la primera rabia abriéndose paso a la superficie bajo el horror—. ¡No tenía que demostrarte nada, porque te amo de verdad! Pero si sigues hablando así, probablemente me arrepentiré.

—Oh sí, yo también me arrepiento de muchas cosas. —Me mira con expresión temerosa—. ¿Cómo he podido creer por un segundo que eras sincera? ¿Qué pretendías conseguir con todo este alboroto? ¿Ibas a apelar a mi conciencia en algún momento? ¿Que no debería mantenerte cautiva ahora que somos cercanos? ¿Que debo liberarte si te amo de verdad? —La luz del fuego se refracta en sus rasgos, haciéndole parecer tan espeluznante como en sus flashbacks.

—Yo... no puedo creer que realmente pienses eso de mí. —Siento que estoy a punto de perder el control. Mi mente ya no puede seguir con todo esto—. ¿De verdad crees que habría llegado tan lejos como para acostarme contigo... sólo para hacerte creer que te amo?

Me mira despectivamente y luego se encoge de hombros.

—Tal vez realmente pensaste que podías curarme jugando conmigo. Pero básicamente nunca se trató de mí, sino de tu libertad.

Tengo mucho frío, tiemblo por todas partes. Todo me parece mal.

—Debes... debes odiarme muchísimo para decir algo así... —Cojo el collar y lo aprieto con tanta fuerza que los dijes se me clavan en la palma—. No te entiendo. Lo único que he dicho es que sé más de ti de lo que sospechas. Ya hiciste un berrinche en la tormenta. Entonces ya dijiste más de lo que probablemente nunca me hubieras revelado. Y aun así te odié después. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. —Lo miro de pie, desdeñoso y frío. No sé dónde está Brendan, el que cree en mí y en mi amor, pero no puede haber desaparecido así como así. Me sobrepongo, me acerco a él y le agarro del hombro con una sonrisa forzada, como si eso pudiera sacarle de su confuso enfado.

—Bren, por favor, no puedes pensar eso de verdad.

Se estremece bajo mi contacto, como si pudiera envenenarlo con él.

—¡Basta, Louisa! —Él esquiva de lado.

Quiero golpearle el pecho con los puños, desesperada. Me cuesta un autocontrol casi insoportable no gritar. Respiro hondo varias veces.

—¡Brendan, escúchame! Esto es una locura. No me enamoré de ti porque tu padre te retuviera en algún lugar bajo tierra —digo sacudiendo la cabeza. Solo cuando le oigo respirar agitadamente me doy cuenta de lo que acabo de decir.

Se ha puesto pálido, sus ojos parecen tumbas oscuras.

—¡Basta de eso ahora mismo!

—¡Bren, te amo! Y, por supuesto, siento infinitamente lo que te ha pasado. Y sí, me gustaría mucho ser yo quien te curara. Pero, por desgracia, el amor no basta para eso. —De nuevo le tiendo la mano, de nuevo se aleja de mí como si fuera un monstruo—. No hay amor en el mundo que pueda curar lo que te pasó. Vi uno de tus dibujos cuando dejaste el armario abierto aquella vez. Ya te lo dije antes, pero te dio un ataque y seguramente no te acuerdas. Vayamos a un psicólogo y empecemos de nuevo...

—¡Sólo quieres llevarme a rastras a un psicólogo para tener la oportunidad de escapar! —me grita, completamente fuera de sí—. ¡No me quieres para nada! Sólo quieres huir.

—*¡Eso no es verdad!* —le grito—. ¡Lo he sacrificado todo por ti! Toda mi vida. Pero eso aparentemente no vale nada para ti. ¿Sabes qué? ¡Ojalá hubiera gritado en el río! Ojalá hubiera tenido al menos ganas de gritar. ¡Desearía estar en casa y no contigo!

Arquea la espalda como si le hubiera pegado con un látigo. Luego se queda completamente inmóvil durante unos segundos y me mira fijamente. Cuando vuelve a hablar, su voz carece por

completo de emoción.

—Me alegro de haberte descubierto a tiempo.

Sus palabras giran como un remolino en mi cabeza. Me siento completamente mareada.

—¿Cómo que *a tiempo*?

Las comisuras de sus labios bajan en señal de burla, nunca lo había visto así.

—¡Idiota! Iba a dejarte ir —dice en voz baja, pero tan cortante que cada palabra me apuñala como una aguja en el corazón—. Desde que volvimos aquí, lo he estado pensando. No, en realidad, desde que me dijiste que me querías. —Se agarra la frente, ríe brevemente y sacude la cabeza como si se estuviera riendo de sí mismo—. Ya sé que todo era mentira.

¡Estaba pensando en liberarme! No puedo creerlo. No lo dice en serio. Sólo lo dice porque quiere hacerme daño. Mi cabeza es un caos. Pero de repente pienso en su extraño comportamiento de antes. Parecía tan solo, como si ya me hubiera perdido. Al darme cuenta, un sollozo se extiende por mi garganta con tanta violencia que no puedo contenerlo.

—¿Ibas a dejarme ir? —susurro—. ¿Lo pensaste? —Doy un paso hacia él, pero vuelve a evitarme.

—No importa —dice con firmeza. Parece tan distante como cuando empezó—. He cambiado de opinión.

Me tapo la boca con el puño para contener el llanto, pero no se detiene. Simplemente no se detiene. No quiero llorar porque él piense que perdí mi oportunidad, pero lloro por él. Porque no ve lo mucho que le quiero. Está tan enfermo que niega la verdad. Piensa en sí mismo como alguien que no merece amor. Y sólo ahora me doy cuenta de lo real y verdadero que es su amor. Sé lo que le costaría dejarme ir. El solo hecho de pensarlo me duele tanto que quisiera morir.

Le tiendo la mano.

—Bren... por favor... no debes pensar esas cosas de mí...

—Deberías entrar ahora —dice fríamente—. Aún no estás del todo bien. —Como una marioneta que obedece órdenes del mundo de los espíritus, de repente se pone en movimiento y me agarra por el brazo, que aún tengo extendido—. Vamos.

Me empuja delante de él. *Travel America se* desdibuja en un mar rojo y azul antes de que me empuje hacia la escalera.

—Brendan, por favor, vuelve... —En el pasillo tropiezo con mis pies, pero él me agarra y me empuja a la cama.

Con pasos rígidos avanza y baja una cadena junto con unas esposas.

—Dame tu muñeca.

Estiro el brazo, ya no veo nada a causa de las lágrimas. Oigo el clic de la cerradura, luego sus pasos se alejan y la puerta se cierra volando. Dentro de mí sólo queda un dolor. Siento que lo he perdido todo. A Brendan, a mis hermanos y mi libertad. Me tumbo de lado y aprieto las piernas. Mi cuerpo se agita entre sollozos. Ya no quiero sentir nada. Si ahora quedaran gotas noqueadoras por aquí, me las bebería todas.

Un grito ensordecedor rompe la noche y me sacude hasta la médula. Durante unos segundos estoy completamente confundida, luego me doy cuenta de que debo haberme quedado dormida por la tristeza y el cansancio. Por un momento no sé si el grito era real o sólo producto de mi sueño. Pero no estaba soñando, ¿verdad?

Me incorporo de un tirón y miro por la ventana. El fuego sigue ardiendo, pero Brendan ha desaparecido. Acerco la cara a la ventana cuando un nuevo grito rompe la noche. Suena oscuro y

maligno, como si un animal salvaje hubiera descubierto que está atrapado. Grey empieza a aullar. Me deslizo hasta la mitad de la cama y miro hacia delante por el pasillo. Grey está de pie frente a la puerta lateral con las orejas gachas y el hocico levantado. Un escalofrío de miedo me recorre la espalda. No sé si los gritos son humanos o animales.

—¡Grey! Ven aquí! —susurro y doy un golpecito con la mano en la colcha. Al hacerlo, mi mirada se posa en mi muñeca.

¡La cadena ha desaparecido! Brendan debe de habérmela quitado mientras dormía. En mi miedo siento una chispa de esperanza, pero estoy demasiado preocupada para pensar en lo que podría significar. De puntillas, avanzo sigilosamente. Dejo la luz apagada y miro por la ventana que hay sobre el lavabo. Nada ha cambiado. La hoguera proyecta un resplandor brillante sobre el patio sin árboles; más allá están los abetos. Me empujo sobre el banco y miro por la ventana del otro lado. Sólo oscuridad y árboles. Nada más.

Grey sigue gruñendo en la puerta.

—¡Cálmate! —murmuro tan apaciguadoramente como puedo y me deslizo de nuevo hacia el pasillo. ¿Está cerrada la puerta? Un nuevo escalofrío me recorre los brazos. Si Brendan está ahí fuera teniendo un flashback, será mejor que me asegure de que no entre aquí, no importa lo que piense realmente de mí ahora. Con cuidado, me dirijo a la puerta y tanteo el pestillo hasta que se cierra. Respiro aliviada, pero luego recobro el sentido.

Pero, ¿y si no es Brendan el que está ahí fuera? ¿Y si en realidad es un animal? ¿Un oso pardo o un alce macho? Normalmente no les importan las puertas cerradas. ¿Y si Brendan necesita ayuda?

Me quedo temblando un momento. Grey está en silencio y escucho atentamente en busca de otro sonido. Pero no hay nada.

Paso a paso avanzo en silencio hacia la cabina del conductor. La ventanilla delantera es la única por la que aún no he mirado. Me arrodillo entre los respaldos de los asientos y me asomo. Puedo distinguir el cielo, está completamente negro, por eso está tan oscuro que apenas puedo ver nada. Mi mirada se desvía hacia las copas de los árboles y desciende hasta los esbeltos troncos.

Nada.

Vuelvo a la puerta. No sé qué hacer. Indecisa, miro a Grey, que salta agitado alrededor de mis piernas. Ha crecido bastante, pero no más que un perro. Al lado de un oso adulto, parece un peluche, y sus gruñidos y aullidos asustan como poco a una ardilla.

El siguiente grito sacude la caravana. Siento como si el suelo vibrara bajo mis pies. La maldad que había en él ha dado paso a una mezcla de desesperanza y miedo. Grey empieza a gemir y siento un mal presentimiento. De repente estoy segura de que es Brendan. Necesita ayuda. Nunca había gritado así. Probablemente esté atrapado en su pasado, reviviendo todos esos momentos horribles. Recuerdo cómo me sentí en la caja. Sola en la oscuridad, sin saber si estaba viva o muerta.

¡Sólo tengo que llegar a él! ¡No importa si tiene un flashback o no! Tengo que decirle que lo amo y que no debe perder la esperanza. Tiene que saber que nunca le dejaré. Dijo que yo era su luz, su sol.

Abro el pestillo y desciendo los escalones. El aire gélido de la noche me envuelve, pero sólo lo percibo periféricamente. Sin los gritos, la noche parece de repente mortalmente silenciosa, aunque no lo sea. A unos metros, el fuego crepita. En algún lugar, un búho está llamando. Oigo el crepitar y el crujir de las agujas secas bajo las suelas de mis zapatos mientras camino por la linde del bosque.

—¿Bren? —Aunque antes estaba tan convencida de mi idea, ahora estoy aterrorizada. La oscuridad yace en el bosque como la muerte. Una y otra vez ojeo entre los árboles: Bren no puede estar lejos. Rodeo todo el lugar, siempre cerca de las oscuras coníferas. Finalmente vuelvo al fuego.

—¿Bren? ¿Dónde estás?

De repente oigo un estruendo, algo grande y negro corre hacia mí, se lanza contra mí y caigo longitudinalmente al suelo. Me duelen las manos y el tobillo. El polvo y la suciedad se arremolinan a mi alrededor.

—¡Maldito bastardo de hijo de puta! ¡Te mataré!

Me pongo boca arriba y necesito unos segundos para asimilar la situación. Brendan está de pie sobre mí. Como en la noche de tormenta, una larga cadena de hierro le sujeta a un árbol. Sus manos están atrapadas en las esposas de hierro del extremo.

—Bren. —No me atrevo a deslizarme hacia atrás porque no sé cómo reaccionará—. Bren, soy Lou. —El corazón se me sube a la garganta. Sus ojos están inyectados en sangre y poseen una ferocidad que me hace estremecer.

—Te mataré —sisea entre dientes.

—No —susurro temblorosa—. No lo harás. Me quieres.

—Me dejaste. Te fuiste... y estaba tan oscuro... ¿sabes cómo era allí, bajo la tierra...

—Sí. Lo sé. —Hace falta todo mi control para no llorar de miedo y lástima—. Todo estaba tranquilo. Estabas solo. En cada pausa entre dos latidos, pensabas que habías muerto. Y cuando pensabas que habías muerto, seguías solo. Incluso cuando salías de nuevo. Anhelabas los brazos de tu madre, pero nunca volvió.

—¿Cómo pudiste dejarme? —De repente su cara parece tan demacrada como la de Ethan en la foto del periódico.

De pronto pienso que mi hermano podría pensar de mí lo mismo que Brendan piensa de su madre.

—Quizá... quizá no te dejó —divago—. Podría haberle pasado algo. Quizá alguien la secuestró. Quizá quien te hizo esto también se aseguró de que ella no pudiera encontrarte. O de que nunca volviera.

Brendan me mira con los ojos muy abiertos, sus puños se abren a cámara lenta. Angustiado, sacude la cabeza.

—¿Lou? —susurra débilmente—. ¿Qué haces aquí?

—Bren, gracias a Dios... —Al mirarle, casi empiezo a llorar de alivio. Sólo ahora veo toda la sangre que rezuma por debajo de sus grilletes de hierro y que le corre por las palmas de las manos—. Estás herido —digo, sobresaltada.

—Mejor yo que tú —responde sombríamente. Tira de la cadena, provocando un nuevo chorro de sangre—. Tienes que volver dentro ahora.

—No. —Me levanto. Por un momento, la imagen que tengo ante mis ojos se convierte en un remolino de sombras y luces. Espero a que pase el mareo y doy un paso hacia él—. Deja que me quede contigo.

Se acurruca y al momento siguiente empieza a gritar de nuevo. Toda la agonía de su infancia parece estar en él. Tiembla sin control, se tambalea a derecha e izquierda.

No soporto verle así. Me destroza porque no sé cómo ayudarle. Me quedo ahí, incapaz de actuar.

Cuando termina, parece desorientado. Doy un paso hacia él, pero se aleja a trompicones. Sólo ahora me doy cuenta de cuántas cadenas ha enlazado. Desaparece en la franja de bosque entre el

fuego y el lago, escondiéndose de mí en la oscuridad. Voy tras él y lo descubro entre dos árboles. Está muy quieto, pero su respiración es intermitente. No sé qué hará a continuación. Quizá vuelva a derribarme o a golpearme. Quizá intente matarme. Sé que sería mejor marcharse, pero no puedo dejarle solo en la oscuridad.

—Brendan... —Aparto una rama que se interpone en mi camino. Sólo nos separa un brazo de distancia. *Más cerca, Lou, vamos, ¡te reto!*

Sé que tengo que saltar la zanja una última vez para llegar a él. Sólo una vez más. Sé que entonces todo irá bien, ¡tiene que ser así! Le miro. Nada en él se mueve. Está atrapado en sí mismo, pero no le dejo en paz. *Más cerca. Más cerca aún.* Siento la fría soledad que le rodea. Me tiemblan las rodillas. *Respira. Un poco más. Más cerca. Sí, eso es.*

Con un jadeo de miedo, le rodeo la cintura con los dos brazos y apoyo la cabeza en su pecho. Espero que me empuje, pero se queda inmóvil. Por un momento cierro los ojos para que se haga completamente de noche a mi alrededor. Él ve igual de poco, aunque tiene los ojos abiertos. Me aferro a él, imaginando lo que ha vivido. La realidad se desdibuja, como si poseyéramos un espíritu. Aunque estamos en el bosque, estamos encerrados. Encerrados en nuestra realidad y en este momento. Sus muros interiores son tan inmensos, como si nos rodearan. Quizá no sean muros de piedra, sino de cristal, como dijo una vez.

—No te dejaré solo, Bren —susurro en algún momento.

—Estás loca. —Siento que quiere apartarme, pero por una vez le faltan las fuerzas.

—Puedes golpearme y darme patadas en tu locura, pero no me iré. Puedes apartarme, pero me quedaré. —Me agarro a él tan fuerte como puedo.

Tiembla en mis brazos.

—No puedo dejar que eso pase.

—No tienes elección. Dijiste que sólo estaba jugando contigo, pero no era así. Te amo.

Hace un sonido desesperado y me coge la cabeza con las dos manos. Oigo el tintineo de la cadena cuando tira de ella para mirarme a los ojos.

—Lo sé, Lou —susurra—. Lo sé.

Se me saltan las lágrimas de alivio. No consigo articular palabra. Me acaricia las mejillas, que se humedecen con su sangre y mis lágrimas.

—Realmente pensé en dejarte ir —dice suavemente—. En el fondo, probablemente buscaba una razón para no tener que hacerlo. En ese momento, quería creer que estabas fingiendo por mí. Quería enfadarme contigo.

Más y más lágrimas ruedan por mis mejillas. Me alegro infinitamente de que ya no crea en esas tonterías.

—Oye, Lou, no llores. Sht. Todo está bien. Siento lo que dije. —Se separa suavemente de mis brazos, pero de repente parece totalmente agitado—. ¡Tienes que irte, rápido!

—¡No, yo me quedo! Y la próxima vez que estés en ese lugar que tanto temes, imagina que yo también estoy allí.

—Lou...

Vuelvo a rodearle con mis brazos.

—¡Por favor! Solo inténtalo.

Sus músculos se tensan.

—¿Y si no funciona? ¿Y si te hago daño?

Aprieto mis manos firmemente en su espalda.

—Me quedaré allí de todos modos.

Siento que se le aprieta el pecho y quiere reprimir la agonía que lleva dentro.

—¡Sólo grita! —susurro—. Sólo grita, nadie puede oírte. Sólo yo. Y puedo soportarlo. Me quedaré allí.

Me rodea con sus brazos. Sus dedos se clavan en mis omóplatos. En cuestión de segundos, chorros de sudor empapan su jersey. Y entonces empieza a gritar. Oscuro y agonizante, todo el bosque se llena de sufrimiento y terror. Algo salta a través de la madera muerta. El miedo se apodera de su interior. El temblor de Bren le hace tambalearse. Me arrastra. No sé lo que esperaba, pero es peor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Es como si su grito también me envolviera en su horror. Lo siento como escarcha en la piel. Lo veo en los ojos de mi mente en imágenes distorsionadas de mi imaginación. Una tumba oscura, un ataúd, las manos dentro queriendo apartar la tapa, pero la carga es tan pesada. Es tan pesada y tan terriblemente oscura.

—Muy oscuro. Tan profundo bajo la tierra. No puedo respirar, no puedo respirar. ¿Mamá? ¿Dónde estás? ¡Regresa! ¡Mamá, sácame! ¡Mamá, por favor, está tan oscuro!

Intento recuperar el aliento y en ese momento me doy cuenta de que realmente no puedo respirar. Brendan me aprieta tanto contra él que las costillas me oprimen los pulmones, el pecho no puede expandirse. Desesperada, aprieto mis brazos contra los suyos desde dentro, pero él no me suelta. Echo la cabeza hacia atrás. Un silbido agudo sale de mi boca. Unas estrellas negras centellean ante mí. *Bren*, quiero gritar...

Al momento siguiente soy arrojada hacia atrás, tambaleándome un poco hacia un lado.

—Bren. —Aspiro aire convulsivamente y le busco con la mirada.

Se coloca casi justo delante de mí y me mira con odio. Con una larga zancada se acerca a mí.

—Debería matarte —susurra en voz baja. Su mano me agarra del cuello antes de que pueda reaccionar. De un empujón me empotra el cuello contra el tronco del árbol más cercano.

—Bren —jadeo sin aliento—. No lo hagas. —Intento deslizar los dedos bajo los suyos, pero no lo consigo.

Aprieta, aprieta mi laringe. El miedo corre por mis venas. Sus ojos son fríos como el hielo.

—No eres nada, pequeño bastardo. Nada. Cenizas y polvo. Podría matarte y nadie se daría cuenta. Nadie te echaría de menos.

Se me escapa un gemido.

—Te meteré en un ataúd y te enterraré en el jardín. Pero esta vez no volveré a sacarte. Puedes cagarte en los pantalones ahí dentro todo lo que quieras y morir en tu propia mugre. Bueno, ¿qué te parece? —Se inclina hacia mí, sus ojos negros y llenos de asco—. ¡Contéstame!

—Bren... para... no eres... él... —Mi voz atraviesa la presión en mi garganta y se convierte en un sonido entrecortado y distorsionado por el miedo.

—Tus patéticos lloriqueos no te ayudarán ahora, debilucho. —Su aliento me golpea en la cara como un puñetazo. Sus dedos me aprietan aún más el cuello.

Todo a mi alrededor da vueltas de miedo. Necesito desesperadamente hablar con él, pero no sé cómo. No puedo pensar.

—Bren... —Tiro de sus dedos, saboreando la sal en mis labios—. Te quiero... por favor, vuelve conmigo.

Se queda rígido como una tabla. Sus ojos parecen de cristal.

—¡No... me... dejes! ¡Vuelve! —El dolor crudo en mi garganta se hace más fuerte con cada palabra—. Por favor... vuelve. —Los mocos me salen por la nariz, mezclándose con las lágrimas —. Brendan, por favor...

El agarre de sus dedos se suaviza. La comprensión se dibuja en su rostro.

—Estoy contigo, Lou —susurra confundido. Congelado, mira su mano, que aún me sujeta el

cuello. Su incomprensión da paso a la conmoción y luego a la agonía más profunda. Lentamente, uno a uno, como si pudiera equivocarse de movimiento, suelta los dedos.

Mis piernas ceden de inmediato y caigo de rodillas. Respiro con fuerza y al instante siguiente me tiran suavemente hacia arriba.

—Lou, di algo, por favor...

Me agarro a la parte superior de sus brazos e inspiro con cuidado mientras las lágrimas ruedan por mi cara. Todavía me duele la garganta, pero en este momento no me importa en absoluto. Se acabó, ¡por este momento se acabó!

—Perdóname... Lou... —murmura después algo que no entiendo y me limpia las lágrimas de la cara.

Parpadeo hasta que mi visión se aclara y le miro; sus ojos cansados, las mejillas hundidas, el sudor en su piel. No me arrepiento de nada.

—No fue para tanto —susurro e intento que no se me note lo mucho que me sigue doliendo. No quiero que sepa lo asustada que estaba. Mi miedo no es nada comparado con lo que él ha experimentado.

Sacude la cabeza con fuerza.

—Estás mintiendo. Estás temblando como loca.

—Sólo tengo frío.

—Lou, mi mano estaba en tu garganta ¿y dices que no fue tan malo? —Me levanta la barbilla y me echa una mirada al cuello— Carajo. No puedes estar conmigo cuando estoy enloqueciendo. Esto es una locura. Créeme de una vez.

—Te creo, pero lo haré de todos modos. Me fuerzo a sonreír.

—Además: has vuelto, es lo único que importa.

Apoya su frente contra la mía.

—No dejaré que vuelvas a ponerte en peligro.

—Tienes que hacerlo. —Le doy un puñetazo juguetón en el pecho, dándome cuenta de lo mucho que me agota incluso este pequeño gesto—. Tú eres el que está encadenado al árbol como un perro con correa, no yo.

Se le escapa una risa artificiosa, pero enseguida vuelve a ponerse serio.

—Entonces al menos déjame llevarte al fuego. —Sin esperar mi respuesta, me coge en brazos. Está más tembloroso que yo, pero no lo deja entrever; sólo jura una vez porque casi tropieza con la larga cadena de hierro. Me deja caer al suelo junto al fuego. Se sienta detrás de mí, me rodea con los brazos y las piernas, como en una jaula protectora y cálida. Apoyo la cabeza en su pecho y me agarro a sus antebrazos.

—No me sueltes nunca más, Lou. Nunca más —susurra.

—No lo haré —le susurro y cierro los ojos.

En algún momento me acaricia el pelo.

—Pero cuando llegue el próximo ataque, mantén la distancia, ¿entendido?

—Bren...

—¡Prométemelo!

Suena tan insistente, tan desesperado, que asiento a regañadientes. Sé que nunca se lo perdonaría si me hiciera daño. Y desde luego no quiero que se sienta culpable. Ya ha sufrido bastante. Y si soy sincera conmigo misma, sé que tiene razón.

—Pero sólo me alejaré unos metros —digo con firmeza—. Y si me necesitas, allí estaré.

No contesta. Me giro hacia él y, un parpadeo después, siento sus labios sobre los míos. Suaves y ásperos. Reprimidos y exigentes. Saboreo sangre y lágrimas. Tristeza y felicidad. Sus

manos me rozan la cabeza, sus brazos me rodean los hombros, acercándome aún más a él. Caigo en una profundidad sin fondo, una y otra vez. No quiero parar nunca. Nunca tocar el suelo, sólo caer y perderme con él.

El cielo ya está cubierto de nubes gris paloma cuando voy a buscar la llave de los grilletes de Brendan. La ha atado al retrovisor. Cogidos del brazo, volvemos a la caravana.

Grey celebra una ceremonia de bienvenida como si hubiéramos estado fuera una semana. Esta vez, sin embargo, no puedo prestarle la atención que necesita y me dejo caer en la cama. Hemos librado demasiadas batallas esta noche.

Sólo me doy cuenta de pasada de que Brendan sigue hirviendo leche para él. Después me voy y duermo tan profundamente como un recién nacido.

Capítulo 23

Cuando me despierto, oigo el zumbido del generador y la cafetera también burbujea sobre la encimera. Parpadeo soñolienta y me incorporo.

—Hola, madrugador —Brendan me sonríe. Está de pie en el pasillo tostando nuestras últimas tortitas congeladas como si no hubiera pasado nada raro durante la noche.

Me pica un poco la garganta al hablar, pero por lo demás todo parece ir bien. Bien, mi cuerpo se siente un poco problemático, pero por primera vez no me importa en absoluto. No después de lo de anoche.

—¿Qué hora es?

—Buenas tardes.

Me deslizo fuera de la cama y camino lentamente hacia Brendan. Aún lleva la ropa del día anterior, pero tiene el pelo bien peinado y recogido en una pequeña trenza. Veo una venda asomándose por debajo del dobladillo de la manga derecha de su sudadera con capucha y una curita pegada a la frente.

Me toma suavemente en brazos y recuesto la cabeza contra su pecho. Durante muchos minutos nos quedamos ahí parados mientras el generador zumba y la cafetera gotea. A nuestro alrededor, todo es igual que siempre, pero lo que hay entre nosotros parece nuevo. Parece más profundo y pesado, más constante. Ya no es tan frágil como el cristal. Sé que ya no tengo que comprobar cada palabra para ver si puede romper lo que hay entre nosotros. Me acurruco junto a él y me siento segura como una polilla que se ha refugiado en un lugar seguro. No quiero volver a salir de ella.

Cuando la cafetera se detiene, nos separamos. Brendan me levanta la cabeza con los dedos e inspecciona mi cuello. No dice nada al respecto, pero sus ojos lo dicen todo. Primero desaparezco en el cuarto de baño. Allí veo por mí misma las cinco largas manchas rojas de mi piel. Instintivamente paso mis dedos por ellas. No son muy pronunciadas, en dos o tres días seguramente habrán desaparecido. Las palabras de Brendan, sin embargo, nunca las olvidaré. Lo que él vivió reverbera en mí como un dolor sordo. Me equivoqué: no es débil, sino fuerte. De lo contrario, nunca habría sobrevivido a eso.

Me echo un chorro de agua en la cara, me peino, luego voy a la parte de atrás y me pongo algo fresco: ropa interior limpia, unos vaqueros largos, mi blusa blanca y el pañuelo de tela amarillo brillante con diminutos corazones de colores que oculta la huella de sus dedos.

Cuando vuelvo a acercarme, Bren señala la mesa con una sonrisa.

—¡Siéntate! —Apaga el generador y, afortunadamente, no hace ningún comentario sobre el pañuelo.

Me dejo caer en el banco.

—¿Por qué están cerradas las cortinas? —quiero saber. Brendan nunca ha hecho eso antes. Incluso las cortinas para cerrar la cabina están cerradas.

—Quería que durmieras el mayor tiempo posible. Después de todo, ya estaba amaneciendo cuando nos fuimos a la cama. —De nuevo sonríe, pero esta vez evita mi mirada—. Además, pensé que de alguna manera era más romántico así.

—¿Quieres quedarte aquí conmigo el resto del día de hoy? —me burlo de él y no le quito los ojos de encima. ¿Por qué evita mi mirada?

Me mira de nuevo y me guiña un ojo.

—Se me ocurren algunas cosas que me gustaría hacer contigo...

Vuelvo a parpadear, pero la extraña sensación permanece. Con la cabeza apoyada en las manos, miro los platos azules con florcitas color vainilla. Algo es diferente, aunque todo está como siempre. Todo, excepto las cortinas corridas.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de lo que me hace ruido.

—¿Dónde está Grey?

Brendan llena dos tazas de café, las pone sobre la mesa y apila las tortitas en un plato.

—Está en el asiento del copiloto. Es mejor que le dejes en paz, lleva vomitando toda la mañana.

—¿Vomitó? ¿Está enfermo?

Bren se sienta a mi lado y siento que su cercanía me tranquiliza. De qué exactamente, no puedo decirlo. Es sólo una sensación extraña.

—No te preocupes. Probablemente comió algo podrido en el bosque. Tengo que darle carne pronto antes de que empiece a comer cadáveres medio descompuestos.

Tengo que sonreír.

—Recuerdo esa historia de la carne regurgitada. Pero no lo voy a hacer. —Puedes hacerlo tú.

—Me apoyo en él y le doy un sorbo al café, por alguna razón no tengo apetito. Al cabo de un rato noto que Brendan tampoco toca nada. La sensación de hundimiento es cada vez más fuerte.

—No has dormido nada. —Miro a Brendan de reojo. Está pálido y las venas rojas recorren el blanco de sus ojos—. Si llevas toda la mañana limpiando el vómito de lobo, no puedes haber dormido nada.

—Por supuesto. —Señala con la cabeza las tortitas, el sirope de arce y las galletas de limón —. Come algo, por favor, Lou. Necesitas recuperar fuerzas.

Hay algo en su voz que no puedo distinguir. No es sólo su preocupación habitual, sino también determinación... y dolor. Pero tal vez esté totalmente agotado después de esta noche y de la ajetreada mañana.

Intento alejar con una sonrisa la extraña sensación que tengo en el estómago.

—Pero entonces tú también tienes que comer.

—De acuerdo.

Comemos en silencio y cada vez tengo más la impresión de que Brendan me oculta algo. Después de atragantarme con la mitad de la tortita, la vuelvo a dejar en el plato.

—¿Qué pasa, Bren?

Como a cámara lenta, su mano se hunde. Se queda mirando la tortita como si fuera el objeto más interesante del mundo. Se la quito de los dedos y la pongo sobre los míos.

—¡Dime!

—De acuerdo. —Al otro lado de la mesa, toma mis manos entre las suyas y las aprieta tan fuerte que un mal presentimiento sube por mi garganta e intensifica la sensación de dolor en mi interior—. Aquel día en el río en que no llamaste a los hombres... allí tomaste una decisión que era la correcta para ti en aquel momento. O tal vez estaba mal y sólo se sentía bien. No lo sé.

—Sigue siendo la correcta.

Sonríe, pero parece tan perdido que podría llorar en el acto.

—Hoy quizá sí. Para ti, quizá sí. Pero, ¿y tu familia? ¿Y tus hermanos?

Tengo que tragar saliva. En el fondo sé que tiene razón, pero no quiero oírlo. No después de lo de ayer.

Me aprieta aún más los dedos.

—¿Y dentro de cinco años, cuando esto pueda romperse entre nosotros? Entonces te habré

robado una parte de tu vida, te habré privado de una educación. Me odiarás.

—Nunca podría odiarte —me ahogo. No sé qué quiere decir, pero sea lo que sea, me siento terriblemente mal.

Coge nuestras manos entrelazadas y se las lleva a la mejilla.

—Se que me amas, Lou. Por favor, no pienses otra cosa. Pero, ¿y si ese amor es sólo porque te sentías muy sola? ¿Y si fuiste la víctima que se enamoró de su captor?

Retiro mis dedos de él.

—Bren, ¿qué quieres oír? ¿Qué debo responder? Ni yo misma entiendo todo esto. Sólo sé que te amo. Ya me gustabas en el Centro de Visitantes. Me habría enamorado de ti igual.

Me mira con urgencia.

—No estoy seguro de que estés en condiciones de hacer un juicio adecuado en este momento, Lou. Así que he decidido tomar la decisión por ti.

—¿Qué decisión? ¿Qué quieres? —Mi voz se agita.

Aprieta los labios para que sean sólo una línea blanca, pero es el brillo de las lágrimas en sus ojos lo que me sobresalta.

—Que un *quizás* sea un sí, y que *alguna vez* sea hoy. —Le tiembla el labio inferior y lo muerde con tanta fuerza que empieza a sangrar.

Tardo un rato en comprender el contenido de sus palabras.

—¿Quieres... quieres dejarme ir? ¿Hoy? —Hay una repentina resistencia en mi garganta que hace que apenas respire, incluso peor que ayer. Me siento como bajo el agua. Las palabras de Brendan pasan nadando a mi lado como bajo la superficie de un lago. Veo cómo mueve los labios, pero no le entiendo. Imagino que nada de esto está ocurriendo de verdad.

—¿Lou? Lou ... ¿oyes lo que estoy diciendo?

Sacudo brevemente la cabeza y miro a Brendan, sus ojos enrojecidos y sus labios severos. Sé que cree que está haciendo lo que hay que hacer. Pero yo sé perfectamente que está mal.

—No puedes echarme sin más —presiono—. No me voy a ir.

Se levanta. Quiero amenazarle con delatarlo si me echa, pero de todos modos él sabría que nunca lo haría.

Sin decir palabra, descorre las cortinas delante de la cabina. Por un segundo dudo de mi cordura. Como paralizada, miro al exterior. No hay piceas, ni abetos, ni abedules, no hay bosque alguno. Sólo un amplio estacionamiento gris con unos cuantos autos pequeños abollados y aparentemente olvidados. Un ave salta sobre el asfalto y picotea algo que no puedo ver. De repente me siento infinitamente perdida.

—Bren... —susurro—. Cómo... quiero decir... qué... —No consigo sacarme una idea clara de la cabeza. Aturdida, me levanto, me acerco a la ventana que hay sobre el lavabo y descorro la cortina. Pero aquí también sólo hay un estacionamiento frío y gris bajo un cielo aún más frío y gris. A lo lejos hay un edificio de hormigón plano y extenso con formas humanas delante. Todo parece no ser real, no ser de este mundo. Al menos, no del mío.

—He estado conduciendo todo el día. Estabas... estabas durmiendo profundamente y no te diste cuenta de nada. Quería darte una sorpresa.

El gris se desdibuja.

—Grey no ha comido nada malo en absoluto —digo, completamente despistada.

—No le gustó el viaje.

Me vuelvo hacia él. Quiero gritarle, pero entonces veo que se ha puesto las manos delante de los ojos.

—¿Por qué... por qué, Bren? No lo entiendo...

Viene hacia mí, me rodea con sus brazos, me estrecha. Tiembla y su corazón se acelera.

—¿No lo sabes?

—Sí —Una lágrima corre por mi mejilla—. Pero, ¿por qué hoy? ¿Por qué después de lo de ayer? —Sólo pensar en dejarle me asusta. Igual que me asustaba al principio cuando me imaginaba atrapada con él para siempre.

—La pregunta es: ¿cuándo, si no es hoy? —Me coge la cabeza entre las manos, su mirada acaricia mi rostro. Sus pupilas son tan grandes como entonces—. Tengo miedo de cambiar de opinión si no te dejo ir ahora mismo. Ahora mismo, ¿entiendes?

—*¿Ahora?*

Me pasa el pulgar por la mejilla.

—No hay otra manera.

—No... —Sus palabras parecen golpes crueles a mi alma desprotegida. No puedo ir ahora, tan desprevenida, tan completamente sola.

Pone su frente contra la mía. Dios, sé que si me suelta, me romperé en mil pedazos, y nada ni nadie en el mundo podrá volver a recomponerme como era antes. Ni siquiera yo misma. Pero sé que llegará el momento. Es inevitable. Quizá tenga que acabar así. Quizá también esté destinado a ser así.

—Lou —Nunca ha pronunciado mi nombre más suavemente—. Confía en mí. Es mejor así. Un día sabrás que fue la decisión correcta. Tal vez no para este día, pero para todos los demás que siguen.

—¿Y qué pasa contigo? —pregunto entrecortadamente—. ¿Qué pasará cuando vuelvas a tener flashbacks?

—Después de esta noche... me imagino que estás conmigo. —Me suelta suavemente y yo me rompo de verdad, aunque me mantengo bastante rígida. Una grieta se forma dentro de mí y mil más se ramifican desde esa grieta. Es como si mi alma fuera a estallar.

—Ya has hecho mucho por mí, Lou. Tanto.

Su voz resuena en las grietas, me siento vacía y hueca.

—Todo lo que puedo hacer por ti, lo que tengo que hacer, es dejarte ir. Porque te amo.

Se dirige a la puerta y la abre de par en par. Inmediatamente noto un olor extraño. No huele a agujas ni a madera, sino a hormigón, a basura y a gente. Sigo sin poder moverme.

—Deberías irte antes de que cambie de opinión.

Su voz suena tan solitaria. Tan vacía. Y de repente comprendo lo difícil que debe ser esto para él, lo que le cuesta. Es cien veces más difícil para él que para mí. Tengo que esforzarme por él, no importa lo que sienta.

—Diré que me escapé —digo mecánicamente.

—Tus hermanos te despreciarán por esto.

—Ethan, tal vez.

—También puedes decirles la verdad. La policía no me encontrará.

Pero no es sólo el miedo a que lo encuentren, sino también pensar en lo que harían de nuestra historia. Nunca podría retratar a Bren como un monstruo, pero siempre diría también que me enamoré de él. En mi mente me veo en la comisaría. Veo las caras de los oficiales. *¿Así que estás diciendo que ni siquiera la violó en todo este tiempo? ¡Eso no es posible! ¿Tuvo sexo con él voluntariamente? Por supuesto que la amenazó. No resistirse y rendirse son dos cosas muy diferentes.*

No, no puedo escuchar esas preguntas, me parecería como si quisieran mancillar lo que teníamos. No quiero periodistas por ahí escribiendo historias sucias. No quiero que la gente me

presione para que revele todo lo que sé sobre él. Lo que Bren y yo tuvimos será para siempre nuestro secreto. Es demasiado valioso. Y si Ethan va a odiarme porque supuestamente hui, tendré que soportarlo.

Miro a Brendan y temo dejarle. Lo temo como nunca he temido nada. Pero ahora tengo que ser más fuerte que él. Me trago las lágrimas y el miedo. Después de todo, sólo tengo que aguantar unos minutos. Sólo hasta que él ya no pueda verme.

—¿Dónde estoy? —pregunto, intentando ser objetiva.

—Ahora estamos en la Columbia Británica, Canadá —Mete la mano en el armario que tiene encima y saca una mochila—. Dinero, provisiones, una muda de ropa y los artículos del periódico.

Duele volver a ver lo bien preparado que está.

Señala al frente a través de la puerta.

—Unos cientos de metros más adelante hay un centro comercial y una parada de autobús. Te llevarán a cualquier gran ciudad. Desde allí puedes cambiar de autobús. Te he preparado una lista de horarios y paradas. Lo googleé.

—¿Tienes teléfono móvil?

—No tengo cobertura allí arriba, Lou. Además, es mejor que no vuelvas a saber de mí durante un tiempo.

—Ya veo. —Es muy difícil no llorar.

Sonríe. Sus ojos están empañados por las lágrimas.

—Sí, pronto lo entenderás.

—¿Me prometes algo? —Miro a través del gris estacionamiento y no sé en absoluto qué se supone que estoy haciendo ahí fuera.

—Depende.

—¿Volverás a Sequoia el año que viene, el 25 de junio? ¿Al Centro de Visitantes?

Por un momento me mira sin comprender.

—Ese fue el día que me secuestraste. —continúo.

Se ríe brevemente, un sonido extraño.

—Ya lo sé.

—Si aún nos queremos entonces, pasaremos el verano juntos —digo rápidamente. Necesito algo a lo que aferrarme.

—No sé si eso sería bueno, Lou. Para ti sería mejor que me olvidaras. Y para mí ciertamente sería mejor si te olvidara.

—Piénsalo —le susurro. Le quito la mochila y bajo los escalones. Por un momento deseo que me agarre del brazo y me arrastre de vuelta, que cierre la puerta y me encadene. Espero un momento, pero no pasa nada.

—Adiós, Bren —le digo en voz baja y sin darme la vuelta. No quiero abrazarlo más, no quiero besarlo más, tampoco quiero ver más a Grey. Porque todo esto me rompe el corazón y no debo llorar ahora. Tengo que ser fuerte por Brendan por última vez, así que pongo un pie delante del otro. Paso a la derecha. Paso a la izquierda, sigo adelante, como la noche que hui de él.

Creo que puedo sentirle mirándome, llorando. En mi mente, le abrazo, con fuerza. Mantengo los hombros rectos y la cabeza alta, pero por dentro siento que me muero.

Sólo noto periféricamente que de repente hay gente a mi alrededor; el parloteo de las voces, el zumbido de los motores. El olor de los gases de escape, los perritos calientes y las papas fritas. Es como si hubiera aterrizado en otro planeta, tan extraño. Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Es demasiado para comprenderlo con detalle. Demasiada gente, demasiadas voces,

demasiado ruido. Siento miedo, no sé por qué. Al momento choco con alguien.

—Lo siento —balbuceo rápidamente. Veo borrosa la sombra de una mujer.

Me agarra suavemente por el brazo.

—¿Señorita? ¿No se encuentra bien? ¿Puedo ayudarla? —La amabilidad de su voz derriba todas las barreras. Siento que mis labios empiezan a temblar. Pero antes de dejarme llevar, quiero saber una cosa más.

—¿Qué fecha es hoy?

—Hoy es 6 de septiembre, señorita. Realmente no se encuentra bien. Está terriblemente pálida.

Las miro e inconscientemente me arranco un mechón de pelo con flecos. 6 de septiembre. Sólo llevo dos meses y medio con Brendan. Parece mucho más tiempo. Como de pasada, recuerdo que ya tengo diecisiete años.

—¿Quieres sentarte?

—Quiero irme a casa —es todo lo que consigo decir y empiezo a llorar.

Capítulo 24

Algo dentro de mí está roto, pero sigo funcionando. Respiro, como, bebo. Consigo subir a los autobuses adecuados gracias a la lista de Brendan. Durante el viaje sólo miro por la ventanilla, pero desde los bosques oscuros, por encima de las montañas nevadas y detrás de los lagos verdes, su cara me mira siempre. Me pregunto si nosotros también recorrimos esta ruta. ¿Cómo se sentía allí? ¿Le costó mucho encerrarme en la caja después de conocer el horror? ¿Es otra de las razones por las que me anestesió durante tanto tiempo?

Trazo las gotas de lluvia que corren por la ventana con el dedo índice. Hay tantas cosas que aún quiero preguntarle. Tantas cosas que aún no le he dicho. Puede que nunca tenga otra oportunidad. Ni siquiera sé su apellido ni su edad.

Perdida en mis pensamientos, miro fijamente al exterior, aunque ya ha oscurecido. Bajo el resplandor de las luces que pasan, mi mirada se posa en mi reflejo en el espejo. Hace semanas pensaba que tenía un aspecto diferente al de antes, pero ahora me doy cuenta de que, aparte del pelo más corto y las mejillas ligeramente más delgadas, sigo teniendo el mismo aspecto. El problema es que no me siento yo. Es como si otra persona estuviera sentada dentro de mí. Me pregunto si mis hermanos se habrán dado cuenta. Por un momento me pregunto si se creerán todas las mentiras.

Les diré que me habría escapado con otros dos fugitivos. Diré que nos habíamos ido a Canadá, así que no tengo que inventar tanto. Una de las chicas, Mia, debe de ser hija de un rico corredor de bolsa, porque si no, no me explico cómo sobrevivimos sin convertirnos en delincuentes. Por supuesto, ella retiró bastante pasta de antemano. Diré que escribimos cartas a nuestras familias para que no se preocuparan. La oficina de correos debe haber sido descuidada con la mía. Eso explicaría por qué no se denunció la desaparición de ninguna otra chica. Fingiré que no quiero hablar de ello y espero que al cabo de una semana o dos me dejen en paz.

Temo esta primera vez. Lo sentiré como un tablón de clavos kilométrico sobre el que tengo que caminar descalza y sola. Nadie conocerá mi dolor. Nadie me consolará. Ethan me odiará, mis hermanos y mis amigas no me entenderán. Pero lo hago por Brendan, por nuestro secreto, que tengo que enterrar muy dentro de mí, con la esperanza de que lo que tuvimos no lo haya sido todo. Y si lo ha sido todo, rezo por no olvidarlo nunca. Que no me despierte un día y descubra que los sentimientos, los pensamientos y el gran sueño se han desvanecido, no son más que colores borrosos de cielo, río, abetos y cuerpos entrelazados en la arena. El beso de una polilla que se ha posado sobre nosotros, para volar después de ese fugaz encuentro.

Cierro los ojos llorosos y tomo la cadena que tengo alrededor del cuello, palpando los colgantes para aferrarme a algo. La cruz de Ethan, el corazón de Avery, la mano de Liam, el disco de Jayden, otro disco... ¡Hay un segundo círculo en mi cadena! Hago una pausa, con los ojos llenos de lágrimas. Ni siquiera necesito mirar, sé lo que sostengo. Una moneda de plata con un pájaro grabado con dos alas diferentes. Brendan debe de habérmela enganchado al collar por la mañana. Con dedos temblorosos me llevo la moneda de plata a los labios y le doy el beso de despedida que no le di a Brendan.

Cuando me bajo del autobús en Ash Springs, tras cuatro días de viaje, ya es tarde. Me siento completamente vacía. Todas las lágrimas que tenía, las he llorado.

Lo primero que percibo es el aroma herbáceo de la salvia del desierto y el calor que irradia la tierra seca como el polvo. Me resulta extraño. Ni desconocido ni familiar. Camino por la recta

carretera principal, esperando que nadie me vea. Sólo de vez en cuando levanto la cabeza, observando detalles en los que nunca me había fijado. El tejado rojo óxido del pequeño supermercado, el alto buzón de la esquina. Las persianas descascarilladas de la casa de la esquina.

Giro por la *carretera a ninguna parte* y, de repente, un hormigueo se apodera de mí, quemándome cada célula del cuerpo. Siento algo parecido a la alegría bajo mi profunda añoranza de Brendan, bajo mi confusión por lo que ha ocurrido y bajo mi agotamiento mental. Este es mi hogar. Aquí viven las personas que quiero. A los que he echado muchísimo de menos.

Sin quererlo, mis pasos se aceleran. No llamo porque, de todos modos, no habría sabido qué decir a mis hermanos por teléfono. Empiezo a correr, tomo el camino trillado y entonces veo nuestra casa.

El corazón me late con fuerza en el pecho. El espacio bajo el manzano está vacío, la puerta principal cerrada. Disminuyo la velocidad, me detengo, miro alrededor del jardín. Todo está como siempre, pero el silencio es como el de un cementerio. De repente, el miedo se mezcla con mi alegría. ¿Y si les ha pasado algo? ¿Y si...?

La puerta se abre de golpe.

—¿Lou? —Como un fantasma, Ethan se planta de repente en el umbral. Me mira con los ojos muy abiertos, un libro en la mano, que aferra con todas sus fuerzas.

—Eth... —Me falla la voz. No puedo creer que realmente esté ahí. Que *yo esté realmente ahí*. Durante segundos, el tiempo se detiene. Durante segundos nos miramos, intentando comprender que el otro no es una figura de fantasía. He imaginado tantas veces cómo sería volver a casa, pero nada me ha preparado para este momento. Es como si alguien me arrancara el corazón del pecho y no me trajera la muerte, sino la vida. Es felicidad y dolor. Nostalgia y vuelta a casa.

—Ethan —susurro de nuevo.

El libro que sostiene se le resbala de los dedos.

—¡Oh Dios, Lou! ¡Jesucristo! —Grita y corre hacia mí. No tarda ni tres segundos en envolverme en sus brazos. Me aprieta contra su pecho, aferrándose a mí. Le tiemblan los hombros y llora como nunca había oído llorar a nadie. Se me aprieta el corazón y a la vez me entra calor. Me siento infinitamente feliz. Y tan infinitamente triste. Me pregunto cómo se puede sentir tanta tristeza y alegría al mismo tiempo. Me pregunto si un corazón está realmente hecho para soportar tantas emociones.

Como si vinieran de lejos, oigo más gritos. Miro por encima del hombro de Ethan y veo a Avery, Liam y Jayden saltando por las escaleras. Parece un sueño. En cuestión de segundos estoy rodeada por ellos. Me aprietan hasta casi matarme y solo me sueltan cuando apenas puedo respirar. Después se limitan a mirarme como si fuera una exposición. Avery tiene lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas, Liam no deja de limpiarse furtivamente los ojos, mientras Jayden llora tan desconsoladamente como Ethan. Una y otra vez me pone la mano en el brazo, me toca los dedos, como si no pudiera creer lo que ve.

En algún momento empiezan a hablar, todos a la vez, pero no consigo articular palabra. Estoy abrumada. No sólo por la alegría de volver a verlos, sino también por una profunda gratitud. Una gratitud que también me entristece. Brendan tenía razón. Tomó la decisión correcta. Para mí. Por mi familia. Y eso me hace amarlo aún más.

Capítulo 25

Pongo la mesa con nuestros mejores platos, los blancos con el borde plateado que eran de nuestra madre. El pavo está en el horno con su relleno de nueces y pan de maíz y toda la casa huele a carne, tubérculos y calabaza asada. Hoy es Acción de Gracias. Un día para dar gracias. Y estoy agradecida por muchas cosas. Entre otras cosas, por mi menstruación, que me vino cuatro semanas después de volver a casa.

Han pasado dos meses desde que llegué a casa aquella tarde. Dos meses en los que a veces me encontraba parada en algún sitio, sin saber qué quería hacer a continuación. Dos meses de hacer cosas y no saber después cómo. Dos meses que parecen medio siglo. En los que no hubo un día, ni una hora, ni un suspiro en el que no echara de menos a Brendan.

Las primeras semanas fueron las peores. No sólo el esfuerzo por rellenar de la forma más creíble posible todas las lagunas de mi historia de las que no me había dado cuenta antes. Por ejemplo, cómo fue posible conocer a dos chicas que querían salir de casa al mismo tiempo en el Centro de Visitantes del Parque Nacional, de todos los lugares. ¿Por qué no habría llamado inmediatamente si yo era el tema número uno de las noticias? Y cuál era exactamente nuestro itinerario... Encontré una explicación más o menos plausible para todo. Todo eso me afectó, pero la reacción de Ethan me afectó aún más.

Cuando se enteró de lo que había hecho, me abofeteó por primera vez en su vida. Desde entonces no me dirige la palabra, salvo en las clases particulares que me da. Pero allí su voz es siempre fría y en cada gesto veo y siento el rechazo. Avery sigue intentando mediar entre nosotros, pero todos sus esfuerzos se quedan en nada.

Con un suspiro, cojo servilletas naranjas del armario. También hoy es probable que Avy intente reconciliarnos. *Eh, chicos, es Acción de Gracias, ¡reconcíliense de una vez!* Ya sé que no va a funcionar. Herí profundamente a Ethan. Y me merecía esa bofetada, me siento culpable. Podría haber acortado su dolor una o dos semanas si hubiera gritado en el río. Y si Ethan supiera que me habían secuestrado, ahora no estaría tan consumido por las acusaciones sobre su anterior austeridad. Se culpa a sí mismo, al menos en gran parte. También lo sé por Avery. Aun así, no puede salir de su pellejo y sigue igual que antes.

Doblo las servilletas en pequeñas flores y las pongo en los platos. Tal vez sea bueno que comamos todos juntos esta noche, independientemente de si Ethan me habla o no. Liam se ha ido retrayendo cada vez más en las últimas semanas. El pelo le llega casi hasta la cintura y se ha trenzado cuentas en la barba. Sería bueno que participara más en la vida y meditara menos.

Miro la mesa. Todavía falta algo. Ah, sí, las velas. Ya las había puesto en los candelabros, pero dejé los candelabros en el pasillo. Para Avery, quiero que todo sea lo más festivo posible. Ha estado junto a los fogones cocinando para nosotros desde esta mañana. Ahora ha desaparecido en la ducha y sé que cuando salga más tarde olerá a jabón azul. Después de *Sueño del Océano Salvaje.*

El temblor de mis dedos me hace detenerme. Como siempre que algo me recuerda a Brendan. Durante unos segundos me quedo ahí parada, con nada más que recuerdos en la cabeza. Por enésima vez, me pregunto por qué volvió a comprar ese jabón y mi ropa. Me molesta no habérselo preguntado nunca. En retrospectiva, creo que lo hizo para hacerme sentir bien. Todo debía ser como en mi casa. Habría sido mejor si se hubiera llevado también a mis hermanos. Pensar en nosotros seis viviendo en una caravana en plena naturaleza incluso me hace sonreír. Me pregunto qué estará haciendo Bren ahora mismo. ¿Está jugando con Grey?

—Hola Lou. —La puerta del baño se abre y mi hermano sale descalzo y oliendo a jabón—. ¿Ya está puesta la mesa?

—Por supuesto. Se me habían olvidado. —Cojo los candelabros y me obligo a sonreír. Quizá debería pedir a mis hermanos que cambien el jabón—. Y por cierto, Sr. Chef, su calabaza se está haciendo papilla ahora mismo.

—¿Qué? —Con las manos levantadas teatralmente, Avery corre hacia la cocina. Sé que hará cualquier cosa para animarme. Sonriendo, voy tras él y me detengo en la puerta para observarle. Desde que conozco los rudimentos de la historia de Brendan, desde que perdí lo que tanto había dado por sentado, sé el preciado tesoro que poseo. Sé que Ethan, por encima de todo, es el responsable de que nos vaya tan bien aquí. Y por eso, también, hoy estoy agradecida. Pero la verdad es que echo de menos a mi hermano. Echo de menos sus palabras.

Mientras todos nos reunimos alrededor de la mesa y el pavo humea en su fuente rodeado de manzanas asadas y nueces glaseadas, Ethan se levanta con expresión festiva. Como siempre, como cristiano devoto, quiere rezar la oración de Acción de Gracias, durante la cual Liam suele abandonar la habitación de antemano y Jayden finge tener náuseas. Pero hoy permanecen sentados, inmóviles, y le miran expectantes.

—Jesucristo —incluso ahora Jayden permanece en silencio. Sigue mirando a Ethan, de pie a la cabecera de la mesa, con su mejor camisa y sus pantalones de tela planchada—. Normalmente en este día te damos las gracias porque nos permites compartir tu abundancia. Te aseguras de que nuestra mesa esté siempre bien servida. Que tengamos trabajo y un lugar donde dormir. Pero hoy queremos darte las gracias por una razón completamente diferente: Protegiste a Louisa mientras estaba fuera. Día y noche. Hora tras hora. Te aseguraste de que no sufriera ningún daño y de que pudiera volver sana y salva. Queremos darte las gracias por permitirnos sentarnos hoy a la mesa con ella... y también por la fuerza que nos diste para superarlo todo. —Traga saliva y me mira. Sonrío tímidamente—. Queremos darte las gracias... por esta segunda oportunidad. Y esta vez quiero hacerlo mejor. —Sus ojos brillan desconfiados y se limita a decir—. Amén.

Me levanto, le abrazo y él me estrecha. Una vez más no encuentro las palabras, pero Jayden sí:

—Eh, chicos, hay un pavo humeante esperando a ser comido. ¿Podrían al menos esta vez dejar el sentimentalismo para más tarde?

Todos nos reímos.

Después de la comida, Ethan y yo partimos la pata del pavo según la vieja costumbre, y después sostengo el trozo de hueso más grande en mis manos y consigo pedir un deseo.

Pienso mucho en Brendan y quiero volver a verle.

Desde que Ethan volvió a hablarme, todo es más fácil. Dice que se ha dado cuenta de lo mucho que he cambiado antes de Acción de Gracias. Se ha dado cuenta de lo mucho que estudio y de lo mucho que me esfuerzo en sus sesiones de tutoría, aunque a veces me desespere con la materia.

Tampoco hay más problemas en el colegio y cumplo todo lo que me dijo que hiciera antes de las vacaciones. Lo curioso es que no me resulta difícil en absoluto. Los *Hades-in-love* ya no juegan ningún papel en mi vida.

Ava y Madison, por supuesto, pensaron que era totalmente genial que me hubiera escapado, mientras que Emma y Elizabeth me han estado observando bastante perturbadas desde lejos desde que se conoció la noticia. La noticia corrió como la pólvora en Ash Springs e incluso salió un artículo en el periódico sobre mi regreso. Una semana después, dos mujeres de la Oficina de

Bienestar Juvenil vinieron a casa y me hicieron muchas preguntas sobre mis hermanos. Y a mis hermanos les hicieron preguntas sobre mí y luego anunciaron que a partir de entonces visitarían a nuestra familia una vez al mes. También me propusieron hablar con el psicólogo del colegio, pero me negué. Me da mucha pena todo este asunto oficial, ahora todo el mundo piensa que Ethan es el malo, pero yo sé por quién estoy haciendo esto. Lo único que puedo hacer es seguir diciendo que todo es culpa mía.

Ya estamos a principios de diciembre y siento que el tiempo pasa más rápido porque pasan muchas cosas que me distraen. Jayden está escribiendo una nueva historia sobre una chica que se escapa de casa y, por supuesto, tiene mil preguntas. Liam nos sorprende a todos cuando llega un día a casa con la barba recortada y el pelo corto y anuncia que se ha convertido al cristianismo y que se va a bautizar. Hay muchos exámenes en el colegio y yo obtengo mi primer notable en matemáticas. Planifico el menú de Navidad con Avery, voy a comprar regalos y me reúno con Emma de vez en cuando. Sigo sintiéndome rara en el colegio, pero consigo disimularlo. Me río en los lugares adecuados y finjo escuchar, incluso cuando estoy mentalmente en algún lugar de Canadá.

Y entonces llega la Navidad. Liam y yo colocamos un reno y un trineo de colores intermitentes bajo el manzano, mientras Jayden y Avery cuelgan una hilera de luces hechas con bastones de caramelo rojos y blancos alrededor de nuestra casa. Tonteamos como niños, solo que Ethan nos mira un poco con desaprobación. En realidad, él no quería esta cursilería en absoluto, pero debido a la C+ en matemáticas y también a la conversión repentina de Liam, no podía decir que no.

El 24 de diciembre Avery se toma el día libre y nosotros preparamos el menú de Navidad para el día veinticinco. Primero será sopa de crema de castañas, seguida de ganso asado, verduras y bolitas de papa. De postre, pudin de plátano con corteza de malvavisco.

La noche del veinticuatro, Avery y yo estamos totalmente noqueados. Tengo masa de papa y espuma de castañas en las puntas del pelo. Al enjuagármelas en el lavabo, me doy cuenta de que el pelo me ha vuelto a tocar los hombros. Veo mi reflejo sonriendo con nostalgia y siento una punzada en el corazón.

—¡Eh, Lou, date prisa! *El Héroe de la Semana* está a punto de empezar —oigo a Liam llamar desde el salón. Me miro una vez más. Hoy ya no me parece tan extraño mi nuevo yo. El exterior y el interior vuelven a encajar de alguna manera.

Cuando entro en el salón, mis hermanos ya están reunidos alrededor de la tele. Incluso Jayden está mirando, porque por fin ha terminado su cuento sobre la chica fugitiva. Me apretujo en el sofá, entre Ethan y Liam, y cojo la bolsa de papas fritas que hay sobre la mesa. Nada más abrirla, Jayden se acerca a mí, saca un puñado enorme y se sienta en el taburete marroquí de los días salvajes de papá.

—Me sorprende que todavía puedas comer algo —señala Avery mirándome con desconcierto —. Te has comido la mitad de la masa de las papas.

—Tú te la comiste

—¿Puedes bajar la voz? ¡No entiendo nada!

—Ethan, cualquiera diría que tienes algo con David O'Dell. —Jayden suspira.

—¡Cállate!

Estalla con fuerza.

—¿Desde cuándo bebes alcohol? —quiere saber Avery de Liam, que se lleva la botella de cerveza recién abierta a los labios.

—Desde que me hice cristiano. —Liam sonríe.

—Supongo que necesitas emborracharte para soportarlo

—Cállate ya, Jay.

—Será mejor que le digas a Lou que mastique más despacio.

—Lou, mastica más despacio —dice Ethan humildemente—. Ahora, ¿puedo por favor escuchar lo que está pasando más adelante... por cierto, el héroe de hoy es de Canadá, de acuerdo con el anuncio...

De repente, todo el mundo está callado como un ratón. Miramos las imágenes que parpadean en la pantalla del televisor. Un cielo azul acero, un bosque invernal lleno de abetos y alerces cubiertos de nieve, un pájaro negro solitario sobre las copas de los árboles, un río gris verdoso. Al fondo, una cadena montañosa llena de majestuosidad se eleva hacia el cielo azul.

Lo reconozco todo, aunque no es la misma zona, por supuesto, pero tendría exactamente el mismo aspecto en invierno donde Brendan y yo hemos estado. No puedo evitar pensar en el lago cantando hasta hibernar. Trago mis papas fritas con dificultad.

—El héroe de la semana de hoy viene del solitario Canadá, del Territorio del Yukón para ser exactos —oigo presentar a David O'Dell. El otro tímido presentador sonríe con confianza a la cámara—. Dicen que allí sólo van ermitaños, inadaptados o existencias fracasadas, pero también es una tierra de mitos y sabiduría milenaria. Los indígenas creían que el cuervo traía el sol y que el alma del oso era la más parecida a la nuestra.

—¿También aprendiste eso en tu viaje? —pregunta Jayden, haciendo crujir sus papas fritas demasiado alto.

No contesto y me quedo mirando la televisión, embelesada.

—Puede que nuestro invitado de hoy sea un solitario, pero sin duda también es un héroe. Con sólo veintidós años, ya ha salvado cinco vidas. Únanse a mí para dar la bienvenida a Brendan Connor.

¿Brendan?

Apenas capto el eufórico aplauso. El héroe cruza la puerta y entra en el estudio. Me llevo la mano al corazón. *¡Bren!* No, no puede ser. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, pero sigue siendo mi Bren. Me resulta tan familiar con sus pantalones cargo marrón oscuro y su sudadera negra con capucha. Como si lo hubiera visto ayer, como si lo hubiera tocado ayer. Se me hace un nudo en la garganta y las manos me tiemblan como locas. Estoy completamente indefensa ante el dolor y la nostalgia que me asaltan como si me hubieran tendido una emboscada. Me invade una tormenta de recuerdos agridulces. Aprieto involuntariamente la bolsa de papas fritas, intento seguir las palabras del presentador, las palabras de Brendan, pero estoy muy confusa. Apenas me doy cuenta de que Bren ha salvado a una familia de cinco miembros del ataque de un oso pardo. En cambio, me fijo en cosas completamente distintas. Su mirada, que desvía tímidamente, como si el revuelo en torno a su persona le incomodara. Sus intentos de evitar los focos cegadores alejándose cada vez más del presentador. En mi mente le digo que aguante, y me pregunto si sabe que le estoy mirando. Sí, sin duda lo sabe, o al menos espera saberlo.

Una extraña sensación se apodera de mí mientras le miro y David O'Dell vuelve a hablar. ¿Y si ya no me quiere? ¿Y si recibe cientos de ofertas de matrimonio ahora que es el héroe de la semana?

Las papas fritas de la bolsa ya son migas, así de fuerte aprieto la bolsa.

—Bueno, tiene agallas —oigo decir a Jay apreciativamente—. Distraer a un oso voraz con un rugido salvaje, sin pensar hacia dónde correr primero.

—¿Qué habría hecho si no hubiera llegado al árbol? —añade Liam—. ¡Aleluya!

—Y luego lleva a este hombre durante kilómetros a través de la nieve y el hielo. Sin él, se

habría desangrado hasta morir. Oye, Lou, dame más papitas.

Mecánicamente, extiendo la mano y Jay coge la bolsa.

—Eh, ¿qué es eso? Ahí no hay más que migas.

No puedo decir nada. No puedo dejar de mirar a Brendan.

—Y, Brendan —dice David O'Dell inquisitivamente en ese momento—, entre los muchos héroes de la semana, ¿tú también tienes un favorito personal para acabar como *Héroe del Año*?

—No un héroe, sino una heroína —responde en voz baja, mirando directamente a la cámara por primera vez—. Pero ella nunca formó parte de este programa y, sin embargo, me salvó la vida.

David O'Dell vigila.

—¿Un héroe que también fue salvado? Eso suena emocionante. ¿Quién es exactamente esta heroína?

La cámara se acerca a la cara de Brendan. Llena toda la pantalla. Veo sus pupilas dilatarse e inundar el marrón de sus ojos, como si me estuviera mirando. Involuntariamente, toco la moneda de plata de mi cadena.

—Es una chica de Nevada. Ella me demostró que no soy tan mala persona como siempre pensé. Ella creyó en mí cuando yo mismo no podía hacerlo. —Se aclara brevemente la garganta —. Ella arrojó rayos de sol en mi oscuridad y me mostró que el gris es en realidad sólo plata que no brilla. Hoy quiero agradecérselo, es la única razón por la que estoy aquí.

Debo de haber hecho ruido, porque noto las miradas de reojo de mis hermanos. Especialmente la de Jayden. Oigo cómo las migas de papas de su mano se convierten en harina en la bolsa. Probablemente, el cámara intuye la historia de amor del año y se acerca aún más. A Bren le brillan los ojos. Me imagino lo duro que debe de ser para él.

—Esta chica quería que le hiciera una promesa antes de romper. No sabía si podría cumplirla, pero hoy... —Traga tan fuerte que le sobresale la nuez de Adán—. Quiero que sepa que estoy en terapia ... y ... y que la estaré esperando cuando esté lista para darme una oportunidad.

La imagen ante mis ojos se convierte en velos húmedos. El dolor de haberlo perdido da paso a un sentimiento infinito de felicidad y anhelo que duele al menos igual, pero de otra manera. Quiere intentarlo. Todavía me desea.

Como en trance, me levanto y corro a mi habitación. No puedo quedarme con mis hermanos, no en este momento. Me tiro en la cama y a través de la puerta cerrada aún oigo la voz del presentador que hace un resumen del último mes.

Las cosas que Bren dijo de mí me inundan mientras las lágrimas corren por mi cara. Incluso cuando volví a casa hace casi cuatro meses, sabía que había tomado la decisión correcta, por mí. Pero también tomó la decisión correcta por nosotros, ahora me doy cuenta. Porque hoy sé que mis sentimientos son reales. No son un síndrome, no son enfermos ni son anormales. En cualquier caso, me habría enamorado de él, sólo que él se lo puso innecesariamente difícil al secuestrarme. Me quedo un rato mirando al techo, pero sólo veo colores e imágenes de nuestro verano. Echo de menos el bosque y el olor a agujas de abeto, echo de menos a Grey y el aire fresco de la mañana. El olor a leña. Echo de menos a Bren. Junio aún está muy lejos.

Incluso antes de que empiecen los créditos, Jay irrumpe sin llamar. Con un fuerte tirón, cierra la puerta tras de sí.

—¿El gris es la plata que no brilla? —Me mira con las cejas levantadas, no enfadado, más interesado—. ¿Una chica de Nevada?

Me enderezo y pienso en cómo salir del acto, pero no se me ocurre nada deprisa.

—Jayden...

—Nunca me creí esa historia de las dos chicas.

Sobresaltada, le miro. Todavía tengo lágrimas en los ojos, así que sólo puedo verle borroso.

—¿Por qué no?

—Las respuestas que me diste... ninguna sonaba como tú. —Levanta una comisura de los labios—. ¿Puedo acompañarte?

—Claro. —Golpeo el edredón débilmente. Se deja caer a mi lado, se desliza hacia la pared y apoya los pies en el borde de la cama.

—Vale, hermanita: ¿quién es Brendan Connor y qué has hecho con él?

De repente todo se vuelve demasiado para mí. Anhelo una persona que comparta mi secreto conmigo. Alguien que sepa por lo que he pasado, lo asustada que estaba la primera vez con Bren y cómo ese miedo se convirtió primero en confianza y luego en amor. Quiero tener cerca a alguien con quien pueda llorar y que me comprenda.

Es curioso, nunca pensé que confiaría en Jayden. En mi mente, siempre fue Avy, a quien podría haber dejado entrar después de muchos años. Pero es Jayden cuyo corazón late por historias locas.

—No puedes decírselo a nadie —digo ahora—. Tienes que jurarlo.

—Hmm. —Jay me miró indeciso—. ¿Hizo algo malo? ¿O tú?

—Él.

La cara de Jayden se ensombrece.

Hécticamente sacudo la cabeza.

—No es lo que piensas.

No parece convencido.

—De verdad que no —afirmo con rotundidad.

Sus facciones se suavizan de nuevo y asiente pensativo.

—De acuerdo, lo juro.

—Y aún tienes que prometerme algo más.

—¿Qué?

—Necesito que me lleves al Parque Nacional Sequoia el 25 de junio.

Me mira sin comprender.

—Sin que los demás se den cuenta. Y luego, cuando me haya ido, podrás contárselo todo. Toda la verdad.

—Lou, ¿de qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con cuando te hayas ido? No voy a llevarte a algún sitio para que vuelvas a desaparecer. Estás loca.

—Sólo quiero el verano.

Jayden suspira.

—No creo que quiera oír lo que vas a decir, ¿verdad?

Sonrío y pienso en Brendan. En otras circunstancias y con otro pasado, Jay y Bren sin duda se habrían llevado bien. Aprieto el colgante de Bren.

—¿Es de él? —Jay me mira con curiosidad.

Asiento con la cabeza y le tiendo la moneda de plata a Jay.

—También tenía el ave tatuado en la espalda. La moneda pertenecía a su madre.

—Guay.

—Pero también triste. —Dejo que la cadena se deslice hacia atrás y tomo la mano de Jay. Simplemente lo necesito ahora, de lo contrario no seré capaz de expresar con palabras lo que me ha pasado.

Capítulo 26

Guardo mi bolsa de viaje en el maletero del auto viejo de Liam, Jayden ya está al volante. Antes de subir, miro hacia atrás. Nuestra casa sólo se ve en fracciones a través de la salvia del desierto. Son las cinco de la mañana, el sol saldrá dentro de media hora, pero para entonces ya nos habremos ido.

Pienso en las tres cartas que tengo bajo la almohada: una para Ethan, otra para Avy y otra para Liam. Espero que me perdonen. Jayden se las dará cuando vuelva y les dirá toda la verdad, eso es lo que acordamos.

Tardé dos meses en convencer a Jayden de que no faltara a su promesa.

"¿Y si no te deja ir otra vez?", me preguntó. *"¿Y si todo era una estafa? ¿Y si secuestra a una chica diferente cada año y la retiene con él hasta que le quiera?"*. Yo también me había hecho esa última pregunta, pero eso fue antes de ver a Bren en la tele en Nochebuena.

Por el bien de Jayden, me he llevado el móvil, pero me temo que de todas formas no tendré cobertura. También insistió en que Bren le diera una indicación precisa del lugar de arrendamiento para saber dónde encontrarme en caso necesario. Definitivamente, *algún lugar de Canadá* no será suficiente para él.

Me subo y Jayden arranca. No hablamos mucho, en algún momento pone la radio y tarareamos las canciones. Tengo que distraerme porque por dentro estoy hecha un lío. Tengo miedo de que Bren no venga. ¿Y si ha tenido una recaída en su terapia o se ha enamorado de otra chica? ¿O tal vez venga a decirme que, después de todo, sería mejor para él no volver a verme? ¿Y si quiere empezar de nuevo? No sé qué haría entonces.

Bajo la ventanilla y extiendo la mano. El viento sedoso del desierto de Mojave pasa entre mis dedos abiertos y me hace cosquillas en la piel. Una loca sensación de libertad y felicidad fluye a través de mí. No, vendrá. Simplemente lo sé. Imagino cómo era hacer el amor con Bren en la arena, bajo el sauce. Cómo nuestros cuerpos desnudos se acurrucaban, dos mitades que formaban un todo. Recuerdo sus besos y la dulzura que fluía a través de mí mientras hacíamos el amor. ¿Tenía miedo de olvidar todo aquello?

Hacia el mediodía, sólo hemos completado la mitad de la ruta porque un camión con naranjas ha volcado en nuestra carretera. Empiezo a ponerme nerviosa. Quizá Bren piense que no voy a venir. A lo mejor no soporta esperar y se marcha antes. Miro una y otra vez el reloj. El tiempo pasa deprisa. Pronto serán las tres de la tarde. Pongo nervioso a Jay porque me remuevo en el asiento y no paro de decirle que vaya más rápido. En un momento dado, amenaza con echarme a un lado de la carretera y seguir conduciendo solo. Así que me obligo a mantener la calma hasta que por fin llega al paso del parque nacional. Ya son las cuatro, pero el Centro de Visitantes está en algún lugar del centro, en uno de los puntos más altos del parque. ¡Ojalá hubiéramos salido antes! La última vez sólo tardamos siete horas. A las cinco de la mañana, llegábamos absolutamente a tiempo.

El viejo Ford de Liam tiene problemas con las serpentinas, en algún momento el motor empieza a echar humo.

—¡Tienes que estar de broma! —me quejo mientras Jay se detiene en un apartadero. Me bajo enfadada y miro el capó, que echa vapor como una locomotora.

—Deja que se enfríe un momento, Lou, o el motor se romperá. Ya falta poco. —Jay juguetea un rato con el auto.

—Deberíamos haber usado el auto de Ethan. El centro está cerrando.

—Tonterías, aún queda mucho tiempo. Entonces estaba anocheciendo, ¿no te acuerdas? —Jay me mira significativamente por encima del interior del capó.

¿Cómo podría olvidarlo? Ese día está grabado a fuego en mi memoria. Pero no lo digo en voz alta.

Cuando el motor se ha enfriado un poco, son las cinco y media. Estoy a punto de llorar. La estrecha carretera sigue subiendo, con un límite de velocidad de veinticinco kilómetros por hora. Después de la curva ciento treinta y siete, el motor vuelve a echar humo. Jayden hace avanzar el auto con rostro severo. Si esperamos tanto como antes, realmente será demasiado tarde.

Cuando estoy a punto de sufrir un ataque de nervios y el motor no sólo echa humo sino que además traquetea, aparece por fin la señal de *Lodgepole al* lado de la carretera. El auto se arrastra por el común de la zona de estacionamiento y el Centro de Visitantes está frente a nosotros. Apresuradamente, dejo que mis ojos vaguen por el estacionamiento. Se me humedecen las manos; sólo veo algunas furgonetas y un carro pequeño.

Jayden aparca el traqueteante auto justo delante del centro de visitantes.

—¿Quieres entrar sola primero?

Asiento con la cabeza. Mi corazón late como loco. ¿Y si Bren no está? Permanezco sentada y respiro hondo.

—Lou, antes de que te vayas... hay algo que quiero que sepas. —Mi hermano me mira con expresión seria—. Ni siquiera sabía si debía decírtelo, pero probablemente sea mejor que lo sepas.

—¿Qué? —Me giro hacia él y me obligo a centrar mi atención en él.

—Me enseñaste esta moneda de Brendan, ¿verdad? —Sus manos golpean el volante erráticamente.

—¿Qué pasa con él?

—Investigué un poco y di con una tienda de artesanía en Albuquerque a través de un portal de artistas en Internet.

—¿Estuviste espiando? —le pregunto, atónita.

—Oye, si tu hermana te pide que la lleves a ver a un tipo que la secuestró un año antes, que la drogó durante cinco días y que una vez estuvo en su casa en los barrios bajos, es lo menos que tengo que hacer por ella.

—¿Y qué has averiguado? —pregunto con una sensación de inquietud en el estómago y miro hacia la entrada del centro de visitantes.

—La tienda pertenece a una antigua amiga de la madre de Brendan. Un fin de semana fui allí y me encontré con ella. —Hace una pausa—. Tuve que insinuar su historia o ella no me lo habría contado.

—No pasa nada —digo con un nudo en la garganta, aunque estoy estupefacta por lo que ha estado haciendo a mis espaldas. Por otro lado, sé lo que le estoy pidiendo hoy—. ¿Qué ha dicho?

—No mucho. Hizo la moneda a petición de la madre de Brendan en aquel momento e inmediatamente hizo unas cuantas más cuando se dio cuenta de que el motivo tenía buena acogida. —Me mira con urgencia—. El padre, o más bien el padrastro, de Brendan debía de ser un terrible tirano. Estaba completamente mal de la cabeza. Un granjero fabricante de ataúdes de Oklahoma. Golpeó y torturó a la madre de Brendan; luego, cuando descubrió que no era el padre biológico de Brendan, al parecer la metió en un ataúd y amenazó con enterrarla viva en el jardín.

Mi corazón se hunde. Así que tenía razón con mis sospechas. De nuevo miro hacia la entrada y Jayden sigue hablando.

—La madre de Brendan huyó en cuanto tuvo ocasión y vino a quedarse con su amiga.

Cuando ese día fue a recoger a Brendan a la guardería, él ya se había ido. Su padrastro debió de enterarse de su huida y se lo llevó. Ella lo llamó, le dijo que recuperaría a Brendan con ayuda de la policía, pero él amenazó con matarlo en cuanto lo intentara. Desapareció con Brendan, probablemente a Los Ángeles. Su padrastro se ponía en contacto con la madre de Brendan de vez en cuando, reiterando su amenaza. Era un sádico, utilizaba al hijo para seguir torturando a su mujer. Ella lo buscó por su cuenta, pero por supuesto fue en vano. En algún momento murió de un corazón roto.

Tengo que tragar. Así que la madre de Brendan realmente no lo abandonó. No puedo ni empezar a imaginar lo que eso significa para él. Miro a Jay.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

Respira hondo.

—Hasta ahora, no sabía si debía contárselo. Si este Brendan quería saber sobre su pasado, podría haberlo investigado él mismo. Decírtelo significa que tú tienes que decidir si se lo dices a él.

—Seguro que tenía miedo de las respuestas. Además, quería olvidarlo todo. —De nuevo miro hacia la entrada. Tengo tanto miedo de que haya cambiado de opinión.

—¿Se lo vas a decir? —quiere saber Jayden.

—En primer lugar, tiene que venir.

La mano de Jay roza la mía.

—Oye, Lou. Entra y mira. A lo mejor ya está allí y su caravana está en otro sitio.

Así que Jay también se ha dado cuenta.

—O está ahí con otro auto —me digo, animándome.

—¡Puede ser!

—De acuerdo. Te veo en un minuto. —Salgo y cierro la puerta tras de mí. Por un momento, la historia de Jay sigue dando vueltas en mi cabeza. Básicamente no cambia nada, solo confirma más o menos lo que sospechaba. Por supuesto, Brendan tiene que enterarse de lo de su madre, pero quizá no hoy, al fin y al cabo no sé en absoluto cómo está.

Todavía de pie frente a la puerta del auto, miro a mi alrededor. Ya ha anochecido, como entonces. El olor a agujas y a humo sigue siendo tan familiar. Vuelvo a revivir el momento en que caminaba junto a Bren hacia su caravana. Siento el viento en la piel, oigo el susurro de los árboles, el tintineo de las llaves de Bren y el tintineo de las linternas de camping en su mano. Un escalofrío me recorre la espalda: Alegría, miedo, recuerdos. Por enésima vez me sorprendo al darme cuenta de que no puedo decir exactamente cuándo me enamoré de Brendan. Cuándo mi confianza se convirtió de repente en algo más. Vuelvo a respirar hondo y exhalo durante largo rato, luego entro por la puerta de cristal abierta.

Me invade el calor. De repente, parece que fue ayer cuando entré aquí en busca de lámparas de camping. Los paneles de madera, la zona de información y la sala de ventas, todo está como lo recordaba. Perdida en mis pensamientos, me detengo en el perchero con las sudaderas. Aún no me atrevo a mirar en todos los rincones de la sala de ventas, por miedo a darme cuenta de que mi viaje ha sido en vano. Envío una silenciosa plegaria al cielo. *Que esté ahí, por favor, que esté ahí. Y si no está, que venga aquí.*

Sin darme cuenta, entro en la sección con los accesorios de camping. Cojo el spray repelente de osos. Seguro que puede hacer algo después de todo. Lo había preparado todo muy inteligentemente. Giro el bote en la mano y la escritura se desdibuja ante mis ojos. No vendrá. De repente estoy segura. Si va a terapia y está trabajando en todas esas cosas que Jay acaba de contarme, estoy segura de que su terapeuta le habrá dicho que no vuelva a verme. Puede que si lo

hace, sus viejos patrones vuelvan a aparecer y tenga una recaída, como un alcohólico. Tal vez tenga que secuestrar a otra chica y necesite que ella le vuelva a querer. Me muerdo el labio con fuerza. Debería irme. No tiene sentido torturarme más. Si tuviera intención de venir aquí, ya habría llegado. Ya estaría esperándome en el estacionamiento. Aturdida, vuelvo a poner el spray en su sitio. Habría sido demasiado bueno que viniera en ese mismo momento, a este pasillo donde hablamos por primera vez.

Levanto la cabeza y observo la sala de ventas en su totalidad. El corazón me late con fuerza en el pecho. Brendan es alto, debería poder verle por encima de las estanterías. Pero solo hay otros dos hombres con gorras verde militar, hay dos chicas de mi edad en la caja. Quizá debería preguntarle al dependiente por Bren. *Perdone, ¿ha visto por casualidad el Héroe de la Semana 52 del año pasado? Yo soy la chica que falta, por cierto ...*

Ya son las siete y media. El centro de visitantes cierra en media hora.

Con los ojos borrosos, miro hacia la zona de información y de ahí a la otra salida que lleva a las duchas... pero tampoco está allí.

Intento luchar contra la decepción, pero me invade como una avalancha. Todo en mí se entumece y se desboca. No ha venido. Mis recuerdos serán el único tesoro que me quede de nuestro tiempo juntos. Nuestra despedida en el estacionamiento de la Columbia Británica fue un adiós para siempre. ¿Por qué no volví a abrazarle entonces? ¿Por qué no le besé? Me doy la vuelta una vez, no quiero admitirlo, pero eso no cambia el hecho. Él no está ahí. Finalmente, me rindo para siempre. Con la cabeza gacha para que nadie vea mis lágrimas, camino hacia la salida.

Desde la entrada trasera, de repente se oye un aullido desgarrador que se convierte en fuertes ladridos. Alguien grita.

—Hey, señor, no se puede entrar con un lobo...

—¡Lou! Lou... ¡Espera!

¡Bren! El corazón me da un vuelco, pero al instante siguiente se me escapa al galope. Siento como si una enorme roca se desprendiera de mi alma, liberando al mismo tiempo miles de mariposas doradas que me elevan por los aires. Él está ahí.

—Sostenga al lobo...

—Perdone, lo siento... —oigo decir a Bren.

Antes de que me haya dado la vuelta del todo, Grey salta sobre mí y me tumba con el peso de su cuerpo. Se sube encima de mí y me lame la cara. Lo atraigo hacia mí por la cabeza, rascándole el pelaje mientras me vuelven a salir lágrimas, esta vez de alegría. Con una mano empujo a Grey un poco hacia un lado y me siento.

Bren está de pie frente a mí, lleva pantalones cargo y una sudadera con capucha, su rostro es serio y estrecho, pero sus ojos brillan en algún lugar de las profundidades, como si una luz oculta brillara en su interior.

—Viniste —dice en voz baja y me ayuda a ponerme en pie. Veo cómo lucha por mantener el control. Quiero decirle que está bien llorar. Pero sé que no quiere oírlo, así que me limito a apretarle los dedos.

—¿Lo dudabas?

Sonríe y veo que la tensión se le va quitando cada vez más.

—Todo el día.

Me tiemblan los labios.

—Pensé que no habías venido. Tuvimos una avería y un camión volcó y había esas estúpidas naranjas por toda la carretera...

Se ríe, pero suena como si fuera un sollozo oculto, con el que también se le va el miedo que le

quedaba.

—Llegué ayer. Llevo esperando aquí desde esta mañana. —Agarra a Grey por el collar y dirige una mirada tranquilizadora al hombre que está detrás del mostrador—. Até a Grey fuera, pero se soltó antes y tuve que atraparlo. —Sus pupilas se agrandan y siento que el tiempo que hemos estado separados se funde en la nada. Su mirada es como una red que me atrapa de nuevo, por segunda vez en mi vida. Quiero decirle tantas cosas, quiero preguntarle tantas cosas, pero este verano tenemos tiempo para todo. Camino hacia él y le rodeo la cintura con los brazos.

—No quiero volver a separarme de ti, Bren. Nunca más.

Me aprieta contra él, entierra su cara en mi pelo.

—No tendrás que hacerlo más, Lou, te lo prometo.

Y entonces nos besamos, muy suave y cuidadosamente, como si fuera la primera vez. Un cosquilleo de burbujas de calor recorre mi piel y me hace estremecer. Sus labios se sienten como bajo el sauce. Suaves y salvajes, amargos y dulces. Son tormenta y calma, dolor y felicidad.

Nos quedamos allí abrazados hasta que el hombre que está detrás de la caja registradora nos amenaza con llamar a los guardabosques si no salimos de su tienda con el lobo en menos de un minuto.

Cuando llegamos al estacionamiento, Jayden ya está esperando delante del carro. Finge despreocupación, pero me doy cuenta de lo escrutador que es con Bren. Consigue toda la información que necesita y me da un largo abrazo de despedida.

Antes de irnos, se vuelve hacia Brendan con rostro severo.

—¡Si vuelves a hacerle daño, te mato!

Bren se limita a asentir. Luego me coge de la mano y silba a Grey, que está olfateando el auto de Liam, para que venga a su lado. Esta vez escucha inmediatamente. Su espeso pelaje es gris hielo, casi plateado, y el azul de sus ojos ha adquirido un tono miel.

—Se quedó contigo —digo, un poco sorprendida. Realmente creía que algún día no volvería del bosque.

Bren le palmea la espalda con la mano libre y me parece percibir el profundo vínculo que los une.

—Tuvimos algunas peleas feroces hasta que comprendió quién mandaba. —Me mira—. La caravana está un poco apartada —dice entonces casi disculpándose—. No me dejaron estar aquí todo el día.

Sonrío mientras caminamos juntos por el estacionamiento. Sé que lo conseguiremos, aunque no sea fácil mirar más allá del pasado. Sé que la luz del futuro también proyecta sombras.

Pero ahora me parece como si pasado y futuro fueran un mismo momento. Un toque en el aquí y ahora, entre la luz y la sombra; infinitamente ligero, como alas que se extienden para flotar. Miro a mi alrededor. Los rayos de sol rojizos y dorados se abren paso a través de un grupo de nubes grises y azules, y las secuoyas que bordean el estacionamiento se extienden como una cinta oscura. No tarda mucho en oscurecer. Es como antes. Bren me mira y la luz roja del sol se pasea por sus ojos.

Tengo que pensar en la pregunta que vi detrás de esa mirada hace un año. La que sólo me hacía por dentro.

¿Quieres?

Hoy sé la respuesta.

Agradecimiento

Mi agradecimiento va sobre todo a mi familia y a su paciencia conmigo. No sé cuántas veces he dicho que tenía que revisar algo rápidamente y luego me he pasado horas fuera. También doy las gracias a mi editora Anne Paulsen por su creativo trabajo en mi manuscrito, por sus muchas y valiosas sugerencias y consejos sobre las frases difíciles de leer. Y también quiero dar las gracias a Anke Koopmann por el impresionante diseño de la portada: fue muy divertido trabajar con ella.

Gracias también a mis lectores de prueba, en especial a Tanja Lottes, que hizo la corrección final.

Por último, me gustaría daros las gracias a ustedes, mis lectores. Gracias por dar una oportunidad a Brendan y Louisa. Si les ha gustado el libro, me encantaría recibir una reseña y/o una recomendación. O simplemente echa un vistazo a mi página web o a mi página de Facebook.